HIJAS DE ESCOCIA

LA TEMPLANZA DE CHRISTINE



DIANA ARISWOOD

Hijas de Escocia

La Templanza de Christine

Diana Ariswood

Derechos de Autor

Hijas de Escocia: La Templanza de Christine © 2025 Diana Ariswood.
Todos los derechos reservados.
Esta obra es propiedad exclusiva de la autora y está protegida por las leyes de derechos de autor aplicables. Queda estrictamente prohibida la reproducción total o parcial, distribución, comunicación pública o cualquier uso no autorizado de esta obra sin el consentimiento previo y por escrito de la autora, salvo en los casos expresamente permitidos por la legislación vigente.

A ti, que confundiste quietud con derrota.
Y te culpas por haber callado.
El silencio no es ausencia.
Es la fuerza de quien resiste sin ser vista.
Es templanza.
Hoy, tu voz se alza sin miedo.
Y esta historia te pertenece.



Disclaimer

Hijas de Escocia: La Templanza de Christine es una obra de ficción histórica ambientada en la Escocia e Inglaterra del siglo XVI. Aunque se han tenido en cuenta elementos históricos y culturales, algunos detalles han sido modificados o interpretados libremente para servir a la narrativa. Los personajes, eventos y lugares descritos son ficticios, y cualquier similitud con personas reales, vivas o fallecidas, es mera coincidencia.

Esta obra contiene elementos de romance, drama y conflicto, ambientados en un contexto histórico que incluye situaciones y expresiones propias de la época. La autora no pretende idealizar ni justificar las costumbres de ese tiempo, sino ofrecer una recreación literaria que enriquezca la experiencia del lector.

Advertencia de contenido:

Esta novela está dirigida a un público adulto y puede contener temas sensibles. Cualquier mención de remedios, prácticas médicas o creencias de la época es puramente ficcional y no debe interpretarse como consejo médico. Se recomienda la discreción del lector.

Nota de la Autora

En esta novela, encontrarás términos propios del contexto histórico y cultural en el que está ambientada.

Las palabras extranjeras no traducidas, así como algunos términos específicos, se explican en el Glosario al final del libro.

Espero que disfrutes esta historia y el viaje a través de Escocia.

Prólogo

El sol de la tarde se filtraba por las ventanas entreabiertas, dejando que la cálida brisa acariciara el interior. En una esquina, el imponente reloj marcaba, con su rítmico tic-tac, el compás de las voces femeninas.

Sentadas en un diván de terciopelo rosa, adornado con bordados florales en tonos azules y morados, Christine y su madre repasaban los versículos del día. De vez en cuando, algún sonido entrecortado llegaba desde el exterior, desde donde se distinguían dos figuras lejanas. El eco de una risa amable invadió sus oídos, y Christine tuvo que contenerse para no rodar los ojos. Aunque hacía tiempo que sospechaba de la relación entre su amiga y Thomas, eso no había menguado sus ganas de reunirse con ellos.

No obstante, su madre tenía otros planes para ella.

Las nobles artes que se esperaban de una dama de su posición eran muchas y variadas: el dominio del bordado, que debía reflejar delicadeza y paciencia; la música, que con su canto o habilidad con el virginal debía elevar el espíritu de quienes la escuchaban; la danza, esencial para mostrar la gracia y elegancia en los salones; y, por supuesto, la lectura de los salmos y otras escrituras, reflejo de su virtud y devoción.

Por ello, Anne había dedicado gran parte de su tiempo a la educación de su única hija. Llegar a dominar estas habilidades no solo era un reflejo de su esfuerzo, sino también un testimonio de su valor como esposa y señora del hogar.

Aquella tarde, sin embargo, lady Hawthorne tenía claro que no conseguiría grandes avances. Exhaló un suspiro resignado y apoyó su delgada mano en el libro, cubriendo las palabras.

—¿Qué te parece si terminas esta parte y lo dejamos por hoy?

El rostro de Christine se iluminó por un instante, pero la alegría dio paso rápidamente a una expresión de inquietud.

—¿Ocurre algo, madre?

Ella presionó los labios antes de desviar la vista por la ventana.

—Te vendrá bien pasar unas horas al sol, y dudo que Brìghde haya venido aquí solo por Thomas —volvió el rostro hacia su hija y susurró con complicidad—. Aunque últimamente empiezo a sospechar que pueda ser así.

Christine se cubrió la boca para ahogar una risa suave.

—Gracias.

Tras comprobar por última vez que sus amigos seguían fuera, volvió su atención al texto que tenía por delante:

"Las casadas están sujetas a sus propios maridos, como al Señor. Porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia; y él es el que da la salud al cuerpo. Así que, como la iglesia está sujeta a Cristo, así también las casadas lo están a sus maridos en todo."

Parte I



Capítulo 1

Bajo un cielo despejado, bañado por la luz del sol que reinaba en lo alto, Christine ascendía por la colina del brazo de su amiga. La seda roja brillaba con elegancia sobre su cuerpo, y las perlas, a conjunto con las flores blancas de su cabello, le otorgaban una apariencia distinguida. Su corazón latía con fuerza, no por la caminata, sino por la expectación que flotaba en la cima.

Cuando le sugirieron llevar a cabo aquella farsa, pensó que se trataría de una formalidad pasajera. Para ella, la verdadera unión era la que se celebraba ante los ojos de Dios, no al aire libre, presidida por un anciano laird escocés. Sin embargo, cuando comprendió su error, ya era tarde. A ojos de esa gente, el acto era tan solemne como cualquier ceremonia religiosa y, a todos los efectos, pronto sería la esposa del laird MacLeod.

Reconociendo las señales de su cuerpo, empezó a describir mentalmente el paisaje que se desplegaba ante ella, deteniéndose en las formas y los colores. Brìghde acariciaba su brazo con movimientos lentos, como tantas otras veces. Poco a poco, su respiración se fue normalizando y, para cuando llegaron a la cima, volvía a sentir los pies en el suelo.

Alistair le ofreció la mano con una sonrisa cortés. El contacto, lejos de calmarla, encendió una chispa de alerta que no pudo ignorar. En un intento por distraerse, se enfocó en observarlo: *"Su cabello es castaño, con reflejos dorados"*, pensó, *"recogido en una coleta baja. La barba es demasiado larga para mi gusto. Y sus ojos son…"* Su mente quedó en blanco al cruzarse con su mirada. Por un instante, temió que sus rodillas flaquearan.

—Christine.

Se giró hacia Fergus, que la observaba con rictus preocupado.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, estoy perfectamente —respondió con rapidez.

El anciano intercambió una ojeada inquieta con su nieto antes de seguir con el discurso ceremonial.

Pero ella no escuchaba.

Sus pensamientos vagaban de un lado a otro, irrefrenables, hasta que sintió cómo Fergus le colocaba una cinta roja alrededor de las muñecas, pronunciando las palabras finales:

"Ante los cielos y la tierra, vuestras manos están unidas y vuestras almas entrelazadas.

Que el viento susurre palabras de amor y se lleve lejos las tempestades,

Que el fuego avive la pasión que os guiará en la oscuridad,

Que el agua os conceda templanza, para navegar juntos en tiempos difíciles,

Y que la tierra os dé raíces fuertes y fértiles para crecer unidos."

Las palabras cayeron sobre ella como un jarro de agua fría. Alistair tomó su rostro entre las manos y posó los labios sobre los suyos.

Fue un roce efímero, tan frío como el deber que lo dictaba, pero la leve presión de sus dedos le recordaron que era real, un preludio de algo más íntimo por llegar. Su respiración se volvió errática, el mundo comenzó a girar.

Antes de poder detenerlo, la esposa del laird perdió el conocimiento.

Capítulo 2

Parpadeó débilmente antes de abrir los ojos. Lo primero que vio fue el rostro de su amiga, cuya expresión se suavizó al verla despertar. A su lado, Rowena la observaba de un modo similar. De pronto, los recuerdos recientes la golpearon, y sintió cómo el color volvía a huir de su rostro. Antes de que el pánico se apoderara de ella, Brìghde apretó su mano con fuerza.

—Todo va bien. Estás a salvo.

Las palabras fueron como un bálsamo. Giró la cabeza hacia ella y le dedicó una débil sonrisa.

—Gracias, ya me encuentro mejor.

Hizo el ademán de incorporarse, pero Rowena apoyó una mano en su pecho para detenerla.

—¿A dónde crees que vas? No pienso arriesgarme a que pierdas el conocimiento de nuevo.

Asintió débilmente y permitió que la ayudaran a ponerse de pie.

—Estoy bien, de verdad. No es la primera vez que me ocurre.

—Lo sé —respondió Brìghde—. Pero eso no deja de preocuparme.

Mientras le recolocaban la corona de flores, buscó a Alistair con los ojos. Lo encontró a cierta distancia. Estaba callado, y el desconcierto en su rostro le provocó una punzada de incomodidad.

—Ahora sí —dijo Brìghde, sonriendo con satisfacción—. Será mejor que volvamos al castillo, te vendrá bien comer algo.

La idea le resultó tan tentadora, que su estómago respondió con un gruñido audible. No había probado bocado desde la noche anterior, pues la preocupación por lo que sucedería aquel día le había cerrado el estómago. El sonido espontáneo provocó algunas risas entre los presentes, aliviando parte de la tensión que aún se palpaba en el aire.

Alistair vio cómo el grupo iniciaba su descenso por la colina, pero no fue capaz de seguirlos. Su semblante serio distaba del cúmulo de pensamientos en su interior. Por un lado, le preocupaba el bienestar

de la dama, pero por otro, tenía que su acercamiento propiciara otra reacción similar. Que su primera respuesta al besarlo fuera desvanecerse despertaba en él una inseguridad hasta ese momento desconocida. Inevitablemente, un pensamiento cruzó por su mente: Morgana nunca habría actuado de ese modo.

Rogó para sus adentros que aquello no dificultase aún más la integración de su nueva esposa entre los suyos.

Un leve golpe en el hombro lo devolvió a la realidad. Se giró hacia Kieran, quien aprovechó su atención para indicarle sutilmente que fuera con ella. Alistair rodó los ojos, un gesto que le hizo ganarse otra reprimenda, esta vez más fuerte.

Haciendo acopio de la escasa calma que le quedaba, fue al encuentro de la joven, quien caminaba del brazo de las otras mujeres.

—¿Me permiten acompañar a mi esposa?

Ella lo evaluó un instante antes de aferrarse a su brazo. Dejaron que el resto del grupo los adelantara, permitiéndoles un momento de soledad.

—Comprendo que estas no son las circunstancias ideales, pero no pensaba que te resultaría tan repulsivo —intentó bromear él.

—¿Disculpa?

—No sé si es una costumbre en la corte inglesa, pero aquí una dama no suele desfallecer ante el beso de su esposo.

—¿Crees que esto ha sido a propósito?

Alistair se llevó la mano libre a la nuca, frotándola suavemente en un intento por controlar su creciente nerviosismo.

—Jamás he estado con una dama inglesa.

La inquietud que el joven le había provocado hasta ese momento dio paso a una indignación difícil de contener, haciendo que se liberara de su brazo.

—¿Piensas acaso que planeé mi desmayo?

—No lo sé —replicó, cruzándose de brazos—. Pero déjame darte un consejo: la gente del clan espera que escoja una esposa fuerte, capaz de defenderlos si hace falta. Si no estás a la altura, es probable que cuestionen mis decisiones al haberme desposado contigo.

—¡Esto es increíble! ¿De verdad piensas que disfruto siendo así? —exclamó, señalándose con ambas manos—. Hace semanas que abandoné mi hogar, y ahora estoy en una tierra extraña donde apenas puedo entenderme con nadie más allá de tu familia. No sé cuánto tiempo pasará antes de que me encuentren. Que mi única opción para escapar de esta pesadilla sea casándome con un desconocido, no es, precisamente, lo que soñé para el día de mi boda.

Hizo una pausa, tomando aire para recuperar el aliento.

—Aun así, traté de hacer las cosas bien y me arreglé con esmero, como lo haría cualquier novia. Créeme cuando te digo que desmayarme no formaba parte de mis planes.

Al principio, Alistair no supo qué decir. Frente a él estaba de nuevo la joven orgullosa que había comenzado a conocer, aunque esta vez su enfado no le resultaba en absoluto divertido.

Cuando encontró las palabras, ella ya iba unos metros por delante. Suspiró frustrado y aceleró el paso, sujetándola suavemente del brazo al alcanzarla.

—¡Suéltame! —exigió furiosa, mientras intentaba zafarse. Al ver que no lo conseguía, lo fulminó con la mirada—. ¡Te he dicho que me sueltes!

—¡Cálmate, mujer! —El grito rompió el aire, y ella dejó de revolverse. Pero un leve estremecimiento bajo su mano le reveló que había ido más lejos de lo que pretendía. Al darse cuenta, la retiró de inmediato y, con voz más baja, musitó—: Lo siento. Es solo que… no sé cómo tratar contigo.

Ella lo observó con atención, evaluando cada palabra, cada gesto. Luego enderezó la espalda y, con una firmeza que desmentía su aparente fragilidad, respondió:

—Exijo que me trates con el respeto que merezco. Soy tu esposa, y no es normal que me grites, menos aún el mismo día de nuestra boda.

—Tampoco lo es que te desmayes.

Christine inhaló con fuerza, pero él levantó una mano para adelantarse a la réplica inminente:

—Yo tampoco imaginé así el día de mi boda. Solo te pido un poco de comprensión.

—Y yo te pido que dejes de tratarme como si fuera una pobre inválida. Solo me he desmayado. No es como si me hubiera puesto a llorar y lamentarme delante de tu familia. Además, ¿tan inaudito te parece que una dama desfallezca ante la solemnidad de unas nupcias? Lo verdaderamente extraño es que estemos discutiendo nada más desposarnos. ¿Qué pensarán los demás?

Alistair siguió la dirección de su mirada y notó, con cierto fastidio, la presencia de varios criados que fingían estar enfrascados en sus tareas.

—De acuerdo —respondió, adoptando un tono más conciliador—. Puede que me haya precipitado al juzgarte. Me disculpo por ello.

Christine exhaló un suspiro antes de hablar en un tono similar:

—Reconozco que tampoco sé cómo actuar en estas circunstancias. ¿Deberíamos abrazarnos para que parezca un desliz típico entre recién casados?

Alistair fue a decir algo más, pero cambió de parecer en el último momento.

—Se me ocurre algo mejor, pero necesito que confíes en mí.

Christine lo evaluó de arriba abajo, haciendo un mohín que le pareció encantador, y asintió.

Alistair deslizó una mano por su cintura, atento a cualquier indicio de rechazo que pudiera romper la frágil tregua que estaban formando. Ella se tensó por un instante, pero enseguida se recompuso y, con un gesto casi imperceptible, le indicó que continuara.

Él la atrajo hacia sí, sus cuerpos a un suspiro de distancia. Con la otra mano, trazó un recorrido lento hacia su rostro, deteniéndose un instante antes de seguir. Su esposa seguía inmóvil, la expectación y la reticencia peleando por el control. No podía afirmar que se sintiera completamente cómoda, pero había algo en su forma de tratarla, tan contenida y cuidadosa, que fue disipando el miedo que la dominaba.

Los dedos de Alistair descendieron en una caricia áspera hasta sus labios, donde se detuvo para rozarlos con el pulgar. En un gesto

inconsciente, Christine entreabrió los labios, y un cálido rubor tiñó sus mejillas. Sus reacciones, tan espontáneas y genuinas, despertaron en él un sentimiento de orgullo que apenas pudo contener.

Bajó la cabeza y susurró junto a su oído:

—Espero no defraudaros esta vez, milady.

El intento de protesta quedó ahogado cuando sus bocas se rozaron, un contacto fugaz que la dejó ligeramente desconcertada. Cuando se separaron, lo observó con curiosidad. Ladeó ligeramente la cabeza y, tras un breve silencio, sentenció satisfecha:

—No ha estado mal.

El comentario lo descolocó, pero enseguida recuperó el control, llevándose una mano al pecho con fingida indignación.

—¿Eso es lo único que se te ocurre decir?

Ella sonrió y se encogió de hombros.

—Deberíamos volver. Seguro que se están preguntando si me he vuelto a desmayar.

Aunque sus palabras fueron apenas un murmullo, Alistair las escuchó perfectamente y tuvo que contener la risa. Ofreció su brazo, que Christine aceptó con una naturalidad que no había mostrado antes, y juntos regresaron al castillo.

Al llegar, fueron recibidos de inmediato por el grupo de mujeres. Él se mantuvo a cierta distancia, observándola en silencio. Había algo en su manera de interactuar, un magnetismo que lo intrigaba cada vez más.

Un pensamiento se instaló en su mente:

"Quizá aquello no había sido tan mala idea, después de todo."

Capítulo 3

Poco después, Brìghde y Christine se hallaban en su alcoba. A causa del desmayo, el delicado vestido de la novia se había manchado de lodo, por lo que no tuvieron más remedio que retrasar el inicio del pequeño banquete para ir a buscar algo más cómodo.

Christine se contemplaba en el espejo mientras Brìghde ajustaba los cordones de su corsé. La tensión en los movimientos de su amiga era inconfundible, y aquel semblante serio y callado la inquietaba.

—Estás muy callada —se atrevió a decir tras un momento de duda.

—Estoy concentrada.

—Es solo un nudo, no un arpa —murmuró con ironía.

Brìghde tiró de los cordones con algo más de fuerza, arrancándole un jadeo ahogado.

—¡Cuidado!

—Discúlpame —se excusó, su voz teñida de remordimiento—. No quería hacerte daño.

—¿Se puede saber qué te ocurre?

Brìghde vaciló unos instantes antes de reanudar su tarea con movimientos más medidos.

—Christine, espero que no te lo tomes a mal, pero me preocupa tu repentino cambio de actitud.

—¿Cómo dices?

—Esta mañana —comenzó a decir con cautela—, estabas decidida a darle una lección a mi primo. Horas más tarde, te desmayas por culpa de los nervios y ahora estás tan tranquila.

Christine giró la cabeza hacia ella.

—Hace nada estaba en mi casa, prometida a otro hombre. Ahora me he desposado con un laird y vivo en Escocia, escondiéndome de mi familia. ¿No crees que tantos cambios repentinos podrían alterar el comportamiento de la persona más cuerda?

Su amiga se mantuvo en silencio, y el atisbo de miedo en sus ojos le encogió el corazón. Cogió sus manos entre las suyas y

preguntó con suavidad:

—¿Qué es lo que te preocupa realmente?

—Temo que algo te suceda —confesó con voz trémula.

—No será así, puedes estar tranquila. Alistair parece un buen hombre y… bueno, a juzgar por lo vivido hasta ahora, estoy dejando de percibirlo como una amenaza.

Pero las palabras no parecieron consolarla, y los labios de Brìghde comenzaron a temblar.

—¿Qué ocurre?

Ella exhaló un suspiro profundo, dejando que las lágrimas se deslizaran con libertad por sus mejillas.

—Christine, sabes que eres una de las personas más preciadas para mí, y lo último que deseo es ofenderte.

Christine asintió, dándole el espacio necesario para continuar.

—Temo que esto sea el preludio de algo peor, como… como lo que sucedió cuando estabas ahí.

El silencio que siguió fue denso, cargado de emociones contenidas, hasta que Christine lo rompió con un susurro quebrado:

—Temes que vuelva a intentar quitarme la vida.

Brìghde asintió. Su amiga le limpió las lágrimas con delicadeza. Luego tomó sus manos nuevamente entre las suyas y le habló intentando transmitirle la seguridad que ella misma anhelaba sentir:

—Hubo un tiempo en que la desesperación me llevó a pensar que la muerte era mi única salida, pero ahora esa idea me repugna. Dios os puso a Margaret y a ti en mi camino para recordarme que la vida es un regalo preciado.

Brìghde asintió entre sollozos.

—Tienes razón, pero una parte de mí rechaza la idea de abandonarte de nuevo.

—No me abandonaste entonces, y tampoco lo estás haciendo ahora. Esta vez sé dónde estarás y cómo encontrarte. Nos escribiremos con frecuencia y, en cuanto pueda, iré a visitarte. Te lo prometo.

Se fundieron en un abrazo largo y reconfortante, conscientes de que el vínculo que las unía era inquebrantable.

Brìghde fue la primera en romper el contacto.

—Un momento —dijo con cierta curiosidad—. ¿Qué es eso de "lo que has vivido hasta ahora"?

Christine se ruborizó y bajó la vista. Su amiga carraspeó, exigiendo información.

—Antes de regresar al castillo —confesó, alzando de nuevo el rostro—, me besó una vez más. No me incomodó tanto como temía. Quizá eso sea algo bueno, ¿no?

Christine rodó los ojos ante la expresión ilusionada de su amiga.

—¡Oh, vamos! —protestó Brìghde—. Ya que Thomas anuló cualquier posibilidad de que seamos familia, no me quites la esperanza ahora que eres una MacLeod.

Las palabras encogieron el corazón de la joven, quien respondió con un nuevo abrazo.

—Tú siempre serás mi familia. Que nunca te hagan creer lo contrario.

Brìghde la apretó con fuerza, dejando escapar un pequeño sollozo, al que pronto se unió Christine.

—Bajemos a comer, por favor —imploró esta contra su hombro, intentando aliviar el ánimo de ambas.

Brìghde soltó una carcajada ligera mientras se separaba y asentía con una sonrisa.

Cuando llegaron al comedor privado, los presentes se levantaron de los asientos para recibirlas. Antes de que un vendaval de abrazos y felicitaciones le impidiera ver más allá, Christine recorrió rápidamente la estancia con la mirada, maravillada por lo que habían logrado en tan poco tiempo.

La sala estaba presidida por una gran mesa de madera, marcada por múltiples cortes y el desgaste del tiempo, testigos de su larga vida. En el centro, un camino de mesa verde, con líneas entrelazadas en rojo y detalles amarillos, emblema del clan MacLeod, servía de base para los jarrones repletos de violetas y prímulas. Ramas de lavandas y caléndulas, dispuestas con aparente descuido, se esparcían por toda la superficie, descansando entre los diversos platos que los criados traían con diligencia.

En las paredes colgaban escudos de clanes que se habían unido a la familia a lo largo de los años, intercalados con retratos antiguos

cuyos rostros parecían observar desde otra época. La tenue luz de los candelabros y las velas, distribuidos estratégicamente, envolvía el ambiente en una mezcla de austeridad y calidez. En un rincón de la estancia, un grupo de músicos tocaba melodías suaves, cuyas notas parecían flotar en el aire, añadiendo un toque de elegancia y serenidad a la escena.

Alistair se levantó de la mesa y se acercó a ellas. Brìghde lo saludó con un leve asentimiento antes de retirarse.

—Es magnífico —suspiró Christine, maravillada—. No alcanzo a imaginar lo que lograríais disponiendo de más tiempo.

—La próxima vez que organicemos un evento, lo sabrás —respondió él, exhibiendo una sonrisa orgullosa antes de añadir con un toque de diversión—. Aunque no sé si seguirás opinando lo mismo cuando seas la encargada de hacerlo.

Christine evaluó la habitación antes de responder con gesto decidido:

—No lo dudes.

—Es un alivio ver que te adaptas tan rápido a las responsabilidades de tu nuevo hogar. Parece que ya te encuentras mejor.

Ella arrugó ligeramente la nariz con un aire de fastidio.

—Lo estoy, pero es una pena que haya echado a perder el otro conjunto.

Alistair la observó de arriba abajo, incapaz de contener la nota de descaro.

—Este también te sienta de maravilla.

Christine parpadeó, sorprendida por el comentario. Intentó disimular el rubor que asomaba en sus mejillas con una leve reverencia y respondió en un tono que buscaba parecer despreocupado:

—Muchas gracias, milaird.

Haciendo un esfuerzo por no sonreír ante su reacción tan inocente, Alistair alzó la mano en un gesto cortés, invitándola a sentarse a la mesa, y se apartó ligeramente para dejarla pasar.

Desde el otro lado, Brìghde observaba a la pareja tomar asiento junto a Rowena. Ailsa y Malcolm se habían acomodado enfrente,

custodiados por sus abuelos, quienes los entretenían con sus historias. Las risas y las voces de los demás llenaban el comedor, ofreciendo un manto de ruido que amparaba su conversación en voz baja.

—¿Cómo ha ido? —susurró Kieran.

—Dice que estará bien —respondió Brìghde, mientras sus dedos tamborileaban sobre la superficie de la mesa.

—¿Entonces, por qué estás tan nerviosa?

—Porque siento que algo no encaja. La conozco desde siempre y nunca la había visto así.

—¿Así cómo?

—Así de… voluble. Temo que dejarla aquí pueda empeorar de nuevo su estado.

Su esposo apretó suavemente su muslo, evitando rozar la zona de la cicatriz.

—*Mo ghràdh*, mírame —sus ojos se encontraron, hallando una calma que solo él podía ofrecerle—. Deja de culparte por lo que otros hagan. Cada cual es dueño de sus actos; quien diga lo contrario es un mentiroso o un necio que rehúye la verdad.

Brìghde exhaló el aire retenido y posó la mano sobre la de él.

—Lo sé, pero no puedo evitar pensar que cualquier día de estos la volveré a perder. Me recuerda tanto a su madre…

Kieran le dedicó una mirada cargada de comprensión.

—Sé cuánto la amas, pero no puedes controlarlo todo. Su destino no está en tus manos.

Desde el otro lado, Rosemary intervino en un susurro:

—Es una mujer fuerte. Se merece, al menos, la oportunidad de confiar en ella.

Brìghde asintió lentamente, aunque el miedo aún seguía latente. Echó otro vistazo a su amiga, quien le devolvió una sonrisa dulce, tan familiar que, por un momento, logró calmarla.

Conforme la comida llegaba a su fin, los músicos comenzaron a interpretar canciones más animadas. Al principio, Christine optó por mantenerse sentada, esforzándose por mantener un porte sereno. Cuando algún pensamiento traicionero amenazaba con irrumpir,

volvía a centrar su atención en las notas, jugando a distinguir el ritmo de la melodía y las peculiaridades de su composición.

Las canciones escocesas no le eran ajenas; había asistido a muchos de los eventos que los Sinclair organizaban en su hogar, y aquellos sonidos despertaban en ella recuerdos cálidos, de noches llenas de risas y danzas. Guiada por una extraña sensación, desvió su atención hacia un extremo de la pista improvisada.

Alistair, quien hasta ese momento estaba dando indicaciones a uno de sus hombres, giró la cabeza en su dirección. Christine lo observó poner fin a la conversación y encaminarse hacia ella. En respuesta, se enderezó en el asiento y carraspeó suavemente.

—¿Las melodías no son de tu agrado?

Christine torció el gesto, sorprendida por la pregunta. Sin embargo, él lo interpretó como una afirmación.

—Enseguida pediré que toquen algo más acorde a tus gustos.

—¿A mis gustos?

—Sí, claro. Algo más propio de tu tierra.

Christine se reclinó ligeramente hacia atrás, marcando la distancia entre ambos con el gesto.

—¿Qué problema hay con las que tocan?

—Es obvio que algo pasa. De lo contrario, no estarías aquí sentada con ese gesto taciturno.

—¿Disculpa?

Entrecerró los ojos con una chispa de irritación.

—La música se puede disfrutar de muchas maneras, no solamente bailando.

Alistair volvió a estudiarla. Ahora que se fijaba mejor, no parecía incómoda en absoluto. Consciente de que había vuelto a malinterpretar la situación, buscó cómo salvar la situación, optando por el único recurso que parecía funcionar:

—¿Será que no sabes bailar?

Se arrepintió en el mismo momento en que terminó de pronunciar la pregunta. Christine levantó la barbilla con altivez, apretando los labios en un gesto que ocultaba su disgusto tras una máscara de orgullo.

—¿Acaso dudas de mi formación? —acusó en un tono bajo.

Podía llegar a comprender que pensara que era débil al verla perder el conocimiento; después de todo, no se conocían con anterioridad. Pero insinuar que carecía de algo que su madre le había inculcado con tanto esmero era una ofensa imperdonable. El recuerdo de Anne intensificó su molestia, pues el dolor por su ausencia seguía siendo una herida abierta, más aún en momentos como aquel.

—Yo no…

Alistair detuvo su discurso al verla incorporarse del asiento con una determinación inesperada. Había algo en la tensión de su mandíbula y el brillo desafiante de sus ojos que lo intrigó.

—Bailemos, pues.

No esperó respuesta alguna. Avanzó decidida hacia el centro de la pista, dejándolo tan perplejo que no tuvo más remedio que seguirla.

Al percatarse de su intención, el resto de la familia se apartó hacia los márgenes. Los músicos se miraron, poniéndose de acuerdo antes de comenzar a tocar una melodía que Christine reconoció al instante.

Cuando el compás lo indicó, avanzó con elegancia hacia Alistair. Sus pasos resonaron suaves sobre el suelo de piedra, cada uno medido con precisión. Él la recibió con ambas manos extendidas, y ella aceptó el gesto con un movimiento grácil que no solo terminó de desconcertarlo, sino que despertó un destello de admiración en su expresión.

La danza comenzó con movimientos calculados, formando pequeños círculos. Christine mantenía la barbilla alta y la vista fija en Alistair, sus ojos desafiantes, mientras él intentaba igualar su intensidad.

—No sabía que conocías este baile.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí.

El intercambio provocó algunas risas discretas entre los espectadores, pero ellos permanecieron absortos en su tarea. Con cada giro y cambio de dirección, Christine sintió como la música suavizaba la tormenta de emociones en su interior. Sus movimientos,

inicialmente rígidos y tensos, pronto comenzaron a fluir con una naturalidad que hacía tiempo no experimentaba.

La música la envolvió, transportándola a un lugar donde solo existían el compás y las notas. Cerró los ojos por un breve instante, permitiéndose disfrutar del momento. Cuando los abrió de nuevo, no había desafío en sus ojos, sino una calma inesperada.

Alistair, que hasta entonces había estado concentrado en seguirle el ritmo, aprovechó el cambio para tomar el control del baile. Ella se dejó llevar, completamente absorta en el momento.

El baile concluyó con un giro final. Christine, ligeramente agitada, alzó la vista hacia él, encontrándose con su intenso semblante. Por un instante, el mundo pareció detenerse, los ecos de la música y las risas de fondo quedando relegados a un segundo plano.

El aplauso del público irrumpió, trayéndolos de vuelta a la realidad. Fergus se acercó para felicitarla por sus habilidades y ella aceptó encantada el cumplido, aunque no pudo evitar lanzar miradas furtivas a su nuevo esposo, quien la observaba con un destello de orgullo en los ojos.

El resto de la velada transcurrió entre bailes y conversaciones. Fergus y Maeve se retiraron al poco tiempo, alegando el cansancio acumulado tras los recientes acontecimientos. Más tarde, Rosemary y Rowena hicieron lo propio, llevándose consigo a unos Ailsa y Malcolm que protestaban con fervor por aquella decisión.

Cuando Brìghde emitió un bostezo disimulado, Christine, cuyo buen humor había ido menguando conforme los demás se retiraban, sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

—Tranquila —murmuró su amiga.

—¿Tanto se me nota?

—No te avergüences por ello. Estar nerviosa la noche de tu boda es lo más natural del mundo.

Christine exhaló profundamente y alzó la vista hacia Brìghde, sus ojos a duras penas conteniendo las lágrimas.

—Mujer, que tampoco vas a ir a batallar —intentó bromear su amiga.

—Lo sé. Los hombres marchan a la batalla con temor, pero orgullosos de servir a su patria. Yo compartiré lecho con un hombre

al que dejaré de pertenecer al cabo de un año. No tienen comparación, ¿no crees?

—Nadie ha hablado de consumar el matrimonio.

—Brìghde, vamos a dormir juntos —susurró, cada vez más inquieta—. ¿Qué crees que pasará?

—Es normal que sientas temor, pero vuelvo a decírtelo: Alistair no te obligará a nada que no quieras hacer.

—¿Cómo puedes estar tan segura? —la cortó, su voz temblando mientras luchaba por mantener la calma—. Los hombres suelen ser distintos cuando creen que nadie está mirando.

La pregunta pilló a Brìghde por sorpresa, y se tomó un momento para estudiar mejor a su amiga. Su rostro, más pálido que de costumbre, reflejaba un miedo que nunca antes había visto en ella. Una pregunta comenzó a formarse en su mente, y luchó por mantener la calma antes de hablar:

—Christine, ¿ha pasado algo desde que me fui?

Esta no respondió de inmediato. En lugar de eso, sostuvo su mirada, leyendo la preocupación que se reflejaba en sus ojos. Finalmente, negó con suavidad, optando por el silencio antes que alimentar sus temores.

Para su alivio, la respuesta fue un abrazo cálido y silencioso.

Se mantuvieron así hasta que Christine logró calmar su respiración. Al separarse, Brìghde limpió con delicadeza una lágrima que descendía por su mejilla y susurró:

—Confía, Christine, aunque te cueste. La vida te ha dado una segunda oportunidad.

Capítulo 4

—Bien, aquí estamos —murmuró para sí misma.

Sentada en el lateral de la cama, la joven MacLeod se esforzaba por mantener las manos quietas en su regazo. De vez en cuando luchaba contra el impulso de morderse las uñas, un hábito infantil que, con los años, había logrado abandonar. Sin embargo, esa vieja costumbre solía resurgir en los momentos más tensos, como el que estaba a punto de enfrentar. Antes de finalizar la velada, le había pedido a Alistair unos momentos para sí misma, y él había accedido sin dudarlo. Por la expresión de su rostro, sospechaba que él tampoco se sentía del todo cómodo en su papel. Ese pensamiento, sorprendentemente, ayudó a apaciguar sus nervios.

—Confía —se repitió.

Observó la habitación con más detenimiento. Varias alfombras cubrían el suelo de piedra, creando una sensación de calidez que contrastaba con las paredes desnudas. La estancia estaba presidida por una cama de tamaño considerable, cuyas cortinas oscuras conferían un aire solemne. En una de las paredes había dos ventanas altas y estrechas, cerradas en ese momento. Bajo una de ellas se encontraba una cómoda de pino, acompañada de un arcón del mismo material. Frente a ella, la robusta puerta de roble parecía custodiar su privacidad.

A la derecha, un pequeño espejo descansaba sobre un escritorio sencillo que hacía las funciones de tocador. Giró la cabeza hacia el hogar, donde el fuego ardía con fuerza. La luz vacilante de las llamas y las velas proyectaba sombras que se deslizaban por las paredes. El crepitar de la leña, aparentemente caótico, adquiría un ritmo hipnótico que solía calmarla. Esa noche, sin embargo, sus inquietudes parecían inmunes a su efecto.

Un suave toque en la puerta la sacó de sus pensamientos. Dio permiso, y una joven doncella cruzó el umbral antes de cerrar con cuidado. Alta y esbelta, llevaba el cabello castaño recogido en una

trenza que terminaba enrollada en la base de la nuca. Cuando alzó la vista del suelo, su rostro mostró una expresión afable.

—Buenas noches, milady.

—Buenas noches, Màiri —la saludó a su vez, curvando ligeramente las comisuras en un intento de sonrisa.

Aunque la criada que la había atendido hasta entonces había demostrado gran esmero en sus tareas, se alegraba de que Màiri fuese su nueva doncella personal. Era una de las pocas personas del servicio que hablaba inglés, un detalle que ahora agradecía profundamente.

Al llegar a Culzean, no le sorprendió que la mayoría de los habitantes no comprendieran su lengua. Aunque tenía buena formación y su hogar se hallaba en una región fronteriza, ella misma apenas conocía algunas palabras sueltas y expresiones en gaélico que Brìghde le había enseñado a lo largo de los años.

Como invitada en tierras ajenas, se había esforzado por aprender algo más durante las últimas semanas. Sin embargo, ahora las cosas eran diferentes. Ya fuera continuando su matrimonio con Alistair o partiendo hacia Ròscreag, donde sus amigos le ofrecieron un refugio seguro, sabía que debía aprender el idioma.

Se mantuvo callada mientras Màiri deshacía los cordones de su atuendo, aguardando el momento oportuno para encontrar las palabras con las que expresar su propósito.

—Hablas inglés con mucha soltura —dijo al fin—. No esperaba encontrar a alguien aquí que pudiera entenderme tan bien.

—Soy hija de mercaderes, milady. Mis padres viajaban constantemente entre Escocia e Inglaterra. Crecí aprendiendo ambos idiomas para ayudarles con los negocios.

—¿Y cómo terminaste aquí?

La doncella detuvo su tarea y tragó saliva antes de responder:

—Hace unos años, nos asaltaron unos bandidos de la zona. Madre falleció y padre quedó gravemente herido. Él siempre decía que los MacLeod eran buenos protectores, y así fue: el clan nos ofreció un hogar seguro.

—Lo siento mucho. No pretendía hacerte revivir tales sucesos.

—No os preocupéis, soy yo la que ha decidido contaros mi historia. Lamento si esto os ha causado alguna incomodidad.

—¡Claro que no!

Se giró sobre sí misma hasta quedar frente a Màiri y le tomó las manos.

—Jamás te sientas mal por desahogarte conmigo. Me gustaría que entabláramos una bonita relación y, con el tiempo, pudiéramos ser amigas.

—Gracias —respondió en un hilo de voz.

Christine asintió y volvió a preguntar, en un intento por desviar la conversación:

—¿Con qué comerciabais?

Màiri le dedicó una última mirada agradecida y retomó la faena.

—Sobre todo con telas, milady. Lana y paños finos. Eran de una calidad excepcional.

Pronto, la conversación tomó otro rumbo, y para cuando quedó vestida únicamente con el camisón, ambas hablaban con más soltura y confianza.

Mientras le cepillaba el cabello, Christine observaba a la doncella a través del espejo.

—Màiri, ¿puedo pedirte un favor?

—Lo que deseéis, milady.

Vaciló unos segundos antes de continuar:

—¿Me enseñarías gaélico?

La sorpresa en su rostro no tardó en transformarse en una sonrisa cálida.

—Será un honor, milady.

Christine se relajó y le devolvió un gesto similar.

Màiri terminó de cepillarle el cabello en un silencio cómplice, sin necesidad de palabras.

Antes de salir de la estancia, sacó un pequeño frasco del bolsillo y lo dejó con cuidado sobre la mesa.

—Si me permitís el atrevimiento, me gustaría haceros un regalo.

Sorprendida, Christine abrió el frasco e inhaló el aroma. Sus ojos se abrieron de golpe al reconocerlo.

—¿De dónde lo has sacado?

—Además de telas, mi familia también comerciaba con perfumes. Quise traeros un obsequio en honor a vuestro enlace. Lady Brìghde me ayudó a elegirlo.

—Muchas gracias —dijo con voz entrecortada.

Halagada por su reacción, la doncella hizo una última reverencia y abandonó el lugar.

Christine se colocó unas gotas del perfume en las muñecas y las llevó a la nariz. La fragancia trajo consigo los recuerdos de aquellos momentos tan escasos, pero preciosos, en los que su madre terminaba de prepararla para el baile al que acudirían aquella noche.

"El secreto de una dama no está en lo que muestra, sino en lo que insinúa", solía decirle mientras le ponía unas gotas de aceite de rosas.

Antes de que la melancolía la llevara por el derrotero del llanto, se prometió en silencio honrar sus enseñanzas y convertirse en la esposa que siempre aspiró a ser.

Más tranquila, ocupó su sitio en el borde de la cama, sin evitar frotar un trozo arrugado del camisón entre los dedos. De fondo, el hogar crepitaba con la misma intensidad, ajeno a sus preocupaciones.

Unos nuevos golpes, cortos y secos, la enderezaron. Con el corazón latiéndole con fuerza, tragó saliva y dio permiso para que pasaran.

—Confía —se repitió una última vez, antes de que su esposo entrara en la alcoba.

Capítulo 5

Si algo había caracterizado a Alistair a lo largo de su vida, era su sensibilidad. Empatizar con los demás, ya fueran personas o animales, era algo natural para él.

En incontables ocasiones había recogido pequeños roedores o pájaros heridos, que llevaba al interior del castillo para cuidar. Cuando su familia descubrió el creciente número de animales, algunos de ellos ya sin vida, intentaron frenar sus impulsos samaritanos. Pero él, fiel a su naturaleza, no se rindió; aprendió a ocultarlos en rincones discretos.

La situación escaló cuando los olores de los animales putrefactos comenzaron a invadir el castillo, forzando a los criados a revolverlo todo para dar con el origen de aquel hedor.

Finalmente, el pequeño Alistair no soportó más el sufrimiento que provocaba en quienes lo rodeaban y acabó confesando. Desde ese momento, sus padres comprendieron que debían encauzar su altruismo de un modo que no pusiese en riesgo el bienestar común.

Pero este rasgo, tan encantador en la infancia, pronto entró en conflicto con las expectativas puestas sobre él: su destino era liderar el clan, y debía prepararse para ello.

Por eso, cuando no estaba ayudando a los demás, dedicaba su tiempo a practicar, tanto en el combate cuerpo a cuerpo como en el manejo de la espada. El joven no se esforzaba por el futuro del clan, sino por el orgullo reflejado en los ojos de su padre.

Conforme crecía, el entrenamiento esculpió su ya favorecida complexión y le otorgó una notable destreza en el campo de batalla.

Estas cualidades, junto a su inclinación natural a evitar conflictos y buscar el bienestar ajeno, le conferían habilidades poco comunes, ideales para liderar. Aunque siempre había disfrutado de las bromas, aprendió a afilarlas como un arma sutil, eligiendo cuidadosamente sus palabras para evitar posibles confrontaciones.

Sin embargo, cuando la situación lo requería, mostraba una fortaleza firme e implacable para defender a su familia.

La prematura muerte de Ciarán en el campo de batalla le brindó a Alistair su primera revelación:

Por más que supiera pelear, jamás podría proteger del todo a quienes amaba.

Se convirtió en el heredero directo de Fergus, un papel para el que aún no se sentía preparado.

En los meses siguientes, las repentinas responsabilidades que había adquirido lo llevaron a forjar una coraza de dolor y rabia, tan dañina como indispensable. La calma habitual que lo caracterizaba desapareció, reemplazada por una impulsividad que lo llevaba a enzarzarse en peleas ante la menor provocación. Su lengua dejó de refrenarse, y sus comentarios se volvieron tan cortantes como su espada.

Su único consuelo era su prometida.

Alistair no necesitaba esforzarse para amar, era algo tan natural en él como respirar.

Cuando sus padres le anunciaron el compromiso con Morgana, una joven de buena familia a quien apenas conocía, no opuso resistencia. Estaba seguro de que, con el tiempo, acabaría queriéndola.

Y así fue.

El carácter encantador de Morgana, su confianza, su risa fácil, pero medida, le hicieron pensar que su destino no solo era aceptable, sino afortunado.

Al fallecer Ciarán, se aferró a ella como un náufrago a una tabla en alta mar.

Cuando Morgana rompió el compromiso de forma abrupta, Alistair alcanzó su segunda revelación:

Por más que amara, jamás sería amado con la misma intensidad.

Desde entonces, se prometió que solo sufriría por su familia y por su buen amigo Kieran, que jamás se apartó de su lado.

Cuando Brìghde, la persona que más le había comprendido desde que tenía uso de razón, regresó de Inglaterra, tuvo su tercera revelación: la actitud taciturna de esta, sus comentarios mordaces y las miradas vacías que dirigía a su entorno le hicieron comprender cuán fácil era herir a quienes amaba, incluso sin proponérselo.

Poco a poco, arropado por la presencia de sus seres queridos, Alistair fue abriéndose a los demás, permitiéndose disfrutar de nuevas experiencias.

Por eso, cuando Brìghde y Kieran le propusieron contraer matrimonio con lady Hawthorne, la idea, que en un principio le pareció descabellada, terminó cobrando sentido. Era una noble de alta cuna, con unos modales que solo podían describirse como exquisitos, lo que la convertía en la mujer ideal para alguien de su rango social. Que fuese inglesa y no hablara gaélico suponía un desafío, pero no era algo que le preocupase sobremanera.

En definitiva, Christine le ofrecía exactamente lo que necesitaba en ese momento: calma y estabilidad para reorganizar su caótica vida.

Entonces… ¿por qué sentía aquel desasosiego?

Capítulo 6

De pie en el umbral, Alistair la observaba de un modo desconcertante. Había algo en su mirada —una mezcla de curiosidad y una emoción que no lograba descifrar— que la dejó inmóvil. El silencio que se extendía entre ellos fue haciéndose más denso, cargando el ambiente con una presión sofocante.

Finalmente, Alistair sacudió la cabeza casi imperceptiblemente y cerró la puerta, asegurándola con el pestillo. Para cuando se giró hacia ella, su expresión parecía más relajada, pero Christine captó el matiz de nerviosismo en su voz.

—¿Qué tal estás? —preguntó, sin separarse de la puerta.

—Bien, ¿y tú? —respondió con brusquedad.

El laird avanzó con cautela, atento a cada gesto de ella, hasta detenerse a escasos pasos. Intentó mostrarse cortés, pero la imagen que tenía ante sí avivó su curiosidad. A pesar de lo holgado del camisón, este dejaba entrever las curvas más pronunciadas de su figura, despertando en él una sensación conocida que reprimió por respeto.

Consciente del escrutinio al que estaba siendo sometida, Christine hizo un esfuerzo por mantenerse erguida, aunque no pudo evitar el calor que le subía a las mejillas.

Alistair echó un vistazo a la cama antes de preguntar:

—¿Cómo prefieres hacerlo?

Ella parpadeó, perpleja.

—No lo sé —admitió, completamente ruborizada.

—Yo tampoco —respondió, encogiéndose de hombros.

—¿Cómo que no…? Pensaba que tú… que tú sabrías qué hacer.

—¿Y eso por qué?

—Bueno, eres un hombre —bajó la vista al suelo, incapaz de pronunciar aquellas palabras de otro modo—. Imaginé que ya habrías pasado por esto.

—No, jamás me he encontrado en semejante situación. Te lo aseguro.

Christine enarcó una ceja, sorprendida por la confesión, y su primer impulso fue examinarlo mejor.

Bajo la luz de las velas, su figura parecía más imponente, y la barba que antes había considerado demasiado prominente ahora adquiría un matiz completamente nuevo, despertando en ella sensaciones inquietantes. Poco sabía de los actos conyugales, pero le sorprendía que un hombre como aquel tuviese la misma o menos experiencia que ella. No solo eso, sino que además parecía esperar que fuese ella quien tomara la iniciativa. Un pensamiento cruzó brevemente su mente, y el nerviosismo inicial dio paso a una mezcla de inseguridad e indignación.

—¿Te estás burlando de mí? —acusó, cruzándose de brazos.

—¿Cómo?

Christine apretó los labios.

—¿Acaso dudas de mi honor?

—¿Pero qué estás diciendo?

—Disculpa mi atrevimiento, pero me resulta poco creíble que no hayas yacido con otra antes, y mucho más que insinúes que yo sí.

La comprensión cruzó el semblante de Alistair y se cubrió el rostro con una mano.

—Esto es ridículo.

Aquel comentario fue el tirón final del frágil hilo que sostenía su calma. La incomodidad de la situación, la confusión de sus pensamientos y la incertidumbre acumulada se tradujeron en palabras antes de que pudiera detenerlas:

—¿Te parezco ridícula? —preguntó, señalándose con ambas manos mientras daba un paso hacia él—. Aquí estoy, vestido solo con este camisón, sin saber qué esperas exactamente de mí, y lo único que acude a tu mente es "ridículo"?

Alistair avanzó unos pasos mientras le hacía un gesto para que bajara la voz.

—No me refiero a ti —aclaró en un tono bajo, casi ronco, y alzó los brazos señalando la estancia—. Me refiero a esto.

Viendo que ella no reaccionaba, intentó explicarse mejor:

—Dado lo inusual de la situación, creo que lo correcto es que seas tú quien ponga los límites.

Esta vez fue ella quien lo comprendió. La indignación se esfumó, y se cubrió el rostro con ambas manos, avergonzada, mientras murmuraba algo ininteligible.

Alistair la observó en silencio, tratando de descifrar sus palabras. Finalmente, una sonrisa ligera curvó sus labios al intuir lo que ocurría. Reprimiendo una risa, le apartó las manos con suavidad para que lo mirara. Aunque ya imaginaba la respuesta, preguntó con un destello de provocación:

—¿Qué es lo que habías entendido exactamente?

Quiso ocultar de nuevo el rostro, pero él sujetó sus manos, negando con la cabeza. Viendo que no la soltaría hasta obtener una respuesta, acabó confesando en un hilo de voz, mientras su piel adquiría un tono escarlata:

—Pensé que querrías consumar el matrimonio.

Alistair exhaló un suspiro, pero no soltó sus manos. En vez de eso, afianzó el agarre y la invitó a sentarse en la cama, junto a él. Ella obedeció, todavía confundida.

—¿Esto no será por el beso de antes? Pensé que habíamos acordado dar la impresión de ser una pareja real.

Christine se removió ligeramente en el sitio.

—No. Quizás el temor a lo desconocido haya actuado en mi contra. No te conozco de nada y…

—No te fías de mi palabra.

Ella volvió a mover la cabeza en señal de negación.

—Pareces un hombre íntegro, pero, ahora que estamos desposados, no puedo saber si tus intenciones han cambiado.

Alistair volvió a mirarla con semblante serio, esforzándose por transmitirle la seguridad que tanto parecía necesitar.

—Quiero que entiendas algo muy claro: jamás haré nada en contra de tu voluntad.

Guardó silencio unos momentos, dejando que sus palabras calaran.

—Eres una mujer de gran belleza, y no dudo que cualquier hombre estaría orgulloso de llamarte su esposa.

Ella apartó la mirada, pero él alzó su barbilla con delicadeza, obligándola a enfrentarse a sus ojos.

—Este acuerdo tiene una fecha de fin, pero si en algún momento decidimos ir más allá y quedases en cinta, nuestro hijo será legítimo y tú continuarás siendo mi esposa.

Aquellas palabras aliviaron un peso que ella ni siquiera sabía que cargaba. Una lágrima traicionera escapó de sus ojos, y él la limpió con el pulgar, un gesto que, lejos de incomodarla, logró que se relajara por completo.

—Hay algo que no comprendo, Alistair. ¿Qué obtienes tú de este pacto?

Él retiró la mano con gesto pausado, el calor de su piel aún grabado en su memoria.

—¿Conoces el lema de nuestro clan?

Christine arrugó ligeramente la nariz, intentando recordar.

—He visto los tapices, pero he de confesar que no me fijé en lo que ponía debajo.

—Muy mal, lady MacLeod —la regañó con una chispa de diversión.

Sacó con cuidado el broche dorado que sujetaba su plaid y lo colocó en sus manos. Christine trazó con los dedos el diseño de los lobos y el cáliz grabados en el metal.

—*"Honor, lealtad, hogar"* —recitó con solemnidad—. Esos son los valores que definen a un MacLeod. Honramos nuestras palabras y actos, mostramos lealtad a quienes amamos y, si cumplimos ambos, encontramos un verdadero hogar.

—Es hermoso —susurró emocionada—. ¿Y el cáliz? ¿Qué simboliza?

—¡Ah! —respondió, alzando las manos—. Eso es un misterio que tendrás que resolver por tu cuenta.

Christine inclinó ligeramente la cabeza. Sus labios se curvaron apenas, pero en sus ojos comenzó a asomar una chispa de diversión.

—¿Un desafío, milaird?

Alistair esbozó una sonrisa antes de continuar:

—Cuando Brìghde me pidió que te ayudara, debo confesar que tuve mis dudas. No quería poner en riesgo la seguridad de mi gente, pero tampoco podía abandonarte a tu suerte. Después de

reflexionarlo, creo que podemos formar un buen equipo. Por lo que tengo entendido, sabrás desempeñarte en las labores propias de una señora del castillo y, a cambio, recibirás mi protección. Un hogar estable no solo protege a quienes viven en él, sino que también inspira confianza en aquellos que dependen de su fortaleza. Si nos mostramos como un matrimonio unido, nuestra gente se sentirá más segura bajo mi mando, lo que reducirá las tensiones internas y me permitirá centrarme mejor en los asuntos del clan.

—Comprendo.

Volvió a instalarse el silencio, pero en esta ocasión ya no era incómodo ni inquietante, sino un símbolo del vínculo que parecía emerger entre ellos.

Alistair echó un vistazo a la cama.

—Ahora zanjemos esto de una vez por todas.

Se puso de pie, gesto que Christine imitó, curiosa. Desdobló las mantas con cuidado hasta dejar la sábana blanca a la vista y, ante la mirada atónita de su esposa, se pinchó la yema del dedo índice con el extremo afilado del broche.

—¡¿Has perdido el juicio?! —exclamó horrorizada.

—Cálmate, mujer —susurró.

Dejó caer unas gotas de sangre sobre la sábana, creando pequeñas manchas, y limpió su dedo con un trozo del plaid.

—¿Por qué?

—Porque si las criadas no ven esto, empezarán a hablar, y estoy seguro de que no queremos darles razones para hacerlo.

Christine observó las manchas, aun procesando lo sucedido.

—Esto es… inesperado.

Alistair se encogió de hombros, como si fuera lo más lógico del mundo, y volvió a colocar el broche en sus manos.

—Considéralo mi primer presente. Cuando las dudas te acechen, recuerda lo que hemos hablado esta noche.

Capítulo 7

El sol aún no había despuntado, pero la inminente partida de los MacGregor había puesto en marcha al castillo desde hacía horas.

Tras comprobar que Christine estaba más tranquila, Alistair insistió en que pasaran más tiempo juntos, con la esperanza de que dejase de tenerle tanto miedo.

Lo que él no sabía era que, desde hacía meses, nunca estaba sola.

Una presencia oscura se había instalado en su mente, una voz que le recordaba a cada momento que nunca estaría a salvo. Cuando comenzaba a confiar en él, esa presencia le susurraba que todo era una actuación; cuando le aseguraba que no la tocaría sin su permiso, la voz le decía que lo haría igualmente.

Así, entre un esperanzado Alistair y una desconfiada Christine, el tiempo fue pasando, hasta que el sueño acabó por vencerles.

Unas horas más tarde, la joven dama despertó con fuerzas renovadas. Su futuro seguía siendo incierto, pero por el momento estaba a salvo en Culzean, y lo más importante: había encontrado un propósito. Sabía que no sería tarea fácil; que el laird se hubiese desposado con una inglesa no era algo que, en tiempos tan tumultuosos, fuese del agrado de todos. Pero estaba convencida de que, con el tiempo, se ganaría la confianza de su gente. Al fin y al cabo, para eso la habían preparado.

Lo que no había previsto era la escena que se desarrollaba ante ella en ese momento: su hermano y su mejor amiga discutiendo a plena voz delante de todos. Desde que divisó el estandarte de su familia, su mente había volado a otro lugar, intentando protegerse del caos que vivía. No recordaba haber hablado con Thomas al principio, ni cómo la había mirado. Todo fue como un mal sueño, hasta que su propio grito la devolvió a la realidad.

Thomas podía ser muchas cosas: orgulloso, obstinado y, en los últimos meses, Christine incluso dudaba de que alguna vez la

hubiese amado de verdad. Pero, aun así, seguía siendo su hermano, y no iba a permitir que le hicieran daño.

El roce de Alistair en su espalda logró calmar, al menos en parte, el miedo atroz que la atenazaba.

—Alistair, por favor —imploró sin apartar la vista de la escena.

Kieran tenía a su hermano sujeto por el cuello, y este iba perdiendo color con cada segundo que pasaba. Al no obtener respuesta, Christine le lanzó un vistazo. Él observaba la escena con gesto fijo y calculador, atento a cualquier movimiento.

"Lo matarán", le susurró la voz. "Y tu esposo no hará nada para impedirlo".

Christine comenzó a temblar.

A pesar de mantenerse centrado en la escena, Alistair notó su cambio. Con movimientos lentos y firmes, comenzó a frotarle la espalda, transmitiéndole un calor constante que parecía calmar las olas de miedo que la invadían.

Fue entonces cuando algo cambió. Una nueva voz emergió, más débil, pero lo bastante clara como para aferrarse a ella.

"Confía".

Y eso hizo. Pronto, Kieran aflojó el agarre.

Aquella débil voz se hizo un poco más fuerte.

—Se acabó. ¡Christine, nos vamos ya! —la voz autoritaria de Thomas sonó quebrada, pero eso no impidió que le produjera escalofríos.

—La dama no va a ir a ningún lado —replicó Alistair.

Volteó el rostro hacia él, sorprendida por su tono, carente de emoción. Lo observó avanzar hacia Thomas con una calma fingida, y sintió que las náuseas la invadían cuando lo escuchó decir:

—El esposo de Christine MacLeod.

La decepción en el rostro de su hermano fue como un golpe directo al pecho. Sintió el nudo en la garganta apretarse, pero esta vez se aferró a las palabras que resonaban en su mente: *"Christine MacLeod"*.

Ya no era Christine Hawthorne; ahora su deber era con otro.

No había vuelta atrás.

"Mentirosa", susurró la voz, arrastrando la palabra como un reproche. Mientras Christine luchaba contra sus propios demonios, Thomas se acercó a ella, la rabia y la desesperación reflejadas en su rostro:

—Qué conveniente, hermana. Veo que tus lecciones sobre modestia y virtud no te han pesado demasiado en tus nuevas decisiones.

Lejos de amilanarse, el temor por lo que le podría suceder si continuaban así fue más fuerte.

—Thomas, basta ya.

"Lo matará, y tú serás la siguiente".

—Por tu bien, vuelve por donde has venido y déjanos en paz.

El breve silencio que siguió le pareció eterno. Thomas la observó con una mezcla de rabia contenida y algo más oscuro, algo que no logró descifrar.

—Como desees, milady —murmuró finalmente, entrecerrando los ojos.

Christine sintió cómo el temblor volvía a apoderarse de ella, pero el abrazo firme de Alistair la ancló al presente. El calor de su contacto se extendió por su cuerpo, silenciando, aunque fuera por un instante, la sombra que la acechaba. Y en su lugar, aquella voz tranquila se hizo más nítida:

"Confía, todo irá bien".

—Volveré —prometió Thomas.

No tenía dudas de que lo haría. Aguantó todo lo que pudo, pero cuando los ingleses desaparecieron en el horizonte, aquella amenaza velada la alcanzó con toda su fuerza y rompió a llorar.

—Oh, querida, no llores —le dijo Brìghde, abrazándola—Ya ha pasado todo, estás a salvo.

—No —consiguió decir, entre hipidos—. Ahora es peor. Sabe dónde estoy y volverá, quién sabe con cuantos más.

—Thomas no es estúpido. Por muy importante que seas para él, no iniciará una guerra para llevarte a Inglaterra.

Christine levantó la cabeza de su hombro, empapado por las lágrimas. Miró a su amiga y a Rosemary y Rowena, quienes se

habían colocado a su alrededor, como un escudo contra el mundo exterior.

—Sé que acaba de suceder y es normal que estés afectada —añadió Rosemary—, pero míralo desde otra perspectiva: ya no pensarás más en si vendrá o no. Ha venido, y hemos estado todos aquí para apoyarte.

—¿Y si vuelve con más hombres?

—Querida —intervino su suegra—. Es comprensible que sepas poco sobre nuestro clan, pero te aseguro que tenemos la fuerza suficiente para combatir cualquier ejército que se acerque.

—Y no olvides a los MacGregor —añadió Brìghde, alzando la barbilla con orgullo.

—Dios mío… lo último que quería era poneros en peligro.

Ocultó el rostro entre las manos, pero las mujeres comprobaron aliviadas que las lágrimas empezaban a ceder.

—Pensé que podría lidiar con ser la esposa de un laird, pero, después de esto, la esperanza de que me aceptasen se ha esfumado. Nadie confiará en una mujer que ha traído a un vizconde inglés enfadado a su puerta.

—Tu desconfianza podría interpretarse como ofensiva —respondió Rowena. Christine alzó la vista, encontrándose con su expresión serio, aunque su voz tenía un tono divertido—. Pronto descubrirás por ti misma que nuestros hombres son fuertes y valerosos, y nuestra gente no es tan intolerante como piensas. Además, a nosotros nos has conquistado desde que llegaste, ¿por qué piensas que pasará lo contrario con el resto?

"Solo lo dice para que dejes de llorar, estás armando un escándalo".

Christine sacudió la cabeza para alejar aquellos pensamientos y curvó levemente las comisuras de los labios.

—No sé cómo agradeceros la confianza que me habéis depositado.

—Pues confiando un poco en lo que te decimos, por ejemplo —la reprendió Brìghde cariñosamente.

—Lo intentaré.

—Lo harás.

—De acuerdo.

—De lo contrario, me quedaré aquí para asegurar tu bienestar, y dudo mucho que Kieran esté de acuerdo. Eso sí que podría poner en peligro la paz entre los clanes.

Las mujeres rieron ante el comentario y Christine sintió cómo la opresiva sensación de amenaza se apaciguaba. Se fundieron en un último abrazo, un gesto que les ofreció consuelo antes de que los hombres volvieran a su lado.

Un rato después, Christine vio cómo las únicas amigas que le quedaban se alejaban hacia Ròscreag. Permaneció inmóvil, de pie, hasta que la comitiva se desvaneció en el horizonte, como si el viento que empujaba los estandartes se llevara consigo un pedazo de ella.

Capítulo 8

—Con el debido respeto, milaird, creo que esto nos pone en desventaja.

Alistair sostuvo la mirada de Henry. Aunque intentaba ocultarlo bajo una máscara de seriedad, el brillo en sus ojos azules y el leve temblor en la comisura de su boca, acentuado por la cicatriz que bordeaba su labio izquierdo, lo delataban. Desde que eran niños, había aprendido que ese gesto era un presagio de palabras mordaces.

Pero ya no eran niños, y Alistair era su laird. La mayoría de los presentes lo conocían desde su infancia: algunos como compañeros de juegos o batalla, otros como el hijo de Ciarán o el nieto de Fergus. Unos pocos, en cambio, eran figuras más recientes, hombres cuya lealtad no estaba tan clara. Y aunque nadie se había atrevido a expresar abiertamente su descontento desde que Fergus le cedió el liderazgo, Alistair sabía que las apariencias podían ser tan frágiles como la confianza misma.

Fuera como fuese, ahora él era el laird, y aunque las decisiones del clan eran discutidas por el consejo, la palabra final era suya.

—Por última vez —dijo, dejando escapar un suspiro cargado de cansancio—, si hacemos eso, el pueblo comenzará a sospechar.

—¿Y la alternativa es quedarnos de brazos cruzados? —insistió Henry, su voz ganando fuerza.

Seamas, el anciano más respetado del consejo, levantó una mano con gesto pausado.

—¿Acaso quieres provocar una revuelta?

Alistair agradeció su apoyo. Seamas había luchado junto a Fergus en sus días de gloria y, aunque la edad le robaba fuerzas y sus ideas a veces no encajaban con la época en la que vivían, su sabiduría seguía siendo respetada por el clan.

—No digo que ataquemos —respondió Henry—, sino que nos adelantemos a cualquier posibilidad.

—La habrá si permitimos que un hombre como ese tal Hawthorne vuelva a amenazar nuestra casa sin consecuencias —dijo Conall, tamborileando los dedos sobre la mesa.

De estatura elevada y hombros anchos, su presencia sola llenaba la estancia. La severidad de su mandíbula cuadrada y el fruncido casi perpetuo de sus cejas parecían emitir un desafío mudo a cualquiera que tuviera la audacia de enfrentarlo. Alistair dudaba de que aquel hombre, tan inflexible en su porte, hubiese sonreído en toda su vida.

—¿Y qué propones, Conall?

—Mandar a unos cuantos de mis hombres a vigilar sus movimientos.

Seamas resopló con desaprobación.

—¿Es que tantos golpes en la cabeza te han ablandado la mollera, muchacho? No podemos permitirnos quedar en desventaja.

—¿Desventaja? —replicó Henry—. Eso solo pasará si dejamos que la incertidumbre nos paralice.

Conall golpeó la mesa con el puño, haciendo temblar las jarras que había sobre ella.

—Que lo intente. Nuestro deber es actuar, no quedarnos esperando como corderos.

—James —interrumpió Alistair, buscando el juicio de su consejero más fiable.

—Ambas partes tienen algo de razón, milaird —dijo este inclinando ligeramente la cabeza—. No creo que debamos debilitar nuestras defensas enviando hombres lejos, pero tampoco podemos ignorar lo que puede venir, por mucho que lord Hawthorne sea el hermano de vuestra esposa.

Un bufido rompió la tensión.

Alistair giró la cabeza y fulminó con la mirada al guerrero sentado junto a Conall.

De estatura similar a la de su compañero, Angus parecía tallado en piedra, su porte endurecido aún más por la extensa quemadura que se extendía desde la línea de su mentón, recorriendo su cuello hasta perderse bajo la camisa. Sus ojos, negros como las profundidades de un lago helado, parecían escudriñar y juzgarlo todo con una intensidad que resultaba casi insoportable.

Pero lo más intimidante no era su aspecto, sino lo que acechaba debajo. Su gran inteligencia lo convertía en un estratega formidable, lo que rápidamente lo convirtió en el capital de la guardia de Fergus.

Y ahora de Alistair, muy a su pesar.

Entre aquel grupo de hombres, debía recordarse constantemente que era él quien estaba al mando, aunque a veces la magnitud de esa realidad todavía lo sobrecogiera. Sin embargo, lo que sí tenía claro era que no toleraría faltas de respeto durante su mandato.

—Si alguno tiene algo que decir, que sea ahora, cuando estamos reunidos.

Angus se enderezó con aire desafiante, sin apartar la vista. Cuando habló, la vieja cicatriz pareció cobrar vida, retorciendo sus músculos en una mueca sardónica que destilaba la misma amenaza que su voz.

—Opino que el matrimonio con lady Hawthorne debió ser aprobado por el consejo.

Un murmullo recorrió la sala. El laird se mantuvo imperturbable, su calma impostada teñida de acero.

—¿En qué momento mis decisiones personales son de vuestra incumbencia?

Angus no retrocedió.

—Cuando esas decisiones afectan al bienestar del clan.

Se oyeron varios asentimientos en la sala.

—Christine es de los nuestros —declaró Alistair con voz grave.

Fergus, que había dejado que su nieto llevara la voz cantante, se inclinó hacia delante y cruzó los brazos antes de intervenir:

—Sea como sea, el matrimonio es legítimo. Debemos mirar hacia delante, no lamentarnos por posibles supuestos del pasado.

Angus giró el rostro hacia Fergus y respondió con un matiz de provocación:

—¿Y no es eso lo que estamos haciendo acaso, milaird?

Sin dejarse amilanar, Alistair se levantó del asiento y pronunció con autoridad:

—Christine es mi esposa y, como tal, se merece la lealtad y el respeto de todos. El asunto de su hermano no guarda relación alguna con ella, y pretendo que esto quede así, ¿me habéis oído?

Sus ojos recorrieron la sala. Poco a poco, los presentes asintieron. Angus y Conall tardaron un poco más, pero prefirió no hacer comentario alguno. Ya se había tensado bastante el ambiente.

—He escuchado vuestras propuestas —continuó, con el mismo tono contenido—, y es cierto que todos tenéis parte de razón.

Se giró hacia Conall, que aguardaba con gesto serio:

—Llévate a unos pocos de tus hombres a vigilar la ruta del sur y que otros se queden también en el este. Si el inglés vuelve, dudo que se atreva a salirse del camino principal, pero por si acaso, que vigilen los senderos ocultos en el bosque. Esos pasos han sido usados antes para evitar ser vistos.

Conall asintió, su expresión más relajada al ver que el laird tenía en cuenta su opinión.

—Seremos discretos.

Alistair devolvió el gesto y se dirigió al resto del consejo:

—Sea como sea, no debemos subestimar su audacia. Propongo que distribuyamos la vigilancia del castillo y los alrededores con turnos más cortos, pero frecuentes. Así, cuando les toque volver a empezar, estarán más atentos a cualquier amenaza. Mantendremos esta organización hasta que pasen las fiestas de la cosecha.

Hizo una pausa, dejando que sus palabras calaran antes de añadir con voz grave:

—Es importante que el pueblo se sienta protegido durante estas fechas. La seguridad atraerá a los comerciantes y, con ello, podremos reforzar nuestras arcas. Si perdemos su confianza, perderemos más que dinero.

El resto compartió gestos silenciosos de inquietud.

—Una decisión muy acertada, milaird —dijo Seamas, inclinando la cabeza en señal de respeto.

El resto lo imitó, aunque Alistair notó que, de nuevo, Angus y Conall tardaron un segundo más en hacerlo. Pero eso no le preocupaba. Ya había dejado clara su posición.

Esperó a que la sala quedase vacía para dejarse caer de nuevo en el asiento y cerrar los ojos, exhalando un largo suspiro. Pasados unos momentos, un golpe seco lo hizo abrirlos de repente. Fergus se

había sentado a su lado y señalaba con la barbilla la copa repleta de vino.

—Bebe, te hará bien —instó antes de darle un largo sorbo a la suya.

Su nieto obedeció.

—Esta es una de las cosas que no echo de menos de ser laird —comenzó Fergus, inclinándose ligeramente hacia delante.

Alistair bufó y se frotó el rostro con ambas manos.

—¿Cómo lo hacías, abuelo?

Fergus señaló de nuevo la copa y Alistair sonrió, pero su expresión no tardó en adquirir un matiz sombrío.

—¿Qué te preocupa?

—Más bien, qué no me preocupa. Las disputas, las posibles deslealtades, el bienestar de mi pueblo…

—Disputas siempre ha habido, al igual que deslealtades. Basta con poner a alguien en el poder para que el resto comience a conspirar en su contra. Lo aprenderás con el tiempo.

—Es que no tengo tiempo —se aseguró de que nadie los estuviese escuchando antes de continuar en un susurro—. Padre debería estar aquí, no yo. Él habría sabido qué hacer.

Un destello de dolor cruzó el rostro de Fergus.

—No digas sandeces. Estás en el sitio que te corresponde.

—Mi lugar era junto a padre, escuchando y aprendiendo hasta que llegase mi turno, no discutiendo con el bruto de Conall.

—¡Basta! —exclamó Fergus, provocando que su interlocutor se enderezara en el asiento—. No quiero más excusas. Nos guste o no, tu padre ya no está aquí, por lo que esto nunca le perteneció. Es tuyo, Alistair, te agrade o no.

Este suspiró de nuevo y vació la copa con un último trago. Al verlo tan abatido, Fergus suavizó el gesto.

—Comprendo cómo te sientes. Me quedé a cargo del clan cuando Ciarán apenas superaba el año de vida, y también creí que no estaba a la altura.

—¿Y qué hiciste?

—Puse en práctica todo lo que mi padre me transmitió, igual que Ciarán hizo en su día contigo, y desde entonces no he dejado de

aprender. Todos nacemos vulnerables ante lo desconocido, pero solo unos pocos tienen el valor de enfrentar lo incierto.

Se levantó del asiento, emitiendo quejidos sonoros, y habló una última vez antes de dirigirse a la salida:

—Mi hijo te enseñó a dar tus primeros pasos; ahora, Alistair, es momento de que camines por tu cuenta.

Capítulo 9

Cuando los primeros rayos del alba asomaban tímidamente en el horizonte, unos golpes suaves en la puerta apartaron al laird del sueño. Se removió inquieto entre las sábanas, atrapado entre el deseo de seguir durmiendo y la obligación de despertar. Los golpes se intensificaron, destruyendo cualquier vestigio de su descanso. Con un gruñido que apenas podía considerarse una respuesta, dio permiso para que entraran.

—Buenos días, milaird —escuchó que decía una voz masculina.

—Buenos días, Finlay —respondió, incorporándose con dificultad de la cama.

Finlay, el tercer hijo de un laird menor del clan MacAuley, había llegado al castillo de Ròscreag con apenas diez años, enviado para fortalecer la alianza entre ambos clanes.

Durante los siguientes cuatro años, se ganó la confianza de los líderes y guerreros, mostrando una disciplina inusual para su edad. Su habilidad con la espada, desarrollada en secreto mientras imitaba los entrenamientos de los demás guerreros, no pasó desapercibida para Fergus, quien adelantó su instrucción formal.

Aunque sus funciones rara vez incluían tareas propias de un asistente personal, en ocasiones se le encomendaban responsabilidades importantes, como asegurarse de que el laird cumpliera con sus compromisos. La presión de dichas tareas solía mantenerlo despierto las noches previas, pero nunca se quejaba: cada oportunidad era un paso más hacia su meta de demostrar que no solo era un símbolo político, sino un miembro valioso del clan.

Cuando Alistair asumió el liderazgo, Finlay temió que sus esfuerzos pasaran desapercibidos. Sin embargo, el laird lo conocía bien y respetó el camino trazado por Fergus. Aquel gesto consolidó el vínculo entre ambos, marcados por la confianza y el mutuo respeto.

El joven aguardó pacientemente a que Alistair terminara de desperezarse antes de asistirlo con su vestimenta. Mientras ajustaba

el plaid sobre sus hombros, notó cómo su atención se desviaba hacia la cama.

—Milady está con lady Rowena, recorriendo el castillo.

No deseaba que su laird se sintiera puesto en evidencia, pero, como era habitual, Alistair respondió con la serenidad de quien no juzga:

—Gracias.

Bajaron juntos al comedor. Una vez allí, Finlay se despidió con una leve inclinación antes de dirigirse a la cocina para verificar que el desayuno del laird estuviera preparado.

Momentos después, cuando Alistair estaba terminando su plato—unas generosas lonchas de salmón ahumado, acompañadas de pan de avena con queso—, el eco de unas voces femeninas llegó desde el pasillo.

—Buenos días, hijo —lo saludó Rowena con afecto cuando entraron en la sala.

Alistair asintió a modo de saludo, mientras terminaba de tragar el último bocado de pan. Su madre lucía una sonrisa radiante, similar a la que Christine había compartido hasta que sus ojos se encontraron.

—Buenos días, ¿has dormido bien? —preguntó con cierta incomodidad.

—Sí —respondió él, alzando una ceja—. ¿Ocurre algo?

—No, está todo bien. Lady Rowena ha sido muy amable al dedicarme su tiempo.

—Oh, querida. Es un placer enseñarte el castillo y presentarte a nuestra gente. Pronto te sentirás parte de la familia, ya lo verás.

—Gracias.

La última palabra pilló a Alistair desprevenido. La mención de "familia" resonó en su mente, trayendo a su memoria la figura de la mujer que alguna vez creyó destinada a ocupar ese lugar.

Christine fue consciente del cambio en su semblante, y la sombra de sus dudas regresó, implacable:

"No deberías estar aquí".

Cerró los puños, como si con ese gesto pudiera acallar la voz.

—Deberíamos continuar nuestro recorrido —propuso Rowena, con un tono amable que disimulaba con destreza la incomodidad en el ambiente.

—Una idea excelente —respondió aliviada.

Para su sorpresa, Rowena fue hasta su hijo y lo abrazó largo rato.

—Cuídate, hijo mío. Y vuelve sano y salvo.

Christine observó la escena, sin poder comprender del todo lo que veía.

—¿Te marchas?

—Solo por unas horas. Pero madre tiende a exagerar.

El semblante de Rowena se tornó serio.

—Eres el laird, debes cuidarte.

—Antes de eso no lo era.

—Pero ahora sí. Y eres mi hijo. Así que hazme caso.

Alistair exhaló con ligereza y asintió. Cuando habló, un destello de diversión cruzó sus ojos.

—Por supuesto. Que los dioses me libren de lo contrario.

Rowena no sonrió. Se limitó a asentir antes de abandonar la sala.

—¿Sucede algo? —preguntó cuando estuvieron a solas.

—No. El viaje será corto y rutinario, pero madre no estará tranquila hasta que me vea regresar.

—¿No te agrada viajar?

—Sí, pero no cuando el motivo es escuchar quejas y ver las expresiones de los súbditos cuando recojo los tributos.

Christine le dedicó una leve sonrisa.

—Te deseo ánimos, entonces.

Alistair miró hacia otro lado, ignorando la extraña sensación que le provocó su gesto, y preguntó con aparente indiferencia:

—¿Qué harás hoy?

—Seguiré recorriendo el castillo. Es más grande de lo que imaginaba, y hay muchos más trabajadores que en mi antigua casa.

—Entonces procura no perderte —respondió con una pizca de picardía.

Christine entrecerró los ojos, a punto de replicar, pero se contuvo. Dejó que Alistair tomara su mano con delicadeza y

depositara un beso en el dorso. Tras dedicarle una última sonrisa, lo vio salir de la estancia.

El resto del día, Rowena se encargó de transmitirle sus conocimientos. Christine se esforzó en recordar los nombres de quienes le presentaba, relacionándolos mentalmente con sus funciones, pero no siempre con éxito. Algunos le resultaban familiares, otros completamente nuevos, y por más que los repetía para sí misma, al final del día solo lograba distinguirlos por sus rostros.

No solo los nombres parecían esquivos; también percibía algo más en sus expresiones. Algunos inclinaban la cabeza con respeto al saludarla, pero sus ojos la seguían más tiempo del necesario, cargados de una curiosidad que rozaba la desconfianza. Intentó restarle importancia, atribuyéndolo al interés natural por la llegada de una nueva señora, pero no pudo ignorar la sensación de estar bajo constante observación.

Algo similar le sucedía con el castillo. La casa de los Hawthorne, su antiguo hogar, era una mansión de dos plantas con una distribución simétrica y fácil de memorizar. Aunque tenía pasadizos ocultos, no se comparaba con la complejidad laberíntica de Culzean. Sus torres se alzaban imponentes, y sus corredores serpenteantes, diseñados para desorientar a los recién llegados, la hacían sentirse una extraña entre aquellas paredes.

Después de horas recorriendo estancias y presentándose a los habitantes, llegó un punto en el que se encontró desorientada, incapaz de recordar si ya había pasado por aquel corredor.

—Vamos a dejarlo por hoy —sugirió Rowena al verla frotarse las sienes—. Pronto caerá la noche, y ambas necesitamos descansar.

—Perdonadme, no quisiera que penséis que no estoy prestando atención —se disculpó Christine con voz apesadumbrada.

—No digas eso, querida. Al contrario, soy yo quien debe disculparse. Me he dejado llevar por la emoción y temo haberte abrumado con tantos datos.

—Estoy bien, solo un poco fatigada.

Un bostezo traicionero interrumpió sus palabras. Rowena indicó a una criada que preparara una infusión para la jaqueca de Christine y

la guio al comedor. Ambas disfrutaron de un breve silencio mientras aguardaban la bebida, dejando que el peso del día comenzara a disiparse poco a poco.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó al cabo de un rato.

—Mejor —respondió ella, entre sorbos—. Me ha venido bien parar.

—Lo has hecho muy bien.

—Gracias, pero no es así como yo lo definiría. Si no fuese por vos, me sentiría completamente inútil.

—No digas eso. Adaptarse a un nuevo lugar cuesta, especialmente si debes empezar desde cero. Date un poco de tiempo.

Christine asintió lentamente, pero su expresión reflejaba preocupación. Miró a su alrededor, asegurándose de que nadie las escuchara, y luego, en un susurro cargado de incertidumbre, confesó:

—Exacto. Pero no lo tengo, lady Rowena. Me gustaría ayudaros antes de… partir, pero no sé si seré capaz.

Rowena sintió una punzada de dolor al escucharla. Desde el momento en que Christine apareció en su puerta, exhausta y vulnerable, había sentido el impulso de protegerla. Con cada día que pasaba, el vínculo entre ambas se fortalecía. La joven inglesa, aún envuelta en la incertidumbre de su nueva vida, se dejó cuidar, y en ese proceso, Rowena encontró en ella una presencia entrañable.

Cuando Alistair le confió sus intenciones de desposarla, tuvo que contener la satisfacción. No solo porque le inspiraba cariño, sino porque había visto en su hijo un destello de algo que creía perdido. No pensaba renunciar a esa idea tan fácilmente, por mucho que Christine insistiera en recordarle lo difícil que sería.

—Eres capaz de mucho más de lo que crees.

—Ni siquiera puedo comunicarme en condiciones con ellos. ¿Cómo podrán confiar en mí?

—De la misma forma en que nosotros lo hemos hecho. Tienes un corazón noble y, tarde o temprano, lo verán.

Christine parpadeó para contener la emoción, pero una lágrima resbaló por su mejilla. La secó rápidamente con el dorso de la mano

antes de terminarse la infusión.

—Gracias. Me retiraré a mi alcoba, si no os es inconveniente.

—Por supuesto. Pero deja de tratarme de vos.

Su nuera inclinó la cabeza con formalidad. Rowena la observó mientras se alejaba. No sabía cómo, pero estaba decidida a lograr que recuperara la ilusión.

Una vez en el pasillo, Christine aceleró el paso. Exhausta por el trajín del día y con un persistente dolor en las sienes, no se percató de que se había perdido hasta que pasó de nuevo frente al mismo tapiz que había visto momentos antes.

—No puede ser —murmuró para sí.

Miró alrededor, pero no había nadie para ayudarla. Decidió volver sobre sus pasos, pero, al cabo de un rato se encontró al pie de unas escaleras. A lo lejos, la algarabía y el sonido de objetos metálicos chocando entre sí llamaron su atención. Con la esperanza de encontrar a alguien que la guiara, bajó y siguió el sonido.

El pasillo estaba iluminado por antorchas dispuestas a ambos lados. Al final del trayecto, halló el origen del bullicio. En el interior de la amplia estancia, un grupo de mujeres hablaba animadamente. Una de ellas se giró al escucharla llegar y dejó abruptamente lo que estaba haciendo para inclinarse en una reverencia exagerada, pronunciando unas palabras en gaélico.

Christine alcanzó a comprender el saludo formal, pero el resto de la frase se le escapó.

—Eh…

Las demás, unas cinco en total, imitaron el gesto de su compañera, pero se mantuvieron en silencio, observándola con una mezcla de curiosidad y cautela.

Christine trató de recordar sus nombres.

—¿Mur-ne?

La criada, una muchacha regordeta, parpadeó un par de veces antes señalarse el pecho con el dedo índice y corregirla con un titubeo:

—Muirne, a Mhor-Bhean.

—Ah, Murn…ee… —intentó de nuevo, sintiendo como el calor subía a sus mejillas.

Un murmullo de risas contenidas recorrió la cocina.

"Estás haciendo el ridículo".

Muirne, sin embargo, no se dejó influenciar por el resto y las miró con severidad. Christine se alegró porque alguien la defendiera, pero en el fondo no podía culparlas. Si no actuaba como su lady, ¿cómo podía esperar que la trataran como tal?

Buscó en su memoria las palabras para pedir ayuda, hasta que finalmente consiguió hacerse entender.

La criada asintió y le indicó al resto que regresaran a sus tareas antes de acompañarla a su alcoba.

Hicieron el recorrido en un silencio que Christine encontró sorprendentemente reconfortante. Cuando llegaron a su puerta, la criada se despidió con una reverencia.

Christine sujetó su brazo antes de que se marchara y, reuniendo valor, intentó articular su agradecimiento.

Muirne sonrió con calidez antes de inclinarse una vez más y regresar a las cocinas.

Una vez en su alcoba, Christine exhaló un largo suspiro. Se apoyó contra la puerta cerrada, permitiendo que el cansancio del día la invadiera por unos momentos. Luego comenzó a despojarse de sus prendas con movimientos torpes, pero decididos, rechazando la idea de llamar a su doncella.

Su estómago protestó con un gruñido, recordándole que apenas había probado bocado desde el desayuno. Pero la incomodidad que la oprimía, alimentada por las expresiones juiciosas y los susurros a su paso, pesaba más que el hambre. Se metió en la cama, cerró los ojos con fuerza y trató de silenciar la voz interior que le repetía que no estaba a la altura, hasta que el sueño la reclamó.

Capítulo 10

Despertó lentamente, sacudida por un sonido grave y constante que resonaba en la penumbra. Intentó moverse, pero un peso cálido la retenía. Bajó la vista hacia su cuerpo y, en la tenue luz de la habitación, reconoció una mano rodeando su cintura.

Su primer impulso fue gritar, pero entonces reconoció el sonido. Con movimientos cautelosos, siguió el recorrido del brazo hasta llegar al rostro que descansaba junto a ella. Los mechones despeinados, extendidos sobre la almohada, confirmaron lo que ya sabía.

"Lo que me faltaba", se dijo con resignación.

Alzó el cuello, intentando discernir la pequeña ventana elevada que se abría en la pared de piedra. Estaba segura de que estaría cerrada, pero, para su sorpresa, el manto de la noche dominaba el panorama, iluminado por el tenue resplandor de la luna y los astros que parecían danzar en su quietud.

El aire nocturno del verano, fresco y sereno, contrastaba con el calor del brazo que la retenía. El silencio del castillo, roto únicamente por los sonidos rítmicos de su acompañante dormido, le indicó que todos descansaban profundamente.

Pero la apremiante necesidad que sentía ya era imposible de ignorar, incluso para una lady.

Intentó moverse, pero Alistair la mantenía aprisionada contra la cama. Soltó un breve bufido y cogió aire antes de su siguiente intento. Luchando contra la pesadez del brazo que la retenía, se deslizó hacia el borde de la cama y reptó hacia abajo hasta quedar en el suelo, al fin liberada.

"Si madre me viera en este momento…", pensó, mientras se impulsaba con las manos en el frío suelo para ponerse en pie.

Esperó unos momentos hasta que su vista se acostumbró a la penumbra, alcanzando a distinguir las siluetas de los objetos más cercanos. Avanzó a pasos cortos, con los brazos extendidos hacia

delante para no tropezar, hasta que sus dedos rozaron la textura rugosa de la madera.

Palpó la superficie y pronto encontró lo que buscaba: el cuenco de metal con el aceite y la mecha apagada de la noche anterior. Lo cogió del asa y se dirigió a la puerta.

La presión en su bajo vientre la apremiaba a moverse, y no fue consciente de la sombra que obstaculizaba su camino hasta que se golpeó la rodilla izquierda con ella. Con un rápido movimiento, logró salvar la mayor parte del aceite, pero unas gotas se derramaron sobre el objeto causante de su desgracia.

"¿De dónde ha salido esto?", se preguntó con irritación, frotándose la rodilla adolorida.

No recordaba haber visto un arcón en ese lugar antes de acostarse. Aunque la curiosidad la instaba a investigar, decidió posponerlo para después y rodeó el mueble, palpando con cuidado el espacio hasta encontrar la puerta.

Sintió un ligero alivio al ver que una de las hogueras del pasillo seguía encendida. Avanzó hacia el foco de luz y encendió la mecha de la lamparilla. Con el camino iluminado, marchó decidida hasta el extremo del ala, donde la aguardaba el ansiado alivio.

Un rato después se encontraba de vuelta en la alcoba. Alistair seguía en la misma posición, tumbado boca abajo con el rostro girado hacia su lado y el brazo extendido hasta rozar el borde de la cama. La sábana descansaba en su cintura, dejando su torso al descubierto. Los músculos se marcaban bajo el tenue resplandor de la lámpara, subiendo y bajando con cada respiración tranquila. Sus mechones, desordenados por el sueño, caían sueltos en cascada sobre su cuello y hombros, atrapando la luz como hilos de oro desperdigados al azar.

Algo en su serenidad, en la fuerza contenida que parecía emanar incluso en reposo, despertó en ella una sensación desconocida. Desvió los ojos y llevó la mano al corazón, trazando el signo de la cruz, como si aquel sencillo acto pudiera disipar las imágenes que habían cruzado su mente. Aun así, los pensamientos persistían, tan vívidos como el calor que ahora la envolvía.

Ya no le quedaba rastro de sueño. Consciente de que permanecer en ese lugar solo mancillaría más su mente, se colocó el manto de lana gruesa sobre los hombros y salió de la estancia hacia la capilla del castillo, donde esperaba que la paz del lugar ofreciera consuelo a su inquieta conciencia.

Más tarde, el aire fresco de la mañana la recibió cuando abandonó la capilla. La brisa, aún impregnada del aroma a hierba húmeda y ceniza de las chimeneas encendidas, ayudó a despejar su mente.

Sin rumbo fijo, dejó que sus pasos la guiaran hasta que un sonido familiar llamó su atención: el resoplido de un caballo.

Se detuvo en seco. No había planeado ir a las caballerizas, pero ahora que estaba allí, la curiosidad la venció.

Cuando cruzó el umbral, se encontró con Alistair. Estaba junto a uno de sus caballos, con la mano apoyada en su lomo mientras le susurraba algo. La calidez en su tono y la expresión relajada en su rostro contrastaban con la actitud socarrona —pero tensa— a la que se había acostumbrado.

Dudó un instante antes de acercarse. Las imágenes de horas antes volvieron a su mente, despertando los pensamientos rezagados y las emociones que se negaban a disiparse. Pero Alistair ya había notado su presencia, por lo que no le quedó más remedio que entrar fingiendo serenidad.

—No me había dado cuenta de que también tendría que aprender gaélico para comunicarme con ellos —bromeó, señalando al animal con un leve gesto de la cabeza.

Alistair habló con voz suave, sin dejar de acariciar al animal.

—¿Acaso no te dijeron que en Escocia hasta los caballos tienen buena educación?

Christine soltó una risa breve.

—Entonces este es más sabio que yo, porque aún no entiendo ni la mitad de lo que dices.

Alistair respondió con otra risa.

—No te preocupes, Bran tampoco comprende la mitad de lo que digo yo.

—Bran… Bonito nombre. Creo que los caballos entienden más las intenciones que las palabras.

—No te falta razón. Pueden ser los mejores aliados… o los más testarudos.

—¿Te gustan?

—Mucho. ¿Y a ti?

Christine alzó la mano lentamente, dejando que el animal la olfateara.

—También. En casa me escapaba siempre que podía. Era el único modo de encontrar un poco de paz. Cuando cabalgaba, todo lo demás se desvanecía, solo estábamos ella y yo.

La naturalidad con la que ella hablaba le resultó sorprendentemente reconfortante. Por un instante, Alistair valoró lo sencillo que le resultaba compartir ese aspecto de su vida con ella.

La punzada de culpa llegó de inmediato. No debía acostumbrarse.

Carraspeó y abrió la boca para decir algo, pero Bran se adelantó. Dio un pequeño cabezazo en la mano a Christine, reclamando su atención.

Alistair aprovechó el momento para despejar los pensamientos y fingió indignación al mirar al animal.

—No me lo puedo creer. ¿Ya te ha conquistado?

—No puedes culparlo. A algunos simplemente les gusta mi compañía.

El comentario, aparentemente inocente, hizo que recorriera su figura; en sus ojos brilló un destello fugaz, una emoción involuntaria que se desvaneció antes de que su expresión volviera a endurecerse.

Christine lo notó y apartó la vista con rapidez antes de cambiar de tema.

—¿Tenías pensado salir a cabalgar?

Él vaciló un instante antes de responder:

—Sí. Cuando no tengo reunión con el consejo, suelo escaparme un rato.

De haber estado solo, habría ensillado su caballo sin pensarlo dos veces. Pero con ella allí, la idea de marcharse sin más le pareció descortés.

—Si lo deseas, podrías acompañarme.

Su tono no era del todo convincente, como si la invitación se le hubiera escapado antes de decidir si realmente quería su compañía. Christine lo notó. Por un instante, pensó en rechazarlo, pero entonces el semental, que parecía haber leído sus pensamientos, soltó un bufido y le dio otro golpecito en la mano.

—Me temo que él ya ha decidido por los dos.

Una vez con los caballos ensillados, salieron al trote.

—Hacía mucho tiempo que no cabalgaba —comentó ella, acomodándose mejor en la silla.

—¿Y eso?

—Los últimos meses… Digamos que la vida se interpuso.

Alistair asintió, sin presionarla, y la guio por un sendero que bordeaba la colina.

—Bueno, aún estás a tiempo de recuperar la costumbre.

Christine le miró de soslayo.

—¿Eso ha sido una invitación?

—Tal vez.

Cabalgaron en silencio durante un rato, dejando que el sonido de los cascos sobre la tierra húmeda llenara el espacio entre ellos. Sin darse cuenta, habían dejado el castillo atrás, y ante ellos se desplegaba un valle verde, interrumpido por ordenados campos de trigo que despedían una luz dorada bajo el sol de la mañana.

Christine inhaló profundamente antes de hablar en voz baja, como si no quisiera romper la magia del momento:

—Qué bonito… Me recuerda a mi hogar.

—Me alegro —respondió Alistair con sinceridad—. Aquí solía venir con Kieran y Brìghde cuando éramos pequeños.

—Ah, así que aquí tenían lugar las famosas carreras —lo interrumpió con una sonrisa burlona.

Él sonrió en respuesta.

—Exacto. Ahora vengo de vez en cuando con mis hermanos, pero procuro evitar cualquier provocación. No quiero que les pase nada.

Christine calló unos momentos, su gesto pensativo.

—¿Qué? —preguntó Alistair.

—¿O acaso temes perder?

La emoción del reto bailó en los ojos de Alistair.

—¿Me estás retando?

Christine se encogió de hombros.

—Digo que no hay nada malo en un poco de diversión.

—¿Apostamos algo?

—¿El qué?

—Mmm… El perdedor deberá conceder un favor al vencedor.

—De acuerdo.

Sin más, establecieron la meta y dieron comienzo a la carrera. Christine no recordaba la última vez que había cabalgado así. Al principio, sus movimientos fueron más lentos e inseguros, pero pronto se adaptó al ritmo de su yegua. Cuando cruzó la línea de meta, Alistair ya la estaba esperando, con los brazos cruzados en señal de triunfo.

—Es poco caballeroso por vuestra parte ganar a una dama —se defendió.

—En este juego, milady, no existen diferencias. Solamente vencedores o perdedores. Y ahora me debes un favor.

—¿Cuál?

—Aún no lo he decidido —dijo antes de guiar al caballo para volver al trote—. ¿Volvemos a casa?

Christine asintió y espoleó ligeramente su yegua para seguirlo. Durante el trayecto, trató de contener su curiosidad, pero cuando ya estaban cerca de casa, las palabras salieron antes de poder detenerlas:

—Mencionaste que sueles escapar del consejo. ¿No te gusta reunirte con los demás?

Alistair miró hacia el horizonte unos instantes antes de hablar:

—No me gusta pasar horas discutiendo lo que podría resolverse en un instante. A algunos les encanta oírse hablar.

Christine dejó salir una suave carcajada.

—No lo habría imaginado.

Alistair entrecerró los ojos con suspicacia.

—¿Y eso qué significa?

—Nada malo. Simplemente que pareces moverte con facilidad entre la multitud. Ojalá yo pudiera decir lo mismo.

—No creas. Al principio lo disfruto, pero si paso demasiado tiempo, me agota. No puedo estar pendiente de todos a cada momento.

—Y no tienes por qué hacerlo.

—¿Qué quieres decir?

—Déjame ayudarte con esa carga. Si alguna vez has tenido suficiente, ponme como excusa y huye.

Esta vez fue Alistair quien rio.

—Lady MacLeod, me gusta vuestra manera de pensar.

Ella sonrió, pero el peso de su nuevo apellido le provocó un leve estremecimiento, como si aún no terminara de encajar en él.

Guardaron silencio hasta que llegaron a las caballerizas. Alistair la ayudó a desmontar y, por un instante, sus cuerpos se rozaron más de lo necesario. Se apartaron rápidamente, como si hubiera sido un descuido… aunque ninguno estaba seguro de que lo fuera.

—¿Te gustaría repetir mañana? —propuso él.

—¿A la misma hora?

Alistair asintió.

Tras despedirse, Christine se quedó un momento en silencio, con el pulso aún alterado.

Seguía sin conocer bien a su esposo, pero el paseo le había dado algo en qué pensar: su ironía no era solo una faceta de su carácter, sino también una forma de resguardarse. No podía asegurarlo, pero por un instante creyó haber atravesado esa barrera.

Tal vez lo imaginó. O tal vez él no se dio cuenta de cuánto había dejado entrever.

Ese pensamiento la acompañó un rato más, insuflándole un renovado brío al retomar su rutina.

La mañana siguiente, cumplieron su promesa. La mañana transcurrió entre risas y carreras, envuelta en una ligereza que Christine casi había olvidado.

Con el paso de los días, el paseo se convirtió en parte de su rutina. Aunque se levantaban a horas distintas, antes del desayuno se encontraban en las caballerizas y, a lomos de sus compañeros de viaje, salían al trote hacia el valle. En aquellos ratos, no eran un matrimonio forjado por conveniencia, sino dos almas

descubriéndose, compartiendo la pasión por los caballos y el placer de la libertad.

Alistair solía llevar la conversación, hablándole sobre todo de los caballos, mientras ella escuchaba en silencio. Lo prefería así. Su voz tenía un ritmo envolvente y, sin darse cuenta, terminaba aprendiendo detalles sobre su esposo que le hacían sentirlo menos lejano. Con el tiempo, ella también se animó a compartir fragmentos de su juventud en Inglaterra. Alistair la escuchaba con interés, devolviéndole anécdotas propias que los hacían reír. A veces, las voces volvían, susurrándole que era una intrusa, que él solo sentía lástima por ella. Pero las silenciaba como podía y se aferraba a la calidez del momento.

Cuando regresaban, la soledad seguía allí, pero su peso era más liviano. Por primera vez en mucho tiempo, sentía que tal vez no estaba del todo sola.

Capítulo 11

—Hamish, ¿dónde está mi esposo?

El mozo dejó el heno que acomodaba en el pesebre y se giró hacia ella.

—Hoy no ha venido, milady.

Un ligero gesto de tensión cruzó su rostro, pero no insistió. Echó un vistazo al cielo encapotado y se despidió con una inclinación de cabeza.

Decidida a no abandonar su recién retomada afición, cruzó el patio en busca de Màiri, preguntándose si su doncella querría acompañarla. Pero la quietud del lugar la detuvo en seco.

—Claro…

Cruzó el castillo sin dudar, dirigiéndose al salón de reuniones. Apenas llegó al umbral de la puerta cerrada, sus sospechas se confirmaron.

Alistair estaba allí.

Sonrió para sus adentros, recordando la conversación sobre el consejo y sus reuniones interminables.

"¿Cuánto rato llevaría atrapado allí?"

Por un instante, consideró entrar, pero acabó desistiendo. La idea de interrumpir una reunión llena de escoceses malhumorados no se le antojaba placentera.

Hizo un mohín y se dispuso a marcharse, pero en ese momento Finlay dobló la esquina con una bandeja repleta de jarras.

Y entonces, una idea tomó forma en su mente.

—Buenos días, milady —saludó el joven.

La breve reverencia que le dedicó lo desestabilizó por un momento.

Christine reaccionó instintivamente para ayudarlo, pero Finlay bajó la cabeza, avergonzado.

—Disculpad.

—No te preocupes —lo tranquilizó—. Esas jarras son para el consejo, ¿verdad?

El aprendiz asintió.

—¿Puedo pedirte un favor?

—Claro que sí, milady.

Christine se inclinó ligeramente hacia él y susurró:

—Dile al laird que, si lo desea, puede cobrarse el favor.

Finlay la observó por un instante, la confusión reflejada en su rostro. Pero pronto, una chispa traviesa cruzó su semblante. Asintió con sutileza y, sin decir una palabra más, entró en la sala.

Christine se apoyó en la pared de piedra y esperó.

Al principio, la emoción la mantuvo entretenida, pero a medida que los segundos pasaban, su nerviosismo creció. El cosquilleo de la adrenalina se convirtió en ansiedad. Empezó a dar pequeños golpecitos en el suelo con la punta del zapato mientras su mente se llenaba de pensamientos catastrofistas.

"¿Cómo se te ocurre molestarlo?"

"Seguro que no volverá a confiar en ti."

"¿Y si castiga a Finlay?"

Se frotó las manos, notando la frialdad de sus propios dedos, e intentó enfocarse en su respiración. No todos los hombres eran así… ¿verdad?

Se irguió de inmediato al oír la puerta abrirse. Finlay apareció con la bandeja vacía y carraspeó antes de inclinarse levemente ante ella:

—El laird me ha dado un mensaje para vos.

Christine asintió, instándolo a continuar.

El joven bajó un poco la voz y pronunció las palabras con deliberada lentitud:

—Dice que el fuego está encendido, pero la leña empieza a escasear.

Christine apenas reaccionó, pero captó la intención. Alistair estaba a punto de perder la paciencia. Necesitaba salir.

—¿Eso ha dicho? —preguntó, fingiendo indiferencia.

Finlay asintió con un destello divertido en los ojos.

—Palabras textuales, milady.

—Gracias, Finlay. Ya puedes retirarte.

El muchacho hizo una reverencia.

—Si necesitáis ayuda para cualquier otro mensaje, estoy a vuestra disposición.

Acto seguido, se dio la vuelta para alejarse.

Una vez sola, inspiró hondo, enderezó los hombros y empujó la puerta sin dudar.

Los murmullos se apagaron en cuanto cruzó el umbral. Ocho pares de ojos se posaron en ella con diferentes grados de sorpresa e irritación. Pero mantuvo el paso firme y la expresión serena. Se inclinó levemente en señal de respeto antes de fijar su atención en su esposo.

—Milaird —dijo con voz clara—. Hay noticias de lord Brannagan.

El silencio en la sala se espesó.

Alistair parpadeó un instante antes de que la comprensión destellara en su rostro. Inspiró hondo, soltó el aire con pesar y, con la teatralidad justa, se puso de pie.

—Espero que no sean malas noticias —murmuró, con tono preocupado.

Christine inclinó la cabeza, su rostro una máscara impasible.

—Es algo que debo compartiros en privado.

Alistair asintió y miró a los presentes.

—Mis disculpas, caballeros. Este asunto requiere mi atención inmediata. Abuelo, ¿puedes continuar por mí?

Fergus cerró los ojos un instante, suficiente para dejarle claro a su nieto que no le era ajena su jugarreta. Pero la reunión se había prolongado incluso más de lo que a él mismo le gustaría, y viendo la complicidad que parecía tener ya con Christine, pensó que ya se guardaría el favor para otro momento.

—Por supuesto. Hablaremos más tarde sobre lord Brannagan.

Alistair esbozó una discreta sonrisa de agradecimiento. Avanzó con paso decidido hasta su esposa, pero no hablaron hasta que la puerta se cerró tras ellos.

Solo entonces, soltó un resoplido y se volvió hacia ella con expresión de alivio.

—Un minuto más ahí dentro y me habrías encontrado convertido en cenizas.

Christine alzó las cejas y se llevó las manos al corazón.

—Solo hice lo que me ordenaste.

Una risa baja resonó en su pecho antes de ofrecerle el brazo.

—Recuérdame que nunca te subestime.

Ella lo aceptó sin dudar.

—Te lo recordaré cuando sea necesario.

Se escabulleron hasta las caballerizas, donde encontraron a Hamish. El mozo, tras prometer guardarles el secreto, los ayudó a ensillar los caballos.

Cabalgaron por el sendero a paso lento, en dirección a su destino. Al llegar, desmontaron para estirar las piernas. Christine observó el paisaje: la hierba alta se mecía con el viento y el cielo gris apagaba los tonos dorados del valle.

Alistair rompió el silencio.

—Quién lo hubiera dicho…

Volteó el rostro hacia él con gesto interrogante.

—Nada —dijo, negando con la cabeza—. No pensé que encontraría a alguien a quien le gustara tanto cabalgar como a mí.

—¿No hay nadie con quien suelas ir?

Alistair miró al cielo y se frotó la nuca con la mano.

—Me refería a una dama.

—Oh. ¿No es una afición común en las mujeres?

—Sí, pero la única que realmente consideré prefería otras cosas.

Algo dentro de ella protestó ante aquella mención, pero se obligó a apartar el pensamiento. Aun así, la curiosidad pudo más.

—¿Qué cosas?

—¿Eh?

—Has dicho que prefería otras cosas.

—Pasear —respondió tras un breve silencio—. La única manera de pasar tiempo juntos era dando largas caminatas.

—¿Y tú qué prefieres?

—¿Yo? Ir a caballo, como ves.

—Pues me alegro de que coincidamos —confesó ella con una sonrisa—. Es de los pocos momentos del día en los que consigo relajarme.

Alistair guardó silencio un instante, sopesando su respuesta. Antes de que pudiera decir algo más, unas gotas cayeron sobre su

frente. Alzó la vista al cielo y dijo con voz firme:

—Volvamos al castillo, no quiero que te resfríes.

No retomaron la conversación. Ya fuera por la lluvia o por otra razón, Alistair parecía haber dado el tema por zanjado, y Christine no quiso insistir.

El resto de la tarde la pasó junto a Maeve, familiarizándose con la organización de los alimentos y las comidas del castillo. Aquello también le permitió conocer el estado de las reservas, y no tardó en notar que la situación no era la mejor.

Acostumbrada a supervisar la gestión de la mansión Hawthorne junto a su madre, rápidamente identificó mejoras potenciales y sugirió algunos cambios, que Maeve aceptó considerar. La sensación de aportar algo útil le brindó un pequeño consuelo; le gustaba sentirse parte de algo, saber que su presencia tenía un propósito.

Cenó en compañía de la familia, concentrada en descifrar la conversación a su alrededor. Las lecciones con Màiri parecían dar fruto; poco a poco lograba captar algunas palabras sueltas y, en ocasiones, el sentido general de lo que decían.

Su postura era más relajada, y en algún momento se atrevió a participar con algún comentario o broma. Alistair solía asegurarse de que no se sintiera perdida en la conversación y, más de una vez, sus miradas se cruzaban con la complicidad de quienes comparten un chiste que los demás no entienden.

Cuando la cena llegaba a su fin, se inclinó ligeramente hacia ella y le susurró:

—¿Quieres acompañarme después?

Christine no comprendió del todo a qué se refería, pero poco le importaba. Solo quería alargar la noche, aferrarse un poco más a aquella sensación de pertenencia. Asintió con sutileza, y la leve sonrisa de Alistair confirmó que había notado su gesto.

Poco después, se encontraban sentados frente al fuego, cada uno con una copa en la mano. Christine giró el líquido en su vaso, observando cómo la luz de las llamas se reflejaba en él.

—Es curioso. Hace tan solo una semana eras un completo desconocido para mí, y ahora estamos hablando como si nos conociéramos de toda la vida.

Alistair bebió un sorbo antes de responder.

—Mejor así, ¿no crees?

—Supongo…

Bajó la vista, incapaz de expresar la inquietud que la embargaba.

—¿Qué ocurre?

—No lo sé… A veces siento que esto no es real, que en cualquier momento todo podría a desmoronarse.

Él dejó la copa sobre la mesa, estudiándola con el rabillo del ojo.

—No sabemos lo que nos deparará el futuro. Pero lo que sí tengo claro es que cumplo mis promesas, y ahora eres parte de mi familia.

Christine alzó la vista y asintió.

—¿Y cómo te vas adaptando?

Ella exhaló lentamente.

—Sabía que iba a ser difícil, pero no imaginaba cuánto. El idioma es un obstáculo, aunque con el tiempo lo aprenderé. Pero la gente… eso es diferente.

Alistair apoyó el codo en el brazo del sofá, girándose levemente hacia ella.

—Aquí pueden ser recelosos con lo que no conocen, pero ya verás que con el tiempo te acabarás convirtiendo en una más.

Christine se quedó en silencio por un momento, antes de inclinar la cabeza apenas perceptiblemente.

—No es solo que sea de fuera. Es que soy inglesa. Y me he desposado con su laird sin previo aviso —hizo una pausa antes de continuar, con voz cansada—. ¿Sabes qué dicen?

Intrigado, arqueó una ceja.

—Sorpréndeme.

—Se han formado dos bandos —explicó, apoyando la copa en su regazo—. Algunos piensan que te he hechizado para enredarte en mis garras.

Su discurso quedó interrumpido por la risa baja y profunda de él.

—Eso no es tan descabellado.

Christine no pudo evitar sonreír.

—Otros creen que he venido a salvaros.

Alistair resopló, como si no pudiera creer lo que escuchaba.

—¿A salvarnos? ¿De qué exactamente?

Ella sostuvo su mirada por un instante antes de responder.

—Del destino del clan. Creen que hay una maldición desde que… desde que tu compromiso previo se rompió.

El aire se tensó. El semblante de Alistair se ensombreció apenas un instante, un parpadeo de incomodidad que Christine no pasó por alto.

Sin embargo, en vez de reaccionar como esperaba, él desvió el tema con un tono despreocupado.

—Tonterías.

Christine sostuvo su copa con más fuerza.

—Estoy de acuerdo. Pero si al menos sirve para que dejen de verme como una amenaza…

—Dales tiempo —respondió él. Tras un breve pausa, añadió con ligereza—: ¿Y cómo van tus lecciones de gaélico?

—Avanzando lentamente. Es un idioma demasiado complejo, y me he dado cuenta de que no todos lo hablan igual.

—El maestro de mis hermanos puede ayudarte.

La expresión de Christine se suavizó.

—Ya me estoy encargando de ello. No es necesario molestar a nadie más.

—Deja de decir eso —su respuesta fue suave, pero cargada de determinación—. Eres mi esposa, y como tal, tienes derecho a lo que necesites… Pero respetaré tu decisión.

—Gracias.

Pasaron unos minutos hasta que Alistair se acomodó en su asiento y anunció con calma:

—Tenemos que posponer nuestro siguiente encuentro.

—¿Por qué?

—Mañana a primera hora partiré hacia Dochart.

—¿Dónde está?

—A día y medio de camino.

Ella frunció los labios.

— Vaya… ¿Y estarás fuera muchos días?

—Calculo que una semana.

Desvió la mirada hacia las llamas y bebió un sorbo más. No sabía por qué, pero la idea de que él estuviera lejos le resultaba

incómoda.

Alistair la observó con atención. Su nariz fina, la curva pensativa de sus labios, los pómulos ligeramente sonrojados por el calor o el vino. Sus ojos, enmarcados por largas pestañas, reflejaban la luz con un brillo cálido, y el fuego jugaba con los tonos cobrizos de su cabello suelto.

Nunca antes se había detenido a mirarla así. Y no esperaba que le afectara de ese modo.

La confusión fue breve y dejó paso a otra sensación, una satisfacción instintiva.

Decidido a provocarla, se inclinó hasta quedar a milímetros de ella. Le alzó el mentón con suavidad, obligándola a mirarlo a los ojos.

El contacto encendió una chispa que se extendió por todo su cuerpo. Disfrazó su reacción con socarronería y le susurró:

—No sabía que mi ausencia os afectaría tanto, milady.

Christine parpadeó, sintiendo el rubor subirle por el cuello.

—Bueno… Es que me había acostumbrado a nuestros paseos —confesó con un débil tartamudeo—. Se me hacía menos solitario todo.

Alistair sonrió con picardía y deslizó el pulgar por la línea de su mandíbula.

—Volveré en unos días —prometió, con el mismo tono provocador—. Mientras tanto, cuida esto por mí.

Christine apenas pudo articular respuesta.

—De… de acuerdo.

La observó un momento más, grabando en su memoria el efecto que provocaba en ella.

Inspiró hondo y se puso en pie con la misma calma con la que había sostenido su mirada.

—Será mejor que me vaya preparando. Me vendrá bien el descanso.

Christine asintió, aún algo alterada.

—Yo me quedaré un poco más.

—De acuerdo.

No se marchó de inmediato. Se quedó de perfil unos segundos, como si quisiera decir algo más. Pero al final sólo esbozó una media sonrisa —pequeña, casi imperceptible— y se dirigió hacia la puerta.

Cuando se quedó sola, exhaló lentamente y fijó la vista en el fuego. Nunca antes se había sentido así con ningún hombre: tan alterada y, al mismo tiempo, tan cómoda.

Pero si algo tan placentero la hacía sentir tan viva…

No podía ser malo, ¿verdad?

Capítulo 12

El primer día salió a cabalgar por su cuenta. El cielo encapotado auguraba lluvia y, al regresar del valle, una llovizna fina comenzó a caer, envolviendo el paisaje en un velo plateado. En otro momento, habría disfrutado del paseo, pero aquella tarde la melancolía la escoltó hasta casa.

El día fue a peor.

Sin Alistair cerca, las voces regresaron con más fuerza. Su nueva familia la trataba con respeto, pero la sensación de ser una intrusa se volvía más difícil de ignorar. Y, más que nada, estaba la culpa. Aunque algunos sabían que su unión era temporal, la verdad pesaba en su interior con cada gesto, cada palabra contenida.

Los pequeños MacLeod la miraban con curiosidad, incluso cuando creían que no los veía. Cuando se animaban a hablar con ella, las conversaciones duraban poco. Christine distinguía con claridad el instante en que perdían el interés y se alejaban en busca de algo más emocionante. No los juzgaba. Sabía bien cómo la impaciencia gobierna el alma infantil.

Los trabajadores la saludaban con una leve inclinación, y percibía en ellos una actitud menos recelosa. Aun así, seguía esquivando a los demás con pequeños gestos de cortesía, incapaz de sacudirse la idea de que la estaban juzgando. Que veían lo mismo que ella: a una extraña, una impostora, una mujer que no pertenecía a ese lugar.

Entre todo aquello, Màiri fue su alivio. No solo por la cercanía en edad, sino porque su carácter abierto y parlanchín llenaba los silencios de los que Christine tanto huía.

La mañana siguiente despertó sobresaltada por los golpes en la puerta. Había pasado la noche en vela, los truenos retumbando como tambores de guerra contra las gruesas paredes del castillo.

En otro momento, el vestido azul oscuro habría realzado su figura. Ahora solo acentuaba las sombras bajo sus ojos y la delgadez de sus hombros. Bajó las escaleras con paso arrastrado, como si la

gravedad misma conspirara contra ella, sintiéndose poco más que un reflejo de sí misma.

Al llegar al comedor, la pequeña Ailsa susurró algo a su madre, quien le chistó antes de dirigirse a Christine con su habitual amabilidad:

—Buenos días, querida. ¿Has descansado?

Christine se dejó caer en el asiento frente a Rowena y soltó un suspiro mientras se frotaba los ojos, sin preocuparse por lo poco decoroso del gesto.

—Si os soy sincera, no demasiado bien.

—Yo tampoco —intervino Maeve, mientras untaba pan con mantequilla—. Los truenos me hacen sentir como si el juicio final estuviera cerca.

—¡Abuela! —exclamó Ailsa, con los ojos abiertos de par en par.

Maeve se encogió de hombros con un gesto inocente. Malcolm, curioso, miró a su hermana en busca de respuestas.

—Ailsa está avanzando muy rápido con el inglés —comentó Rowena con orgullo—. Pero estoy segura de que Malcolm no tardará en alcanzarla.

—Ya lo veremos —replicó la pequeña con cierto retintín.

Luego, volteó hacia Christine con aire inquisitivo. Tras unos segundos de escrutinio, se inclinó hacia delante y susurró:

—Malcolm tampoco pudo dormir.

Al escuchar su nombre, el aludido preguntó algo a su hermana, pero esta agitó la mano con gracia, restándole importancia. La cómica escena consiguió que Christine se relajara un poco en su compañía. Se adelantó hacia la niña y le respondió en tono confidencial:

—Dile a tu hermano que tampoco me gustan las tormentas.

Ailsa obedeció con entusiasmo, provocando que Malcolm se ruborizara y contestara algo que no entendió. A juzgar por la reprimenda de Rowena, no debió de ser muy apropiada.

—Parece que continuará así toda la mañana —comentó Fergus, quien observaba la lluvia a través de la ventana con semblante preocupado.

—¿Es un problema?

—El año pasado las tormentas destrozaron parte de las cosechas y algunas viviendas en los poblados cercanos —explicó, sin dejar de mirar al exterior—. Pusimos todo nuestro empeño en repararlo, pero si este año se repite, estaremos en serias dificultades.

Christine se removió en su asiento, incómoda.

—No tengo mucho que ofrecer —dijo con cierta vacilación—. Todo lo que poseo aquí me lo habéis prestado… pero contad conmigo para lo que haga falta.

—Te lo hemos regalado —corrigió su suegra—. Y no te preocupes, no es la primera vez que nos enfrentamos a algo así. Cuando Alistair era pequeño, pasamos el peor invierno que recuerdo en toda mi vida, y salimos adelante.

—Somos un clan fuerte, muchacha —añadió Fergus con orgullo. Luego, su semblante se tornó serio, recordándole al escrutinio de Ailsa de momentos atrás—. Preocúpate por comer y descansar. No quiero que enfermes.

Christine obedeció y continuó desayunando. Se sorprendió al notar lo cómoda que se sentía sin que nadie, como temía, reparara en su falta de etiqueta. Pero cuando iba por su segundo bol de gachas, se percató de las muecas divertidas de los niños.

—¿Qué ocurre?

—Comes mucho —soltó Malcolm, con toda la inocencia del mundo.

Rowena le lanzó una advertencia silenciosa, pero Christine, en lugar de molestarse, soltó una carcajada. Acercó el bol al pequeño y le guiñó un ojo.

—¿Quieres un poco?

Él alzó la barbilla con fingida ofensa, pero tragó saliva al ver las gachas.

—¡No necesito comer tanto! —protestó, apartando el objeto con un ademán exagerado.

Christine se llevó una mano al pecho, fingiendo indignación.

—Entonces me lo comeré yo, porque aquí nadie me gana en apetito.

Malcolm tardó unos segundos en comprender toda la frase, pero cuando lo hizo, comenzó a reír con genuina diversión.

—Parece que ya encajas bien entre nosotros —dijo Rowena, con una sonrisa afectuosa.

Christine agradeció el cumplido y retomó su desayuno. Aquel momento, tan simple e inocente, logró encender en su interior una calidez perdida, un sentimiento de pertenencia que hacía tiempo no experimentaba.

Tras el desayuno, Rowena no tuvo que insistir demasiado en que su nuera regresara a descansar. La fuerte lluvia había impuesto un freno en el ajetreo habitual del castillo, y el agotamiento de la joven dama era tan evidente que apenas logró mantenerse despierta mientras subía las escaleras. Tan pronto como se deslizó bajo las mantas, el sueño la envolvió por completo.

Despertó varias horas después, sintiéndose más ligera. Esta vez, la imagen que le devolvió el espejo le pareció menos abatida. Fue hasta la ventana e hizo un mohín al ver que seguía lloviendo.

Hizo llamar a Màiri, quien no tardó en presentarse con su habitual rapidez.

—¿Sabes dónde está lady Rowena?

—Está descansando, milady. ¿Queréis que la despierte?

—No es necesario.

Hizo una breve pausa, vacilando antes de añadir con aparente despreocupación:

—¿Tienes alguna tarea esta tarde, Màiri?

Una chispa de complicidad iluminó sus ojos al adivinar las intenciones de su señora.

Así, con su energía restaurada tras un abundante desayuno y horas de sueño, compartieron la tarde juntas. Màiri le enseñó nuevas palabras y frases, y Christine, con esfuerzo y determinación, las repetía una y otra vez. Pronto, la mesa quedó cubierta de hojas garabateadas con palabras extranjeras, conjugaciones a medio comprender y torpes intentos de escritura.

Cuando el cielo comenzó a teñirse de tonos violáceos, bajó a cenar. Malcolm, más confiado que antes, buscaba su atención con entusiasmo, iniciando un torpe, pero divertido intercambio de idiomas.

La cena transcurrió entre risas, y al terminar, subió a su alcoba con el ánimo renovado.

—Màiri, cuéntame un poco sobre las gentes del castillo —le pidió a la doncella mientras le cepillaba el cabello.

—Disculpad mi atrevimiento, pero creí que lady Rowena os había presentado a todos.

—No me refiero a eso, sino a quiénes son realmente. Qué les gusta, cómo son.

—Ah… comprendo.

Halagada por la confianza de su lady, Màiri comenzó a contarle historias de quienes mejor conocía, compartiendo anécdotas y rarezas que provocaron más de una risa discreta entre ambas.

Llevaban un rato compartiendo confidencias cuando unos toques en la puerta las sobresaltaron. Sus ojos se encontraron a través del espejo antes de que Christine diera permiso para entrar.

La puerta se abrió apenas, revelando primero una pequeña cabecita, seguida de otra más.

Christine se irguió de inmediato, su sorpresa tornándose en inquietud.

—¿Qué hacéis aquí? ¿Ha ocurrido algo?

Los niños negaron rápidamente con la cabeza. Malcolm avanzó con cierta reserva, seguido de una silenciosa Ailsa, que jugueteaba con los pliegues de su falda.

—Me estáis asustando —insistió.

—Yo… queríamos saber si estabas bien —murmuró Malcolm, desviando la mirada.

Christine parpadeó, confundida.

—¿Cómo?

—Antes dijiste que la lluvia no te dejaba dormir y pensamos que… —miró fugazmente a su hermana, quien mantenía la cabeza gacha y movía el pie con nerviosismo. Tras un suspiro, el niño continuó, titubeante—. Pensamos que no dormías porque nuestro hermano no está, y que quizás te vendría bien un poco de compañía.

Ailsa asintió con timidez y añadió en voz baja:

—Solo queremos que te sientas a gusto.

—Y lo estoy. Siento mucho si os he hecho pensar lo contrario.

Pero los pequeños no parecían del todo convencidos. Intercambiaron una expresión contrariada hasta que Ailsa bajó los hombros en gesto de derrota.

—Nos alegramos mucho. Sentimos haberte molestado.

Christine fue a hablar, pero un trueno retumbó en el castillo, haciendo que ambos niños se sobresaltaran y se aferraran el uno al otro, invadidos por el temblor.

Ah. Así que ahí estaba el verdadero motivo.

Christine cruzó una mirada divertida con Màiri, quien apenas contenía la sonrisa. Con gesto teatral, se llevó una mano al pecho y adoptó una expresión temerosa.

—Pero los truenos me dan mucho miedo. ¿Os importaría quedaros conmigo esta noche? La cama es demasiado grande para mí sola.

Los niños se miraron aliviados.

—Si de verdad lo necesitas… No nos importa quedarnos, ¿verdad, Malcolm?

Este negó efusivamente con la cabeza.

Christine entrelazó los dedos sobre el pecho y les susurró, agradecida:

—Mis héroes.

Esa noche, y la siguiente, Christine durmió profundamente.

Capítulo 13

Al amanecer del tercer día, el aroma fresco de la lluvia impregnaba cada rincón. El cielo, aún cubierto de nubes, anunciaba una tregua que los habitantes del castillo aprovecharon de inmediato para retomar sus tareas habituales.

—Por fin parece que está amainando —comentó Rowena con voz cansada.

—Partiré con varios de mis hombres en cuanto terminemos el desayuno —añadió Fergus—. Ojalá este temporal no haya causado daños graves.

—¿No crees que es demasiado arriesgado? —intervino su esposa, con el tono cargado de preocupación.

—Estoy de acuerdo con lady Maeve —añadió Rowena, lanzando un vistazo a su suegra, quien le devolvió un gesto agradecido—. Alistair aún no ha regresado, y no podemos permitir que os suceda algo. Nos dejaría vulnerables frente a cualquier amenaza.

Fergus quiso replicar, pero las palabras quedaron atrapadas en su garganta. En el fondo, sabía que ambas tenían razón. El último año había sido especialmente duro; la pesadez en sus piernas y la dificultad para respirar le recordaban a diario que su cuerpo ya no era el de antes. Los remedios que Maeve había preparado con esmero consiguieron aliviarle un tiempo, otorgándole una apariencia de normalidad que ahora apenas podía sostener. El simple acto de subir las escaleras hasta su alcoba se había convertido en un desafío agotador.

—Marcharé con el grupo para asegurarme de que todo esté en orden —continuó Rowena.

—Mi doncella y yo podemos acompañaros —propuso Christine. Aunque había hecho del castillo su refugio, sabía que no podía seguir escondiéndose entre sus muros. Ser vista por la gente, exponerse a sus juicios y ganar su confianza era un paso inevitable si quería cumplir su papel como señora del clan, aunque solo fuese

temporal—. Mi doncella está preocupada por su familia y es una oportunidad para que nuestra gente me conozca.

Rowena sonrió complacida.

—Es una idea excelente.

—Un momento —interrumpió Fergus—. No quiero arriesgar la seguridad de nadie. Los caminos no son seguros, y la escasez de alimentos ha hecho que los asaltos sean más frecuentes.

—Si Angus lidera el grupo, dudo que nos enfrentemos a problemas —sugirió Rowena.

El anciano evaluó la situación en silencio y, al cabo de unos segundos, asintió con seriedad.

Una hora más tarde, una docena de hombres, con Angus al frente, resguardaba a las damas y a la carreta cargada con víveres y herramientas.

Cabalgaban con precaución, esquivando las ramas caídas y las piedras que habían rodado desde las zonas más elevadas. El agua de la tormenta había empapado la zona, creando grandes charcos y zonas de barro resbaladizas.

La primera parada fue en el poblado a las faldas del castillo, donde vivía la mayoría de los trabajadores.

Christine descendió del caballo, dispuesta a poner en práctica todo lo aprendido. Los aldeanos se acercaron con gestos de respeto, transmitiendo sus buenos deseos a la pareja. No le sorprendió; suponía que las noticias ya habrían corrido por los alrededores del castillo.

En cierto momento, Màiri se ausentó para hablar con unos conocidos, dejando a Rowena y su nuera a solas. Caminaban por un sendero arbolado, a las afueras del poblado, cuando un hombre mayor se acercó. Vestía ropas gastadas y su rostro surcado por el tiempo mostraba una expresión serena. Se inclinó ligeramente hacia Rowena y habló en gaélico:

—Un inglés ha estado preguntando por la dama.

Ella agradeció el gesto con una leve inclinación de cabeza.

—¿Qué está diciendo, milady?

—Te felicita por las nupcias —respondió con tranquilidad.

—Qué extraño. Sus palabras no me resultan familiares.

Por un instante, un atisbo de preocupación cruzó el rostro del anciano, pero enseguida recuperó su máscara de impasibilidad.

—Algunos aún utilizan expresiones del pasado —dijo Rowena, restándole importancia—. No debes preocuparte por ello. Casi nadie lo habla ya.

La respuesta no pareció convencerla y volvió a mirar al hombre. Este, como si hubiera entendido su conversación, se inclinó en una reverencia más profunda y volvió a hablar, con una intensidad renovada en sus ojos:

—Felicidades, milady.

Christine tardó un segundo en responder.

—Gracias.

Rowena mantuvo la sonrisa hasta que su nuera desvió la mirada. Solo entonces, asintió brevemente, asegurándole al anciano que sus palabras llegarían al laird.

Tras confirmar que el poblado no había sufrido grandes daños, reanudaron el viaje hacia su siguiente destino.

—Disculpad el atrevimiento, milady, pero me gustaría pediros un favor —susurró Màiri con un leve temblor en la voz, inclinándose hacia Christine mientras cabalgaban.

—Claro, Màiri.

—Si no os es mucha molestia, me gustaría ausentarme un momento cuando lleguemos a Kinloch.

—Por supuesto. ¿Tu familia vive ahí, cierto?

—Sí, milady.

No obstante, la llegada se demoró más de lo previsto. Cuando comenzaron a divisar las casas más cercanas, los senderos de tierra se habían convertido en un lodazal, dificultando el avance. Desde la distancia, Christine alcanzó a distinguir tejados arrancados que dejaban sus interiores expuestos al cielo gris.

Las mujeres aguardaron mientras los hombres despejaban el paso, pues las capas de sus faldas, aunque más ligeras de lo habitual, entorpecían el movimiento en el barro.

Los aldeanos que habían salido a comprobar a qué se debía el bullicio se apresuraron a colaborar con la tarea, y pronto el acceso al pueblo quedó liberado.

Christine no tardó en ser rodeada por docenas de ojos curiosos. Observó cómo Rowena devolvía los saludos y la presentaba como la nueva esposa del laird. El silencio pronto dio lugar a murmuraciones, hasta que un aldeano se adelantó al resto e hizo una reverencia profunda:

—Milady, permitidme daros la enhorabuena de parte de todos nosotros. Estamos a vuestra entera disposición.

Christine descendió del caballo con elegancia y respondió, haciendo un esfuerzo consciente por suavizar su acento:

—Gracias por los buenos deseos. Es un placer conoceros.

Los murmullos aumentaron, pero se obligó a mantener una postura erguida y digna.

"No les gustas".

Respiró hondo, intentando silenciar su mente.

"Este no es tu lugar".

—Milady.

La voz dulce de Màiri la devolvió a la realidad. La joven apretó con suavidad el brazo de su señora, gesto que había visto hacer a Brìghde, confiando en que lograría reconfortarla. Christine respondió con un discreto cabeceo, intentando restarle importancia.

La doncella no dijo nada más, pero pareció dudar antes de soltarle el brazo.

—Quiero presentaros a mi padre, Douglas Morrison.

El hombre, de piel morena y aspecto sobrio, se adelantó e hizo una leve venia.

—Que los dioses os sonrían, milady —habló con voz profunda y pausada—. Gracias por cuidar de mi pequeña.

Christine respondió con un gesto similar.

—No me lo agradezcáis; es lo menos que merece.

A pesar de sus ropas sencillas y la ligera cojera que procuraba disimular, conservaba un porte distinguido. No sorprendía que hubiese sido comerciante, ni que hubiese tenido éxito en sus negocios.

—Y yo soy Gavin, milady, para serviros.

Christine reprimió una sonrisa al ver al niño que acompañaba a Douglas hacer una reverencia tan exagerada que estuvo a punto de

perder el equilibrio.

—Gavin, por favor —lo amonestó Màiri—. Es mi hermano pequeño, milady, os ruego que disculpéis sus modales.

—No te preocupes —la tranquilizó Christine. Se inclinó hasta quedar a la altura del niño y habló con voz cálida—. Y yo me llamo Christine. Hemos venido para ayudaros.

El pequeño se sonrojó ante la atención de la joven, provocando discretas risas entre los presentes.

Las siguientes horas transcurrieron con rapidez. Además de los tejados, el pozo que abastecía a los habitantes, situado en la plaza central, había quedado inutilizado. Las paredes de piedra estaban deshechas y cubiertas de estiércol y lodo. El grupo trabajó con esmero para recuperar el aspecto del lugar.

Dado que aún no se desenvolvía con soltura en gaélico, Rowena y Angus asumieron la tarea de dirigir. Christine, por su parte, ayudaba en todo lo que le pedían, ya fuese llevando objetos de un lado para otro, asistiendo a los aldeanos o cuidando de los heridos.

Al principio, muchos aldeanos ocultaban su desconfianza tras gestos hoscos y pocas palabras. Pero la actitud incansable y dedicada de la joven hizo que pronto empezaran a relajarse en su compañía e, incluso, a tomarse el tiempo para comunicarse con ella de forma sencilla.

Hacia el final de la mañana, Christine estaba sentada en un tronco, retirando la tierra de unos nabos mientras debatía consigo misma. Hasta ese momento, el trabajo duro había mantenido las voces a raya, pero ahora que al fin se encontraba en calma, volvían a atormentarla.

El hecho de que aún hubiera quienes pasaban a su lado saludándola con reparo, o quienes la observaban con recelo desde la distancia, creyendo que ella no lo notaba, no ayudaba a silenciarlas.

—Milady, marcharemos en cuanto los tejados estén arreglados.

La voz grave y profunda de Angus la sobresaltó, y el tubérculo se le escapó de las manos, rodando por el suelo. Un temor repentino se apoderó de su cuerpo, pero se obligó a alzar la vista hacia el guerrero, que la observaba con la expresión endurecida.

—Os lo agradezco —respondió con voz débil.

El guerrero asintió y se alejó, murmurando algo que no alcanzó a comprender.

Aquel hombre no le inspiraba confianza. Había algo en su expresión adusta y en sus gestos toscos que le resultaba inquietante hasta lo más profundo. Las miradas cargadas de juicio, junto a la cicatriz que le cruzaba el cuello y la mandíbula, reforzaban su apariencia intimidante. Christine, consciente del efecto que provocaba en ella, procuraba mantener la distancia siempre que podía.

Al alzar la vista, se encontró con Douglas, que lo recogía con gesto sereno. Christine sonrió agradecida y se incorporó para quedar frente a él.

—Gracias.

—No se merecen, milady. Solo quería saber cómo os encontráis.

—Si he de ser franca, estoy un poco cansada —echó un vistazo a su alrededor con satisfacción—, pero el esfuerzo vale la pena.

—Os lo agradecemos profundamente —hizo una breve pausa y añadió en voz baja, cambiando al inglés—. Aunque a algunos les cueste reconocerlo.

Christine abrió los ojos, sorprendida, y echó una rápida mirada a su alrededor, temiendo que alguien los hubiera escuchado. Una punzada de culpa la atravesó al instante, y se amonestó mentalmente por su reacción.

El señor Morrison, al notar su inquietud, curvó levemente los labios con indulgencia y continuó hablando en el mismo tono bajo:

—Disculpad el atrevimiento. Pensé que os gustaría hablar con alguien inglés.

—¿Vos sois inglés? —preguntó, más asombrada aún.

—Mi madre lo era. Fue ella quien me enseñó a hablarlo. Mi padre era un ganadero escocés; de él aprendí todo sobre la lana.

Guardó silencio unos segundos, evaluando si continuar. Luego, con un leve encogimiento de hombros, prosiguió:

—Cuando fallecieron, me aventuré a montar mi propio negocio.

—Espero no pecar de impertinente, pero ¿por qué me contáis todo esto?

—Porque sé lo que es sentirse rechazado en el lugar que llamas hogar —respondió, deteniéndose un momento antes de señalar lo que los rodeaba con un gesto amplio—. Y también sé cuánto cuesta ganarse ese lugar cuando regresas.

Christine estuvo a punto de replicar, pero exhaló con resignación.

—¿Tan evidente es?

Douglas bajó la vista un momento, tomándose un breve silencio antes de continuar:

—Durante los años que dediqué al comercio, tuve la suerte de recorrer localidades a ambos lados de la frontera. Algunas eran pequeñas, apenas un puñado de casas desperdigadas; otras, vastas y bulliciosas, con centenares de habitantes, cada cual más distinto que el otro. ¿Sabéis, milady, qué era lo que todas compartían?

Ella aguardó expectante, pendiente de la pausa intencionada de su interlocutor.

—El miedo. Todas estaban gobernadas por el miedo.

—¿Miedo a qué?

—A todo. A que las cosechas no prosperaran, a que un enemigo volviera a alzar las armas contra ellos… Somos humanos, milady, y aquello que desconocemos nos llena de terror. Y cuando el miedo se apodera de nosotros, buscamos culpables: los dioses nos castigan, los forasteros traman en nuestra contra… siempre hay algo, o alguien, a quien culpar.

—¿Y de qué forma podríamos evitarlo?

—No podemos. Cada quien es libre de tomar sus propias decisiones: algunos optan por temer; otros, por enfrentarse a ese temor con valentía. Lo único que podemos hacer es obrar lo mejor que sabemos y, con el tiempo, tal vez obtengamos aquello que merecemos.

—¿El paraíso eterno?

Douglas rio suavemente, negando con la cabeza.

—No, milady. Pero podemos alcanzar algo que se le asemeje: la paz con nosotros mismos y con los demás.

Christine inclinó levemente la cabeza, y sus dedos se relajaron sobre la tela del vestido.

—No os falta raz…

Un grito rompió la quietud, seguido del revuelo que emergía a unos metros de distancia. Ambos giraron al unísono, y la escena que se desplegó ante ellos los dejó inmóviles.

Capítulo 14

—¡Cuidado!

La advertencia surgió de uno de los hombres que reparaba un tejado, mientras observaba horrorizado cómo sus compañeros caían al suelo junto con la paja y los tablones de madera recién colocados. La estructura, debilitada por la lluvia y el paso del tiempo, no pudo soportar la presión repentina y acabó por ceder, arrastrando también al tercer hombre.

—¡Gavin!

El grito de Douglas la sacudió, pero cuando giró en su dirección, la sorpresa inicial dio paso al terror. Gavin, seguido de otros dos niños, estaba justo al lado de la casa, cargando pesados cubos de agua.

Con el corazón en un puño, salió corriendo tras Douglas. La tela de su falda, pesada por la humedad y el barro, se pegaba a sus piernas y entorpecía cada paso. Levantó los lados como pudo, pero apenas logró avanzar unos metros antes de quedarse inmóvil, con la mirada fija en la escena que se desplegaba ante ella: el resto de la casa se desplomó por completo, tragándose a las criaturas en un torbellino de escombros y polvo.

El impacto la dejó paralizada. Su mente, vulnerable, sucumbió ante la voz cruel que comenzaba a retumbar con fuerza:

"Inútil", repetía, implacable. "No eres capaz de proteger ni a un niño".

Permaneció en pie, su rostro cada vez más pálido, mientras un zumbido ensordecedor se apoderaba de sus oídos, aislándola del mundo exterior. Durante unos segundos que se sintieron eternos, quedó a merced de aquella feroz batalla interna.

—¡Gavin!

El llanto desgarrador de Màiri la sacudió como un rayo. Parpadeó varias veces, y las voces a su alrededor fueron cobrando forma. Volvió la vista hacia el caos: los hombres caídos estaban siendo

atendidos por otros aldeanos, mientras un grupo se afanaba en retirar los escombros bajo los cuales estaban los niños.

Un destello de determinación reemplazó su miedo. Con un último esfuerzo, se levantó las faldas con ambas manos y avanzó decidida hacia ellos. Consiguió hacerse un hueco entre los presentes y empezó a retirar trozos de madera, paja y piedra. Sus manos trabajaban frenéticamente, pero su mente se encontraba lejos, rezando para que los niños siguieran con vida.

Los que se habían limitado inicialmente a observar, al percibir su ímpetu, siguieron su ejemplo. En cuestión de minutos, el caos inicial se transformó en un movimiento sincronizado, consiguiendo liberar al primer niño y, poco después, al segundo. En cuanto sacaron a Gavin, formaron tres grupos para evaluar el estado de cada uno.

Los pequeños presentaban cortes y magulladuras, pero ninguno parecía haber sufrido lesiones mayores.

Ninguno, excepto Gavin.

El rostro del niño, quien apenas contenía un puchero, había perdido color, y su brazo derecho colgaba inerte. Cuando su hermana quiso examinarlo mejor, Gavin lo apartó con brusquedad, rompiendo en un llanto desgarrador. Con un nudo en la garganta, lograron convencerlo de que les permitiera levantarle la manga de la camisa.

La imagen le provocó un vuelco en el pecho a Christine: el brazo estaba hinchado, enrojecido y desviado en una posición antinatural.

—Milady, creo que tiene el brazo roto —susurró Màiri en inglés.

—Dejadme ver —dijo Rowena, que acababa de llegar. Tras observar detenidamente al pequeño, se volvió hacia los aldeanos con tono urgente—. Traedme un trozo de madera, lo más plano posible, y un poco de tela.

Mientras Rowena intentaba calmar a Gavin, Christine corrió hasta el botiquín. Rebuscó entre los frascos hasta encontrar el que buscaba y volvió apresuradamente.

—Toma, Gavin, bébete esto —le dijo, acercándole un pequeño frasco con líquido oscuro.

Él obedeció entre hipidos, tomando pequeños sorbos bajo la mirada atenta de las mujeres. Una vez que se aseguró de que había

bebido lo suficiente, Christine se giró hacia Douglas, quien observaba la escena con semblante preocupado.

—Será mejor llevarlo al castillo. Lady Maeve podrá examinarlo con mayor detalle.

—No queremos causaros problemas, milady. Seguramente aquí podremos atenderlo —respondió con cierta vacilación.

—No digáis sandeces. Es nuestro deber cuidaros. Gavin no supondrá ningún inconveniente, y vos podéis acompañarnos hasta que se recupere.

Douglas bajó la cabeza con humildad, en sus ojos atisbándose la emoción contenida.

—Que Dios os bendiga. Pero es mejor que Gavin marche con mi hija. Yo debo quedarme en el pueblo. De lo contrario, no tendrán un hogar al que regresar.

—Por supuesto —accedió Christine, suavizando la expresión.

Lanzó una mirada interrogante a Rowena, quien asintió con discreción. Después, buscó a Angus entre los presentes. Lo encontró a unos pasos, su gesto serio, como si analizara cada detalle.

—Que alguno de vuestros hombres nos escolte de vuelta al castillo.

—Os acompañaré yo mismo.

—No, quedaos aquí ayudando hasta que caiga la luz.

—Insisto, milady. Los caminos no son seguros. No estaré tranquilo si no os escolto personalmente.

Christine sopesó sus palabras unos instantes, hasta que finalmente cedió. No podían permitirse el lujo de perder el tiempo discutiendo.

Un rato después, las tres damas y Gavin salían del pueblo, escoltados por Angus y cuatro de sus hombres.

El camino de vuelta se mostró más transitable que por la mañana. La ausencia de lluvia había permitido que el lodo comenzara a secarse, formando una capa firme bajo las herraduras de los caballos. Sin embargo, al acercarse a los dominios del castillo, el paisaje cambió de forma abrupta.

Entraron en una zona boscosa donde la frondosidad de los árboles apenas dejaba pasar la luz, sumiendo el entorno en una

penumbra inquietante. Allí, el suelo continuaba embarrado, obligando a los jinetes a ralentizar el paso y extremar las precauciones. El silencio del bosque, roto tan solo por el crujir de las ramas y los cascos de los caballos, añadía un peso extraño al aire, como si las sombras mismas los observaran.

Mientras cabalgaba, Christine observó a su alrededor, estremeciéndose al notar cómo una fina niebla surgía del suelo húmedo y envolvía las raíces de los árboles cercanos. A su derecha, Gavin dormía plácidamente en el regazo de su hermana, ajeno a todo. A su izquierda, Rowena cabalgaba con el rostro tenso y la mirada fija en el horizonte.

Fue entonces cuando el silencio se desgarró con un grito:

—¡Cuidado!

La advertencia provenía de uno de los guerreros, justo antes de que una docena de figuras emergiera de entre los árboles.

El resto de los guerreros desenvainó las espadas al instante, adoptando una formación defensiva alrededor de las mujeres. Christine comprobó que Gavin seguía bajo los efectos del sedante, mientras su hermana lo envolvía con firmeza entre sus brazos.

Los atacantes, cubiertos por capas desgastadas y armados con espadas, cuchillos y garrotes, se extendieron por el sendero, formando un perímetro que bloqueaba cualquier posibilidad de escapatoria.

Un hombre de cabello oscuro recogido en una coleta baja avanzó con arrogancia. Su rostro anguloso, endurecido por la vida al aire libre, se tensaba en una sonrisa burlona, enmarcado por una barba larga y descuidada. Hacía girar un cuchillo entre los dedos con una destreza intimidante.

—¡Pero bueno! ¿Qué tenemos aquí? —dijo con un tono cargado de sorna, acercándose a los guerreros MacLeod con pasos deliberados y confiados. Tras unos tensos segundos, retrocedió rápidamente, esquivándolos con desprecio.

—En nombre del laird de estas tierras, exigimos que nos dejéis pasar —ordenó Angus.

—¿Y está aquí ese laird? —respondió el otro, ladeando la cabeza.

Angus contuvo un gruñido de frustración.

—Dadnos todo lo que lleváis y os dejaremos ir —exigió el bandido.

Rowena y Christine intercambiaron una mirada rápida. Aunque sus vestiduras eran modestas y estaban cubiertas de lodo, sabían que no pasarían desapercibidas para aquellos hombres.

—¿Y si no lo hacemos? —replicó Angus, alzando la espada un poco más.

El líder soltó una carcajada seca y lanzó a sus hombres una mirada cargada de burla.

—¡Mirad! Este medio hombre quiere hacernos frente.

Las risas resonaron entre los árboles, creando una atmósfera aún más sofocante. Christine intentó calmarse, pero el miedo la mantenía anclada al presente. Temía por sí misma, pero sobre todo por el pequeño que a duras penas ocultaba su hermana.

—Si no nos entregáis todo…

De repente, una mano surgió desde la oscuridad y agarró la cintura de Màiri, tirándola con violencia del caballo. El repentino movimiento desestabilizó a Gavin, haciendo que cayera al suelo estrepitosamente.

—¡Animales! —exclamó Rowena con los ojos llenos de furia, antes de desmontar de un salto para ayudar al niño.

Christine quiso seguirla, pero su cuerpo no obedeció. Observaba impotente el caos a su alrededor, incapaz de moverse mientras los criminales arrastraban a Màiri hacia su jefe.

—Nos lo quedaremos igualmente —dijo el hombre con voz rasposa, cargada de amenaza—. Traed a las otras, y que desmonten todos.

Antes de que pudiera reaccionar, unos brazos la sujetaron y la empujaron hasta dejarla frente al cabecilla. Sus ojos brillaron al verla, cargados de una emoción que Christine reconoció al instante, y que le revolvió el estómago. El pánico se apoderó de ella con tal fuerza que sus músculos se negaron a responder.

—Bueno, bueno —dijo el hombre, arrastrando las palabras—. Parece que no me equivocaba. No tienes pinta de ser una vulgar campesina.

El aliento putrefacto le golpeó el rostro, desatando una náusea que apenas logró contener. Apenas percibía los insultos de Rowena, cada vez más cercanos conforme la arrastraban hacia ella.

—Déjanos, salvaje —espetó Rowena.

El hombre avanzó hacia ella con paso lento y calculado, y le sujetó la mandíbula con brusquedad. Alzó su rostro para inspeccionarla, el desprecio marcado en el gesto, mientras sus ojos recorrían su figura con descaro.

—Dadnos vuestras pertenencias y nos quedaremos solo con una de vosotras. Pero si os negáis… desearéis estar muertas.

—¡Suéltala! —gritó Màiri, temblando de rabia y miedo.

No logró decir nada más. Su atención se desvió hacia otro de los criminales, que se acercaba con su hermano en brazos. El niño, que empezaba a despertarse, tardó unos segundos en comprender lo que ocurría. Pero al cruzar la mirada con la de Màiri, el dolor se desvaneció de su rostro, reemplazado por un miedo aterrador.

—¡Màiri! —chilló el pequeño, retorciéndose con desesperación para soltarse.

El captor, visiblemente molesto por su resistencia, levantó la mano y le propinó una bofetada que resonó como un látigo. Gavin se estremeció y quedó en silencio, los ojos llenos de lágrimas.

Rowena aprovechó la distracción para sacudirse de golpe y zafarse del agresor. En un gesto rápido y certero, sacó una daga que había mantenido oculta entre las faldas y la apoyó directamente en el cuello del hombre que la había sujetado segundos antes.

—Asquerosas alimañas —escupió con rabia—. ¡Soltad al niño o lo mataré!

Hundió un poco más la hoja, y la sangre brotó en un hilo fino.

El cabecilla rompió el silencio con una risa estruendosa que resonó entre los árboles.

—Vaya, vaya, tenemos a una fiera entre nosotros.

Antes de que pudiera reaccionar, la agarró del cuello con tal fuerza que Rowena se vio obligada a soltar la daga. Su tez empalideció al instante, mientras luchaba en vano por liberarse.

Los guerreros MacLeod ajustaron su formación, aferrando con fuerza las empuñaduras de sus espadas hasta que los nudillos se

tornaron blancos.

—¡Suéltala! —exigió Angus.

—Suéltala, suéltalo… —repitió el criminal, imitándolo con burla—. Me estoy cansando de tanta palabrería. Os ofrecí un trato y lo habéis rechazado. ¿Sabéis qué? —su expresión se torció en una mueca macabra—. Nos lo quedaremos todo.

Un terror indescriptible recorrió a Christine al imaginar el posible desenlace, quebrando por fin la prisión de miedo que la mantenía paralizada. Con el corazón desbocado, se removió con desesperación hasta que, por fin, un grito claro y contundente estalló en su garganta:

—¡No!

El bandido dejó escapar un silbido largo y ascendente. Volvió la atención hacia ella con una sonrisa torcida, cargada de deleite perverso.

—Mira tú por dónde. El pajarito tiene voz. Ya empezaba a preocuparme que fueras muda. Habría sido decepcionante no escuchar tus gritos cuando te tomara.

Aunque no entendió todas sus palabras, el tono lascivo y las miradas que la recorrían sin pudor dejaban claras sus intenciones.

—¿Qué pasa? ¿Te he vuelto a dejar sin palabras?

—Jefe —intervino su compañero, negando sutilmente.

Este, sin embargo, dejó al descubierto sus dientes amarillentos en un gesto amplio, y dio otro paso hacia ella. Al ver que seguía paralizada, la sujetó con fuerza por la cintura y la atrajo bruscamente hacia él.

—Oh, vamos. Ya sé que la dama es intocable, pero ¿qué daño hace un poco de diversión?

La proximidad del contacto y su hedor rancio le revolvieron el estómago, sacándolo de su parálisis. Intentó liberarse, pero sus esfuerzos solo parecían divertirlo más.

—Sabía que nos lo pasaríamos en grande —susurró en su oído.

El miedo y la repulsión luchaban por controlarla, pero la urgencia de escapar fue más fuerte. Intentó apartar el rostro, pero la sujetó con tal ímpetu que su mejilla quedó expuesta al asqueroso lametón.

Fue entonces cuando lo vio.

Una silueta se deslizó entre los árboles con precisión letal.

Antes de que pudiera comprender lo que ocurría, emergió del bosque con la agilidad de un depredador. En un parpadeo, el bandido cayó derribado. Un brazo firme lo inmovilizó, mientras el brillo frío de una daga relampagueaba en el aire.

El grito que soltó se ahogó en su garganta al sentir la hoja apretada contra el cuello, una amenaza que no dejaba margen a dudas.

Christine alzó la mirada, y ahí estaba él.

Alistair, con el semblante oscurecido por la furia contenida, sujetaba al bandido con un agarre implacable.

—Ni un movimiento —siseó en su oído, la voz baja y afilada.

Los bandidos, que hasta entonces se divertían desde su posición aventajada, quedaron completamente inmóviles.

—¡Soltad vuestras armas ahora! —ordenó, y su voz rompió el silencio con la fuerza de un trueno.

Por un instante, todo quedó en suspenso. Los bandidos cruzaron un gesto inquieto, hasta que, desde las sombras del bosque, comenzaron a emerger otros diez hombres, cada uno más imponente que el anterior. Las armas cayeron al suelo con estrépito.

—Hemos llegado justo a tiempo —dijo Conall, alargando cada sílaba con un tono impregnado de satisfacción.

Giraba su hacha con movimientos precisos, y la expresión siniestra que se dibujaba en su rostro provocó en Christine un escalofrío, como si el peligro aún flotara en el aire.

—¡Apresadlos! —ordenó Alistair, sin apartar la daga del cuello de su prisionero.

Uno de los bandidos, desesperado, giró sobre sus talones y echó a correr hacia el bosque. Un silbido cortó el aire, seguido de un quejido ahogado y un golpe sordo. Christine alcanzó a ver cómo el hombre se desplomaba de bruces. Henry se acercó con pasos calculados, sus botas hundiéndose en el barro.

Sin vacilar, se inclinó sobre el cuerpo y extrajo la daga clavada entre sus costillas con un tirón seco. El bandido jadeaba en busca de aire.

—¿Acaso no has oído las órdenes de tu laird? —espetó, la voz tan gélida como el acero que empuñaba.

El criminal no pudo responder; su boca abierta solo emitía sonidos ahogados. Henry alzó la vista hacia Alistair, que respondió con un gesto breve y decidido.

Con decisión, hundió la daga en su cuello y puso fin a su miserable existencia.

—¿Alguien más quiere hacerse el valiente? —preguntó con una mezcla de burla y amenaza, mientras limpiaba la sangre de la hoja con un trozo de su plaid.

Ninguno de los bandidos osó moverse o hablar. Satisfecho, les echó un último vistazo antes de regresar junto a los suyos.

Christine contemplaba la escena presa de un leve temblor, con el alivio y el horror agitándose en su interior.

—Déjalos ir —escupió el cabecilla, su voz rasposa y el orgullo maltrecho—. Solo seguían órdenes.

Alistair alzó una ceja, apretando la mandíbula con rabia contenida.

—Así que ahora tienes honor, ¿eh?

—Solo… seguían órdenes.

La furia en su rostro se intensificó. Presionó la hoja un poco más, dejando que un hilo de sangre descendiera hasta la base de su cuello. El bandido comenzó a jadear, presa del pánico.

—Nadie toca a mi esposa.

Sin un atisbo de vacilación, le abrió la garganta con un solo movimiento.

Capítulo 15

—¿Estáis todos bien?

—Sí, milaird —respondió Angus.

Acto seguido, se arrodilló e inclinó la cabeza, gesto que el resto de sus compañeros no tardó en imitar. Cuando habló, su voz fría dejaba entrever una sombra de culpa.

—Siento no haber estado a la altura, milaird. Aceptaré el castigo que consideréis justo.

Alistair los observó durante unos instantes, con expresión severa pero contenida, hasta que finalmente ordenó:

—Levantaos.

A poca distancia, Christine apenas era consciente de lo que la rodeaba. Su mente aún intentaba procesar lo ocurrido: momentos antes, aquel hombre había invadido su intimidad. Ahora, el reguero de sangre que empapaba la tierra hablaba por sí solo.

Fue la voz de Rowena, más clara entre los murmullos, la que logró romper el trance que la mantenía atrapada.

—Gracias, hijo. Por un momento pensé que no saldríamos vivos… o algo peor.

—No me las deis. Es mi deber.

Sus palabras fueron firmes, pero su semblante se suavizó al ver al pequeño Gavin, que observaba la escena con ojos llenos de temor, refugiado en los brazos de Màiri.

Entonces pensó en Christine. El recuerdo de su rostro, vulnerable y pálido, le golpeó como una lanza, reavivando la angustia que lo había invadido al reconocer al grupo en peligro. Sacudió ese pensamiento y volvió a centrarse.

—Debemos partir de inmediato. Quién sabe cuántos más podrían estar acechando por la zona. James, Henry, id por delante. Finlay, protege a las damas.

Los guerreros se movieron con rapidez para tomar sus posiciones, con Angus y Conall en la retaguardia.

Solo entonces, cuando la formación estuvo completa y el grupo listo para partir, Alistair se volvió hacia Christine. Ella permanecía de pie, el desconcierto marcado en cada línea de su rostro.

Se acercó con cautela, temiendo que cualquier movimiento repentino pudiera quebrarla. Posó la mano en su brazo en un intento de transmitirle seguridad, pero el contacto pareció agitar algo en su interior, haciendo que las palabras salieran más ásperas de lo que habría deseado:

—¿Estás bien?

Todo había sucedido con tanta rapidez que, al sentir el roce masculino, Christine se sobresaltó instintivamente. Sin embargo, la familiaridad del gesto y su olor la anclaron a la realidad.

—Vámonos de aquí —consiguió decir antes de que una lágrima se deslizara por su mejilla.

Alistair bajó la cabeza hacia ella y depositó un beso breve en su frente, luego le apartó la lágrima con los dedos. Cuando sus ojos se encontraron de nuevo, la confusión en la mirada de Christine reflejaba la que él también arrastraba.

Se aclaró la garganta y añadió con una brusquedad apenas disimulada:

—Irás a mi lado.

Ella asintió y, para su alivio, no hizo pregunta alguna.

El resto del viaje transcurrió en silencio, atentos a cualquier amenaza que pudiera acechar desde la penumbra del bosque.

Cuando por fin llegaron al castillo, una oscuridad absoluta dominaba el cielo. La luna, oculta tras densas nubes cargadas de tormenta, anunciaba nuevas lluvias. Al ver el numeroso grupo que regresaba, los sirvientes se apresuraron a preparar una mesa alargada en el salón principal. A la luz temblorosa de las velas apenas se distinguían los platos cocinados con esmero, pero nadie parecía tener apetito. De vez en cuando, alguien intentaba romper el silencio, sin éxito: el cansancio pesaba más que las ganas de conversar.

Al terminar, Rowena acompañó a Christine, que casi no había probado bocado, fuera del salón.

Uno a uno, los comensales fueron marchándose, hasta que solo quedaron Fergus y Alistair, sentados frente a la chimenea, cuyos últimos rescoldos arrojaban destellos anaranjados.

—Aunque estoy enormemente agradecido por vuestra aparición, ¿qué hacíais en el bosque? No os esperábamos tan pronto —preguntó Fergus, girando la copa entre los dedos.

—Nosotros tampoco —respondió Alistair—. Al acercarnos a Dochart, la tormenta nos alcanzó. Vi el cambio en el viento y las nubes, y supuse que no tardarían en llegar hasta aquí, así que decidí regresar cuanto antes.

—Una elección muy sabia. ¿Y los MacAuley?

—Envié a uno de los hombres a informarles del cambio de planes.

—Lo comprenderán.

—Eso creo. Pero, por si acaso, los he invitado a las fiestas de la cosecha. Será una oportunidad para resolver el tema pendiente y atraer más gente a la región.

—Bien pensado, Alistair —concedió Fergus, con una leve inclinación de cabeza. Al notar el gesto serio de su nieto, su tono se tornó más grave—. ¿Qué te inquieta?

—Todo esto es muy extraño.

—¿A qué te refieres?

—Esta zona suele estar bien vigilada. Que los bandidos lograran moverse sin ser vistos me hace pensar que conocían el bosque lo suficiente para pasar desapercibidos. Aun así, me sorprende que se atrevieran a actuar tan cerca de nuestros dominios.

—Quizá la tormenta no les dejó otra opción.

—Es posible…

Los siguientes minutos se deslizaron en un silencio denso, lleno de pensamientos no compartidos. Finalmente, Alistair vació su copa de un trago y rellenó ambas sin decir palabra. Luego, se recostó en el sillón, cruzó las piernas y apoyó las manos sobre una rodilla. Sus pulgares se movían con un ritmo constante, traicionando la tensión que intentaba disimular.

Alzó la vista, encontrándose con los ojos cansados de Fergus y retomó la conversación con voz firme:

—Pediré a Conall que doble la vigilancia. Al menos por ahora.

—¿Y qué harás con Angus?

El movimiento de sus manos cesó.

—Aún no lo he decidido. No termino de confiar en él.

Fergus bebió un sorbo antes de responder:

—Es un buen hombre.

—Puso en riesgo la vida de mi madre y de mi esposa —replicó Alistair, con una dureza que no se molestó en suavizar.

Fergus lo miró largo rato, evaluando sus palabras.

—Según escuché durante la cena, les tendieron una emboscada. Con los recursos que tenía, dudo que pudiese haber hecho mucho más.

—No lo sé…

—¿Tú lo habrías hecho de otro modo?

—¿Por qué lo defiendes tanto?

—No lo defiendo. Simplemente pongo sobre la mesa posibilidades que quizás te cuesta comprender.

—¿Ahora dudas de mis capacidades?

—Confío plenamente en ti, pero hasta el hombre más valeroso puede caer en juicios erróneos si se deja llevar por el corazón.

Alistair fijó la vista en el fuego agonizante. Tras unos instantes de reflexión, respondió con voz más templada:

—¿Qué harías en mi lugar?

—Lo castigaría de forma justa, acorde al daño que podría haber causado, pero sin herir su orgullo. No debemos olvidar que sigue siendo el capitán de la guardia y uno de nuestros guerreros más respetados.

Alistair asintió lentamente, sin añadir palabra.

Dando por cerrada la conversación, Fergus se incorporó con un largo suspiro, apoyando las manos en el respaldo de la butaca.

—Si me disculpas, me retiraré a descansar.

Alistair permaneció sentado, atrapado en sus pensamientos. El peso de la noche y el silencio de la estancia lo obligaban a enfrentarse a una verdad incómoda: puede que Angus no hubiese actuado como él esperaba… pero tampoco él mismo había seguido su propio plan.

Matar al criminal no estaba previsto. Al menos, no al principio.

Observó las últimas chispas consumirse lentamente, y cuando el fuego quedó reducido a un puñado de brasas incandescentes, se puso en pie y abandonó la sala.

Capítulo 16

El trayecto de vuelta era un vacío en su mente.

Los momentos en el salón, apenas un eco distante.

Del bosque solo quedaban fragmentos, imágenes borrosas que se desvanecían en la oscuridad.

Pero la sensación persistía. Una mezcla insoportable de asco y pánico, aferrada a su piel como un veneno que no podía arrancarse.

Y un recuerdo. Uno que la distancia no había conseguido enterrar.

El agua estaba fría. No le importó.

Pasó la pastilla de jabón por los brazos, el cuello, el pecho. Frotó con fuerza, demasiado, hasta que la piel comenzó a arder.

Le había tocado la cintura.

El estómago se le revolvió. Bajó el jabón hasta sus caderas y apretó los dientes cuando sus dedos temblaron al rozarse.

Luego la cara.

No, peor aún.

La había mancillado con su asquerosa lengua.

El recuerdo la atravesó como un puñal y un escalofrío violento le recorrió la columna. Apretó la pastilla contra su mejilla y frotó, una y otra vez, hasta que la piel enrojeció y la quemazón se hizo insoportable.

"El dolor purifica el alma".

Pero el asco no se iba.

El jabón resbaló y cayó al fondo de la bañera. Hundió la mano con desesperación, palpando los bordes de la madera, sin éxito.

La opresión en el pecho se intensificó.

"No mereces ser su esposa, ni la de nadie".

—¡Cállate! —su voz se quebró en la penumbra.

—No pretendía molestarte.

No lo escuchó.

Todos sus sentidos seguían enfocados en encontrar aquel único instrumento capaz de liberarla de su penitencia.

Algo rasposo le rozó el brazo.

Se detuvo un instante, el aliento contenido, pero enseguida reanudó la búsqueda.

—¿Dónde estás? —sollozó.

—¿Christine, me oyes?

"Impura".

—Christine, para. Estás haciéndote daño.

Siguió rebuscando, hasta que un dolor agudo la obligó a retirar la mano con brusquedad.

—¡Por todos los santos! —exclamó Alistair al ver la sangre teñir sus palmas.

Ella parpadeó, desorientada.

—He sido mancillada —murmuró, con voz temblorosa.

—¿Cómo dices?

—¡He sido mancillada!

Su propio grito la desgarró por dentro y, al mismo tiempo, la trajo de vuelta. La visión se le aclaró y, entre la cortina de lágrimas, reconoció el rostro de Alistair. La preocupación en su semblante reavivó la culpa en su interior, como una ola implacable. Sin escapatoria, ocultó el rostro entre las manos y rompió a llorar.

El sonido de su llanto lo acompañó mientras cruzaba la estancia en busca de una manta. Necesitaba que se calmara. Regresó junto a ella y, con extrema delicadeza, apartó las manos que ocultaban su rostro.

—Voy a ponerte esto sobre los hombros —dijo con voz baja, medida.

Christine asintió débilmente.

Con cuidado, acomodó la tela sobre su espalda y la ayudó a incorporarse. El contacto con su piel desnuda fue inevitable, cálida y suave contra sus manos. Por un fugaz instante, su mente registró cada curva expuesta a la luz temblorosa de la estancia.

Pero tan rápido como surgió esa conciencia, la apartó.

—Ven —susurró, procurando no asustarla más.

Esperó alguna reacción, pero ella se dejó guiar, como si aún no fuera del todo consciente de lo que ocurría.

La ayudó a sentarse sobre la alfombra, frente a la chimenea. Luego se arrodilló a su lado y aguardó en silencio, dándole tiempo.

Cuando los sollozos se redujeron a respiraciones entrecortadas, Christine alzó la vista apenas un segundo. Luego bajó rápidamente la cabeza.

—¿Qué ocurre?

Ella negó con un leve movimiento, pero la mueca en su rostro delataba la lucha interna que libraba.

Con cautela, rozó su mejilla con los dedos. Al ver que no lo rechazaba, giró suavemente su rostro hasta que sus ojos se encontraron.

—Dímelo, por favor —pidió, con firmeza serena.

—No queda jabón.

Alistair alzó una ceja, sorprendido.

—No necesitas más jabón. Te aseguro que ya estás limpia.

—No lo estoy.

—Créeme cuando te digo que lo estás —replicó, intentando suavizar el momento con un atisbo de humor, aunque el nudo en su pecho no cedía.

—Debo devolverle la pureza a mi cuerpo.

Alistair parpadeó, desconcertado, pero la confusión se transformó rápidamente en entendimiento.

Su esposa era devota. Profundamente devota. Si pensaba en lo ocurrido en el bosque, no era difícil comprender el impacto que aquel contacto había tenido en ella.

La ira le latió bajo la piel. Cerró los puños con fuerza, resistiendo el impulso de regresar al calabozo y ajustar cuentas.

Ella lo notó, pero interpretó su expresión de otro modo. Convencida de que reflejaba decepción, comenzó a hablar atropelladamente:

—Te ruego que me disculpes. No fue mi intención.

Alistair inspiró hondo, sin apartar la vista de ella.

—Se acabó —murmuró.

Sintió el leve temblor que la recorría y se apresuró a aclararse:

—Escúchame bien. No es culpa tuya.

Christine lo miró, incrédula.

—Tú no has hecho nada malo —repitió, con mayor énfasis, tomando sus manos entre las suyas—. Y si alguien debe disculparse aquí, soy yo.

—No entiendo…

—Fui yo quien no cumplió su palabra. Prometí protegerte, y fallé.

—Esto no ha sido culpa tuya, sino mía.

—¿Cómo? —preguntó, su frustración creciendo.

—El cuerpo de una mujer es sagrado. Todo lo que le ocurre es reflejo de su conducta.

Alistair exhaló bruscamente, luchando por mantener la calma.

—Si un hombre te toca en contra de tu voluntad, no es por lo que tú hayas hecho. ¿Me oyes?

—Pero…

—No pienso discutir esto. Dime, ¿acaso te he tocado estas noches?

—No…

—Entonces ¿por qué otros habrían de hacerlo, si no es por malicia?

Christine no supo qué responder. El peso de sus palabras se asentaba en su mente cuando él añadió, con resolución:

—Nadie debe tocarte sin tu permiso, Christine.

Ella asintió, y su semblante empezó a suavizarse. Alistair soltó un suspiro bajo, casi imperceptible.

—Quédate frente al fuego. Necesito darme un baño.

—Pero el agua está fría y… no queda jabón.

—No te preocupes por eso. Quédate aquí, donde estás a salvo.

Cuando había entrado en la alcoba minutos antes, lo último que esperaba era encontrar a su esposa frotándose con un fervor febril mientras murmuraba palabras que no lograba entender.

El impulso de protegerla fue inmediato. Pero ahora que parecía más tranquila, él mismo necesitaba desprenderse de la suciedad del viaje.

Desde su sitio, la observó girar lentamente la cabeza hacia las llamas.

La luz oscilante se reflejaba en sus pupilas, pero ella parecía muy lejos de allí, en un lugar al que él no podía seguirla.

Había conseguido calmarla… por ahora. Pero ¿cuánto tiempo le tomaría creer en sus palabras?

Apoyó las manos en las rodillas y exhaló con pesadez.

Sabía lo que era luchar contra un fantasma del pasado.

Sabía lo difícil que era no dejarse devorar por él.

Apretó los puños y se puso en pie. Luego se dirigió a la bañera sin mirar atrás.

Capítulo 17

—Asquerosas alimañas…

La voz de Rowena surgía como un eco lejano, desvaneciéndose entre sombras y reapareciendo como un destello en la oscuridad.

—Salvajes…

El sonido se apagó de nuevo, dando paso a una imagen.

El hedor. Ese hedor putrefacto que parecía impregnarse en su piel. La tenía agarrada, su aliento nauseabundo rozándole la mejilla.

—¡Soltadme!

Era su voz, pero no su recuerdo. Entonces, ¿de dónde provenía?

De nuevo la oscuridad.

—Madre.

El rostro de Anne se presentó fugaz, distorsionado como si lo viera a través de un cristal empañado. Su expresión era severa, sus palabras, gélidas:

—Cumple con tu deber.

La imagen se desvaneció, y en su lugar surgieron unas manos ásperas y arrugadas.

—¡Soltadme! —se agitó, atrapada por esas manos que se aferraban con cruel insistencia a sus pechos.

—Me perteneces.

—¡No!

El sonido de una bofetada resonó, reverberando en su mente mientras la confusión nublaba su memoria.

—¡No! —gritó, luchando contra esa prisión de carne que intentaba dominarla—. ¡Ayuda!

—¿Crees que alguien como tú merece respeto?

—¡Basta! ¡Apartaos!

—Christine…

—¡No! ¡Soltadme!

—¡Christine!

Abrió los ojos de golpe, dejando escapar un grito ahogado. Su pecho subía y bajaba frenéticamente, intentando atrapar el aire que

parecía escaparse de sus pulmones. La penumbra de la habitación la rodeaba, y unas manos grandes la sujetaban firmemente por los hombros.

—¡Soltadme! —repitió, la voz rota por el pánico.

—Christine, soy yo.

La voz, grave pero calmada, fue el amarre que la sostuvo y la sacó del abismo.

—¿Alistair?

—Sí, soy yo. Estás en Culzean. ¿Recuerdas?

Asintió con dificultad, tragando saliva para intentar calmarse.

—Sí… sí, recuerdo.

—Me alegro —dijo aliviado.

—Yo… lo siento. A veces tengo pesadillas.

—Tranquila.

Se volvió a tumbar, pero el sueño no llegaba. El silencio llenaba la habitación, hasta que, al cabo de un rato, Alistair susurró:

—¿Sigues despierta?

Christine se giró, colocándose de lado para quedar frente a él.

—¿Cómo lo has adivinado?

La cercanía de sus rostros permitió que distinguiera la tenue curva de una sonrisa en sus labios.

—Una corazonada. ¿Qué sueles hacer cuando esto te ocurre?

—Me tomo una infusión —confesó, también en un susurro.

Sintió el movimiento del colchón bajo su cuerpo hasta dejar de notar el peso de Alistair. Se incorporó, intentando orientarse en la penumbra.

—¿Dónde vas?

—A las cocinas.

—No es necesario.

—No te preocupes. Me vendrá bien el paseo.

Christine vaciló un instante, pero optó por no insistir. Por un lado, agradecía su amabilidad; por otro, la asaltaba la sensación de estar fallando en su papel como esposa, pues no hacía más que preocuparlo.

Alistair tanteó en la oscuridad hasta encontrar la lamparilla de aceite. Salió al pasillo procurando no hacer ruido, donde la luz de

una antorcha parpadeaba sobre la piedra fría. Durante el trayecto, su mente se mantuvo curiosamente en calma.

Fue al llegar a la chimenea de las cocinas, mientras esperaba que el agua empezara a hervir, cuando las dudas afloraron.

Ayudar a Christine en un momento de fragilidad era, sin duda, lo correcto. Pero ¿se trataba solo de eso?

El agua empezó a burbujear, y se inclinó para añadir las ramas secas de valeriana. El aroma se expandió por la estancia, mezclándose con el tenue olor a madera quemada. Cerró los ojos e inhaló profundamente, pero no halló la paz que buscaba.

Había aceptado el enlace con un claro motivo: resolver sus asuntos y garantizar la estabilidad del clan, sin más complicaciones. Pero desde que Christine llegó a su vida, parecía cargar con un peso que no era suyo. El sufrimiento ajeno no debía ocupar su mente, y, sin embargo…

"Vámonos de aquí".

Cuando se lo rogó, su único pensamiento había sido montarla en su caballo y protegerla con su cuerpo de cualquier amenaza.

Las escenas de las últimas horas se sucedían en bucle en su memoria. Desde una distancia prudente, tuvo que soportar ver a aquel infame someterla a su vileza. Había prometido a sus hombres que esperaría el momento adecuado, pero, en el instante en que el salvaje osó mancillar el delicado rostro de Christine con la lengua, algo en él se quebró. Se lanzó sin pensar, rompiendo sus propias órdenes, y ajustició al hombre con una violencia que ni siquiera recordaba haber contenido.

Se llevó los dedos al puente de la nariz, intentando apartar las imágenes. No le gustaban los arrebatos. Cuando por fin creía haber recuperado el control, descubría con frustración que aún podía dejarse llevar por sus impulsos. Solo que en esta ocasión, no hubo arrepentimiento.

—Es como un pajarito herido —murmuró, mientras vertía la infusión caliente en una jarra—. Eso es todo.

Entretanto, en la alcoba conyugal, Christine libraba su propia batalla. Desde que Alistair salió de la estancia, las voces volvieron, como si la soledad de la noche les otorgara mayor fuerza.

"No mereces respeto", le susurraban, crueles y persistentes.

—Cállate, por favor —imploró desesperada, tapándose los oídos mientras se removía inquieta en la cama.

"Estás sola".

"Nadie puede protegerte".

—No estoy sola. Tengo a Brìghde.

"Ella no está. Te ha abandonado, como hacen todos".

El rostro de su madre apareció en su mente, carente de calidez. Casi pudo oír su voz.

"Eres una decepción".

—Lo sé —susurró, sintiendo que se le cerraba la garganta—. Déjalo ya, por favor.

"Estás sola".

—No lo estoy. Tengo a Rowena, a Ailsa, a Malcolm… a Alistair.

Al escuchar su nombre, una chispa cálida iluminó la oscuridad, lenta pero constante, como un escudo contra sus sombras.

Inhaló profundamente, llenando su mente con su aroma: cuero y heno, mezclado con el frescor de la lluvia. Su respiración se tornó más lenta y profunda.

—Confía —susurró.

Dejó que las sensaciones la envolvieran, transportándola a la noche en que lo vio con claridad, bajo la tenue luz de una vela. Instintivamente, sus mejillas se tiñeron de rubor.

El crujido de la puerta al abrirse la sobresaltó, acelerando su corazón. Alistair entró en la estancia con la lamparilla en la mano. Conforme se acercaba, Christine se fijó en él con más detenimiento: las facciones definidas, los ojos ligeramente rasgados, todo era como lo recordaba. Se incorporó en la cama y aceptó con una leve sonrisa la jarra humeante, deleitándose con el calor que traspasaba su piel.

—Me alegra que te reconforte.

—Gracias, no tenías por qué haberlo hecho.

—También necesito descansar —dijo con un matiz provocador en la voz.

Pero Christine no captó el doble sentido y su sonrisa se desvaneció. Él se inclinó y le alzó la barbilla con delicadeza.

—Ey, era una broma. Bueno… Es cierto que necesito dormir —añadió con una media sonrisa—, pero esa no es la razón.

—Entonces, ¿cuál es?

—Quería ayudarte, eso es todo.

Ella sacudió suavemente la cabeza, dejando escapar un suspiro.

—Estoy cansada de todo esto, Alistair.

Sus palabras lo descolocaron, y durante un instante, temió que tuviesen algo que ver con él. Un pensamiento inquietante cruzó su mente, pausando sus latidos.

—¿De qué estás cansada?

—De esto. De ser así. De sentirme así todo el tiempo.

El alivio se deslizó por su pecho, templando la tensión que lo había invadido.

—Christine, el poco tiempo que llevo conociéndote me basta para saber que eres una mujer dulce e inteligente.

Ella rompió el contacto visual, avergonzada por el cumplido.

Alistair dudó un instante antes de continuar, midiendo sus palabras.

—Disculpa mi atrevimiento, pero sospecho que lo sucedido en el bosque no es la única causa de tu aflicción.

El silencio que siguió confirmó su intuición. Temiendo que sus palabras pudieran herirla más, se apresuró a añadir:

—No espero que compartas nada que no desees, pero permíteme un consejo.

—Claro —murmuró, apenas audiblemente.

—Todos llevamos nuestros propios demonios, esos que acechan cuando más vulnerables estamos.

Vio que Christine tragaba saliva y las lágrimas invadían sus ojos. Con un nudo en el pecho, cogió su mano y comenzó a frotarle la palma con el pulgar en pequeños círculos, buscando reconfortarla.

—Pero no podemos permitir que nos dominen.

—¿Cómo se supone que puedo hacerlo? —preguntó ella, con la voz quebrada por la incertidumbre.

Alistair exhaló un largo suspiro, negando con la cabeza.

—No tengo todas las respuestas. Pero te aseguro que cada día es una lucha por encontrar la manera.

Christine cerró los ojos, y las lágrimas cayeron libres por sus mejillas.

—Al menos no tienes que hacerlo solo. Tienes a tu familia. Yo… no me queda nadie. Mi comportamiento los ha apartado de mí.

Él emitió un bufido bajo.

—Permíteme dudar de ello.

—¿Disculpa?

—No te ofendas, pero tu hermano… —hizo una pausa, buscando las palabras adecuadas— no parece ser el mejor ejemplo de virtud o razón.

—¿Qué quieres decir?

—Quiere forzarte a un matrimonio con un hombre que mi prima describió como un "pervertido", y luego se sorprende de que huyas.

El nombre de Darkmoor revoloteó en su mente, pero la expresión seria de Alistair, con un atisbo de humor, logró disipar sus preocupaciones por un instante.

—Visto de este modo…

—Además, tuvo el descaro de presentarse en nuestras tierras para reclamarte.

—Quizás pensara que estaría más segura con… con el pervertido.

Abrió los ojos sorprendida, como si aquellas palabras hubieran escapado sin su permiso.

—No recuerdo la última vez que hablé de este modo.

Alistair comenzó a reír, divertido por su ocurrencia.

—Pues deberías hacerlo más. En la intimidad, por supuesto. No queremos que lady MacLeod sea reconocida como una dama de habla poco decorosa.

Una sonrisa apenas contenida curvó sus labios mientras se enderezaba y alzaba el dedo índice.

—Una verdadera dama no eleva la voz ni lleva la contraria.

Alistair entrecerró los ojos. Aquellas palabras le sonaban, pero no lograba ubicar su origen hasta que recordó lo que ella recitaba en bucle en la bañera.

—¿De dónde sacas todas esas frases?

—Madre insistía en que la virtud reside en la obediencia y el silencio.

—Dios mío… —se llevó las manos al rostro, dejando escapar un largo quejido. Después, miró a su esposa, que lo observaba con evidente desconcierto—. Christine, estoy seguro de que habrá hombres que prefieran a una mujer sumisa, pero déjame ser sincero: la sumisión puede llegar a ser… agotadora.

—¿Te parezco agotadora?

El tono más desenfadado, más propio de la Christine que empezaba a conocer, lo animó a continuar:

—No, porque en el fondo no eres sumisa.

—No entiendo. Pensaba que estaba actuando de un modo adecuado.

—No necesitas forzarte a obedecer para hacer bien las cosas, y algo me dice que no eres feliz con esa actitud.

—Vaya, veo que el cansancio no frena tu elocuencia —replicó ella, con una pizca de sarcasmo.

—A eso me refiero. Lo correcto habría sido: "tenéis razón, milaird" —dijo, imitando una voz aguda y afectada. Luego, añadió con un fingido gesto de dolor—. En cambio, me desprecias como si fuera un simple sirviente.

—No te desprecio, discúlpame.

—Te disculpas demasiado.

Ella abrió la boca para replicar, pero un bostezo traicionero se le adelantó. Alistair soltó una risa suave.

—¿Vamos a dormir?

—Buena idea. Con suerte, esta vez descansaremos los dos —murmuró.

Le tomó la mano entre las suyas y la apretó con suavidad, acompañando el gesto con una sonrisa auténtica.

—Gracias, Alistair.

Él sonrió a su vez, liberando su mano para darle un beso en el dorso a la de ella, en un gesto que pretendía ser inocente. Sin embargo, la proximidad y el silencio compartido hicieron que el ambiente se volviera más íntimo, y sin darse cuenta, se fijó en sus labios sonrosados.

Entonces, la imagen de Christine, rota y vulnerable, se impuso en su mente como una llamarada. Un recordatorio de por qué estaban

ahí en primer lugar. Rompió el contacto de manera abrupta, carraspeando para llenar el incómodo silencio.

—Deberíamos dormir, pronto amanecerá.

Ella soltó el aire que había estado conteniendo, parpadeando mientras volvía a la realidad.

—Tienes razón.

Se metió en la cama, procurando ocupar el espacio más próximo al borde.

—¿Y la manta?

—¿Qué manta?

—La que sueles colocar entre nosotros.

—Ah, eso… Alistair, ¿te han dicho alguna vez que te mueves demasiado al dormir?

Su risa baja y espontánea bastó para romper la tensión.

—Tienes razón. Haré todo lo posible por no invadir tu espacio esta noche. Descansa.

Christine cerró los ojos, dejándose envolver por la tranquilidad que le había proporcionado el brebaje y aquella conversación. Una sonrisa se dibujó en sus labios mientras caía en un sueño profundo.

Capítulo 18

El suave repiqueteo de las gotas sobre las ventanas de madera cerradas la fue devolviendo a la realidad. Parpadeó un par de veces y, al extender los brazos para desperezarse, chocó contra un cuerpo firme y cálido.

Los recuerdos de las últimas horas regresaron con fuerza.

Su primer impulso fue refugiarse en el miedo y la culpa, su antigua zona de confort. Pero esta vez, algo muy adentro la instó a plantarles cara. Ese simple acto de insubordinación la desconcertó, provocándole una nueva punzada de culpa. Pero aquella chispa desconocida y persistente era más fuerte.

Apartó las sábanas con cuidado de no despertar a su compañero y se vistió lo mejor que pudo sin ayuda.

Cuando llegó a las escaleras que conducían a los pisos inferiores, soltó un suspiro y murmuró para sí misma:

—Vamos, tú puedes. Este sitio no es tan grande.

Se guio por su intuición, contando puertas y pasillos, hasta que una sonrisa triunfal iluminó su rostro al llegar a su destino. Dentro, el aroma de la harina fresca y la masa en preparación se mezclaba con el humo tenue de las brasas, llenando la estancia, mientras las voces de las cocineras se entrelazaban con el chisporroteo del caldo.

Al verla aparecer, detuvieron su tarea de inmediato para hacer una reverencia grupal.

—No os preocupéis. Solo quiero comida. Después, me voy.

Las mujeres intercambiaron un gesto de desconcierto. Una de ellas, la mayor del grupo, dio un paso al frente.

—Habláis el idioma con gran soltura, milady.

Christine sintió cómo el calor le subía a las mejillas, pero se obligó a mantenerse seria:

—Em… comprendo solo una parte.

Esperó alguna risa burlona, pero no llegó. En su lugar, la cocinera dio un paso al frente y sonrió con amabilidad.

—Disculpad, mi señora. Vos habláis muy bien —repitió, esta vez cambiando a un gaélico más sencillo.

—¡Ah! —Christine sonrió, su orgullo asomando por un instante—. Os lo agradezco.

—¿Qué deseáis comer?

Echó un vistazo por la estancia, buscando algo que estuviera ya preparado para no interrumpir más su labor. La criada, adivinando sus intenciones, señaló un rincón donde habían apartado parte del desayuno.

—Pensamos que milaird y vos querríais tomar algo al despertar.

—Gracias, eh…

—Una, milady.

—Gracias, Una. Tomaré lo que hay ahí.

Otra de las mujeres se apresuró a preparar los platos, mientras la tercera limpiaba uno de los bancos para ofrecerle un asiento cómodo. Christine las dejó hacer, preguntándose a qué se debía su repentino cambio de actitud. Sus dudas quedaron de lado al probar el primer bocado. El tocino estaba frío y el pan comenzaba a endurecerse, pero para ella fue como un banquete.

Al principio, las mujeres retomaron sus labores con reticencia, lanzándole vistazos fugaces mientras comía. Sin embargo, pronto se relajaron y retomaron su habitual verborrea.

Estaba terminando el huevo hervido, sumida en sus pensamientos, cuando notó que le dejaban una jarra repleta de un líquido blanco.

—¿Qué es? —preguntó, alzando la cabeza. Reconoció a la joven sirvienta que la había ayudado días atrás y sonrió con entusiasmo—. ¡Muirne!

—Buenos días, milady —respondió la joven, con un brillo de orgullo en los ojos al saberse reconocida. Hizo una pequeña reverencia y señaló la bebida—. Leche con miel, para endulzaros la jornada.

No comprendió toda la frase, pero las primeras palabras fueron suficientes para captar la intención. Tomó un trago del dulce manjar y dejó la jarra sobre la mesa con una exhalación de agrado.

—Me alegra que os guste —añadió la criada, visiblemente encantada.

Christine se inclinó ligeramente hacia ella, bajando la voz con una cercanía tan espontánea como inusual:

—Me encanta el dulce.

Muirne rio con suavidad en respuesta.

Más tranquila y con el estómago lleno, se despidió de las mujeres y salió en busca de su siguiente destino. La noche anterior había ordenado que tanto Màiri como Gavin se alojaran en una de las habitaciones de invitados, preocupada por el estado del pequeño.

Llegó hasta una puerta cerrada que intuyó sería la ocupada por ellos, y llamó con discreción.

—Adelante —se escuchó la voz de la doncella.

Al entrar, esta se incorporó de inmediato desde el borde de la cama y realizó una reverencia apresurada.

—No es necesario —dijo Christine en un murmullo, indicándole con la mano que volviera a su sitio.

La criada asintió y regresó junto al niño, que dormía plácidamente en la cama.

—Lady Maeve le ha estado dando infusiones para aliviarle el malestar —comenzó a explicar en un tono bajo y entrecortado—. Cada vez que despierta, el dolor lo hace llorar desconsoladamente.

—Cuánto lo siento —musitó Christine, mientras le acariciaba el brazo con afecto.

Màiri separó los labios para hablar, pero se detuvo. Tras unos segundos de vacilación, sus ojos la recorrieron, preocupados.

—Disculpadme, milady. He estado con Gavin desde que volvimos y no os he atendido como merecéis.

—Deja de decir bobadas. Ahora tu lugar está aquí, cuidando de él.

—¿Habéis comido algo?

—Acabo de subir de las cocinas. Me han atendido muy amablemente, así que no te preocupes más por mí.

La emoción asomó en el rostro de la doncella, suavizada por una expresión de ternura.

—Las noticias de lo sucedido ayer ya han recorrido el castillo —comentó con orgullo—. Vuestra generosidad es conocida por todos.

—¿Mi generosidad?

—Estamos en deuda con vos, milady.

—Sandeces. Cualquiera habría hecho lo mismo.

Màiri titubeó unos segundos, como si buscara el modo correcto de expresarse. Cuando por fin habló, su tono dejaba entrever cierta timidez:

—Cuando supimos de vuestro enlace, hubo algunos que se preocuparon. Pero yo no. Desde que llegasteis aquí, me parecisteis un alma noble, y no me equivoqué.

Christine se dejó caer en la butaca dispuesta frente a la cama y cruzó las manos sobre su regazo.

—Imagino que una noticia así no es fácil de aceptar, y menos en las circunstancias actuales.

—¿A qué os referís?

—Entiendo vuestra desconfianza. No soy de estas tierras, y hace poco mi hermano protagonizó un escándalo a las puertas del castillo.

Màiri tomó aire antes de responder:

—No me refería a eso, milady. Es cierto que algunos desconfían por esa razón, pero también hay quienes creen que… habéis hechizado al laird.

Christine soltó una breve risa.

—Discúlpame, querida Màiri, pero no soy ajena a los comentarios sobre mí. Lo que no comprendo es qué los lleva a pensar que yo pueda salvarlos.

La doncella apartó la mirada por unos instantes. Cuando alzó de nuevo los ojos, su voz fue tan baja que Christine tuvo que inclinarse hacia delante para captar sus palabras.

—Lady Morgana era una mujer… diferente. Algunos creían que poseía algo especial, casi sobrenatural —Màiri apretó las manos con fuerza—. Que la protegían las hadas, o algo mucho peor. Cuando el compromiso se rompió, comenzaron las desgracias.

Christine frunció el ceño.

—¿Qué tipo de desgracias?

—Hubo un incendio el verano pasado que destruyó buena parte de la cosecha. Y luego… luego vinieron las muertes.

Un escalofrío recorrió la espalda de Christine.

—¿A qué te refieres exactamente?

—Varios habitantes del pueblo perecieron en extrañas circunstancias. Sus familiares cuentan que, en los momentos previos, afirmaban haber visto a la *Bean-nighe*.

Christine parpadeó, confundida.

—No sé qué es eso.

—Un presagio de muerte. Creen que mi laird desairó a lady Morgana y que esta, enfurecida, nos maldijo. Por eso, vuestro repentino enlace con el laird es visto por algunos como un buen augurio. Otros, en cambio…

La joven dama desvió la atención un instante, intentando sofocar el temblor interno que le provocaban aquellas palabras. Alisó con gesto lento las faldas sobre sus piernas y alzó el mentón, enderezando la espalda con determinación. Solo entonces se inclinó hacia delante, y con la mirada fija en su interlocutora, declaró con seguridad:

—No voy a convertirme en prisionera de rumores y cuentos. Si el pueblo me teme, encontraré la forma de demostrarles que están equivocados.

—Yo no os temo, milady. Creo que sois una bendición para todos nosotros.

—Gracias.

Se levantó del asiento y rozó el hombre Màiri antes de girarse hacia la puerta:

—Rezaré por él.

—Gracias, milady.

Salió de la estancia aún dándole vueltas a lo que acababa de escuchar. No creía en las maldiciones, pero conocía el poder que alcanzaban ciertas creencias cuando se volvían rumor colectivo. Sacudió la cabeza, tratando de apartar la desazón que amenazaba con asentarse, y se obligó a retomar el control de su ánimo. No podía permitirse flaquear.

De camino hacia la capilla, se fijó en que los habitantes del castillo la saludaban con mayor familiaridad. Aunque jamás se le ocurriría alegrarse por lo sucedido el día anterior, una parte de ella respiraba aliviada porque no le estuviesen poniendo las cosas más difíciles. No sabía si se debía a que no terminaba de asimilar lo ocurrido, pero estaba más tranquila de lo que habría esperado. En el fondo, debía admitir que la conversación con Alistair había contribuido a sosegar su ánimo.

Cruzó el umbral de la capilla, envuelta en un silencio que solo era interrumpido por el eco de sus pasos sobre la fría piedra, un contraste palpable con la calidez oscilante de las velas. Al fondo, un sencillo altar de piedra se alzaba imponente, coronado por un crucifijo que parecía contemplarlo todo desde las alturas. A ambos lados, una media docena de bancos, dispuestos en dos filas ordenadas, aguardaban en calma. Las vidrieras, aunque austeras en su diseño, teñían la luz de tonos dorados que se entremezclaban con el aroma a cera derretida y el incienso suspendido en el aire. Todo aquel lugar evocaba un ambiente sobrio, pero profundamente reconfortante.

Cuando llegó a Culzean, le llamó la atención que los MacLeod no frecuentaran el lugar con su misma asiduidad. No tardó en comprender que, aunque respetaban sus momentos de oración y recogimiento, no compartían el mismo fervor religioso.

Se arrodilló en el reclinatorio y entrelazó las manos sobre la barra. El frío de la madera se filtró hasta sus huesos, pero no le importó. Allí, en ese espacio que había hecho suyo, permitió que su corazón se desnudara con total libertad.

¿Dónde había quedado aquella Christine risueña, que despertaba al alba con ganas de devorar el día? Ahora estaba siempre cansada, avergonzada de la delgadez que delataba su reflejo, y sentía cómo la vida pasaba ante sus ojos sin ser realmente partícipe de ella. Tampoco recordaba la última vez que había sangrado, y esa inquietud silenciosa crecía cada día.

Las lágrimas se acumularon en sus ojos, pero no les permitió avanzar. Estaba harta. Harta de llorar, de lamentarse, de ser vista como alguien vulnerable. ¿Cómo podía haber creído que sería capaz

de gestionar un clan si ni siquiera confiaba en sus propias capacidades?

—Dios mío —murmuró al fin, con la voz rota y el sabor salado de su sufrimiento en los labios—. No sé qué hacer. Estoy perdida y sola en un lugar que no es mío. Dame fuerzas para continuar, por favor, y guíame para no fallarles… ni fallarme a mí misma.

Permaneció unos instantes más en aquella posición, con las manos entrelazadas y el alma abierta, esperando recibir algún signo, alguna respuesta que disipara sus dudas.

Pero solo hubo silencio.

Cansada y sintiendo el peso de su frustración, se incorporó con lentitud y salió de la estancia.

Durante su tiempo allí, la lluvia había amainado, y pronto las nubes se disiparon, dejando paso a un sol radiante que anunciaba el mediodía. Salió al jardín, donde el olor del rocío y el perfume de las flores le dieron la bienvenida. Paseó por el camino de piedra, observando cómo los criados retomaban sus labores con energías renovadas. Supuso que todos estarían ocupados y que, si no la habían hecho llamar, era porque su presencia no era requerida. La idea, aunque lógica, intensificó esa punzada de inutilidad que la acompañaba desde su llegada. Sin embargo, poco podía hacer al respecto, por lo que decidió continuar explorando el castillo para familiarizarse con sus intrincados pasillos.

Recorrió gran parte del primer piso, deteniéndose cada pocos pasos para estudiar los imponentes tapices que decoraban ambos lados del corredor. A un lado, los colores de los clanes que habían forjado alianzas con los MacLeod brillaban con orgullo. Al otro, los tejidos narraban historias: unas extraídas de las Escrituras, otras de victorias en batalla. Se preguntó cuántas de esas victorias habrían sido contra los mismos clanes cuyos colores colgaban en la pared opuesta.

Caminó despacio, absorbiendo cada detalle, hasta que uno de los tapices capturó por completo su atención.

Era similar al resto: de dimensiones que superaban su propia altura, los hilos entrelazados formaban figuras que portaban los colores del clan, sus armas alzadas en un gesto que clamaba justicia

y gloria. Pero algo era diferente. Rozó con delicadeza el tejido y entrecerró los ojos, intentando discernir qué era lo que tanto la atraía.

—Precioso, ¿verdad?

La inesperada aparición de Rowena le provocó un leve sobresalto.

—Discúlpame, querida. No pretendía importunarte.

—No os preocupéis. Estaba admirando el tapiz. Me parece de una belleza excepcional.

—También es mi favorito. ¿Conoces su historia?

—No he tenido el placer.

—Narra la batalla de Glenn Caorann. Hace más de un siglo, los MacAuley comenzaron a expandirse por Escocia. Cuando alcanzaron nuestros dominios, uno de los hijos de su laird quedó prendado de Moira, la única hija de Douglas MacLeod. Dicen que el laird la adoraba y jamás hizo distinción entre ella y sus hijos varones al enseñarle el arte de la guerra. En aquel entonces, Moira estaba prometida con otro hombre, y su padre rechazó de inmediato la propuesta de los MacAuley. Ofendidos por el desaire, declararon la guerra al clan MacLeod. Superaban en número a nuestros hombres, y en poco tiempo el laird y sus hijos mayores fueron asesinados. Los MacAuley tomaron el castillo, y Moira, devastada por la pérdida, reunió en secreto a los guerreros que le quedaban, buscando vengar a su familia.

Christine sintió un leve escalofrío.

—Fingió aceptar la derrota de su clan e imploró clemencia al líder de los MacAuley, afirmando que su difunto padre había perdido la razón en sus últimos días. Además, les hizo creer que estaba perdidamente enamorada del hijo del laird MacAuley, quien accedió a desposarla.

Rowena hizo una pausa, como si las palabras pesaran en el aire, y luego continuó:

—Moira solicitó que el enlace se celebrara en el valle de Glen Caorann, bajo el roble sagrado, al amanecer del séptimo día, y siguiera los ritos de su clan: la novia debía llegar escoltada por su padre, o en su defecto, algunos de sus guerreros de mayor

confianza, y el novio debía esperarla allí. Jugó su papel a la perfección, pues los MacAuley aceptaron. Durante los días previos, las mujeres del castillo comenzaron a difundir rumores sobre cómo la invasión estaba enfureciendo a los espíritus de la zona. Para alimentar esas creencias, envenenaron pequeños cultivos y provocaron algunos incendios.

Los ojos de Christine se abrieron de par en par, incapaz de contener su fascinación.

—La mañana del enlace, las cocineras envenenaron la comida y la bebida del desayuno con acónito, una planta que Moira conocía bien por sus propiedades. El veneno no haría efecto de inmediato, lo que permitió a los MacAuley bajar la guardia. Mientras tanto, dentro del castillo, los criados aprovecharon el momento de debilidad para acabar con los soldados enemigos que se habían quedado atrás.

Rowena sonrió al ver la expresión embelesada de su nuera, y continuó:

—En el valle, Moira llegó con sus hombres cuando los MacAuley comenzaban a sentir los estragos del veneno. Aprovechando su desconcierto, los superaron en combate y liberaron el castillo. Los rumores sobre el sitio maldito volaron rápidamente, y los MacAuley tardaron años en atreverse a pisar nuestras tierras de nuevo.

—¿Y quién asumió el liderazgo del clan? —inquirió, aún impresionada por la historia.

—Moira, por supuesto. Con sus hazañas, se ganó el respeto de todos.

—¿Cómo sabéis tanto de la historia?

—Su hijo recopiló sus victorias en un diario, que ha pasado de generación en generación.

—¿Y su esposo estaba de acuerdo?

—Su prometido fue una de las víctimas del ataque inicial, y Moira jamás contrajo matrimonio.

—Entonces, ¿cómo pudo su hijo liderar, si era un bastardo?

—No, querida. Moira era la jefa del clan y su hijo jamás fue considerado un bastardo.

Christine guardó silencio unos instantes, dejando que la historia calara en lo más profundo de su ser.

—No creí que una mujer pudiera llevar a cabo semejantes hazañas.

—Por supuesto que podemos —afirmó Rowena, orgullosa—. Somos fuertes, y lo que es más importante, inteligentes. Aunque el mundo se empeñe en hacernos creer lo contrario.

Recordó el instante en el bosque, cuando su suegra se enfrentó a los bandidos con una determinación sin igual, y tuvo que admitir que llevaba razón.

Agachó la cabeza, avergonzada de su propia cobardía.

—Empiezo a creer que no comparto ninguna de esas virtudes.

Rowena alzó su barbilla con un dedo, en un gesto tan firme como maternal.

—No permitas que el miedo te gobierne. Si lo haces, acabará consumiéndote. Lucha por lo que deseas, Christine.

Ella giró el rostro hacia el tapiz una vez más: Moira cabalgaba imponente, vestida con una armadura parcialmente oculta por una capa blanca. Los colores y la precisión del trazo parecían latir con vida propia, atrapando su atención por completo.

"*Lucha, Christine.*"

La voz resonó en su mente con nitidez.

Era distinta, pero lejos de asustarla, un calor reconfortante brotó de su pecho y se extendió por todo su cuerpo, llenándola de una valentía desconocida.

Y entonces lo entendió: aquello era la señal que había implorado en sus plegarias.

Rowena percibió el cambio en su semblante, y cuando esta se giró hacia ella con determinación, sus palabras no la sorprendieron:

—Lucharé.

Capítulo 19

El sol de la tarde bañaba los campos que se extendían más allá de las murallas del castillo, tiñendo el horizonte de un dorado suave. Christine caminaba aferrada al brazo de Alistair, su mente envuelta en multitud de pensamientos.

Horas antes, había creído percibir una señal divina. Ahora, bajo la claridad del día, empezaba a creer que todo había sido el resultado de su agotamiento y las emociones a flor de piel.

Su esposo percibía que algo pasaba, pero decidió darle su espacio para hablar.

—Gracias por concederme este tiempo —dijo, rompiendo al fin el silencio.

—Siempre lo tendrás. Pero parece que algo te inquieta.

Ella tragó saliva, buscando deshacer el nudo que sentía en la garganta.

—Hay algo importante que debo pedirte, pero no sé cómo empezar.

—Ahora sí que has conseguido intrigarme —dijo con una media sonrisa, intentando aliviar la tensión que percibía en ella.

—Antes de decir nada… déjame terminar, por favor.

—De acuerdo —asintió, adoptando un gesto atento.

—Primero, debo agradecerte lo que hiciste por nosotros ayer.

—No es necesario que…

—Dijiste que no me interrumpirías —le cortó, aferrándose a su determinación pese al titubeo inicial.

Alistair levantó las manos en un gesto de rendición.

—Bien —continuó Christine, visiblemente inquieta—. Como decía… Gracias por lo de ayer. Pero lo cierto es que no me reconozco. Esta no soy yo. O mejor dicho, esta es una versión de mí que no me gusta. Estoy siempre cansada, taciturna, y… nunca podré perdonarme por no haber llegado a tiempo para Gavin, todo porque no fui capaz de moverme con el peso de la falda.

Apretó los puños con fuerza, como si la acción la ayudara a contener las lágrimas.

—Por Dios bendito, si hasta perdí el conocimiento en nuestra boda. No sé qué me ocurre, pero no me gusta el camino que estoy tomando. Por eso quiero pedirte algo… Quiero que me permitas aprender a defenderme.

Soltó el aire que había estado conteniendo, buscando en el rostro de Alistair alguna señal de su reacción.

—Christine, si esto es por el ataque… entiendo cómo te sientes y lo lamento profundamente. Pero aquí estás protegida, te lo aseguro.

—No dudo de tus capacidades, Alistair —replicó con rapidez, negando con la cabeza—. Pero esto no va sobre el clan ni sobre ti. Tiene que ver conmigo. Necesito recuperar la confianza en mí misma.

—¿Y tus obligaciones? —preguntó él, con un tono más reflexivo que crítico.

—Entrenaré cuando mis labores me lo permitan. Lady Rowena me aseguró que los preparativos para las fiestas no comenzarán hasta dentro de unas semanas. Eso me da tiempo para empezar. Cuando llegue el momento, priorizaré mis responsabilidades.

Alistair ladeó el rostro hacia el lago cercano, esperando hallar la respuesta en sus tranquilas aguas. Que Christine aprendiera a luchar no le parecía mala idea. Era costumbre que las mujeres MacLeod aprendieran las bases del combate, preparadas para enfrentar cualquier eventualidad. Pero con ella era diferente. Tras el reciente ataque, su decisión podía interpretarse como una falta de confianza en su liderazgo.

Lo meditó mientras ella aguardaba en silencio, el rostro entre la esperanza y el temor. De repente, una idea cruzó su mente. Se giró hacia ella y, cuando habló, una chispa de determinación brillaba en sus ojos.

—De acuerdo. Pero no seré yo quien lo haga.

—¿Y quién lo hará entonces?

***

La madrugada del día siguiente, la pareja observaba en el umbral a la figura masculina de espaldas, su postura rígida y amenazante.

La brisa apenas movía los pliegues de su kilt, y el frío que Christine sentía parecía emanar tanto del clima como del hombre que esperaba en el terreno.

—¿Por qué? —preguntó, girándose hacia Alistair con incredulidad.

—Porque es el mejor. Después de mí, por supuesto.

Christine apretó los labios, intentando asimilar las consecuencias de sus propios actos. Cuando Alistair no quiso darle más detalles sobre su enigmática elección, decidió no insistir, pues confiaba en que buscaría lo mejor para ella. No obstante, empezaba a cuestionarse aquella lealtad naciente hacia su esposo.

Él, por su parte, no podía sentirse más satisfecho con su ingenio. Había logrado resolver dos problemas de un solo golpe: su esposa entrenaría, y lo haría con el único hombre que, pese a la antipatía que le despertaba, debía admitir como un guerrero excepcional.

Aun así, ver el temor en su rostro le oprimió el pecho. Se inclinó hacia ella y, con voz baja y cautelosa, preguntó:

—Christine, ¿es que te ha faltado al respeto?

—No —respondió ella de inmediato.

Sus ojos se desviaron hacia el patio, donde Angus seguía inmóvil como una estatua. Al volver la vista hacia Alistair, algo en su expresión la hizo desconfiar.

—¿Qué estás tramando?

—No estoy tramando nada.

—Alistair, por favor —replicó, alzando una ceja—. No insultes mi inteligencia. Por alguna razón, esto parece alegrarte más a ti que a mí.

Él suspiró con resignación.

—Angus no actuó como debía durante la emboscada. El abuelo insiste en que es leal, pero yo no termino de confiar en él.

—¿Me estás usando de cebo? —susurró alarmada.

—Tranquila —respondió él, posando una mano sobre su brazo.

El contacto provocó una leve tensión en Christine. Alistair lo percibió de inmediato y retiró la mano, carraspeando para disimular antes de continuar con tono firme:

—Siempre habrá alguien cerca, no te preocupes.

—¿Vas a venir a verme?

—Siempre que mis deberes me lo permitan. Míralo de este modo: Angus es de los pocos que habla bien inglés, y otorgarle el honor de entrenar a su lady demuestra que confío lo suficiente como para confiarte a él.

—¿Lo más preciado? —intentó disimular lo mejor que pudo la satisfacción que le provocaron sus palabras.

—Bueno, al menos en la teoría —respondió él, encogiéndose de hombros.

Christine sostuvo su mirada un poco más. Finalmente, chasqueó la lengua suavemente y terminó asintiendo con lentitud.

—De acuerdo… No seré yo quien impida a un hombre demostrar su valía. Pero no me gusta. Tiene algo… inquietante.

—Si en algún momento deseas que esto termine, solo dímelo.

—No lo dudes.

Volvió su atención al guerrero.

"Esto será más difícil de lo que pensaba", reflexionó mientras daba los primeros pasos en su dirección.

Desde el umbral, Alistair contemplaba la escena con los brazos cruzados. La postura, que a primera vista parecía relajada, escondía la inquietud que ahora sustituía la diversión inicial.

¿Y si Christine estaba en lo cierto?

¿Y si Angus no era tan digno de confianza como su abuelo aseguraba?

No bajaría la guardia.

Ya le había fallado una vez.

No volvería a suceder.

Capítulo 20

"Así que no había sido un mal sueño", se lamentó para sus adentros, aguardando a que lady MacLeod llegara hasta él.

Angus se consideraba un hombre de valores sencillos. Para él, dos cosas regían su vida: el honor y las tradiciones, y Fergus había sido un líder que encarnaba ambos principios.

Bajo su mando, Angus aprendió a luchar, perfeccionando sus habilidades hasta convertirse en el mejor guerrero del clan. Pero no solo fue su destreza lo que le ganó el respeto de sus hombres, sino su manera de liderar: con firmeza, evitando recurrir a la fuerza bruta si no era necesario. Con el tiempo, se ganó la confianza del laird, quien compartía sus decisiones y tenía en cuenta sus consejos antes de dar un paso importante.

Por eso, el día que anunció que cedería el liderazgo a Alistair sin haberle consultado previamente, creyó que se trataba de una broma.

Pero no lo fue.

El nieto del laird, con el que había compartido algún que otro momento en batalla, gozaba de una impresionante destreza física, pero no le parecía lo suficientemente preparado para asumir tal responsabilidad. Al principio, esperó pacientemente, convencido de que Alistair buscaría su consejo, como lo había hecho Fergus. Pero eso nunca ocurrió. El nuevo líder actuaba de un modo que Angus no lograba comprender, dejando que el instinto guiara sus actos, y eso para él era imperdonable.

La gota que colmó el vaso había sido su reciente matrimonio. No solo había desposado precipitadamente a una *sassenach*, sino que ahora lo castigaba de un modo que solo podía considerar humillante.

Especialmente porque, en el fondo, no creía haber tenido culpa alguna.

Él era el primero que dedicaba horas enteras a reflexionar sobre sus actos, pero la conclusión siempre terminaba siendo la misma: no hubo otra forma de proceder. Por desgracia, la esposa del laird se

había visto envuelta y humillada en el ataque. Aunque no compartía la necesidad de un castigo, podía entender por qué su jefe lo consideró inevitable.

Aun así, habría preferido veinte latigazos antes que pasar los siguientes días con aquella escuálida joven de expresión atormentada, que le recordaba más a un conejo asustado que a una líder digna de respeto. El saludo respetuoso que le dirigió no le convenció. No sentía, ni por un instante, que aquella mujer estuviera por encima de él.

—Buenos días, milady —dijo, su voz tan pétrea como su expresión.

Vio cómo la joven hacía el amago de encogerse, pero, para su sorpresa, rápidamente rectificó. Levantó la barbilla y enderezó los hombros con una determinación que casi logró impresionarlo.

—Buenos días —respondió ella, su voz suave pero firme—. Antes de empezar, me gustaría agradeceros el tiempo que me brindáis.

—No es necesario, milady. Servir al clan es mi deber. Pero os advierto que lo que habéis solicitado requiere una gran destreza física y mental.

—Lo sé.

—También supone un sacrificio significativo de vuestro tiempo.

—Soy consciente de ello.

La evaluó de arriba abajo con desaprobación.

—¿Qué sucede? —preguntó ella, notando el peso de su escrutinio.

Angus hizo una pausa, tratando de elegir bien sus palabras. Por muy poco que le gustara, seguía siendo su lady, y faltarle al respeto abiertamente no le haría ningún bien a su situación actual.

—Milady, si realmente deseáis continuar con esto, debéis confiar en mí.

Christine asintió, aunque la inseguridad en su mirada traicionaba su gesto.

—Debéis acatar mis órdenes en todo momento.

Ella volvió a asentir, esta vez con más convicción.

—Si en algún momento esto os supera, debéis decírmelo.

—Por supuesto —afirmó, más segura.

—Bien. Entonces permitidme ser franco: estáis en una forma física deplorable.

Christine abrió mucho los ojos, su expresión oscilando entre la indignación y el desconcierto.

—¿Disculpad?

—Vos misma dijisteis que confiaríais en mí, y la confianza requiere sinceridad. No podemos hacer nada si no hay músculo con que trabajar.

—Pero si estoy comiendo más que antes…

—No es suficiente. Ahora mismo, temo que incluso una caminata alrededor del castillo os haría desfallecer.

—No soy tan débil —protestó, avergonzada, aunque enseguida recordó el espectáculo protagonizado en su boda, y tuvo que reconocer que aquel hombre carente de tacto estaba en lo cierto—. Pero si es lo que aconsejáis, así lo haré.

Angus asintió, sin dejar de observarla con ojo crítico.

—Empezaremos por lo básico, siempre que estéis realmente preparada.

Christine enderezó los hombros a los costados y adoptó una postura rígida.

—Estoy preparada.

La convicción en su rostro no logró disipar las dudas del escocés. Observó la figura menuda y la ausencia de músculo en sus brazos, y volvió a pensar que aquello sería una pérdida de tiempo.

Con suerte, después de aquella mañana, la joven dama se cansaría de su nueva aspiración y volvería a su alcoba a descansar.

***

El aire frío le azotaba las mejillas, a punto de quebrar el frágil equilibrio que se esforzaba por mantener. Cada músculo de su cuerpo protestaba ante el esfuerzo, pero apretó los dientes y se negó a ceder. Angus la rodeaba con paso meticuloso, lanzando observaciones que oscilaban entre la crítica y la corrección.

—Vuestras piernas son demasiado débiles. Enderezad esa espalda. Si alguien os empuja así, caeréis como un saco de grano.

Christine resopló para sí.

"Por Dios bendito, no sabía que quedarme quieta podría ser tan agotador".

Ese pensamiento, aunque breve, fue suficiente para desconcentrarla. Sus piernas flaquearon y cayó al suelo con un golpe seco.

Se llevó las manos a la espalda para frotar la zona adolorida. Angus se acercó y, sin un atisbo de compasión en el rostro, le tendió la mano.

—Otra vez.

Christine obedeció en silencio, tragándose las quejas para más tarde, cuando estuviese a solas.

—No deseo cuestionar vuestros métodos —dijo al cabo de un rato, esforzándose por mantenerse en pie. Los músculos de su vientre pinchaban como si miles de agujas los atravesaran, y la presión en su cabeza amenazaba con hacerla desfallecer—. Pero llevamos haciendo lo mismo desde que empezamos, y no comprendo cómo esto me ayudará a defenderme.

Angus la miró de reojo y emitió un gruñido bajo, lleno de desaprobación.

—La gente cree que golpear es lo más importante, pero no es así. Lo más importante en esta vida, milady, es el equilibrio. Uno debe saber cuándo actuar y cuándo esperar. Y no podréis atacar o defenderos si antes no encontráis el equilibrio en vos misma.

Christine guardó silencio, temiendo caer una vez más.

—Vamos a dejarlo por hoy —ordenó Angus tras unos instantes. Temía que prolongar el ejercicio acabase por agotar su escasa paciencia.

—De acuerdo —respondió con un hilo de voz.

Regresó lentamente a una posición natural, mordiéndose la mejilla por dentro para disimular el dolor que le atravesaba el cuerpo con cada movimiento.

Angus se despidió con una inclinación de cabeza y marchó al interior del castillo. Antes de desaparecer, intercambió unas breves palabras con Alistair, quien se dirigió hacia Christine tras terminar.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó al llegar hasta ella.

—Cansada —admitió con un resoplido, dejando caer los hombros.

—Es normal —respondió en un tono tranquilizador—. ¿Te ha incomodado su presencia?

—Si te soy sincera, me resulta intimidante. Pero no pienso echarme atrás.

Alistair sonrió ante su determinación.

—Muy bien, milady. Entonces, ¿por qué no vamos adentro? Imagino que tendrás hambre.

Christine hizo el amago de moverse, pero una mueca de dolor cruzó su rostro.

—No es necesario —dijo, con un tono que pretendía ser casual—. Me quedaré aquí, observando el paisaje.

El laird la observó con detenimiento, hasta que una sonrisa divertida se dibujó en sus labios.

—¿No puedes moverte, verdad?

Solo respondió con un gruñido exasperado.

—Por todos los dioses… —murmuró él, apenas conteniendo la risa. Le ofreció su brazo e insistió—. Vamos.

—No es gracioso —protestó, pero aceptó la ayuda.

Tan pronto como sus dedos rozaron su piel, una calidez inesperada se instaló bajo su pecho. Alistair pareció notarlo también, pues su expresión se congeló en un segundo de duda apenas perceptible.

Caminaron en silencio, ella enlazada a su brazo, percibiendo la solidez bajo la tela con cada paso. El movimiento constante le recordaba tanto la tensión en sus músculos doloridos como la extraña incomodidad de estar tan próxima a él.

Cuando tropezó ligeramente con una piedra, Alistair reaccionó al instante, sujetándola con más fuerza.

—Cuidado —murmuró con la voz más baja de lo habitual, casi ronca.

Su agarre se prolongó un poco más de lo necesario, sosteniéndola cerca. Christine sintió el calor de su cuerpo traspasar la tela, y algo dentro de ella se tensó. El pulso de Alistair se aceleró levemente bajo su piel, o quizás era el suyo el que latía demasiado rápido.

De pronto, él la soltó con un gesto seco, como si acabara de tomar conciencia del momento.

—¡Au!

—Discúlpame —se apresuró en decir, volviendo a sujetarla.

Ya en el umbral del castillo, emitió una risa ligera y comentó, en un intento de aligerar la tensión:

—Espero que mañana puedas salir de la cama.

Christine le lanzó una mirada entre divertida y desafiante, pero acabó suspirando, resignada.

—Lo dudo.

Aquella noche, Màiri asistió a su lady en la alcoba. Mientras le ponía el ungüento en las zonas más doloridas, Christine cerró los ojos y dejó que el fresco aroma de la menta inundara sus fosas nasales.

—¿Cómo se encuentra Gavin? —preguntó al cabo de un rato.

—No ha tenido fiebre —respondió esta, sin dejar de frotar el brazo de Christine—. Parece que le duele un poco menos, aunque sigue necesitando la medicación.

—Seguro que se pondrá bien. Ya lo verás.

—Lo sé. Y es todo gracias a vuestra generosidad. Temo que, de haber permanecido en el pueblo, el frío y la escasez de alimentos lo hubieran empeorado todo.

—Deja de agradecérmelo, por favor. Me lo acabaré creyendo —bromeó.

—¿Y vos cómo os encontráis? Parece que haya pasado una eternidad desde que hablamos, y solo han sido dos días.

—A mí también me lo parece —respondió Christine, esbozando una sonrisa—. Me duele todo el cuerpo, pero si te digo la verdad, lo que más me duele es el orgullo.

—¿El orgullo?

—Sí. El capitán me ha dejado claro que tanto mi forma física como mis habilidades brillan por su ausencia.

Una risa casi inaudible escapó de Màiri, pero se apresuró a callarla, esforzándose por mantener un gesto serio.

—Disculpad, milady. No pretendía ofenderos.

—No te preocupes —dijo antes de exhalar un largo suspiro—. Debo admitir que no le falta razón.

—Yo… —comenzó a decir, pero no continuó la frase.

—¿Sí?

—Nada, milady. Disculpadme.

Durante los siguientes minutos, ninguna habló. Christine volvió a cerrar los ojos, pero ya no conseguía relajarse. Cuando la doncella terminó su tarea, hizo una reverencia, pero antes de marcharse, Christine distinguió una breve vacilación en sus ojos.

—¿Qué ocurre?.

—Nada, milady.

—Màiri, estás actuando de un modo extraño. Te pido que seas sincera conmigo.

La doncella empezó a dar pequeños golpecitos con el pie en el suelo.

—El señor MacKenzie puede ser un poco… directo. Pero obra de buena fe.

—¿Lo conocéis? —preguntó sorprendida.

—Solo un poco, milady —respondió Màiri, sonrojándose ligeramente.

—Pues deseo de corazón que estés en lo cierto.

La doncella se despidió con una inclinación apresurada antes de abandonar la estancia.

Christine la vio desaparecer tras la puerta. Le extrañó su comportamiento, pero pospuso la investigación para más tarde, cuando su cuerpo se lo permitiera.

El fresco aroma de la menta flotaba en el aire, aunque ya no le resultaba relajante. Se volteó hacia la ventana, donde la luz plateada de la luna bañaba los muros del castillo. Cerró los ojos y dejó que el cansancio se apoderara de su cuerpo dolorido.

"Debo mejorar", se repitió, dejando que la determinación impregnara cada pensamiento.

Con esa idea fija en la mente, se entregó al sueño.

No se percató del momento en que Alistair cruzó el umbral ni de cómo su expresión se suavizaba al verla descansar.

Capítulo 21

La mañana siguiente, observaba perpleja el despliegue de alimentos que acababan de servirle.

—¿Qué es todo esto?

—Es vuestro desayuno, milady —respondió la criada, inclinando levemente la cabeza.

—Pero yo no puedo comerlo todo.

—Sí que puedes —intervino Alistair, sentado a su derecha—. No ganarás fuerza si no comes.

—Yo te puedo ayudar —susurró Malcolm a su izquierda, con gesto cómplice.

—Eso no está bien —reprochó Ailsa—. Nuestra hermana lo necesita más que tú.

La naturalidad con la que habló dejó a toda la mesa en silencio. Fergus y Maeve intercambiaron una mirada tierna, mientras Rowena sonreía complacida desde el asiento frente a ellos. Alistair sintió una leve incomodidad, pero no lo dejó ver. Christine, en cambio, no recordaba la última vez que se había sentido tan querida.

Desde el regreso de Alistair, Malcolm y Ailsa habían dejado de dormir con ella, pero el cariño que le profesaban les impedía alejarse demasiado. Por ello, Rowena había accedido a cambiar el sitio de Malcolm en la mesa para que pudiera estar cerca de la nueva integrante de la familia. Con el otro lado ocupado por Alistair, Ailsa tuvo que conformarse con estar sentada al lado de su hermano menor.

Christine se inclinó ligeramente hacia Malcolm y le susurró:

—Si quieres, puedo guardarte un trozo de carne.

—Ni hablar —dijo su esposo, quien parecía haber recuperado la normalidad—. Si Angus ha ordenado que debes comer todo eso, lo harás.

Christine soltó un bufido que provocó las risas de los niños, pero obedeció. Observó con recelo los platos que tenía por delante: un cuenco de gachas espesas con miel, un trozo de pan de avena

todavía caliente, un plato con salmón ahumado, queso fresco y algunas frutas, además de una jarra de leche endulzada con miel. Todo ello acompañado por unas lonchas de tocino crujiente y un huevo cocido.

En su interior, sospechaba que aquello no era más que una estratagema de Angus para que abandonase las clases. Había visto la desconfianza en la forma en que la miraba y la poca fe que tenía en sus habilidades.

Pero Christine lo tenía claro: Angus podría tener la fuerza, pero ella poseía algo mucho más importante: una orden divina.

Y no pensaba fallarle al Señor.

***

Cuando el sol comenzaba a acercarse a su punto más alto, pensó que había llegado la hora de su final. Si ayer los músculos le dolían, hoy directamente no los sentía.

Después de obligarla a mantener el equilibrio en diversas posturas, cada cual más intrincada que la anterior, Angus MacKenzie decidió que sería buena idea comprobar cuántas sentadillas era capaz de hacer antes de desplomarse.

Pero no le concedería el placer de verla suplicar.

Con un último esfuerzo, demostró su valía, hasta que su cuerpo cedió por completo y cayó al suelo, respirando con dificultad.

—¿Estáis bien? —preguntó Angus, ofreciéndole la mano para levantarse.

—Sí… lo estoy.

Cada palabra era una agonía. Con cada respiración, el dolor en su pecho se hacía más punzante.

—¿Por qué no aceptáis mi mano?

Cerró los párpados para no ver su expresión triunfal y admitió con voz débil, apenas audible:

—No puedo moverme.

Pasaron varios segundos en los que ninguno hizo nada. Se negó a mirar, rezando para que todo aquello fuese una pesadilla de la que pronto despertaría, pero unas manos firmes y decididas la elevaron del suelo con facilidad. El susto la hizo abrir la vista de golpe, temiendo que Angus hubiera tomado la iniciativa.

La visión que encontró hizo que se saltara un latido. Alistair la observaba desde arriba, sus profundos ojos verdes clavados en los de ella, mientras la sostenía como si no fuese más que una pluma.

—Creo que mi esposa ha tenido suficiente por hoy —anunció con voz grave, sin apartar los ojos de los suyos.

—Más bien por el resto de su vida —masculló el capitán, cruzándose de brazos.

Alistair no respondió. Desde que Christine había iniciado el entrenamiento el día anterior, la preocupación lo mantenía en vilo. Verla sufrir bajo las órdenes del bruto de Angus le encogía el pecho, pero ambos se merecían un voto de confianza, por lo que intentaba mantenerse al margen. Sin embargo, ver que volvía a caer y que esta vez no se levantaba con gesto orgulloso fue suficiente para dar el paso.

Ahora, no podía apartar los ojos de ella. Allí donde se rozaban, una conexión sutil pero poderosa comenzaba a tomar forma, cargando el aire con una intensidad que los descolocaba por completo.

Testigo de la escena, Angus abandonó el patio sin ofrecer una despedida formal, mientras farfullaba entre dientes una retahíla de palabras que, de haber llegado a oídos de la pareja, habrían bastado para condenarlo a los lobos.

—Gra… gracias —logró decir Christine tras unos instantes, incapaz de mirar hacia otro lado.

Sus palabras parecieron sacudirlo, arrancándolo del extraño estado de ensoñación en el que se encontraba. Parpadeó un par de veces antes de responder, con voz áspera y entrecortada:

—No se merecen.

Haciendo un esfuerzo consciente por apartar la atención, centró sus pasos en el camino frente a ellos. El miedo a que un segundo contacto lo sumiera de nuevo en aquella confusión lo mantenía en silencio. Entró en la alcoba con pasos firmes, cerró la puerta tras de sí con un leve empujón de su pie y depositó a la joven sobre el colchón con movimientos deliberadamente cuidadosos, prolongando el peso de sus manos un instante de más.

—Llamaré a Màiri —dijo antes de girar hacia la puerta. Necesitaba alejarse de allí cuanto antes.

—No es necesario —respondió ella, incorporándose con una mueca de dolor para apoyarse en el cabecero.

—Necesitas que te asistan. Apenas puedes moverte.

—Por favor —insistió, su rostro una súplica velada—. La pobre tiene suficiente con su hermano. Lo mío puede esperar.

—Pues le diré a alguien más que venga.

—¡No! —al percibir la sorpresa en su expresión, bajó el tono, abrumada por la vergüenza—. No quiero que me toquen más personas.

Alistair fue a decir algo, pero frenó al recordar los recientes sucesos y el peso con el que Christine probablemente cargaría. Sus pensamientos le llevaron al frasco en la mesita de noche, y las palabras salieron antes de que pudiera detenerlas:

—¿Y si lo hago yo?

Ella ascendió la vista lentamente, y en sus ojos se alternaba el asombro y la cautela.

—¿Cómo?

Él se frotó la nuca, maldiciendo internamente su impulso. Era tarde para retractarse.

—Puedo ayudarte, si no te resulta molesto.

Christine guardó silencio unos segundos, debatiéndose entre su orgullo y su agotamiento.

—No es necesario —murmuró al fin.

Su tono frágil lo desarmó, despertando emociones que prefería evitar. Se obligó a mantenerse sereno mientras respondía:

—Puedo ayudarte con los brazos. Así, al menos, te será más fácil continuar por tu cuenta.

Christine vaciló un instante, apartando los ojos con discreción antes de asentir.

—De acuerdo.

Sin añadir más, Alistair tomó el frasco y se sentó en el borde de la cama. Con cuidado, levantó la manga izquierda de su atuendo, revelando la fina y pálida piel. Extrajo una cantidad generosa de ungüento y comenzó a esparcirlo con movimientos circulares,

pausados y precisos. Mientras sus dedos trabajaban con meticulosa atención, se obligaba a recordar que aquello no era más que un gesto de altruismo, destinado a aliviar el dolor de alguien necesitado.

Los surcos ásperos de su piel, combinados con el calor que irradiaba y el frescor del bálsamo, provocaron en Christine un estremecimiento involuntario. Su primer impulso fue apartar la vista, pero, a medida que Alistair deslizaba los dedos desde su mano hasta la parte interna del codo, el aire a su alrededor se volvió más tenso, y su respiración más superficial. Sin saber en qué momento, giró el rostro hacia él.

La luz del día bañaba su cabello, destacando los reflejos color miel. Había algo hipnótico en su expresión concentrada, algo que encontró cautivador.

Alistair sentía su escrutinio como un roce invisible, encontrando cada vez más difícil controlar el torbellino de pensamientos que lo invadía. Ascendió hasta alcanzar la parte interna del brazo, donde su ritmo disminuyó, trazando círculos más pequeños. La proximidad entre ellos parecía intensificarse con cada segundo, trastocando incluso el ritmo de su propia respiración.

La presión de sus dedos, firme y cuidadosa, enviaba descargas que atravesaban la piel de Christine, despertando sensaciones que no lograba comprender del todo.

Todo lo demás se fue desdibujando, hasta que un roce fugaz en el borde de su corpiño le provocó una sensación punzante en el bajo vientre. Alistair detuvo su movimiento y alzó el rostro, buscando alguna señal de incomodidad. Sin embargo, los ojos de Christine, intensos y temblorosos, borraron cualquier atisbo de duda. Bajó la vista a sus labios, que se entreabrían en respuesta, despertando en él el recuerdo del tacto cálido y suave de la última vez que la besó. Luchó por apartar aquellas imágenes, recordándose que, aunque era su esposa, en ese momento estaba en un estado de vulnerabilidad. Carraspeó suavemente antes de hablar:

—Christine… —la frase quedó suspendida al ver cómo ella, casi sin darse cuenta, respondía a su nombre humedeciéndose los labios. El gesto lo turbó más de lo que le habría gustado. Se aclaró la

garganta una vez más, intentando recuperar el control antes de continuar—. Christine, dame el otro brazo.

Ella obedeció en silencio, incapaz de romper el espacio íntimo que se estaba forjando. Alistair se centró en el frasco, lo que le permitió contemplarlo con mayor detenimiento. Su nariz recta y la barba, algo más crecida de lo habitual, delineaban su mandíbula con un aire indómito que contrastaba con las largas pestañas, capaces de suavizar su expresión con la gracia de un caballero. Cuando sus ojos se encontraron de nuevo, los verdes iris de Alistair, salpicados de destellos dorados, parecían invitarla a perderse en ellos.

Se inclinó para continuar el masaje, pero la cercanía entre sus cuerpos lo detuvo, y su respiración quedó suspendida. Esta vez, fue él quien quedó atrapado en la profundidad del azul de Christine. Ya no era el azul diáfano de costumbre: ahora, más intenso, evocaba un pozo insondable que lo arrastraba hacia lo desconocido.

—Alistair…

La voz, cargada de un magnetismo inexplicable, despertó algo visceral en él. Incapaz de resistirse, dejó que su atención descendiera hasta sus labios. Un instante después, se inclinó un poco más, dejándose llevar hacia aquel inevitable encuentro.

Se sobresaltaron al escuchar unas voces infantiles, cada vez más cercanas. Alistair se apartó rápidamente, mientras ella luchaba por recuperar la noción de la realidad.

Los gritos se detuvieron de pronto, seguidos por unos toques tímidos en la puerta. La interrupción les arrancó una sonrisa, aunque el ambiente seguía cargado de una tensión latente.

—Pasad —consiguió decir Alistair.

Cuando los niños cruzaron el umbral, él seguía en el borde de la cama y su expresión se había suavizado.

—No sabíamos que estabas aquí —se excusó Malcolm, lanzando vistazos furtivos a su hermana en busca de apoyo.

—Este es mi cuarto —respondió, con un deje de diversión en la voz.

—Disculpadnos —dijo Ailsa.

Acto seguido, tiró del brazo de Malcolm para llevarlo de vuelta al pasillo.

Christine se inclinó ligeramente hacia ellos, contrayendo el rostro en un rictus de dolor:

—Esperad.

Los hermanos se dieron la vuelta de inmediato, justo cuando Alistair empujaba suavemente a su esposa hacia su posición inicial, procurando que no se moviera más.

—Madre nos avisó de que habías comenzado a entrenar —retomó Malcolm con gesto cohibido—. Fuimos al patio, pero no te encontramos.

—Hamish nos dijo que te la habías llevado —continuó Ailsa—, y nos preocupamos. Pero ya vemos que estás bien, así que no os molestaremos más.

—Nunca molestáis —los reprendió cariñosamente Christine—. Estoy bien. Vuestro hermano me ha atendido.

Los pequeños se volvieron hacia Alistair para estudiarlo con atención. La similitud entre ambos era innegable. Compartían los mismos ojos verdes y el cabello castaño con destellos rojizos, herencia evidente de su linaje. Tras un intercambio silencioso, asintieron al unísono.

—Será mejor que me marche —dijo Alistair con aparente indiferencia—. Parece que ya han llegado los profesionales.

Guiñó un ojo a sus hermanos, y estos rieron suavemente.

—Volveré en un rato para ver cómo estás —le dijo a Christine antes de abandonar la alcoba.

Marchó a toda prisa a las caballerizas, buscando en la quietud de aquel lugar el alivio necesario para despejar su mente.

El resto de la mañana, Christine compartió su tiempo con los pequeños, quienes se encargaron de que no le faltara compañía. Poco a poco, el malestar fue cediendo, aunque sus nuevos hermanos, decididos a protegerla, le impidieron salir de la habitación.

Mientras Ailsa le contaba orgullosa sus avances en las clases, Malcolm salió en busca de algo de comer. No tardó en regresar, esta vez acompañado de dos personas más.

—¡Gavin! —exclamó Christine, sin poder ocultar la emoción.

El niño avanzó con timidez, mirando embelesado la estancia. Se giró hacia Màiri, que lo seguía detrás, y le habló en un murmullo que Christine alcanzó a oír:

—Esta es aún más grande.

Màiri le indicó que callara con un gesto de desaprobación.

—Milady —saludó Gavin, haciendo una reverencia. El cabestrillo que portaba en su brazo derecho lo hizo perder el equilibrio, pero Màiri lo sujetó a tiempo antes de que cayera. Cuando volvía a estar de pie, continuó con los ojos fijos en el suelo—: Gracias por vuestra ayuda. Estaré siempre en deuda con vos.

—Gavin, ven aquí —le indicó con voz tranquila. El niño obedeció, y ella se agachó para ponerse a su altura. El movimiento envió un latigazo de dolor a sus músculos, pero lo ignoró deliberadamente, decidida a mantener la compostura—. Acepto el agradecimiento, pero no así la deuda que mencionas. Es mi deber ayudar a mi gente, y lo hago con el mayor de los honores.

Le dirigió una expresión cálida, a lo que Gavin respondió agachando la cabeza, mientras sus mejillas se teñían de rubor.

—Veo que ya te encuentras mejor —continuó Christine, acariciando su mejilla con ternura.

—Lo estoy, milady. Pronto podré volver al pueblo a ayudar a mi padre.

—No tengas prisa. Lo más importante es que te recuperes.

El niño asintió obediente, pero su atención se desvió hacia el par que lo observaba con curiosidad.

—Estos son Ailsa y Malcolm —los presentó Christine, con una nota de orgullo en la voz—. Son los hermanos de vuestro laird, y ahora, también los míos.

Aunque le costaba procesar que le tuviesen tanto cariño, las palabras salieron con la misma naturalidad con la que las escuchó la primera vez.

Aprovechó que los pequeños comenzaban a relacionarse para conversar con Màiri. Viendo que Gavin estaba mejor, aceptó que volviese a sus tareas, aunque no sin antes hacerle prometer que él seguía siendo lo más importante.

Aquella noche, cenó con la familia como de costumbre, pero algo había cambiado. La presencia de Alistair la envolvía como una fragancia apenas perceptible, alterando sus sentidos. Cada roce casual aceleraba su pulso, y aunque intentaba concentrarse en la conversación, las palabras se le escapaban. Sin poder evitarlo, volvía la vista hacia él una y otra vez.

Se levantó de la mesa en cuanto pudo, buscando un momento a solas para asimilar que pronto volverían a compartir la alcoba. No era solo la idea de dormir a su lado lo que la perturbaba, sino la facilidad con la que se había acostumbrado a ello.

No era ingenua respecto al contacto físico. Su piel guardaba memorias que prefería olvidar, momentos en los que las manos ajenas habían cruzado límites con demasiada facilidad. Había aprendido a tensarse ante el más leve toque no deseado, un reflejo que la sorprendía incluso en situaciones inocentes.

Pero con Alistair todo era distinto. Aquel reflejo se desvanecía. Recordaba el contraste entre la aspereza de sus manos y la dulzura de sus movimientos. Desde el primer momento, la había tratado con una paciencia y un cuidado que, poco a poco, fueron desarmando sus defensas y derribando los muros que había erigido sin saberlo del todo.

Se metió en la cama, intentando en vano encontrar la paz del sueño. Cada vez que su rostro aparecía en su mente, el pulso le tamborileaba en los oídos, como si todo su cuerpo conspirara contra su voluntad.

Cuando oyó la puerta abrirse y esa voz grave que ya empezaba a conocerle el alma, contuvo la respiración. No encontró el valor para responder. En el amparo de la oscuridad, apretó los ojos con fuerza, implorando que el cansancio la reclamara al fin.

Capítulo 22

—Dudaba de que volvierais —saludó Angus, sin molestarse en disimular su sorpresa al verla entrar en el patio de entrenamiento.

Aunque intentó convencerse de que las palabras de aquel hombre no tenían importancia, ese leve matiz en su tono le dio el impulso necesario para empezar el día.

—Me lo tomo muy en serio —respondió, alzando ligeramente la barbilla.

Angus asintió brevemente y le indicó que comenzara el calentamiento. Christine ejecutó los ejercicios con más seguridad que el día anterior, aunque cada movimiento era un recordatorio del agotamiento que arrastraba. Sus músculos ardían, pero su determinación la empujaba a seguir. Su entrenador observó en silencio, sus ojos fijos en cada gesto.

—Lo dejaremos aquí por hoy —anunció al cabo de un rato.

Christine sintió el alivio recorrerle el cuerpo, pero entrecerró los ojos con suspicacia.

—¿Ya? Si no hemos estado ni la mitad de tiempo que ayer.

—Por hoy es suficiente —repitió, con cierta impaciencia.

Christine colocó las manos en las caderas.

—¿Acaso pensáis que no puedo aguantar?

Angus la observó detenidamente. Aunque mantenía la postura con determinación, un leve temblor en sus extremidades revelaba que estaba al borde de su resistencia. Durante un instante, contempló la idea de exigirle un esfuerzo más, pero la desechó de inmediato. Seguía siendo estricto, sí, pero no lo bastante insensible como para pasar por alto la entrega que ella demostraba.

—Tengo otros asuntos que atender. Seguiremos mañana.

Christine apretó los labios, pero acabó asintiendo antes de alejarse con pasos controlados. Angus la vio marchar, notando cómo su cuerpo agotado se sostenía con una dignidad que imponía respeto. Solo cuando desapareció de su vista, dejó escapar un largo suspiro antes de retomar sus tareas.

El resto del día, la joven dama aprovechó la ayuda de su doncella para poner en orden sus tareas. Entre sus actividades, leyó la misiva que había llegado esa misma mañana desde Ròscreag. Una radiante Brìghde le relataba con entusiasmo las novedades de su vida en el castillo, provocándole una sonrisa tras otra conforme avanzaba en la lectura. Inspirada, tomó pluma y papel de inmediato para redactar una respuesta. Relató los estragos que había dejado la tormenta y su reciente decisión de aprender a defenderse, pero omitió deliberadamente el incidente con los bandidos.

Por la tarde, aprovechó el calor estival para pasear con Màiri a orillas del lago. No había vuelto a cruzarse con Alistair desde la mañana, pero se abstuvo de preguntar por su paradero. No quería dar pie a murmuraciones entre el personal ni alimentar la idea de que su esposo no confiaba en ella lo suficiente como para compartir sus ocupaciones.

Al día siguiente, sin embargo, despertó sola en la cama, y no le quedó más remedio que admitir su ignorancia durante el desayuno.

—Están en Craighollow, a media jornada de aquí —aclaró Fergus —. Parece algo importante, porque salió nada más terminar la reunión con los campesinos.

—¿No acudisteis?

—No me encontraba del todo bien.

Su esposa lo miró con preocupación, pero él minimizó el gesto con una leve inclinación de cabeza antes de volverse hacia Christine.

—¿Y cómo va tu entrenamiento?

—Más lento de lo que me gustaría.

—Mejorarás —le aseguró Rowena antes de dejar escapar un suspiro cargado de nostalgia—. Cuando Ciarán me dijo que debía hacerlo, pensé que sería fácil. Mi familia siempre apoyó que las mujeres supiéramos defendernos. Pero en estas tierras todo es distinto. Aquí aprendí a realizar movimientos que habrían horrorizado a mi difunta madre.

—¿Vos también entrenasteis?

—Por supuesto —intervino Maeve—. Todas las mujeres MacLeod lo hacen. Pensaba que tus clases fueron idea de Alistair.

—No, se lo sugerí yo después de… —se aclaró la garganta antes de hablar—. Después de la emboscada. No quiero seguir siendo tan débil.

—Nunca dudé que, tras ese rostro delicado, se ocultaba el espíritu de una luchadora —comentó Fergus, con sincera admiración.

Christine sintió el rubor ascendiendo por su cuello. Hizo el amago de encogerse en el asiento, pero en el último momento alzó el mentón con un aire solemne que contrastaba con la chispa traviesa en su voz:

—Entonces, prometo no defraudaros.

Las risas cálidas de los presentes llenaron la sala, y ella terminó acompañándolos con auténtico entusiasmo.

Al atardecer, Alistair y varios de sus hombres regresaron. Como esposa del laird, Christine acudió a su encuentro en el patio principal. Su sonrisa, aunque amplia, intentaba disimular el nerviosismo que despertaba su presencia.

Él desmontó con agilidad y la saludó con una breve inclinación del mentón, pero había en su expresión una tensión apenas disimulada que le hizo intuir que algo no iba bien.

—¿Todo bien?

—Nada que deba preocuparte.

Y, sin añadir una palabra más, se internó en el castillo, dejándola sin ocasión de averiguar nada más.

No volvieron a coincidir hasta la cena. Su presencia la atraía como un imán. Cada gesto, cada movimiento, parecía buscar una excusa para acercarse, mientras sus ojos lo seguían furtivamente, absorbiendo cada rasgo de su rostro.

Él, en cambio, parecía ajeno a la situación. Mantenía una pose relajada y relataba anécdotas del viaje con una naturalidad tan apacible que a Christine le resultaba exasperante.

Fue después, cuando el castillo quedó en silencio, que se reencontraron, esta vez en la intimidad de su alcoba.

Sentada en el escritorio, con una pila de papeles enfrente, intentaba concentrarse en sus escritos cuando dos criadas entraron portando una bañera.

—¿Y esto? —preguntó extrañada.

—Para el laird, milady —dijo una de ellas.

Christine maldijo para sus adentros su ingenuidad. Tragó saliva y respondió con una forzada indiferencia:

—Por supuesto.

Intentó retomar su actividad, pero las imágenes de lo que estaba por venir comenzaron a revolotear en su mente, haciendo que la pluma titilara entre sus dedos. Fingió concentrarse en la tarea y no soltó el aire hasta que las mujeres se marcharon.

Alistair entró poco después. Levantó la cabeza para saludarlo, y él habló con una pizca de tensión en la voz:

—Espero que no te moleste. Necesito un baño con urgencia.

Se aclaró la garganta antes de responder:

—Estás en tu cuarto, ¿recuerdas?

Él curvó los labios con una sonrisa al recordar la interrupción del otro día, aunque su expresión pronto adoptó un matiz más pensativo. Mientras se quitaba las botas, lanzó varias miradas a su esposa, que se había vuelto de espaldas, fingiendo estar absorta en sus papeles.

Ella, por su parte, libraba una batalla silenciosa. El frasco de tinta estaba casi vacío, pero levantarse de la mesa implicaba enfrentarse a la posibilidad de verlo, y dudaba ser capaz de mantener la compostura ante un cuerpo desnudo. No… peor aún: ante el cuerpo desnudo de Alistair.

Si observarlo mientras dormía ya le había otorgado recuerdos que la asaltaban más veces de las que estaba dispuesta a reconocer, verlo tal y como vino al mundo no haría más que avivar su desconcierto.

Mojó la pluma en el tintero, fingiendo que aún quedaba tinta, aunque toda su atención estaba centrada en los sonidos a sus espaldas. Escuchó cómo se introducía en la bañera y soltaba un gemido de placer, lo que la llevó a aferrarse con más fuerza a la pluma. Confundida y temerosa a partes iguales, empezó a trazar en el aire las letras del Padre Nuestro.

Después de repetirlo tres veces, soltó un pequeño suspiro y se cubrió la cara con las manos, agotada de sus propios rodeos.

"¿Qué es lo peor que puede pasar? No estoy haciendo nada malo; es mi esposo".

Giró ligeramente la cabeza y exhaló aliviada al ver que estaba de espaldas, absorto en su higiene. La pastilla de jabón se deslizaba por su brazo con movimientos circulares, transportándola a lo sucedido días atrás.

Su corazón comenzó a latir con fuerza y apartó la mirada de golpe. Con un movimiento instintivo y casi automático, levantó la mano y trazó sobre sí misma la señal de la cruz.

"Pecadora", acusó la voz de la discordia.

Sin embargo, esta vez no sintió culpa, sino sorpresa. Hacía días que aquellas murmuraciones oscuras permanecían en silencio. Repasó los posibles motivos de aquel repentino mutismo, y pronto cayó en la cuenta: no las había vuelto a escuchar desde que comenzó a entrenar. Una leve sonrisa, cargada de esperanza, se dibujó en su rostro.

El sonido del agua cayendo con fuerza a sus espaldas le indicó que aquella prueba de virtud estaba llegando a su fin. Pero lejos de sentir alivio, la curiosidad la venció y lanzó un vistazo rápido por encima del hombro.

La visión la dejó sin aliento: Alistair, todavía de espaldas, estaba secándose el rostro con una toalla. En la tenue luz de las velas, los reflejos danzantes jugaban sobre las líneas de su físico, acentuando cada músculo con una precisión que parecía deliberadamente diseñada para provocarla.

Su cuello, imponente y ligeramente tenso, daba paso a una espalda marcada por cicatrices. Algunas eran finas y lineales; otras, más redondeadas, parecían heridas profundas de batallas pasadas. Pero cuando su atención descendió a su cadera, todo pensamiento coherente desapareció.

El contorno de unos glúteos firmes y redondeados terminó por romper las últimas defensas, obligándola a enfrentar la emoción que la inundaba sin tregua: un deseo crudo y carnal, como nunca antes había sentido.

—Pero bueno, milady.

Dio un respingo y alzó la vista de inmediato, encontrándose con una expresión a medio camino entre la sorpresa y la diversión. Avergonzada, desvió la mirada, sintiendo como toda ella se teñía de escarlata.

—Discúlpame, no ha sido nada decoroso —murmuró con voz temblorosa, ocultando de nuevo el rostro entre las manos.

Alistair soltó una risa baja, visiblemente más relajado. Aunque mostrarse tan expuesto le causaba cierto reparo, comprobar que Christine no era del todo inmune a su cercanía le resultaba más gratificante de lo que estaba dispuesto a admitir. Se tomó su tiempo para secarse, lanzándole miradas de soslayo. Ella seguía rígida, de espaldas.

—Ya estoy vestido —al no obtener respuesta, añadió con una sensualidad que apenas lograba sofocar entre risas—. A menos que me prefieras desnudo, claro.

—¡No! —exclamó ella, girándose al fin. El rubor aún ardía en su rostro, y las palabras salieron atropelladas—. Es decir, no me entiendas mal. No es que tu presencia me genere rechazo, es que… Dios, ¿qué estoy diciendo?

—Tranquila —la interrumpió, con una media sonrisa—. Ahora estamos en paz.

—¿Qué quieres decir?

Él guardó silencio unos instantes, disfrutando de la situación mientras elegía cuidadosamente sus palabras.

—El día del asalto, ¿recuerdas?

Christine negó al principio, pero cuando comprendió, sus ojos se abrieron de par en par. Con un gesto rápido, volvió a cubrirse el rostro con las manos.

—Dios Santo… no lo recordaba.

Con cuidado de no asustarla, le apartó las manos.

—La curiosidad no es mala, Christine. Yo tampoco me resistiría a un cuerpo como este.

Ella apartó la vista, pero Alistair alzó su mentón con dos dedos, guiándola de nuevo hacia él.

—De verdad, no pasa nada.

Christine asintió al fin y murmuró:

—De acuerdo… No quiero que pienses que esto es algo habitual, yo…

—No necesitas justificarte. Además, por la expresión que tenías, no me cabe duda.

Por un instante, pareció que ella iba a decir algo más, pero al final lo dejó pasar.

Esa noche, el silencio de la alcoba no trajo calma, sino una tensión palpable que llenaba cada rincón. Ambos intentaron quedarse quietos, pero el esfuerzo acabó jugando en su contra. De vez en cuando, sus cuerpos se rozaban por accidente, enviando oleadas de calor que los mantenían en una incómoda vigilia, donde el único sonido era el ritmo pausado de sus respiraciones contenidas. La cercanía compartida durante tantas noches hizo que cada uno conociera los hábitos del otro, y ahora sabían que ninguno estaba dormido.

La oscuridad se llenó de pensamientos no expresados, hasta que el cansancio pesó más y cedieron al sueño.

Incluso entonces, separados apenas por un delgado espacio, sus cuerpos parecían buscarse en la penumbra.

Capítulo 23

Los siguientes días transcurrieron con una monotonía que, lejos de aburrirla, resultaba reconfortante.

Alistair abandonaba la estancia antes de que despuntara el alba, y ella lo hacía poco después. Tras el desayuno, se reunía con el capitán en el patio, donde pasaba gran parte de la mañana. Sus conversaciones se limitaban a lo estrictamente necesario, pero con el tiempo, la incomodidad inicial dio paso a una convivencia práctica.

No tardó en reconocer en qué aspectos se fijaba más su maestro, y él, a su vez, distinguió sus puntos débiles y el potencial que podía aprovechar. Seguía lejos de estar en forma, pero al cabo de una semana las generosas raciones que le servían cada mañana dejaron de intimidarla.

El esfuerzo físico le ofrecía un propósito, alejando los pensamientos que solían atormentarla. En aquellos momentos de agotamiento controlado, alcanzaba una calma que no recordaba haber experimentado jamás.

Dado que las mañanas estaban dedicadas al entrenamiento, los paseos a caballo quedaron en un segundo plano. No se quejó. Le costaba estar tranquila cuando Alistair andaba cerca y tampoco le quedaban fuerzas para cabalgar.

Por las tardes, se sumergía en los preparativos para las festividades. Rowena la guio hasta que se habituó al ritmo del castillo, delegándole completamente sus funciones.

Si le sobraba algo de tiempo, lo dedicaba a las lecciones de gaélico o a repasar lo que había practicado aquella mañana. Ailsa y Malcolm, siempre entusiastas, terminaron uniéndose a sus rutinas, compartiendo con ella sus aprendizajes más avanzados y disfrutando del desafío de enseñarle. En estas ocasiones, Maeve abandonaba su lugar habitual de descanso y se acomodaba en un banco del patio, donde Fergus solía unirse para observarlos con nostalgia.

Por las noches, el cansancio la vencía antes de que su mente pudiera divagar. Las sombras de antaño se desdibujaban poco a

poco, y una nueva sensación emergía: la satisfacción de cada pequeño avance.

Aunque todavía estaba lejos de ser fuerte, su cuerpo había recuperado peso y energía, devolviéndole un semblante más saludable y un porte más seguro. Angus, al notar su progreso, había comenzado a enseñarle ejercicios de defensa básica. Sus movimientos aún eran torpes, pero con cada lección, su confianza crecía, menguando la inseguridad que la había acompañado hasta entonces.

Una mañana, Angus le entregó un cuchillo.

—No eres rival en el combate cuerpo a cuerpo —dijo con brusquedad—. Pero si usas tu gracia para hacer que bajen la guardia, puede que tengas una oportunidad.

Christine alzó una ceja.

—¿Eso ha sido un halago o solo otra crítica para mi colección?

Angus gruñó por lo bajo, pero ella ya distinguía sus gestos lo suficiente como para notar el atisbo de una sonrisa.

Más allá del entrenamiento físico, el gaélico dejó de ser un obstáculo. Sus frases, aunque sencillas, sonaban más fluidas, y el esfuerzo por comunicarse le había ganado la simpatía de los súbditos. Ahora, cuando cruzaba el castillo o paseaba por los jardines, la desconfianza había sido reemplazada por saludos cálidos y sinceros.

Por primera vez desde su llegada a Culzean, lo sentía como un hogar. La idea chocaba de frente con su propósito inicial de marcharse, pero estaba tan a gusto que decidió apartar esas preocupaciones y aferrarse al presente, algo que tanto bien le estaba haciendo.

Alistair, por su parte, solía regresar tarde, y en el fondo, lo agradecía. Las responsabilidades del clan lo mantenían ocupado gran parte del tiempo, obligándolo en ocasiones a pasar la noche fuera. Siempre iba acompañada de varios miembros del consejo, a excepción de Angus, cuya prioridad debía seguir siendo el entrenamiento de la dama.

Cuando estaba en el castillo, el laird dividía su tiempo entre audiencias con los súbditos y reuniones con el consejo. No había

vuelto a mencionar lo sucedido en su última conversación con Christine, ni lo consideraba necesario. Sabía lo nerviosa que estaba en su presencia, por lo que evitaba colocarla en situaciones que pudieran incomodarla más.

Sin embargo, una parte de él intuía que esa no era la única razón.

Su nombre surgía en los momentos más inesperados, y los recuerdos de los momentos más íntimos volvían con una frecuencia inquietante, haciéndole cuestionarse si el equilibrio que tanto le costaba construir no estaría comenzando a tambalearse.

El tiempo transcurrió casi sin que ninguno de los dos se diera cuenta. Conforme las celebraciones se acercaban, Alistair empezó a pasar más tiempo en el castillo, supervisando los preparativos.

Dado que la última vez que los MacLeod ejercieron de anfitriones todo terminó en un juicio, la presión por garantizar que esta vez todo saliera bien era palpable. Esa responsabilidad, sumada al peso constante del liderazgo, comenzaba a erosionar su buen humor habitual.

Por si eso no fuera suficiente, un día recibió una misiva que no hizo más que empeorar la ya delicada situación.

La carta iba dirigida a su esposa, pero desde que su madre le contó lo que el anciano había revelado en el pueblo, Alistair había ordenado que toda correspondencia dirigida a su esposa pasara primero por sus manos. Ella no sabía nada al respecto, y dudaba que le hiciera gracia. Hasta entonces, todas las misivas llevaban el sello de los MacGregor, por lo que se limitaba a hacérselo llegar sin más.

Esta carta, en cambio, no tenía sello alguno.

—¿Quién te entregó esto? —preguntó, deslizando los dedos por el sobre con aire pensativo.

El joven campesino se removió inquieto.

—Un hombre mayor, milaird —tartamudeó.

Su semblante se endureció.

—¿No dijo nada más?

—No —respondió con un leve temblor—. Pero su acento era extraño. Como si lo forzara.

Alistair lo estudió en silencio. Al darse cuenta de que no obtendría más información, sacó una moneda y se la entregó al joven con gesto seco antes de despacharlo.

Guardó la carta en su bolsillo, pero no fue hasta la noche cuando pudo retirarse a su alcoba para leer el contenido.

"Conozco tu secreto."

Un escalofrío le recorrió la espalda.

¿Sabían de su matrimonio?

O peor aún…

¿Acaso Christine escondía algo más?

Se quedó estudiando las letras, inmóvil, con el sonido de las ascuas del hogar crepitando en la estancia. Permaneció así, sumido en sus pensamientos, hasta que la puerta se abrió.

Alistair levantó la cabeza con impostada serenidad.

—¿Qué es? —preguntó Christine, señalando la carta con un gesto de cabeza.

—No es nada, simples trámites.

—¿Desde cuándo lees mensajes triviales a las tantas de la noche?

Antes de que diera otro paso, Alistair lanzó el papel al fuego. Las llamas devoraron la carta en cuestión de segundos.

Christine frunció el ceño, y por un instante pareció que diría algo. Sin embargo, se mordió el labio, dudando. Inspiró hondo, contuvo el gesto y bajó ligeramente la mirada.

—¿Puedo pedirte algo?

Alistair sintió que los músculos se le aflojaban. Por un momento temió una discusión, pero el tono contenido de su esposa disipó la tensión que le latía en el pecho. Asintió y ella se acercó.

—En nuestra noche de bodas, te prometí que me encargaría de las tareas que me correspondieran, para que pudieras dedicarte a las tuyas sin preocuparte.

—Y te lo agradezco. Ha llegado a mis oídos que madre ha delegado por completo en ti, y los cambios que estás implementando parecen estar dando buenos resultados.

Christine sonrió con timidez, pero su voz sonó más decidida que antes:

—-Es precisamente de eso de lo que quiero hablar. Ahora que todos saben que estoy al cargo, lo lógico es que esté también esté al tanto de lo que haces tú.

—¿Te preocupa no saber dónde estoy? —preguntó con un brillo pícaro en los ojos.

—No es eso... Es decir, sí que me preocupa. Pero más que nada, creo que, si estoy aquí para apoyarte, al menos debería conocer tus planes. No me ganaré el respeto de nuestra gente si parecemos dos extraños en el mismo castillo.

Alistair reflexionó en silencio.

—No necesito saberlo todo —continuó ella—. Solo lo más relevante, como que te ausentes todo el día o por más tiempo.

—No estoy acostumbrado a tener que dar explicaciones —dijo al fin—, pero supongo que tienes razón.

La miró un instante más antes de esbozar una sonrisa tenue.

—De acuerdo. ¿Qué quieres saber?

Ella dudó un momento.

—Pues… Qué has estado haciendo últimamente, por ejemplo.

El semblante de Alistair se endureció. Con gesto pausado, la condujo hasta la cama y ambos se sentaron en el borde.

—Hace unas semanas, unos campesinos de Craighollow vinieron hasta aquí para pedir ayuda. Parece que el ganado está sufriendo alguna clase de afección.

Christine intentó concentrarse en sus palabras, pero la cercanía entre ellos comenzaba a hacer estragos en su atención. Sentía el calor de su aliento, el leve roce de sus cuerpos y, por más que lo intentaba, su mirada se desviaba con demasiada frecuencia hacia sus labios.

—¿Afección? —preguntó, esforzándose por sonar natural.

Alistair, por su parte, ocultó su creciente nerviosismo tras una máscara de fingida calma.

—Cuando llegamos ahí, nos encontramos con que una parte del ganado había perecido, y el resto… bueno, la mayoría estaba enfermo.

—Qué desastre —susurró abatida—. ¿Se sabe algo de la enfermedad?

—Solo que no afecta a todas las reses por igual. Algunas han muerto, otras han enfermado y unas pocas han logrado recuperarse.

Christine entrecerró los ojos. Para su desgracia, la historia no le era del todo desconocida.

—Me gustaría visitar el lugar.

Él la miró con atención, haciendo una breve pausa antes de responder con cautela:

—No creo que sea buena idea.

—¿Por qué?

—No sabemos a qué nos enfrentamos. Si se trata de una plaga, podría ser contagiosa. No quiero que corras ese riesgo.

—¿Quién es el que se preocupa ahora?

El comentario pretendía ser ligero, pero la idea de que algo malo pudiera pasarle cruzó fugazmente su mente, y algo en su interior se rebeló.

Christine notó su silencio y, visiblemente inquieta, murmuró:

—Puedo cuidarme. ¿Además, no crees que es un buen momento para liberar a Angus de su castigo?

Alistair resopló.

—Dudo que Angus sirva de mucho contra una plaga. Además, pensaba que las clases iban bien.

—No digas eso —replicó ella, restándole importancia—. Puede ser rudo, pero es eficiente en lo que hace. Y sí, las clases van bien, pero si lo mantienes relegado a hacer de niñera por más tiempo, terminará por resentirse.

—¿Confías en él?

—Sí. Me siento segura a su lado.

Alistair ignoró la punzada de incomodidad.

—Podemos darle una oportunidad. Que se encargue de ser tu escolta durante el viaje.

—Exacto —respondió ella, triunfal.

—Pero no os quitaré la vista de encima.

Capítulo 24

Poco después de despuntar el alba, una pequeña comitiva partió hacia Craighollow. Cabalgaron durante horas, haciendo breves pausas para estirar las piernas y permitir que los caballos descansaran.

Durante el viaje, Alistair apenas habló. Aunque al principio intentó restar importancia a las palabras de su esposa, no podía ignorar el hecho de que ahora defendía sin titubeos al hombre que, hasta hace poco, la aterraba. Así pues, se mantuvo atento a cualquier interacción, amparándose en una inocente preocupación por su bienestar.

Pero apenas intercambiaron palabra.

Angus se limitó a dar órdenes a los hombres, más animados ahora que su capitán había regresado. De vez en cuando, emitía algún gruñido en respuesta a las indicaciones de Alistair, articulando lo estrictamente necesario.

Christine, por su parte, estaba demasiado absorta en el paisaje como para notar las cavilaciones de su esposo.

Hasta ahora, no había tenido la oportunidad de contemplar su nueva tierra con calma. Pero con el ánimo renovado y el sol brillando sobre ellos, la sensación de alegría era casi palpable. Miraba de un lado a otro, maravillada por la majestuosidad del entorno: los verdes pastos se extendían a ambos lados del camino de tierra, alternando con dorados campos de trigo que los campesinos cosechaban con esmero desde primera hora de la mañana. Al verlos pasar con el estandarte del clan ondeando al viento, se inclinaban con respeto. Algunos incluso se acercaban para felicitarles por las nupcias. Christine no dudaba en desmontar con elegancia para agradecerles en persona, respondiendo a sus palabras con la actitud de una verdadera señora.

Desde su montura, Alistair contemplaba cada gesto con un orgullo difícil de disimular. A veces, lanzaba una mirada a sus hombres, y se le escapaba una ligera satisfacción al comprobar que

incluso Conall y Henry —habituales en sus bromas— se mantenían en silencio, atentos. Si aún consideraban su matrimonio un error, al menos tenían la decencia de no mostrarlo.

Llegaron al pueblo al mediodía. Tras una comida copiosa en la posada, parte del grupo se dirigió a la zona más afectada.

Nada más llegar, fueron recibidos por una de las familias del lugar. Vivían en una modesta casa de piedra y paja, conectada en la parte trasera con un establo que doblaba su tamaño. Los campos de alrededor mantenían el mismo color vibrante que había acompañado a Christine durante el viaje, pero una inquietud se instaló en su pecho, una señal sutil de que algo no estaba bien.

—Me gustaría ver algunos de los animales enfermos —pidió con educación.

El granjero, un hombre de unos cincuenta años, con el cabello canoso y la piel curtida por el sol, abrió los ojos de par en par.

—Milady, no es seguro. No sabemos qué les está ocurriendo en realidad.

—Insisto, buen hombre.

—Ya te expliqué por el camino en qué estado están —murmuró Alistair en su oído—. No hay necesidad de que te expongas.

Christine lo miró de reojo. Antes de responder, aspiró profundamente para disipar la impaciencia que la invadía.

—Querido, llevamos horas cabalgando para llegar hasta aquí. Déjame, al menos, ver lo que está pasando.

Alistair advirtió el breve intercambio de miradas entre Henry y Conall, y aunque la sensación de estar siendo cuestionado se le clavó bajo la piel, terminó accediendo a su petición.

El granjero los condujo hasta el establo, donde mantenía a los animales enfermos apartados del resto. Al llegar, Christine se detuvo en seco. Un pequeño grupo de vacas yacía tumbado en el suelo, su piel pegada al hueso, con la vista perdida y el costado subiendo y bajando con dificultad. Entre ellas, una yegua respiraba con esfuerzo, su lomo empapado en sudor.

—No me habías dicho que afectaba a los caballos.

—Porque la última vez que vinimos no era así.

Dio un paso adelante, pero Alistair la sujetó por el brazo.

—No te acerques.

—No me pasará nada —respondió sin mirarlo, absorta en sus pensamientos.

Se liberó para agacharse junto a los animales. Su corazón se encogió al ver las costillas que sobresalían bajo la piel tirante y los espasmos irregulares que agitaban sus extremidades, pero lo que llamó su atención fueron las pezuñas. Tomó una con cuidado, y el animal trató de apartarla con un mugido lastimero.

—Christine…

Alistair no continuó la frase.

La joven deslizó los dedos por el hocico de la vaca, murmurando algo hasta que el animal dejó de forcejear. Solo entonces volvió a tomar la pezuña para examinarla. Había manchas oscuras en el borde, casi imperceptibles a simple vista. Repitió el mismo proceso con el resto, hasta que se puso de pie, sacudió las manos y anunció con determinación:

—Voy al campo.

—Ya lo recorrimos la última vez —intervino Conall, con cierta impaciencia.

—No dudo de vuestro criterio, pero prefiero comprobarlo por mí misma.

Dicho esto, giró sobre sus talones y abandonó el lugar. Alistair apenas contuvo una sonrisa ante el rostro contrariado de Conall.

El aire fresco la envolvió apenas puso un pie fuera del establo. Caminó unos metros por el sendero de tierra, dejando atrás las voces del interior.

—¿Qué estáis buscando?

El tono de Angus la alcanzó desde un lado, pero esta vez no la sobresaltó. Ignoró su pregunta y siguió escudriñando el terreno.

—¿Dónde suelen pastar los animales?

—En esa área, milady —señaló el campesino.

Avanzó con paso firme, seguida por el grupo.

—Aquí no hay nada —dijo Alistair.

—Permíteme discrepar.

Se agachó y tomó una brizna de hierba entre los dedos.

—¿Lo ves?

—¿El qué?

—La hierba es amarilla.

—Seguramente por el sol.

—No. Las zonas de alrededor tienen un color más vivo. Esta, en cambio, es más pálida.

Volteó el rostro a la izquierda, donde los campos de trigo se extendían en hileras perfectas, ondulantes con la brisa, y se apresuró hacia ahí. Cuando llegó, su expresión se ensombreció.

—No puede ser…

—¿Qué ocurre? —preguntó Henry.

Tomó una de las espigas y la rompió entre los dedos. Al instante, una semilla alargada y negra resbaló en su palma.

—¿Qué es? —inquirió Angus, claramente intrigado.

—Esto es lo que está causando los estragos —sentenció.

Levantó la vista hacia el granjero y preguntó con tono firme:

—Decidme, buen hombre, ¿han estado los animales comiendo en esta zona?

—No, milady. Reservamos esta parte para la cosecha. Pero ahora que lo mencionáis… últimamente comen en el granero.

—¿Desde cuándo?

—Desde que dejaron de pastar donde siempre.

—¿Y cuánto hace de eso?

Una repentina comprensión iluminó el rostro del campesino.

—Desde que empezaron a enfermar los primeros animales…

Christine cerró el puño en torno a la espiga contaminada y la dejó caer al suelo con un suspiro pesado.

—Revisad todo el cultivo y quemad cualquier grano que tenga este aspecto.

—Pero, milady —protestó, su voz cargada de temor—. Sin el grano, no tendremos suficiente para el invierno.

—Si no hacéis nada, la plaga se extenderá y perderéis toda la cosecha. A los animales del granero alimentadlos solo con trigo limpio. Si no han ingerido demasiada cantidad, es posible que algunos se recuperen.

El hombre vaciló. Alistair estuvo a punto de intervenir cuando Angus dio un paso al frente y gruñó con impaciencia:

—¿No habéis oído las órdenes de vuestra señora?

Esta le dirigió una mirada agradecida.

El campesino pegó un pequeño respingo ante la orden, pero acabó asintiendo con resignación antes de volverse para informar a los aldeanos que aguardaban a cierta distancia.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó Alistair, observando al hombre alejarse.

—Cuando era muy pequeña, una enfermedad parecida asoló nuestras tierras. Para cuando nos dimos cuenta, ya era demasiado tarde. Las cosechas se echaron a perder y muchos animales perecieron.

—¿Y cómo lo gestionasteis? —intervino Conall.

Christine se encogió de hombros, intentando restarle importancia, pero en su tono se deslizó un matiz de dolor:

—Compartimos lo que nos quedaba con quienes también habían consumido el trigo contaminado.

—¿También afecta a las personas? —esta vez fue Angus quien habló.

—Solo a aquellos que lo ingieren —explicó ella—. Por fortuna, no fueron muchos. Pero en mi familia… la más afectada fue mi madre. Nunca volvió a ser la misma.

—¿Qué queréis decir?

Christine parpadeó lentamente, la mirada anclada en un punto distante.

—Siempre estaba cansada y su ánimo se volvió frágil.

Guardó silencio durante unos instantes, atrapada en sus recuerdos. Al percibir cuánto la afectaba el tema, los presentes optaron por no insistir.

—Si esto ayuda a evitar que otros pasen por lo mismo —dijo al fin—, entonces todo este conocimiento no habrá sido en vano.

—¿No hay ninguna alternativa posible? —preguntó Alistair con gesto preocupado.

Al ver que ella negaba con decisión, exhaló lentamente y se frotó el rostro con ambas manos antes de asentir.

—De acuerdo. Vayamos con el resto.

Fueron hasta el grupo de aldeanos, cuyas voces se alzaban con mayor fuerza a medida que la discusión se acaloraba.

—No podemos destruir nuestros cultivos —protestó uno de ellos —. ¿Cómo alimentaremos a nuestros hijos?

—Esto es un castigo divino —sollozó una mujer.

Cuando los vieron llegar, el silencio se impuso de inmediato. Todos bajaron la vista, salvo el campesino que los había recibido, quien dio un paso adelante y habló:

—Milaird, tiene que haber otra solución.

Alistair lanzó un rápido vistazo a su esposa antes de responder con firmeza:

—Mucho me temo que no la hay. Esta plaga afecta tanto a animales como a personas.

Se escucharon varios murmullos y jadeos de sorpresa.

—No temáis —intervino Christine, alzando las manos en señal de tregua—. No os dejaremos desamparados.

Al escucharla, algunos de los aldeanos entrecerraron los ojos.

—¿Y si adelantamos las ofrendas a los dioses? —propuso un hombre.

Varios más asintieron.

—Esto nos va a traer problemas —masculló Henry, lo bastante alto como para que los suyos lo escucharan.

Christine avanzó un paso, su voz calmada pero segura:

—Las ofrendas pueden aliviar el espíritu, pero no solucionarán el problema que enfrentamos.

—Con todo respeto, milady —habló uno de los ancianos—. Llevamos generaciones confiando en nuestros dioses. No podemos simplemente dejar de lado nuestras creencias.

Ella inclinó la cabeza en señal de respeto.

—No os pido que renunciéis a vuestra fe. Solo os pido que actuéis ahora para salvar lo que podéis.

Los campesinos intercambiaron muecas recelosas, pero antes de que la superstición tomara más fuerza, Alistair decidió zanjar la conversación.

—Se acabaron las discusiones. Formad grupos y revisad cada uno de los campos. Marcad una línea donde la cosecha deje de estar

contaminada. Lo que esté sano, recolectadlo lo antes posible; lo demás, quemadlo.

Los aldeanos vacilaron, pero bajo la severidad de su laird y la instrucción clara de sus guerreros, salieron a cumplir la orden.

Alistair observó en silencio cómo se dispersaban. Sus dedos tamborileaban distraídamente sobre la empuñadura de su espada, hasta que finalmente se giró hacia Christine.

—Espero que estés en lo cierto.

—Yo espero que no hayamos llegado demasiado tarde —dijo con pesar—. Si me disculpas, me gustaría regresar a la posada.

Alistair arqueó una ceja.

—¿Tan pronto?

—Sí. Este viaje ha sido agotador.

—Te acompañaré.

—No es necesario. La posada queda cerca de aquí y me vendrá bien el paseo.

Él fue a decir algo más, pero acabó asintiendo.

—Como quieras.

Christine agradeció el apoyo con una leve sonrisa y aceptó su ayuda para montar a caballo.

Alistair vio su silueta perderse en la distancia. Sin pensarlo demasiado, se subió al suyo y la siguió, manteniéndose a una distancia prudente, sin hacerse notar.

Solo cuando confirmó que estaba a salvo, dio media vuelta y regresó a su labor.

Capítulo 25

—Parece que la invitación ha surtido efecto —comentó Henry, echando un vistazo alrededor.

—¿A qué os referís? —preguntó Christine antes de tomar un sorbo de cerveza.

No le pasó desapercibido el escrutinio de Conall ni la leve rigidez en los hombros de Alistair.

—El día del asalto envié una misiva a su laird, invitándolos a las fiestas —repuso con cierta cautela.

Christine parpadeó.

—Ah, claro.

Sus ojos buscaron los de él por un segundo, inquisitivos. La falta de aviso la había sorprendido. Alistair desvió la vista y apretó los labios, incómodo.

Decidió no insistir. No valía la pena ponerlo en apuros por algo tan trivial.

En su lugar, cambió de tema con naturalidad.

—Llevo semanas organizando los preparativos, pero todavía no me han explicado en qué consiste la ceremonia en el roble sagrado. ¿Cómo se desarrolla?

Antes de que nadie pudiera responder, Conall se adelantó con evidente satisfacción:

—Me sorprende que una lady extranjera no se haya molestado en conocer nuestras costumbres.

Christine tomó un bocado y masticó con calma. Tiempo atrás, un comentario como ese habría sido suficiente para despertar su inseguridad. Pero ahora que las voces en su cabeza escaseaban cada vez más, no pensaba perturbar su recién recuperada tranquilidad. Y menos por alguien que, con toda probabilidad, le sería irrelevante en un año.

El silencio se extendió unos instantes sobre la mesa, invisible pero presente.

Finalmente, levantó la vista y habló con total naturalidad, como si la conversación anterior jamás hubiera existido:

—¿Y bien?

Se produjo un breve desconcierto, hasta que Angus sorprendió a todos al intervenir:

—En nuestra tierra, las celebraciones comienzan con ofrendas en el roble sagrado. Es un acto de fe para pedir protección y prosperidad, tanto en la cosecha como en el hogar.

—Qué interesante.

—No pretendo importunaros, pero tengo entendido que vuestras creencias distan mucho de las nuestras —apuntó Henry.

Antes de que la atmósfera se tornara tensa, pues nadie estaba seguro de cómo reaccionaría esta vez, los sorprendió con una expresión serena y abierta.

—Y estáis en lo cierto —hizo una pausa y volteó el rostro hacia Alistair, con un brillo tranquilo en la mirada—. Pero aunque mi devoción sea para Dios, respeto vuestras tradiciones y tengo intención de seguir preservándolas como hasta ahora. No hay nada de malo en tener ambos puntos de vista.

Angus asintió brevemente en señal de aprobación.

—Es una idea excelente —la animó Alistair.

En cierta manera, no le sorprendía el temple de Christine. Desde el primer día, su espíritu combativo lo había intrigado, pero pronto comprendió que había mucho más en ella.

Aunque aún arrastraba ciertos temores, cada vez era menos común verla vacilar. Había momentos en los que asomaba su melancolía, sí, pero verla mantenerse erguida y desenvolverse con soltura ante los demás despertaba en él un orgullo que no esperaba sentir.

Y si, de paso, lograba poner en su sitio al engreído de Conall, no podía sino darle la razón.

Aun así, por más que intentara enfocarse en esos avances, una inquietud comenzaba a crecer dentro de él.

Christine estaba cambiando. Fortaleciéndose.

En parte, atribuía su evolución al entrenamiento, pero no podía ignorar la posibilidad de que el verdadero catalizador fuera la

compañía de Angus.

El pensamiento lo incomodó más de lo que estaba dispuesto a admitir. De forma inconsciente, su mirada se desvió hacia ellos.

Buscó en sus gestos algo que justificara aquella sospecha… pero no encontró nada fuera de lugar.

Christine escuchaba con expresión amable y Angus mantenía su habitual ceño fruncido, en claro contraste con su inesperada participación en la conversación.

Cuando la cena llegó a su fin, la dama se retiró alegando cansancio.

Alistair pensó en seguirla, pero sabía que, si pretendía mantener su posición y el respeto de los suyos, debía compartir la velada con los hombres.

Pasada la medianoche, el calor del alcohol comenzó a entumecerle los sentidos, y supo que se estaba sobrepasando. Temiendo que una palabra de más lo pusiera en desventaja, decidió hacer una retirada estratégica.

Se puso de pie con un leve tambaleo y, fingiendo estar más perjudicado de lo que realmente estaba, masculló una excusa y abandonó la taberna.

La alcoba estaba sumida en penumbra, iluminada solo por el parpadeo trémulo de la vela que llevaba en la mano.

Cerró la puerta y avanzó con sigilo, deslizándose bajo las sábanas con la intención de no despertar a su compañera.

Pero ella se removió y se frotó los ojos antes de incorporarse hasta quedar apoyada en el cabecero.

—No pretendía despertarte.

—No lo has hecho. No consigo dormir.

Alistair se acomodó de lado, descansando la cabeza sobre su brazo.

—¿Y eso?

—No paro de pensar en esa pobre gente —dijo, con la vista fija en el techo—. Un tercio de la cosecha sigue siendo una cantidad importante.

—Lo sé, pero podremos ayudarles.

—¿Podremos? —repitió, notando la ligereza con la que lo decía—. Alistair, sé que la situación del clan no es la mejor.

Él ladeó la cabeza, desconcertado.

—¿Qué quieres decir?

—Conozco la situación de las arcas. Sé lo mucho que necesitamos que las fiestas sean un éxito. Este desastre no solo afecta a los campesinos, sino a todos nosotros.

Alistair se quedó en silencio un momento. No se había percatado de hasta qué punto su esposa se había implicado en la administración del castillo. Una punzada de culpa lo atravesó; le había prometido estabilidad y protección, y ahora la amenaza de una hambruna ponía todo en entredicho.

El pensamiento lo perturbó, aunque no lo verbalizó. Sin embargo, el calor del alcohol lo volvía menos comedido de lo habitual, y las palabras brotaron con más soltura de la que habría deseado:

—Esperemos, entonces, que estés en lo cierto respecto a la enfermedad.

Ella giró lentamente la cabeza, mirándolo de soslayo.

—¿No confías en mi criterio?

—No he dicho eso —replicó, sintiendo de inmediato que había metido la pata—. Pero si nos equivocamos, habremos condenado a toda esta gente a un invierno muy duro.

Christine desvió la vista.

—Ojalá me estuviese equivocando —murmuró—. Pero lo recuerdo con demasiada claridad.

—No pretendo cuestionarte, solo intento prever las consecuencias.

—Sé que esto no es fácil de aceptar, pero si sirve de algo, nos ahorrará mucho sufrimiento.

El silencio se extendió entre ellos. Alistair no quería seguir discutiendo, pero su mente embotada no encontraba la manera de zanjar la conversación sin parecer que aún dudaba de ella.

Christine, en cambio, interpretó su mutismo como una confirmación de sus sospechas.

—He cabalgado durante horas para ayudar, y parece que así ha sido. Pero en vez de apoyarme, solo cuestionas lo que digo.

Él parpadeó, sobresaltado por su tono.

—Yo no…

—Comparto tus preocupaciones, pero no necesito que me recuerdes lo difícil que será el invierno. Soy perfectamente consciente de ello, y la responsabilidad recaerá sobre mí mucho antes que sobre ti.

—No es culpa tuya, Christine.

—Pues deja de actuar como si lo fuera. Al menos yo he encontrado una solución.

Nada más decirlo, se arrepintió. Pero ya era tarde.

Alistair endureció la mirada.

—¿Cómo te atreves a hablarme así?

—Discúlpame, no pretendía…

Pero Alistair ya había cruzado un límite.

—Te traje porque insististe en que querías colaborar —su voz se elevó apenas, pero el tono gélido bastó para erizarle la piel—. Pero ya veo que no ha servido de nada.

—¿Cómo dices?

—Si no hubiese sido por ti, habríamos llegado a la misma conclusión tarde o temprano. Lo único que has tenido es suerte.

El golpe de sus palabras fue peor que cualquier discusión anterior. Quiso abrir la boca para replicar, pero el recuerdo del hambre y el pánico que sintió en su infancia la golpeó con fuerza.

Lejos de achantarse, deformó aquellos sentimientos hasta convertirlos en rabia. No podía permitir que le arrebatara lo único que había logrado hacer por sí misma en mucho tiempo, y menos aún faltándole al respeto.

Se levantó de un salto, completamente fuera de sí:

—¡¿Cómo te atreves a calificar el sufrimiento de mi familia como "suerte"?!

Alistair la imitó y alzó la voz más de lo que podía controlar:

—¿Y tú cómo te atreves a desmerecerme de este modo? Sigues siendo mi esposa. Me debes respeto.

—¡Lo sé! —gritó ella—. Pero gracias a Dios, ya me queda menos.

Alistair soltó una carcajada seca, completamente iracundo.

—¡Créeme, yo también estoy contando los días!

Christine exhaló un resoplido sonoro y alzó las manos al cielo con furia.

—¡Eres increíble!

Acto seguido, salió de la habitación dando un portazo.

Por un instante, Alistair sintió el impulso de seguirla, pero la rabia aún latía con fuerza en sus venas.

Maldijo entre dientes y se dejó caer sobre el colchón. Todavía mascullaba algunas palabras sobre el respeto y la honra antes de que el agotamiento lo arrastrara al sueño.

Al otro lado de la puerta, Angus se debatía entre seguir a la joven que acababa de cruzarse o meterse en su cuarto y fingir que no había visto nada.

Para él, todo en la vida debía tomarse con moderación, y eso incluía beber con mesura. Mientras el resto de sus compañeros se ahogaban en risas ahumadas por el alcohol o roncaban con la cabeza apoyada en la mesa, Angus había notado el alboroto del piso superior.

Se había incorporado con cuidado, fingiendo estar más perjudicado de lo que realmente estaba, y había abandonado la mesa con la intención de descubrir lo que ocurría.

Pensó que se trataba de una simple riña entre enamorados, algo sin importancia, y estuvo a punto de ignorarlo. Pero se detuvo en seco al verla irrumpir en el pasillo como un vendaval.

Por unos segundos, no se movió. No le correspondía entrometerse en los asuntos del matrimonio de su laird.

Pero Alistair no salió.

Soltó un gruñido bajo. Tampoco podía quedarse de brazos cruzados cuando su señora vagaba sola por la posada en plena noche.

Sacudió la cabeza, exhalando con resignación.

La encontró en el jardín trasero de la posada, caminando en círculos junto al pozo, mientras se frotaba las manos como si intentara ahuyentar el frío. Pensó en seguir oculto, pero cuando alcanzó a oír algunos de los improperios que la joven dama murmuraba con relación a su esposo, tuvo suficiente.

—Debéis tener más cuidado.

Christine se llevó la mano al pecho, inhalando con fuerza, pero en lugar de retroceder, adoptó una postura defensiva, con los músculos en tensión. Solo cuando lo reconoció deshizo el movimiento, soltando el aire con visible alivio.

—¿Qué estáis haciendo aquí?

—¿Y vos? —respondió él con calma, cruzándose de brazos—. No son horas para estar sola.

Ella echó un vistazo alrededor y un leve escalofrío recorrió su espalda. Sin embargo, enderezó los hombros y alzó la barbilla con un gesto altivo.

—No me importa.

Angus negó con la cabeza.

—Milady, dejadme que os acompañe de vuelta. No debéis estar sola.

Christine lo miró desafiante.

—¿Y acaso con vos estoy a salvo?

La pregunta lo tomó por sorpresa.

—¿Disculpad?

—Decidme, lord MacKenzie, ¿acaso sois de fiar?

Angus parpadeó, confuso. Su tono no era burlón ni sarcástico; hablaba en serio.

Guardó silencio unos instantes, evaluando la situación. Christine estaba alterada, y no parecía dispuesta a razonar. Aun así, no podía dejar pasar el comentario. Si ya le costaba suficiente ganarse la confianza de Alistair, la idea de que su esposa también dudara de su integridad le resultaba, cuanto menos, molesta.

—No comprendo a qué viene esta repentina desconfianza.

Christine esbozó una sonrisa amarga.

—Hace un mes me mirabais con desprecio, y ahora me buscáis en plena noche, alegando que es por mi protección.

Angus dio un paso adelante, con una inquietud que a duras penas pudo disimular.

—Solo intento asegurarme de que estáis bien.

—¿Por qué?

—Porque es mi deber.

—¿Vuestro deber?

Su risa fue seca y cortante.

—Claro que sí —alzó las manos al cielo, conteniendo a duras penas el sarcasmo—. Todos vosotros tenéis un deber importante. ¿Y cuál es el mío? ¿Esperar a que me rescaten constantemente?

Durante un largo segundo, solo se escuchó el crujido del viento entre las ramas. Finalmente, Christine miró hacia otro lado, apretando los puños con fuerza. Cuando volvió a hablar, su voz sonó tensa, cargada de frustración.

—Estoy harta de que duden de mis palabras.

—¿Quién duda de vos?

Christine bufó, sacudiendo la cabeza.

—Todo el mundo. Siempre es lo mismo. Debo demostrar que no estoy loca, que merezco respeto, que no soy una extraña ni un obstáculo. Y cuando creo que lo he conseguido, vuelvo a sentirme cuestionada.

El guerrero entrecerró los ojos. Cuando habló, no había rastro de compasión.

—¿Y qué pretendéis obtener con esta actitud?

—¿Cómo habéis dicho?

Aunque el destino de la dama no fuera el combate ni demostrar su valía ante otros hombres, Angus no toleraba que ninguno de sus alumnos —ni siquiera la esposa del laird— se permitiera semejantes desplantes.

—Estáis aquí, en mitad de la noche, lamentándoos por las desgracias que os han caído encima. No dudo que hayáis pasado momentos difíciles, pero pondría la mano en el fuego… —dejó escapar una sonrisa cargada de ironía al darse cuenta del doble filo de sus palabras—, porque lo que os ha sucedido no tiene comparación con lo que otros puedan haber experimentado.

Ella no habló, atónita ante la bronca.

—Todo el mundo es cuestionado por lo que hace. ¿Pero sabéis cuál es la diferencia entre vos y el resto? Que los demás no se achantan a la mínima de cambio. Cuando a uno lo cuestionan, se levanta y sigue luchando.

—Es lo que intento —se defendió, con la voz más débil de lo que esperaba—. Pero no parece que esté surtiendo efecto.

—El respeto no se gana al nacer, milady.

—¿Tampoco cuando intento ayudar a los demás?

Una sombra de duda cruzó el rostro del capitán.

—¿A qué os referís?

Christine agachó la cabeza.

—¿De qué sirve que pueda ayudar si lo único que consigo es que me miren con temor y recelo?

Él dejó escapar un suspiro, su tono más calmado esta vez.

—La gente habla desde la ignorancia, milady. Temen por su supervivencia, nada más. No debéis sufrir por un puñado de campesinos.

—No me refiero a ellos. ¿Qué hago si hasta mi propio esposo pone en tela de juicio mi criterio?

Angus no supo qué contestar. Había esperado volver a sentirse útil con el tiempo, pero no imaginaba que sería de la mano de la joven que hasta hace poco encontraba irritante.

Finalmente, habló con cautela:

—¿Me permitís ser franco?

Ella alzó la vista y replicó con voz cansada:

—¿Acaso necesitáis mi permiso para ello?

Angus esbozó una leve sonrisa, pero rápidamente recuperó su expresión seria.

—Uno debe saber cuándo ceder y cuándo mantenerse firme. No puedo hablar por otras situaciones, pero en lo que respecta a la plaga, vuestro razonamiento es sólido. Si tenéis claro que es así, defended vuestra postura. No permitáis que quienes nunca han vivido lo que vos os hagan dudar.

Christine miró hacia otro lado. Su pecho ardía con la frustración del momento, pero algo en su tono la invitaba a reflexionar en lugar de seguir dejándose llevar por la ira.

—Deseo que me respeten, pero…

—Permitidme discrepar. No es respeto lo que buscáis, sino aprecio.

Ella parpadeó, sorprendida por la afirmación.

—¿Y qué tiene de malo?

—Qué el amor es aún más escurridizo que el respeto. Debéis aprender a actuar de un modo coherente, sin esperar nada a cambio. De lo contrario, vuestros actos impulsivos os llevarán a recibir justo lo contrario: el miedo de vuestro pueblo.

Los dedos de Christine, hasta entonces crispados, se relajaron poco a poco, y la tensión en sus hombros se aflojó. Quiso rebatirlo, pero en el fondo supo que tenía razón.

—Solo digo que si os vais a hacer valer, hacedlo con convicción. Y si os cuestionan, responded con hechos, no con lamentos.

Ella inspiró hondo, notando cómo el aire fresco alejaba la opresión en su pecho, y asintió despacio.

—Os comprendo.

El silencio se instaló entre ellos, pero esta vez no era incómodo. Ambos dirigieron la vista al cielo estrellado, sumidos en sus propios pensamientos. Al cabo de un rato, Christine rompió la quietud:

—¿Me acompañáis adentro?

Capítulo 26

El canto matinal de los gallos interrumpió su sueño convulso. Se removió entre las sábanas, sintiendo cómo cada movimiento hacía martillear su cabeza con un dolor punzante. Se incorporó con pesadez y comenzó a vestirse, soltando algún bostezo entre cada prenda. Pero cuando el recuerdo de la discusión de la noche anterior lo golpeó de lleno, un nuevo pinchazo le hizo cerrar los ojos con fuerza. Miró la cama vacía y sintió que el corazón se le saltaba un latido.

Se puso el plaid con rapidez y bajó al comedor, donde Henry y Conall desayunaban con calma.

—¿Dónde está Christine?

Henry le saludó con la cabeza antes de responder:

—Salieron hace rato al pueblo.

—¿Salieron?

—Angus y ella —añadió Conall, enigmático—. Cuando bajamos, ya estaban ensillando los caballos.

Alistair no advirtió el reproche en los ojos de Henry, ni el leve encogimiento de hombros de Conall.

—¿No vais a desayunar? —preguntó este último, aunque ya conocía la respuesta.

El laird salió de la posada dando un sonoro portazo.

No tardó en encontrarlos. Un pequeño grupo de aldeanos aguardaba a las puertas de una casa, intercambiando cuchicheos nerviosos. Al verlo, agacharon la cabeza y se apartaron para dejarle paso.

Dentro de la humilde vivienda, Christine estaba sentada en el borde de una cama sencilla de madera. Sostenía un paño humedecido sobre la frente de la mujer tendida, su rostro pálido y cubierto de un sudor febril. El capitán estaba de pie a su lado, inclinado ligeramente hacia ella.

Alistair dio un par de pasos, pero la escena lo detuvo. La enferma murmuraba palabras apenas audibles, y Christine le respondía en su

mejor gaélico, con un tono cargado de ternura. Sin embargo, había momentos en los que se detenía unos segundos de más; entonces, Angus se inclinaba para susurrarle la traducción. Solo entonces ella volvía a hablar, repitiendo las palabras con su ayuda. El guerrero lo vio entrar, pero no hizo comentario alguno.

Deseoso por saber más, avanzó otro paso. El crujido de la madera bajo sus pies rompió el frágil equilibrio del momento. La enferma abrió los ojos de golpe.

—Fàg mo anam! Na toir mi leat, a Bhean-Shìth! —gritó con voz temblorosa, apartándose de Christine.

—No sufráis —susurró ella.

—¡Bhean-Shìth! ¡Bhean-Shìth!

La mujer comenzó a agitarse con violencia, presa del pánico.

Alistair dio un paso al frente, dispuesto a sacar a su esposa de allí, pero Angus se le adelantó. Vio como le posaba una mano en el hombro y ella, confundida, alzaba la vista hacia él y se ponía en pie.

Justo en ese momento, la enferma emitió un último sollozo y su cuerpo se tensó de golpe. El aire en la estancia pareció congelarse mientras su espalda se arqueaba en un espasmo involuntario. Un instante después, su cuerpo se sacudió con violencia.

Su esposo irrumpió en la cabaña al escuchar los gritos. Al ver a su mujer en aquel estado, sus ojos se oscurecieron con desesperación.

Se giró hacia Christine y la señaló con un dedo acusador, su voz resonando con furia descontrolada:

—Thug sibh mallachd oirbh don bhaile againn, a Shìth! ¡Thalla air falbh!

—¿Cómo osáis hablarle así a nuestra señora? —gruñó Angus entre dientes, acercándose con amenaza contenida.

—¿Qué está diciendo? —preguntó ella, con el pulso acelerado.

—¡Thalla air falbh!

Harto de la situación, Alistair decidió intervenir. Fue entonces cuando Christine se percató de su presencia. Sus ojos se encontraron por un instante, pero ella desvió la mirada de inmediato.

Apartó la incomodidad que le provocó y la tomó del brazo para sacarla de allí. Angus los siguió, pero pronto quedó atrás, tratando de contener al grupo cada vez más enfurecido, alentado por los gritos del campesino.

—Necesita ayuda —protestó, zafándose de su agarre.

—Se apañarán —replicó él, con sequedad.

—¡Déjame volver!

—¡No!

Christine frenó en seco y lo encaró desafiante.

—No puedes entrar ahí —añadió él, bajando la voz.

—¿Por qué?

—Porque acabarán condenándoos a la hoguera —interrumpió Angus, que acababa de alcanzarlos.

—¿Qué estáis diciendo?

—Te lo explicaré luego —insistió Alistair—. Ahora vámonos.

La ayudó a montar y luego hizo lo propio. Cuando llegaron a la posada, informaron rápidamente al resto de lo sucedido.

—¿Alguien puede explicarme qué está ocurriendo? —preguntó cada vez más alarmada.

—Creen que sois una Bhean-Shìth —explicó Angus.

Ella lo observó desconcertada. Las palabras le sonaban, pero no alcanzó a recordar su significado.

—Un presagio de muerte —continuó él—. Algunos dicen que son hadas, otros, espectros vengativos. En cualquier caso, la gente les teme.

—Eso es una tontería —se defendió.

—No menospreciéis nuestras tradiciones, milady —la advirtió Henry—. Somos un pueblo supersticioso, y tales comentarios solo pueden interpretarse como una confirmación de sus sospechas.

—No pretendo ofenderos —se apresuró a aclarar—. Pero comprenderéis que tengo derecho a defenderme de semejante acusación.

—Esto va a ser un problema —murmuró Conall, sacudiendo la cabeza—. Si ya fue difícil convencerlos de quemar los cultivos, ahora todo se ha complicado aún más.

Christine alternó la mirada entre ellos. Al ver que nadie hablaba, comenzó a golpear el suelo con la punta del pie, cada vez con más insistencia.

"¿Es que nadie va a defenderme?", pensó, sintiendo cómo su inquietud crecía.

Entonces, recordó la conversación con Angus.

Enderezó la espalda y, obligándose a mantener la compostura, alzó la voz:

—¿Qué hacemos ahora?

El grupo no respondió. Christine echó un vistazo a Alistair, que se frotaba el puente de la nariz, visiblemente contrariado.

—Si temen que sea una amenaza —prosiguió ella—, quizás lo mejor sea que varios de vosotros vayáis a hablar con ellos. Lo último que necesitamos es que pierdan la fe en su laird.

—Buena idea —dijo Henry antes de volverse hacia él—. ¿Qué pensáis?

Alistair no dudó.

—Mi esposa está en lo cierto. Quédate aquí, nosotros volveremos para hablar con ellos.

Christine asintió, aunque evitó responder. Mirar a Alistair le suponía un esfuerzo. Seguía dolida por sus palabras, pero sabía que ella tampoco había sido justa. Por más que intentara apartar la sensación, no sabía cómo manejar aquella distancia creciente entre ellos.

—Yo me quedaré para protegerla —anunció Angus.

Alistair lo miró de soslayo, pero no replicó. Su atención ya estaba puesta en los campesinos, temiendo una posible revuelta.

Momentos después, Angus y Christine contemplaban cómo el grupo se alejaba al galope, levantando nubes de polvo tras de sí.

—Habéis obrado bien.

—Ya veis donde me ha llevado —musitó con amargura—. Empiezo a sospechar que esto es una señal.

—¿Qué queréis decir?

Christine cerró los ojos e hizo un par de respiraciones profundas, tratando de calmarse. Cuando los abrió, ladeó la cabeza hacia Angus y habló en tono quedo:

—Este no es mi lugar.

—Claro que lo es. Vuestro sitio es aquí, junto a vuestro esposo.

Ella curvó las comisuras en una sonrisa amarga.

—Puede que me haya equivocado más de lo que pensaba.

Angus se cruzó de brazos y resopló sonoramente.

—Solo el tiempo tiene la respuesta. Por ahora, limitaos a hacerlo lo mejor posible.

Christine entrecerró los ojos con gesto evaluador, y su expresión se suavizó ligeramente.

—¿Os han dicho alguna vez que sois buen consejero?

Él conservó su expresión seria, aunque su voz dejó entrever una calidez inusual.

—¿Qué deseáis hacer hasta que vuelvan?

La chispa de desafío en los ojos de Christine bastó como respuesta.

***

Aplacar a los aldeanos resultó más sencillo de lo esperado. Cuando llegaron, la enferma ya no convulsionaba y, con la fiebre aún enturbiándole la mente, murmuraba el nombre de Christine, llamándola un espíritu protector. Con la autoridad que confería su posición, Alistair aseguró al esposo que aquellos desvaríos no eran más que delirios febriles. Aun así, percibió que algunos de los presentes seguían intranquilos.

Pero lo que realmente ponía a prueba su paciencia no era el temor supersticioso de los aldeanos, sino la imagen de su esposa practicando con la daga bajo la supervisión de Angus. Si al principio aquel testarudo guerrero le inspiraba desconfianza, ahora simplemente no lo soportaba. Cada corrección, cada vez que guiaba los gestos de Christine con esas manos callosas, hacía que su mandíbula se tensara un poco más.

—Parece que milady aprende rápido —comentó Conall.

—El capitán es un buen maestro —intervino Henry en tono ligero, intentando restarle importancia al asunto.

—Si sigue así, pronto podrá defenderse en el cuerpo a cuerpo —añadió su compañero.

Henry notó el rostro contrariado del laird y cómo sus dedos apretaban el pomo de la espada con más fuerza de la necesaria. Exhaló un leve suspiro y le dio un codazo disimulado a Conall, indicándole que lo siguiera. Este, lejos de inmutarse, sonrió de lado antes de acompañarlo.

Mientras tanto, Alistair se debatía entre intervenir en la práctica, lo que lo dejaría en evidencia, o esperar a que terminaran, lo que ponía aún más a prueba su paciencia. Desde luego, lo que no haría sería abandonar la escena.

El dúo decidió por él. Tras unos cuantos movimientos más, Angus se despidió de su pupila con una leve reverencia y marchó hacia la posada. En el camino, se cruzó con Alistair.

—Veo que no perdéis el tiempo —comentó este.

Angus entrecerró levemente los ojos, pero enseguida recuperó su expresión neutra.

—Milady quería entrenar —respondió con una calma medida, antes de asentir con la cabeza y entrar en la posada.

Alistair se volteó hacia Christine.

—¿Podemos hablar?

Ella estiró los brazos una vez más y asintió. Sintiendo cómo su corazón comenzaba a latir con más fuerza, avanzó hasta ella y le ofreció el brazo. Notó su vacilación antes de aceptarlo, pero no podía quejarse.

Sin decir más, la condujo hasta los campos abiertos. El verde se extendía ante ellos como un manto inmenso, salpicado de islotes dorados de trigo que se mecían con la brisa. El cielo, despejado y de un azul profundo, realzaba la vastedad del paisaje. Aquel lugar invitaba a la calma, pero el silencio que compartían parecía resistirse a la serenidad del entorno.

—Christine…, ¿podemos hablar sobre lo de anoche?

Ella musitó un "sí" apenas audible.

—No me gustó la forma en la que me hablaste —siguió él, cuidando que su tono no sonara confrontativo.

—Lo sé —lo interrumpió, desviando la vista hacia el suelo—. Y me disculpo por ello.

—Déjame acabar.

—Disculpa.

Alistair chasqueó la lengua con fingida exasperación.

—¿Qué te dije sobre que te disculpas demasiado?

Christine soltó una risa suave y, casi sin pensarlo, se aferró un poco más a su brazo.

—Como iba diciendo… Soy tu esposo, y no deberías gritarme ni llevarme la contraria.

Ella alzó una ceja.

—¿Cómo dices?

—Pero tú eres mi mujer —prosiguió, ignorando deliberadamente su reacción—, y mereces que te trate con el mismo respeto.

Christine entrecerró los ojos, pero guardó silencio.

—No fue mi intención menospreciar tu dolor. Me dejé llevar por la incertidumbre y… no siempre sé cómo actuar en momentos así.

La sinceridad en su voz y el arrepentimiento reflejado en su rostro le provocaron un leve vuelco a la dama, borrando poco a poco el peso de las palabras que tanto la habían herido. Sin darse cuenta, se apegó más a él, como si necesitara anclarse también a esa incipiente reconciliación.

—Yo tampoco —admitió—. Heriste mis sentimientos y reaccioné como una niña caprichosa. No debería haber puesto en duda tus capacidades.

Alistair ladeó la cabeza, con una expresión que dejaba entrever la diversión apenas contenida.

—Bueno, si somos justos… es verdad que te necesitábamos para resolver este problema.

—Gracias. Pero aun así, creo que mi papel es estar contigo, no poner en duda tus decisiones.

—No hace falta que lo veas así —respondió con un dejo más afable. Se detuvo y habló con honestidad—. En realidad, me gustaría que vinieras a alguna audiencia… si tu apretada agenda te lo permite.

Christine lo miró sorprendida.

—¿Una audiencia? Pensé que esos asuntos no eran propios de una dama.

Él soltó el aire lentamente y negó con un gesto leve.

—No sé cómo serán las cosas en Inglaterra, pero algunos clanes consideran la opinión de su señora tan importante como la del laird. Como te dije alguna vez, mi gente espera que escoja una esposa digna, que sepa cumplir su papel.

—Pero, Alistair… —hizo una pausa para examinar el entorno—, tú no me elegiste.

Él comenzó a reír, pero al ver que no era correspondido, intentó contenerse.

—Tienes razón —se encogió de hombros—. Pero aquí estamos. Eres mi mujer y, como tal, puedes acudir a las reuniones siempre que lo desees, y tu opinión será tomada en consideración.

Christine bajó la vista por un instante, atrapada en la duda. No estaba segura de poder estar a la altura de las expectativas, pero una parte de ella le instó a aferrarse a aquel momento, a no permitir que la inseguridad la venciera.

Inspiró hondo y alzó la cabeza, dispuesta a agradecerle su apoyo, pero la expresión de Alistair la desarmó por completo. Sin pensarlo demasiado, se impulsó levemente sobre las puntas de los pies y rozó su mejilla con un beso. Al volver a su posición, el rubor ya le coloreaba el rostro, y su voz fue apenas un susurro:

—Gracias por confiar en mí.

Capítulo 27

Los días siguientes transcurrieron en un ir y venir de tareas. La inminente llegada de los MacAuley, que marcaría el inicio de las celebraciones, tenía el castillo sumido en un constante ajetreo.

Cuando no organizaba las decoraciones y los menús con Maeve, Christine dedicaba sus horas libres al entrenamiento.

Por las noches, solía relatarle a su esposo lo ocurrido durante el día. En apenas tres jornadas, aquel intercambio se transformó en una costumbre que ambos empezaron a esperar con anhelo.

Durante la cena, sus miradas se cruzaban sin proponérselo, y sus cuerpos parecían atraerse con una naturalidad que se volvía imposible de ignorar.

En la alcoba, sin embargo, la cercanía forzada por la intimidad los empujaba a enfrentarse sin barreras a sus propios anhelos. Ya no dormían en extremos opuestos de la cama; ahora, permanecían largos ratos tumbados de lado, contemplándose en silencio, apenas separados por un suspiro. A veces, Alistair apartaba con cuidado un mechón rebelde de la mejilla de Christine, y ella, incapaz de contener la emoción, respondía con una exhalación temblorosa.

Para entonces, Alistair ya había asumido que sentía atracción por ella. Si a eso se sumaban la fluidez con la que conversaban y la sensatez de sus opiniones, su presencia se le volvía cada vez más grata. Aun así, cuando la cercanía amenazaba con cruzar ciertos límites, solía poner fin a la charla alegando cansancio.

Christine nunca lo cuestionaba. Aunque una parte de ella deseaba abandonarse al momento, la prudencia —y su escasa experiencia— la empujaban a mantenerse en la orilla.

Fuera como fuera, ninguno parecía dispuesto a dar un paso más allá de las palabras.

Al cuarto día, el estandarte de los MacAuley brilló en el horizonte. Alertados por el guardia, la familia MacLeod se reunió a la entrada del castillo, lista para recibir a sus invitados.

Alistair se había encargado de informarle a Christine sobre la familia de su escudero, por lo que no le costó reconocer al anciano encorvado que se acercaba con paso decidido hasta ellos.

—Bienvenidos seáis a nuestro hogar, laird MacAuley —pronunció con esmero en un escocés impecable, inclinando la cabeza en una reverencia medida y elegante.

El anciano correspondió el gesto con igual cortesía antes de continuar saludando al resto de la familia.

El siguiente en acercarse fue, sin duda, el heredero. Alto y de complexión atlética, Cameron MacAuley desprendía seguridad con cada paso. Su cabello castaño oscuro caía en ondas hasta los hombros, enmarcando una mandíbula firme. La luz del mediodía realzaba los matices dorados de su barba corta y bien cuidada, otorgándole un aire de madurez, aunque sus ojos brillaban con una chispa traviesa.

Cuando sus ojos se posaron en Christine, su expresión pasó de la cortesía educada a una sorpresa sincera.

—Así que los rumores eran ciertos —dijo con voz templada mientras tomaba su mano.

Se la llevó a los labios y la besó con una lentitud deliberada. Sus ojos se detuvieron un poco más de lo decoroso, explorando su rostro con un interés apenas velado.

—Lady MacLeod, un placer conoceros.

Ella respondió con una sonrisa contenida y retiró la mano. A su lado, Alistair deslizó un brazo en torno a su cintura, atrayéndola con una naturalidad que no dejaba espacio a dudas.

—Espero que vuestro viaje haya sido placentero —dijo, su tono medido.

—Por supuesto. Más aún con semejante recibimiento.

Christine se limitó a asentir antes de darse la vuelta y proseguir con los saludos.

Alistair, en cambio, no bajó la guardia.

Intuía que aquel iba a ser un encuentro largo.

***

Unas horas más tarde, Màiri daba los últimos toques al arreglo de su señora, que observaba su reflejo en silencio.

—¿En qué estáis pensando, milady?

—En la magia que has obrado, Màiri querida.

La doncella se sonrojó ante el cumplido. Hizo una escueta reverencia y abandonó la alcoba. Christine volvió a mirarse en el espejo, esta vez con más detenimiento.

Llevaba el conjunto que las costureras habían preparado para la ocasión: un vestido de lana fina, de un suave beige, con finos bordados azulados que resaltaban el color de sus ojos. La prenda se ajustaba con suavidad a su cuerpo, realzando su renovada figura. El tiempo y el ejercicio habían esculpido sus curvas, sus mejillas recuperaron un rubor saludable y la luz en su mirada resplandecía con una seguridad renovada.

Para complementar el conjunto, había recogido su cabello en una trenza lateral, intercalando los mechones con flores rojas y amarillas, a juego con los colores del plaid.

—No sabía que me había desposado con la mismísima Niamh.

La voz aterciopelada de Alistair la sacó de su ensimismamiento. Giró despacio hacia él y lo encontró recostado en el marco de la puerta, una pierna relajada sobre la otra.

Su escrutinio la descolocó. Sintió un leve calor subirle por el cuello y apartó la vista con disimulo.

—¿Quién? —preguntó, esforzándose por mantener el aplomo.

Alistair avanzó unos pasos.

—Niamh China Óir. Decían que su hermosura no era de este mundo.

Christine bajó la mirada, y un cosquilleo sutil le recorrió el pecho.

Él le tendió una pequeña caja y le indicó con un gesto que la abriera. Al levantar la tapa, encontró un colgante de plata: una pieza fina, decorada con un cuarzo celeste que parecía captar la luz del atardecer.

—Es… bellísima —susurró—. Pero, ¿por qué me la das?

—Cuando te conocí, tuve la sensación de que había mucho más en ti de lo que dejabas ver. Y no me equivocaba. Hace más de un mes que estamos casados, y en este tiempo he hallado en ti no solo una compañera, sino una confidente y consejera en la que puedo confiar.

Christine no supo qué decir. Un leve nudo se le formó en la garganta.

Alistair buscó sus ojos. Ante el leve asentimiento, se situó tras ella. Con manos pacientes, deslizó el hilo de la joya por su cuello y ató el cierre en la nuca. Sus dedos, al rozarle la piel, provocaron en Christine un temblor sutil que le recorrió la espalda como una caricia inesperada. Cerró los ojos, deleitándose con el inconfundible aroma a cuero que siempre lo acompañaba. Cuando los abrió, el reflejo en el espejo le provocó un vuelco en el pecho.

La forma en que él la contemplaba —como si no existiera nada más en el mundo— le robó el aliento.

Alistair, por su parte, tampoco apartó la mirada. Por más que intentara resistirse, algo en ella lo atrapaba, desarmándolo sin remedio.

Siguiendo un impulso que no entendía, rozó sus hombros con un gesto apenas perceptible. Ella tembló bajo su contacto. Con suavidad, llevó la mano a su mejilla, inclinándola hacia él, y dejó que el pulgar delineara un camino invisible sobre su piel.

Un pensamiento cruzó su mente: nada bueno podía salir de aquello. Pero cuando sus ojos recorrieron su rostro, su pulso se aceleró y la voz de la razón quedó ahogada por algo más fuerte, más profundo, algo que llevaba demasiado tiempo reprimiendo.

Completamente hechizado, dejó de luchar contra sí mismo y sucumbió.

La besó con una delicadeza casi reverencial.

El recuerdo frío y distante de su primer beso se disolvió en el aire.

Sus labios apenas se rozaron, suspendidos en un instante frágil, cargado de incertidumbre.

Christine sintió el calor de su aliento, el cosquilleo de aquel roce, y su pecho se contrajo bajo una oleada dulce y vertiginosa.

Cuando Alistair volvió a buscarla, esta vez con mayor decisión, ella le correspondió con una entrega temblorosa, guiada más por el instinto que por la experiencia.

No había prisa ni exigencias, solo el reconocimiento de lo que estaba naciendo entre ellos.

La mano de Alistair permaneció en su mejilla, acariciándola con la misma devoción con la que la besaba.

Ella se aferró a su camisa, temerosa de que soltarlo pusiera fin a aquel momento.

Cuando se separaron, sus frentes quedaron unidas, sus respiraciones entrelazadas en la quietud de la habitación.

Christine alzó lentamente la vista hasta encontrarse con la mirada profunda de Alistair, que la contemplaba como si la descubriera por primera vez.

—Creo que esto puede funcionar, Christine.

Ella sonrió en respuesta.

Alistair depositó un beso en su frente y se apartó con reticencia, resistiéndose a romper la burbuja que los envolvía.

—Te veo abajo…

Salió al pasillo, llevándose consigo el eco de la magia compartida.

Capítulo 28

La luz del atardecer se filtraba entre las ramas del milenario roble de Glen Caorann, tiñendo de destellos dorados las cintas de colores que lo engalanaban. Otras, en rojo y blanco, abrazaban el grueso tronco, con la esperanza de brindar buena fortuna y protección al clan.

Los señores del clan se encontraban de pie a las faldas del roble, sujetando una cesta a rebosar de ofrendas. Había espigas de trigo y cebada, símbolo de la abundancia, junto a un pequeño pan recién horneado, bayas silvestres y un tarro de miel, dulce tributo a los dioses. Sobre un lecho de hierbas aromáticas descansaban pequeñas monedas antiguas y piedras con runas grabadas, ofrendas para la protección y la prosperidad.

El resto de los presentes, un numeroso grupo formado por la familia MacLeod y gran parte de los habitantes del castillo y aldeanos de la zona, esperaban en silencio a que la ceremonia diese comienzo, interrumpidos únicamente por algún sonido infantil.

—Ante los ojos de los dioses, bajo este árbol sagrado, ofrecemos el fruto de nuestra tierra y el trabajo de nuestras manos —comenzó a recitar Alistair, sin apartar sus ojos de Christine.

Ella aguardaba, atrapada entre la emoción por los momentos recién compartidos y los nervios por lo que debía recitar. Cuando llegó su turno, el miedo resurgió, invitándola a marcharse para no fracasar. Alistair, quien ya había aprendido a leer su lenguaje corporal, rozó sus dedos con los suyos y le ofreció una leve inclinación de cabeza, apenas perceptible.

Más tranquila, sonrió agradecida y empezó a recitar en gaélico las palabras aprendidas en los últimos días:

—Que la abundancia riegue nuestros campos, que la fuerza proteja a nuestro pueblo y la que vida florezca en nuestros hogares.

—Como el trigo que se siega para renacer con más vigor, así sean nuestras alianzas, nuestra dicha y nuestro linaje.

—Que el espíritu de Lughnasadh nos bendiga con prosperidad y fecundidad en todo cuanto emprendamos.

Después, depositaron con cuidado la cesta en un hueco que las raíces habían formado sobre la tierra. Christine se retiró el pañuelo que había bordado para la ocasión y que tapaba su cabeza en señal de respeto y lo colocó sobre la cesta como última ofrenda, un gesto personal de gratitud y fe.

Cuando volvieron a ponerse en pie, el laird se volteó hacia sus súbditos y, aún con la mano entrelazada a la de su esposa, gritó con júbilo:

—¡Que comiencen las fiestas de la cosecha!

El gentío estalló en gritos y aplausos.

Las ofrendas parecieron surtir efecto, pues el buen tiempo acompañó las celebraciones en todo momento. Mientras el sol se deslizaba tras las colinas, los largos tablones de madera dispuestos en la explanada central del castillo rebosaban de platos abundantes y jarras de cerveza e hidromiel. Las antorchas iluminaban el lugar con una calidez dorada, y la música de gaitas y laudes se entrelazaba con el murmullo de risas y conversaciones animadas.

Christine disfrutaba de la velada más de lo que habría esperado. Se encontraba conversando con Isbeil MacAuley, la hermana menor de Cameron, una joven morena de rostro pecoso y sonrisa traviesa, cuya edad era similar a la suya. A diferencia de otros invitados, que aún la observaban con cierta cautela, Isbeil la había tratado con una familiaridad inmediata, lo que Christine agradecía en silencio.

—Habéis organizado una celebración espléndida. Espero algún día ser capaz de enorgullecer a mi esposo de este modo.

—No dudo de ello —la animó Christine.

—Espero que mi hermano no os resulte demasiado… directo —comentó Isbeil, entre divertida y resignada, mientras hacía girar su copa de hidromiel entre las manos.

Christine sonrió, sin saber qué responder. Cameron se había mostrado encantador durante la cena, pero la manera en la que la observaba le hacía sentirse inquieta.

—Hasta ahora ha sido… cortés.

La joven MacAuley soltó una risita antes de llevarse la copa a los labios. Christine se aclaró la garganta y cambió de tema con una pregunta casual sobre la celebración, pero aquel comentario quedó rondando en su mente.

Alistair, por su parte, observaba el desarrollo de la velada con una satisfacción inusual. Por primera vez en mucho tiempo, sentía que las cosas encajaban. La relación con su esposa iba por buen camino, el Consejo del Clan estaba entretenido con la fiesta—lo que se traducía en menos quejas sobre su manera de gobernar— y no habían vuelto a tener problemas en los campos.

Tomó un sorbo y recorrió con la vista la celebración. Christine se encontraba a unos metros de distancia, conversando con lady MacAuley. La imagen de su esposa, tan radiante y segura, le provocó un nudo de ternura difícil de disimular. Sin embargo, su contemplación se vio interrumpida cuando Cameron se acercó con paso relajado y una copa en la mano.

—Vuestra esposa está causando sensación esta noche —comentó con ligereza.

Alistair no respondió de inmediato.

La fama de Cameron nunca había sido un problema para él. Hasta ahora. Como ocurría con Kieran, Cameron había sido otro de sus compañeros de infancia y, más tarde, de batalla. Aunque nunca llegaron a tener una relación cercana, su buen humor y su facilidad para ganarse a los demás siempre le resultaron agradables. Pero el modo en que observaba a Christine —sin ningún recato, a pesar de encontrarse frente a su esposo y laird del clan anfitrión—, hacía que este tuviera que hacer acopio de todo su control para no ponerlo en su sitio. No podía poner en peligro los acuerdos pendientes con los MacAuley por unos celos.

—Parece que ha encontrado buena compañía —dijo, optando por la neutralidad.

—Oh, sin duda. Aunque no es de extrañar, teniendo en cuenta que es tan fascinante como dicen los rumores —dio un sorbo pausado a su copa y añadió con una sonrisa enigmática—: No os lo toméis a mal, pero me sorprende que os hayáis desposado tan pronto, y con una inglesa además.

Alistair sintió una punzada de irritación.

—Como vos mismo acabáis de decir, mi querida esposa es cuanto menos fascinante —replicó, con un tono seco.

—Por supuesto. Por una mujer así, cualquiera se abandera con el enemigo.

Los dedos de Alistair se crisparon en torno a su copa.

—Estáis cruzando una raya muy peligrosa, Lord Cameron.

—Calmaos, solo estaba bromeando —se excusó con aparente indiferencia. Apuró el resto de su bebida y dejó la copa en la mesa —. Voy a seguir disfrutando del baile. Deberíais hacer lo mismo.

Alistair le sostuvo la mirada, sopesando si debía replicar algo más o dejarlo pasar. Cameron se limitó a sonreír con confianza antes de alejarse hacia la fiesta.

La paz que había sentido al inicio de la noche se esfumó. Depositó la copa con más brusquedad de la que pretendía y fue hasta su esposa. Mientras atravesaba la multitud, intentó controlar su respiración para no perder los estribos.

Cuando llegó a su mesa, se inclinó en una reverencia medida.

—Espero no importunaros, pero me gustaría invitar a mi esposa al siguiente baile.

Aunque mantenía una expresión despreocupada, Christine reconoció la discreta rigidez en su mandíbula y el sutil movimiento de sus dedos, intentando contener un impulso.

Isbeil, ajena a la situación, asintió con una sonrisa antes de despedirse de ellos.

Alistair la guio hacia la zona de baile, donde las parejas danzaban alrededor de las hogueras. El calor del fuego se mezclaba con la brisa nocturna, envolviéndolos en un ambiente vibrante y festivo.

—¿Ocurre algo? —susurró Christine en cuanto se detuvieron entre los bailarines.

—¿Por qué debería ocurrir algo?

—Por nada… —murmuró con suspicacia.

Alistair no respondió. En su lugar, dejó que sus ojos se desviaran fugazmente por encima del hombro de la dama, buscando entre la multitud hasta dar con la figura de Cameron. Lo encontró sin dificultad, observándolos con una expresión imposible de descifrar.

Un instinto primitivo se encendió en su interior. Sin pensarlo demasiado, afianzó su agarre en la cintura de Christine y la atrajo con más firmeza hacia él.

Ella alzó el rostro, interrogante, pero antes de que pudiera formular una nueva pregunta, la hizo girar con destreza, obligándola a centrarse en la danza.

—Alistair, ¿qué…?

—¿Estás a gusto conmigo?

Christine parpadeó, sorprendida.

—Sí, pero… ¿a qué viene todo esto?

Alistair se inclinó para susurrarle al oído, su aliento rozándole la piel:

—Entonces no pienses más y disfruta.

Cada vez que intentaba decir algo, Alistair aprovechaba los acordes de la música para hacerla girar, alejarla y luego atraerla de nuevo, evitando así cualquier conversación. Un baile sucedió al otro, hasta que, sin darse cuenta, olvidaron sus responsabilidades y se dejaron llevar por el momento.

La táctica de Alistair funcionó, aunque no por las razones que él imaginaba. Horas antes, habían compartido un beso que aún ardía en su interior, y ahora actuaba con una cercanía calculada que solo conseguía ponerla más nerviosa. Cada roce de sus dedos, cada mirada, cada vez que sus cuerpos se encontraban, un cosquilleo la invadía, turbando su mente.

Alistair, por su parte, era consciente de que lo que comenzó como un gesto impulsivo, casi desafiante, se había convertido en su propia condena. No era ajeno a los anhelos carnales, pero la rapidez con la que todo avanzaba lo tenía tan fascinado como inquieto.

Con Morgana el acercamiento se había extendido perezosamente a lo largo de los meses, sin despertar la urgencia de probar su valía como le ocurría con Christine. Los pensamientos se enredaban cada vez más y, por mucho que intentara racionalizar lo que sentía, no lograba apartarse de ella.

—¿Te encuentras bien? —oyó que le preguntaba con cierta preocupación.

La observó de nuevo: las mejillas sonrosadas por el baile, los ojos brillantes por la emoción, en contraste con la sutil arruga en su ceño, los labios entreabiertos, suaves, tentadores…

Se inclinó para instarla a que dejase de insistir, pero cuando su aroma lo envolvió —dulce, con una nota a rosas—, todo pensamiento coherente se desvaneció.

Dejando de lado cualquier discurso ensayado, tomó su mano y la llevó hasta una zona más frondosa.

A lo lejos se escuchaban las risas y el jolgorio de la gente, y las hogueras titilaban contra la oscuridad de la noche, pero Alistair solo tenía ojos y oídos para ella.

—¿Pero qué…? —tartamudeó Christine.

Él echó un vistazo por encima del hombro, asegurándose de que nadie los veía, antes de volver a mirarla con una intensidad que le robó el aliento. La inquietud que la había acompañado se disipó en un instante, dando paso a un deseo primitivo y abrasador.

Esta vez, fue ella quien, completamente fuera de sí, se puso de puntillas para unir sus labios a los de él en un beso arrollador.

Alistair respondió con la misma pasión, aferrando su cintura con una mano para atraerla más, mientras con la otra deslizaba los dedos por su cuello, profundizando el contacto. Christine tiró del plaid y enredó los dedos en su cabello mientras entreabría los labios, rendida ante las sensaciones que la recorrían.

El roce ardiente de sus bocas, el jadeo compartido, el calor de sus cuerpos fundidos en la penumbra… todo invitaba a la perdición. Con sumo cuidado, Alistair comenzó a recorrer su cuello con pequeños besos, depositando un rastro de fuego sobre la piel. Christine se aferró con más fuerza, dejando escapar un leve suspiro, lo que no hizo más que avivar su deseo por ella.

Sin dejar de besarla, la acorraló entre su cuerpo y el tronco del árbol más cercano. Su boca seguía descendiendo con devoción, dejando caricias húmedas en la línea de su clavícula y sobre el hombro expuesto.

Christine estaba completamente entregada, perdida en una espiral de excitación como nunca antes había sentido. Pero

entonces, los dedos de Alistair rozaron intencionadamente la curva de su pecho, y algo dentro de ella se rompió.

El placer se esfumó de golpe.

Un escalofrío helado recorrió su espalda y su estómago se encogió. Su respiración, hasta entonces acelerada por el deseo, se tornó errática, y su cuerpo reaccionó antes de que su mente pudiera procesarlo.

—¡Para! —exclamó, empujándolo con fuerza.

Él retrocedió de inmediato, aún turbado por la súbita resistencia. Su respiración seguía entrecortada, y por un instante, el desconcierto nubló su mirada.

—Yo… lo siento —musitó, alzando las manos en señal de disculpa.

El pecho de Christine subía y bajaba con rapidez. Sus manos, aún crispadas, temblaban levemente, y el miedo que la invadió la hizo sentirse débil e indefensa.

Al notar su reacción, Alistair frunció el ceño y avanzó un paso.

—Christine, yo…

Pero ella sacudió la cabeza con brusquedad y retrocedió, esquivando el contacto. Chocó con el tronco, y un jadeo asustado escapó de sus labios, hasta que se dio cuenta de que no era más que un árbol.

—No… no puedo.

Su voz fue apenas un susurro. Ni siquiera ella estaba segura de lo que no podía hacer. ¿Seguir con aquello? ¿Hablarlo? ¿Explicarle algo que no comprendía del todo?

Alistair la observó en silencio, sin comprender lo que estaba pasando.

Christine tragó saliva y giró sobre sus talones.

—Debo… debo irme.

Antes de que pudiera detenerla, se alejó con paso apresurado. Quiso seguirla, pero el miedo que vio en sus ojos lo hizo desistir.

En su lugar, hizo lo que pensó que más la ayudaría, y volvió a la fiesta.

Capítulo 29

Entró en el castillo a toda prisa, sin preocuparse por quienes se cruzaban en su camino. Pensó en subir a su alcoba, pero la falta de aire la arrastró al jardín privado, donde sabía que nadie la molestaría a esas horas. Se dejó caer en un banco de piedra y comenzó a describir mentalmente el entorno. Los segundos se alargaron, convirtiéndose en minutos, y un débil sollozo escapó de sus labios.

—¿Qué he hecho? —se lamentó, cubriéndose el rostro con las manos.

Había echado a perder la oportunidad de hacer las cosas bien, eso es lo que había hecho.

"No sirves ni como esposa".

—Cállate —gimoteó.

Unos pasos sobre la grava la pusieron en alerta. Se incorporó de golpe, pero al reconocer la silueta de Màiri, suspiró aliviada.

—¿Qué ha pasado? —preguntó la doncella, sentándose a su lado en el banco.

—Nada. Vuelve a la fiesta.

—No me pienso marchar hasta saber qué os ocurre, milady.

Christine se pasó una mano por el rostro, intentando recomponerse.

—¿Cómo me habéis encontrado?

—Milaird vino a buscarme; estaba muy preocupado. Me dijo que os habíais ido corriendo al castillo y que necesitabais mi ayuda.

Christine se cubrió de nuevo el rostro. No solo le había faltado al respeto al rechazarlo de aquel modo, sino que además le había dejado claro que no era bienvenido. No pudo contenerse más, y las lágrimas rodaron por sus mejillas.

—Milady —insistió la joven—, ¿os ha hecho daño?

No pudo contestar.

No le había hecho daño, pero ella a él sí. Y todo por no ser capaz de contenerse.

La culpa la ahogó con más fuerza, oprimiéndole el pecho.

Nuevos pasos resonaron sobre la grava, más pesados que los anteriores. Antes de que pudiera levantar la vista, una voz grave y seca la hizo estremecer:

—Más vale que no os haya hecho nada. De lo contrario, lo degollaré con mis propias manos.

—¡No digas eso! —lo amonestó Màiri—. Sigue siendo tu laird.

—Me da igual.

Aún hipando, Christine volteó el rostro hacia la conocida voz.

—¿Qué hacéis aquí?

Por un instante, la preocupación cruzó el semblante de Angus. Incluso en su estado, Christine no pasó por alto el intercambio de miradas con su doncella.

—Eso no importa ahora, milady —intervino Màiri—. Decidme, ¿hay algo que pueda hacer para ayudaros?

—Os agradecería un poco de agua.

La doncella le hizo un gesto con la cabeza al capitán, quien se dio la vuelta para cumplir la petición.

—Vaya… —musitó Christine en cuanto quedaron a solas—. Nunca lo había visto tan obediente.

Màiri apartó la mirada, pero el rubor la delató, y respondió en un murmullo:

—Ya os lo dije, milady; podéis confiar en él. Pero decidme, por favor, ¿qué ha pasado?

Christine exhaló con pesadez.

—Alistair y yo… Nuestra relación es complicada.

Màiri aguardó, frotándole la espalda en pequeños círculos reconfortantes.

—No estoy cumpliendo con mi papel como debería.

—¿Qué papel?

Christine apretó los labios, como si la confesión le costara demasiado.

—Soy incapaz de actuar como su esposa.

Màiri comprendió al instante. Un silencio pesado se instaló entre ellas, hasta que inspiró hondo y habló con voz pausada:

—Milady, vuestro deber es cuidar de él, y él de vos. Es lo que jurasteis, ¿cierto?

Christine asintió débilmente.

—¿Me permitís ser sincera? —tomó el silencio de Christine como una afirmación y continuó, con prudencia—. Conozco las estrictas normas que rigen en la sociedad inglesa y, aunque en algunos aspectos son similares a las nuestras, aquí en Culzean podéis estar tranquila. Los MacLeod se enorgullecen de poner a su familia por encima de todo, y en los años que llevo sirviendo a esta casa, jamás he tenido la impresión de que los hombres de este clan falten a sus esposas. No sé qué habrá ocurrido, pero Milaird parece ser un hombre justo y razonable.

—Espero que sea así —interrumpió Angus, quien se había acercado con paso cauteloso hasta ellas. Le tendió la jarra a su lady, que aceptó con un leve asentimiento.

—No me ha hecho nada malo —aseguró después de tomar un trago, en un intento de calmar su inquietud—. Soy yo la que no está haciendo las cosas bien.

—Permitidme deciros que os equivocáis —replicó su compañera —. Milaird está embelesado por vos.

Ella recordó los momentos que habían compartido y sintió el calor subirle a las mejillas.

—Gracias, Màiri —dijo con una sonrisa sincera, apretando su mano. Luego alzó la vista hacia Angus—. Y a vos también.

Los hombros del guerrero se relajaron.

Pasados unos momentos, ya más tranquila, Christine ladeó la cabeza y preguntó, dejando entrever el tono travieso:

—¿Alguien más sabe lo vuestro?

Màiri abrió los ojos, alarmada, y negó efusivamente.

—De acuerdo. Será nuestro secreto —concluyó Christine, conteniendo la emoción.

***

Desde el incidente, Alistair había perdido cualquier atisbo de diversión. Su mente no dejaba de recrear la escena una y otra vez, buscando respuestas donde solo hallaba incertidumbre. Lo único que quería era ir a su encuentro, pero la manera en que reaccionó a su contacto no se lo permitía. Además, como laird, no podía abandonar

la fiesta tan pronto sin levantar sospechas, por lo que tuvo que permanecer hasta altas horas de la madrugada.

Cuando por fin llegó a la alcoba, lo primero que hizo fue acercarse al lecho. Christine dormía profundamente, su expresión serena, inocente.

Aquella visión despertó en él un sentimiento extraño, un eco de las primeras veces que la vio, cuando aún era un enigma para él. Ahora, no podía dejar de preguntarse quién era el culpable de su modo de reaccionar. La idea le revolvió el estómago.

Depositó un beso en su frente. Ella se movió, pero enseguida su expresión se relajó y siguió durmiendo.

El agotamiento lo venció de golpe. Se tendió en la cama y se acercó hasta rozarla, buscando asegurarse de su cercanía. No tardó en entregarse a un sueño profundo.

Despertó a las pocas horas, sobresaltado por el vacío a su lado. Entreabrió los ojos y, al notar que la habitación seguía sumida en la penumbra, se relajó. Seguramente habría salido para dar uno de sus paseos nocturnos. Bostezó y volvió a dormirse.

El día transcurrió con una tensión sorda que Alistair no terminaba de comprender, pero procuró mantener las distancias, pues no quería incomodarla. Christine, por su parte, estaba convencida de que su rechazo era la causa de aquel repentino alejamiento.

Aunque Màiri le aseguraba que no era así, la inseguridad que llevaba años arraigada en su interior no desaparecía tan fácilmente. Así pues, se esforzó por cumplir con su papel, entreteniendo a los invitados con la mejor disposición posible.

Mientras ella ponía su mejor sonrisa para que nadie notase su incomodidad, Alistair no lograba apartar la vista de ella. La manera en la que se desenvolvía entre la multitud, con una naturalidad que parecía innata, lo fascinaba.

No era el único.

Desde la noche anterior, había captado la atención de todos. Los hombres le lanzaban miradas fugaces de tanto en tanto, y las mujeres parecían intrigadas por su presencia. Algunas, incluso, se acercaban a presentarse. Lady Macleod las recibía con dulzura y

cortesía, ganándose simpatías con la facilidad de quien siempre había sabido moverse en sociedad.

Y entre todos ellos, Cameron MacAuley destacaba más que nadie.

Christine pasaba la mayor parte del tiempo con su hermana, pero él nunca andaba lejos. Sin resultar abiertamente inapropiado, su constante presencia, la facilidad con la que se colaba en sus conversaciones y la forma en que la miraba comenzaban a crisparle los nervios a Alistair.

Para cuando llegó la noche, su paciencia estaba al límite. En el centro de la pista, Christine giraba con elegancia al compás de la melodía. Incluso compartió algún que otro baile con varios miembros del consejo. Alistair supervisaba la escena, preguntándose desde cuándo su esposa se había vuelto tan popular.

Y entonces apareció Cameron.

La molestia lo embargó cuando ella aceptó su mano con cortesía, dejándose guiar entre los pasos de la danza. La conversación entre ellos se fue animando, y aunque Christine mantenía una distancia prudente, Cameron tenía la costumbre de inclinarse demasiado al hablar, como si compartieran un secreto.

Alistair exhaló lentamente, tratando de recuperar la compostura. Fue entonces cuando Henry y James se acercaron a él, ambos con expresión relajada.

—Parece que vuestra esposa se está ganando al clan, milaird.

Alistair se cruzó de brazos y arqueó una ceja.

—¿Os habéis cansado de considerarla poco adecuada?

Henry se encogió de hombros, avergonzado.

—Deberíais confiar más en mis decisiones —continuó Alistair.

—Tenéis razón. También le debemos un agradecimiento a ella.

—¿A qué os referís?

Henry esbozó una leve sonrisa.

—Ha llegado una misiva desde Craighollow. Los enfermos se están recuperando. Algunos aún susurran que vuestra esposa maneja artes oscuras, pero la mayoría los toma por locos.

Alistair asintió, satisfecho.

—Christine se alegrará de saberlo.

Henry inclinó la cabeza y se retiró para unirse al resto de invitados. James, sin embargo, permaneció a su lado.

—¿Qué ocurre? —preguntó Alistair.

Este ladeó la cabeza y lo observó unos momentos antes de bajar la voz:

—Solo quiero que sepáis que espero que se quede.

Alistair sintió como su mandíbula se tensaba. La simple idea de que Christine se marchara le generaba un malestar que no quería analizar en ese momento.

En su lugar, miró hacia delante, donde Cameron seguía aferrado a ella con demasiada confianza.

—Será mejor que alguien le diga lo bien que lo está haciendo con su pueblo —murmuró, poniéndose en pie con una expresión sombría.

Sin molestarse en despedirse, avanzó decidido hacia la pista.

Entre las parejas que danzaban alegremente, Christine intentaba centrarse en la música que tanto le gustaba para ignorar la desazón que le producía la ausencia de Alistair, pero la sensación persistía, como un vacío que no lograba llenar, y mucho menos con la continua invasión de su espacio personal por parte de Cameron.

Por eso, cuando Alistair se acercó, su cuerpo reaccionó antes que su mente. Sus pies se detuvieron instintivamente, ignorando por completo a su pareja de baile, y se giró con brusquedad, chocando de lleno contra el pecho del laird.

Todo a su alrededor se desvaneció.

Su expresión tuvo que ser lo bastante clara, pues él se relajó de inmediato.

—Lord Cameron, disculpad, pero mi esposo requiere mi presencia —se adelantó ella, con una grácil reverencia.

Alistair contempló anonadado cómo el hombre al que acaban de plantar en mitad del baile accedía sin rastro de ofensa.

—Tienes que enseñarme cómo lo haces —le susurró conforme se alejaban hacia la linde del bosque.

—¿El qué?

—Que alguien tan orgulloso como Cameron MacAuley casi te dé las gracias por rechazarlo.

Christine hizo el amago de sonreír, pero en su lugar, desvió la vista. Llegaron a una zona apartada, la misma donde, la noche anterior, había estado a punto de perder la cabeza. Al reconocerla, su expresión se tornó incómoda.

—Gracias por sacarme de ahí —dijo finalmente.

—No me gusta que esté tan pendiente de ti —confesó él con franqueza—. ¿Ha pasado algo más que yo no sepa?

—¡No! —exclamó, abriendo mucho los ojos—. ¿Qué podría pasar?

Alistair la estudió: aunque su expresión transmitía un alivio genuino por haberse alejado de Cameron, su cuerpo contaba otra historia: mantenía una distancia cautelosa respecto a él, y la rigidez de su postura revelaba que estaba preparada para huir en cualquier momento.

Recordó la manera en que, a lo largo del día, había reído con los demás. Y, sin embargo, ahí estaba con él, sumida en una evidente incomodidad.

Cuando habló, el despecho se filtró en su voz antes de que pudiera contenerlo:

—No lo sé. Llevas todo el día evitándome, pero con los demás pareces estar muy a gusto.

El dolor que cruzó el semblante de Christine no hizo más que aumentar su arrepentimiento.

—Perdóname —se apresuró a decir—. No era eso lo que quería decir.

—¿Y qué era entonces?

Alistair titubeó, pero finalmente dejó escapar un suspiro cansado.

—Lo siento por lo de anoche. Pensaba que tú y yo estábamos bien… pero me equivoqué.

Christine se mordió el labio, titubeante, y bajó la voz en tono apagado:

—Alistair, yo no estoy bien.

—¿Qué quieres decir?

Ella respiró hondo.

—Veo lo que está pasando entre nosotros y comprendo que tengas… necesidades. Pero no soy la persona adecuada para esto.

Alistair sintió un nudo en el estómago.

—Ayer recién nos besamos —susurró—. ¿Qué crees que pasará?

—Pues lo que viene después. No lo sé, pero no puedo.

Él entrecerró los ojos, debatiéndose entre la confusión y la frustración.

—Si no quieres contarme qué ocurre, no lo hagas. Pero dime qué puedo hacer para que no me castigues evitándome todo un día solo por haberte besado.

Christine rehuyó su mirada, luchando contra la oleada de emociones que amenazaban con desbordarla.

—Yo no pretendía huir—balbuceó—. Pero me daba miedo ver que te había decepcionado.

—¿Por qué habrías de decepcionarme?

—Porque no fui capaz de aguantar hasta el final.

—¿Aguantar? —repitió, incrédulo—. Christine, esto no se trata de aguantar, sino de disfrutar.

Se acercó y, al tomar sus manos entre las suyas, no encontró resistencia. Inclinándose, dejó que su aliento rozara su mejilla mientras murmuraba, casi en un suspiro:

—Los dos.

Christine cerró los ojos y se dejó llevar por el peso sus palabras, por la calidez de su voz, por la fortaleza que encontraba en su cercanía. Sin embargo, seguía atrapada en el laberinto de su propia inseguridad.

—Creo que estoy enferma.

Alistair la contempló durante unos segundos, un destello travieso asomando en su semblante.

—Tú no estás enferma. Seguramente nunca te hayan besado como yo.

Un leve rubor ascendió por sus mejillas, y soltó una breve risa cargada de nerviosismo antes de confesar:

—Es que nunca me habían besado.

El orgullo le hinchó el pecho, pero su satisfacción se disipó al entender el verdadero peso de aquellas palabras.

—Pensé que tú… que habrías tenido trato con otros hombres —dijo con tiento—. No me malinterpretes, no quiero faltar a tu honor,

pero tu forma de reaccionar me da a entender que no guardas buenos recuerdos del pasado.

Christine suspiró largamente y apoyó la espalda contra el árbol.

—No me habían besado, pero sí tocado. Y no fue agradable.

El rostro de Alistair se tensó.

—¿Quién?

Tardó unos segundos en responder.

—Algunos de los pretendientes que venían a casa. Al principio, mis padres se negaban, pero con el tiempo, la cosa cambió.

—¿Por qué?

—La situación no era fácil. Cuando nací, mi familia gozaba de buen estatus, pero las malas inversiones de mi padre casi nos arruinan. Perdió mi dote, y los pocos pretendientes que me quedaban distaban de ser el esposo ideal, pero no me quedaba de otra. Hasta que un día… bueno, digamos que no lo pude soportar más.

Alistair sintió cómo la rabia le subía por la garganta.

—¿Te probaban como si fueras ganado?

Ella tragó saliva, avergonzada.

—Al principio me negaba, pero madre insistió en que así salvaría a la familia. Con el tiempo me acostumbré. Pero te juro que sigo intacta.

Alistair se pasó una mano por el rostro, maldiciendo entre dientes, a duras penas conteniendo la furia que le consumía.

—Por los dioses, mujer. No es eso lo que me irrita, sino que te hayan tratado de ese modo.

—No es tan extraño —dijo, encogiéndose de hombros—. Sé cuál es mi papel, por eso me avergüenza no cumplir con él.

—Ese no es tu papel.

Hubo un breve silencio, en el que Christine parecía debatirse consigo misma.

—Dime una cosa: ¿sientes algo por mí?

Ella alzó la vista de golpe, su expresión casi ofendida.

—¿Cómo puedes preguntarme esto?

Los ojos de Alistair se clavaron en los suyos, con una determinación que lo quemaba por dentro.

—Porque yo sí. Me gustas, Christine. Y de verdad pienso que esto puede salir adelante. Pero para eso necesito que confíes en mí.

Ella negó efusivamente, sintiendo cómo las lágrimas se agolpaban.

—Me prometiste que no me obligarías a nada —pronunció con voz queda.

Hizo el amago de alejarse, pero Alistair afianzó el agarre, sin apretar, sin retenerla, solo lo suficiente para que lo mirara.

—No voy a hacerte nada —aseguró con voz serena—. Pero he visto cómo respondes a mis caricias, y no creo que te genere rechazo.

—No es así…

La cercanía de Alistair empezaba a enturbiarle el juicio, arrastrando consigo sus miedos hasta dejar espacio solo para un deseo urgente: volver a sentir sus labios, sus caricias, su cuerpo contra el suyo.

—A esto me refiero —susurró él sobre su boca.

Acto seguido, la besó.

Lo que comenzó con un roce lento y cauteloso, pronto se convirtió en un arrebato desenfrenado. Alistair la atrajo más contra él, arrancándole un suave gemido, el aliento que necesitaba para profundizar el beso con avidez. Christine se dejó llevar, sorprendida por la intimidad del acto, percibiendo un nudo cálido y punzante en su bajo vientre.

Se apegó más a él, provocando que esta vez fuera Alistair quien dejara escapar un suspiro entrecortado. Ese sonido solo avivó la llama que crecía dentro de ella, animándola a explorar su cuerpo con más descaro. Deslizó una mano bajo el plaid, captando el calor de su piel traspasar la fina tela de la camisa, antes de ascender lentamente hasta su cuello. Sintió cómo su respiración se volvía más profunda.

Sin quererlo, rozó con la uña la zona donde su pulso latía con fuerza, provocando en Alistair un leve estremecimiento. Ese pequeño gesto lo volvió más vulnerable ante ella. Envalentonada, siguió el recorrido por su hombro y descendió hasta su brazo, donde sus dedos se encontraron con la firmeza de su bíceps.

—No sé qué me pasa —murmuró contra su boca.

Alistair entreabrió los ojos, atrapado en su hechizo.

—¿Qué sientes?

—No lo sé… Pero me gusta.

Notó la sonrisa de él sobre su boca, pero no le dio oportunidad de responder, volviendo a besarlo con urgencia. Cada caricia, cada suspiro traicionero, cada roce la sumergía más y más en una espiral de sensaciones desconocidas, abrumadoras y embriagadoras.

Las reacciones de Alistair eran un reflejo de las suyas. Era incapaz de poner fin al momento, de detenerse antes de perder el dominio sobre sí mismo. Cuando volvió a moverse contra él, el deseo anuló cualquier vestigio de razón.

Deslizó una mano desde su espalda hasta sus caderas, atrayéndola aún más. Christine se tensó un instante y él contuvo el aliento, sin saber qué hacer. Pero antes de que el fuego se extinguiera del todo, ella se relajó, permitiéndole continuar con una caricia más firme.

Orgulloso de haber superado esa barrera, bajó la mano hasta sus nalgas, explorando su cuerpo con una devoción contenida. El calor de sus dedos atravesó las capas de la falda, enviando un escalofrío abrasador por todo su cuerpo.

—Alistair… —jadeó, temblorosa.

—¿Qué pasa?

—No lo sé… Siento que necesito algo más, pero no sé qué es.

Comprendió lo que ni ella misma podía poner en palabras, y sus dedos se tensaron.

—¿Ocurre algo?

La observó en silencio, debatiéndose entre dejarlo estar o tomar el camino que su cuerpo le reclamaba. Finalmente, dejó escapar un suspiro y preguntó:

—¿Confías en mí?

Ella bajó la vista, pero cuando la alzó de nuevo, su voz fue más firme.

—Sí…. Sí, confío.

Alistair sostuvo su mirada antes de inclinarse ligeramente hacia ella. Su voz descendió a un murmullo íntimo:

—Déjame mostrarte lo que es el placer, Christine. No hay prisa. Solo dime hasta donde quieres llegar, y lo respetaré.

La duda en sus ojos se desvaneció poco a poco, reemplazada por un brillo de anticipación, y asintió débilmente.

Haciendo acopio del poco autocontrol que le quedaba, Alistair entrelazó sus dedos con los suyos y la guio al interior del castillo.

El camino transcurrió en un silencio denso y expectante, sin que ninguno se atreviera a hablar. La noche cubría los pasillos en penumbra, y cada paso resonaba con una gravedad que hacía que Christine sintiera su pulso en la garganta.

Cuando llegaron a la alcoba, Alistair cerró la puerta sin hacer demasiado ruido, tratando de no asustarla. La idea de encender una vela cruzó su mente, pero la descartó rápidamente. Conociendo a su esposa, confiaba en que el amparo de la noche ayudaría a disipar su vergüenza.

Se volvió hacia ella y la rodeó por la cintura, besándola sin prisa, explorándola con la certeza de quien se sabe al borde del abismo. Christine se aferró a sus brazos y se dejó llevar. Cuando él se separó, un gemido de protesta escapó de sus labios, lo que provocó que Alistair sonriera con aire travieso.

—¿Me permites quitarte el corsé?

—Sí…

Le dio la vuelta con delicadeza y comenzó a desatar los cordones, besando su cuello entre cada lazo que deshacía.

—¿Y el vestido?

Notó al instante cómo se tensaba.

—Tú decides cuando parar —pronunció contra su piel, su voz una caricia apenas audible.

La frase surtió efecto: ella accedió con un escueto "de acuerdo".

Alistair se tomó su tiempo, deslizando la tela con reverencia. Acompañó cada gesto con besos húmedos sobre su piel desnuda, con caricias que encendían un fuego nuevo en ambos. Cuando la prenda resbaló hasta el suelo y quedó vestida solo con el camisón, Christine tomó su muñeca con una delicadeza temblorosa.

—¿Podemos hacerlo así?

—Por supuesto —la tranquilizó—. Pero no pienso correr.

Ella ladeó ligeramente la cabeza.

—No comprendo.

Alistair se acercó, su aliento cálido rozándole el oído mientras murmuraba con un tono aterciopelado:

—No pretendo tomarte esta noche, si es lo que piensas.

Christine sintió su corazón latir con fuerza, atrapada entre el alivio y la incertidumbre.

—¿Entonces qué vamos a hacer?

Percibió su sonrisa contra la mejilla, junto al matiz travieso que impregnaba sus palabras y le erizaba la piel:

—Divertirnos.

Capítulo 30

Dejó que Alistair la guiara hasta la cama y la tumbara con delicadeza. Se acomodó a su lado y retomó los besos que había dejado a medias, deslizando los labios lentamente por su cuello y clavícula. En la quietud de la noche, cada roce se volvía más intenso, cada suspiro resonaba con mayor claridad, y el ritmo pausado de Alistair, explorando su piel con exquisita calma, la tenía al borde de la desesperación.

Atento a sus reacciones, dejó que su mano descendiera por su vientre, acariciara la curva de su cadera y avanzara por sus muslos. Christine reaccionó al instante, inclinando las caderas hacia él, mientras con una mano tiraba de su camisa para acercarlo más. Alistair continuó su recorrido hasta alcanzar el dobladillo del camisón. Con un movimiento medido, deslizó un dedo por debajo, rozando su piel ardiente. Antes de continuar, jadeó contra su boca:

—Christine… Si necesitas que pare, solo dímelo.

Ella tardó unos segundos en reaccionar. Se separó apenas, lo justo para que él sintiera la súplica velada en su voz.

—No pares…

El susurro fue su rendición. Volvió a besarla, esta vez con más urgencia, atrapando su lengua en un baile frenético mientras ascendía la mano por su muslo. Cuando los dedos hallaron su centro, Christine dio un pequeño respingo. Él se detuvo de inmediato, atento a cada reacción. Pero, en vez de apartarse, ella se abandonó a su caricia.

Al principio, los movimientos fueron ligeros, apenas un roce sobre su punto más sensible, pero, conforme se rendía al placer, se volvieron más firmes, más seguros.

La respiración de Christine se volvió errática, y sus manos, antes temblorosas, se aferraron a sus hombros con más fuerza. Un gemido ahogado escapó de sus labios cuando él aumentó la presión con la yema de los dedos, trazando círculos cada vez más intensos.

Su cuerpo reaccionaba con pequeños espasmos y, sin ser del todo consciente, comenzó a mecerse en busca de más, siguiendo el compás con las caderas. La tela fina de su camisón se adhería a su piel ardiente, intensificando cada roce, cada estremecimiento.

—Alistair… —gimió entre jadeos entrecortados, la voz quebrada por el placer.

Él no necesitó más. Mantuvo el ritmo, prolongando la tortura deliciosa hasta que percibió su cuerpo tensarse bajo sus manos. Ella hundió los dedos en su espalda con necesidad urgente, mientras un gemido ahogado escapaba de su garganta.

El éxtasis la envolvió en una oleada de sensaciones nuevas, haciéndola temblar bajo la fuerza del placer. Su respiración era un caos de jadeos temblorosos, y solo cuando la intensidad empezó a disiparse, se dejó caer contra el colchón, sintiendo el pulso retumbar en cada fibra de su ser.

Alistair se inclinó sobre ella, deslizando los labios hasta su oído. Su voz, ronca y teñida de satisfacción, la envolvió como una caricia:

—Ahora dime, Christine… ¿lo has disfrutado?

Entre tantas sensaciones, lo único que logró articular fue un murmullo entrecortado, apenas audible.

Alistair permaneció a su lado, sin dejar de acariciarla, esta vez con más ternura que pasión. Solo cuando notó que su respiración volvía a estabilizarse, tomó su rostro entre las manos y le robó un beso lento, casi casto, en los labios.

Cuando el colchón se aligeró, Christine alzó una mano con lentitud, aún sumida en el letargo del placer.

—Espera… —musitó.

—¿Estás bien?

—¿Y tú? ¿Has disfrutado?

Una sonrisa ladeada apareció en los labios de Alistair.

—Más de lo que imaginas.

Depositó un beso en su frente antes de susurrar:

—Vuelvo enseguida.

Relajada como nunca antes, Christine se dejó llevar por el sueño. Ni siquiera el murmullo lejano de la fiesta fue capaz de perturbar su descanso. Durmió profundamente, sumida en ensoñaciones nuevas y

desconocidas, donde la felicidad y el calor de un hogar la envolvían por completo.

Horas después, despertó con la mente atrapada en una bruma cálida. El calor del colchón, el roce de las sábanas en su piel, y la respiración tranquila y pausada a su lado…

Entonces, la realidad la golpeó.

Abrió los ojos de golpe, dándose cuenta de que la noche comenzaba a ceder ante la tenue claridad del amanecer. Su brusco movimiento hizo que Alistair se removiera entre las sábanas y entreabriera los ojos.

—¿Estás bien? —preguntó con voz adormilada.

El rubor subió a su rostro.

—Sí. No te preocupes, sigue durmiendo —balbuceó.

Él asintió y cerró los párpados de nuevo, pero esta vez rodeó su cintura con un brazo, atrayéndola hacia él. Christine sintió un destello de incertidumbre, pero el calor de su abrazo terminó por desarmarla. Se dejó mecer contra su pecho y cerró los ojos, intentando recuperar el sueño. Por más que lo intentó, el sueño no volvió.

Al cabo de un rato, con sumo cuidado para no despertarlo, se deslizó fuera de la cama y se vistió con su habitual atuendo de mañanas antes de abandonar la habitación en silencio.

***

Cuando el sol despuntaba en el horizonte, tiñendo de dorado los pequeños ventanales de la estancia, Alistair despertó lentamente. Bostezó y se desperezó, pero la somnolencia se disipó al instante cuando estiró la mano por el colchón.

—¿Dónde está?

La conocía lo suficiente como para saber cuánto le gustaba dormir, y ya era el segundo día que despertaba sin ella. Esta vez volvería a quedarse dormido.

Se calzó las botas con rapidez y salió de la alcoba, buscando primero en las letrinas del fondo. Al no encontrarla ahí, comenzó a recorrer el castillo, su inquietud creciendo con cada pasillo vacío. Cuando llegó a la planta baja, una idea cruzó su mente.

—No será capaz…

Giró sobre sus talones y marchó al patio de entrenamiento. En cuanto cruzó el umbral, sus sospechas quedaron confirmadas.

Christine y Angus estaban practicando ejercicio de puntería.

Los celos llegaron sin previo aviso. Se obligó a repetirse que no estaban haciendo nada indebido. De hecho, el capitán estaba a una distancia más que prudente, y viendo la actividad que realizaban, sospechaba que no era solo por el decoro, sino también por precaución.

—Tenéis que colocar el puñal aquí—le indicó con tono severo.

—Si lo estoy haciendo así —protestó ella.

—¿Cuántas veces más tengo que repetíroslo?

Christine le dedicó un mohín burlón, pero él solo meneó la cabeza con un resoplido.

Alistair tensó la mandíbula. La incomodidad de verlos tan compenetrados lo llevó a dar un paso adelante, decidido a intervenir y poner fin a ese entrenamiento de una vez por todas.

Sin embargo, cuando vio que el semblante de Christine se iluminaba al verlo llegar, frenó en seco. Eso no era lo que esperaba.

Antes de que pudiera decir nada, corrió hacia él, con la emoción reflejada en cada uno de sus movimientos.

—¡Mira lo que soy capaz de hacer!

Acto seguido, ajustó la postura y lanzó la daga con determinación. La hoja cortó el aire y se clavó con un sonido seco en la madera. No había dado en el centro exacto, pero tampoco estaba lejos.

—Nada mal, milady —aprobó su mentor—. No es común que alguien progrese tan rápido.

—De pequeña, mi hermano me enseñaba tiro con arco a escondidas —comentó con una sonrisa nostálgica—. Supongo que eso ayuda.

—También ayuda que sujetéis bien el puñal.

Christine rodó los ojos, pero corrigió el agarre según le había indicado.

Alistair alternó la mirada entre ambos.

—Es impresionante, pero mientras los MacAuley estén aquí, preferiría que no entrenarais a solas.

Christine abrió la boca para rebatirlo, pero se contuvo antes de revelar la verdad sobre Angus y Màiri.

Alistair, atento a cada gesto, captó el silencioso intercambio entre su esposa y el capitán. Sus dedos se crisparon brevemente, aunque logró mantener la compostura.

Para su sorpresa, Angus asintió sin vacilar.

—El laird tiene razón. Podemos aplazar el entrenamiento hasta que las festividades terminen.

Christine reprimió una protesta y asintió con desgana.

—Está bien…

Él aflojó la tensión de sus hombros y desvió la conversación.

—Al mediodía hay reunión del consejo —anunció en tono firme—. Espero verte allí.

Christine alzó ligeramente las cejas, sorprendida.

—¿De verdad?

—Es parte de tu papel, milady. ¿O acaso no querías formar parte de esto?

***

La sala bullía con el zumbido constante de las conversaciones mientras los miembros del clan tomaban asiento. Christine entró al salón con paso decidido, notando cómo algunos ojos se posaban en ella con suspicacia. No obstante, otros, como Henry, James y Angus, aceptaban su presencia con naturalidad. Alistair ya estaba en su lugar, su expresión serena, pero su postura imponente.

Las primeras cuestiones tratadas giraron en torno a las cosechas, los tributos y la distribución de suministros para el invierno. Christine escuchó atentamente hasta que encontró el momento oportuno para intervenir. Sus observaciones fueron difíciles de refutar incluso para los más escépticos. Aunque algunos aún parecían reacios a su inclusión, nadie pudo negar que sus aportes eran sensatos y estaban bien fundamentados.

Sin embargo, la reunión tomó un giro inesperado cuando el siguiente tema se puso sobre la mesa.

—Ahora hablemos de la propuesta de los MacAuley —dijo Alistair, con cierto cansancio en la voz.

Christine enarcó una ceja, pero se mantuvo atenta a lo que estaba por venir.

—Como todos sabéis, desde hace décadas hemos intentado que la relación con el clan sea cordial, pero hace unos años no tuvimos más remedio que solicitar su ayuda. Ahora, el laird quiere cobrarse el favor.

—¿Y qué exige exactamente? —preguntó Conall, con gesto suspicaz.

Alistair exhaló pesadamente y se reclinó en la silla.

—Que nuestras casas se unan.

—¿Un matrimonio arreglado? No es mala idea —opinó James.

Christine alternó la mirada entre unos y otros, su desconcierto volviéndose cada vez más evidente.

—¿Y quiénes serán los afortunados?

—Ailsa y John, el hijo menor del laird.

—Estoy de acuerdo con James —comentó Henry.

—No podéis estar hablando en serio —masculló Christine.

Alistair le lanzó una advertencia silenciosa, pero ella no hizo caso.

—Es una niña.

—Lo sé —respondió él, con una paciencia forzada—. Dejaré bien claro que no podrán tocarla hasta que cumpla quince años.

—¿Y después qué? ¿Se casará con un hombre al que apenas conoce, esperando que la trate con respeto?

—Los matrimonios concertados no tienen por qué acabar mal. De hecho, en muchas ocasiones son preferibles.

El comentario no pasó desapercibido para nadie en la sala. Christine le sostuvo la mirada, sin saber qué responder, pero no hizo falta. Seamas se adelantó con voz rasposa:

—No os equivoquéis, milady. Ailsa y John han coincidido en varias ocasiones. Además, vivirá con ellos hasta que llegue el momento.

—¿Cómo habéis dicho? —preguntó con los ojos bien abiertos, sintiendo como un escalofrío le recorría la espalda.

—Como futura integrante del clan MacAuley, Ailsa partirá en dos días con su nueva familia —aclaró su esposo—. Es lo correcto.

Ella se dejó caer contra el respaldo del asiento, tratando de procesar lo que acababa de escuchar.

—No está bien.

Seamas chasqueó la lengua con impaciencia.

—Por estas cosas —dijo, dirigiéndose a Alistair con una mezcla de fastidio y reproche— el consejo debe aprobar los matrimonios. Me sorprendéis, joven laird. Una cosa es desposar a una inglesa, y otra permitirle opinar en asuntos que solo los hombres pueden decidir.

Christine sintió cómo un calor abrasador ascendía por su pecho.

—¿Cómo habéis dicho?

Seamas le dirigió un gesto severo y, con tono condescendiente, agregó:

—Permitidme ilustraros, milady: las mujeres, por naturaleza, carecéis del juicio necesario para comprender estos asuntos. Dejad las decisiones importantes en manos de quienes corresponden; vos limitaos a cumplir con vuestro deber.

Christine entrecerró los ojos, su cuerpo en tensión.

—¿Y cuál es ese?

El resto de los guerreros observaba el intercambio en un silencio expectante. Alistair sentía la situación escaparse de su control.

—Proveer al clan de herederos, por supuesto —sentenció Seamas con total calma.

Christine se levantó de golpe, dejando caer las manos sobre la mesa con un seco impacto.

—¿Cómo osáis hablarme de este modo?

—Christine, siéntate —ordenó Alistair, sin mirarla.

Ella giró el rostro hacia él, y su indignación no hizo más que crecer.

—¿Estás de su lado?

—Estoy del lado del bienestar del clan.

—¿Aunque eso implique enviar a tu hermana pequeña a tierras desconocidas? ¿Qué piensa lady Rowena de todo esto?

Alistair endureció el gesto.

—No son tierras desconocidas, y este asunto es decisión del consejo, no de mi madre. Si no deseas que te invitemos a retirarte,

será mejor que tomes asiento.

Christine lo miró con incredulidad.

¿Dónde estaba el Alistair que la había tratado con tanto cariño?

¿Quién era este hombre frío, que hablaba de su propia hermana como si fuera moneda de cambio?

Fuese como fuese, no pensaba achantarse. Ya no.

—Disculpadme, caballeros, pero no pienso tolerar más faltas de respeto.

Acto seguido, abandonó la sala con la cabeza en alto. No fue hasta doblar la esquina del pasillo que se apoyó contra la pared y dejó escapar el aliento contenido.

Dentro de la estancia, el eco de la discusión aún flotaba en el aire, sumiendo al grupo en un silencio tenso. Al cabo de un rato, Seamas chasqueó la lengua y farfulló, más para sí mismo:

—Mujeres…

El comentario llegó hasta Alistair, cuya voz cortó el aire con un filo gélido:

—No pienso tolerar más faltas de respeto en nuestras reuniones.

Seamas levantó la vista con aire desafiante.

—Pues que no vuelva a aparecer por aquí —replicó, sin molestarse en disimular su desdén.

Alistair le dirigió una mirada fría. Hasta ahora, había creído que mantenerse al margen era la mejor opción, equilibrando su lealtad al clan con su deber hacia Christine. Pero en ese momento, comprendió su error. No solo había permitido que la menospreciaran, sino que él mismo, con su actitud, había contribuido a aislarla.

El peso de su propia culpa hizo que apretara el puño con tal intensidad que los nudillos se le tornaron blancos.

—La única razón por la que no os he mandado apresar por deshonrar de esta manera a mi esposa es el respeto que os guardo por vuestros años de servicio —amenazó, en tono bajo y peligroso —. Pero si volvéis a dirigirle la palabra o a mirarla con desprecio, no volveréis a pisar esta sala.

Seamas se quedó de piedra. Su respiración se aceleró y su boca se abrió y cerró varias veces. Al final, entornó los ojos con amargura y salió de la sala sin pronunciar palabra.

—Menos mal que se ha marchado —murmuró Henry.

—Creía que lo teníais en estima.

—Antaño, puede ser —dijo Conall, encogiéndose de hombros—. Pero últimamente no hace más que soltar disparates.

Alistair asintió con discreción.

—Entiendo entonces que estamos todos a favor de la unión.

Uno a uno, los presentes asintieron, excepto Angus, que permanecía en silencio, su expresión difícil de descifrar.

—¿Qué ocurre, Angus?

El guerrero mantuvo la postura cuando respondió:

—La alianza beneficiará al clan, pero milady tiene parte de razón. Separar a lady Ailsa tan bruscamente no le hará ningún bien.

Alistair frunció ligeramente el ceño, reflejando su desconfianza.

—¿Desde cuándo os preocupáis por el bienestar de mi hermana?

Angus no se inmutó.

—No sé por quién me tomáis, pero no soy un animal despiadado. Sigue siendo una niña. Además, si queremos que deje una buena impresión en casa de los MacAuley, lo último que necesitamos es una rabieta infantil.

Alistair soltó un suspiro contenido. En el fondo, no le entusiasmaba la idea de mandar a su hermana lejos, y menos tan pronto.

—Tenéis razón.

La sorpresa cruzó el rostro del capitán, pero enseguida recobró su expresión habitual.

—Podríamos atrasar su viaje hasta que pase el invierno —propuso Conall—. Así tendrá tiempo para despedirse adecuadamente.

—De acuerdo. Hablaré con el laird MacAuley.

Dicho esto, se levantó y abandonó la sala, con el corazón dividido entre el deber y la culpa.

Capítulo 31

—¿Cómo ha podido dejar que me hable así? —mascullaba sin cesar—. Soy su esposa, por el amor de Dios.

—Milady, por favor…

Sentada en el borde de la cama, Màiri observaba a su señora ir y venir por la habitación, su energía alimentada por la furia que aún no se apagaba.

—Dime, Màiri, ¿acaso no merezco respeto?

—Por supuesto, pero…

—¿Acaso no soy capaz de tomar buenas decisiones?

—Claro que sí…

—Entonces, ¿por qué me tratan de este modo?

Màiri exhaló resignada. Sabía que, en ese estado, nada de lo que dijera conseguiría calmarla. Justo entonces, la puerta se abrió.

Sintió un alivio fugaz… hasta que vio quién era.

El laird.

Se puso en pie de inmediato y, sin decir palabra, fue apresurada hacia la salida. Murmuró algo inaudible —tal vez una excusa, tal vez una plegaria— antes de cerrar la puerta con cuidado tras de sí, dejándolos a solas.

Dentro de la alcoba, Alistair veía a su esposa moverse inquieta, su semblante endurecido por la indignación. Saber que él había sido la causa de aquel estado solo avivó su malestar.

—Christine…

Ella se detuvo en seco. Sostuvo su atención en él por un instante y, tras un repaso rápido a la habitación, su expresión se tensó al descubrir que Màiri ya no estaba.

—Será posible —farfulló para sí misma.

—Christine, ¿podemos hablar?

—¿Ahora quieres hablar? —espetó—. Pensaba que eso era algo reservado a los hombres.

—Déjame explicarme.

—¿Qué vas a explicarme? ¿Por qué no has intervenido cuando me han faltado al respeto? ¿Por qué me mandabas callar cuando lo que decía no te gustaba? Cuando me dijiste que formase parte del consejo, pensé que, por fin, empezaría a tener mi lugar. Pero ya veo que me equivocaba. Al parecer, solo sirvo para engendrar tus hijos.

Hizo una pausa y rio con amargura.

—Y dado que ni eso he llegado a hacer, supongo que esta conversación es una pérdida de tiempo.

Alistair inspiró hondo, intentando contenerse.

—Entiendo que la situación sea complicada, pero ¿no crees que estás exagerando?

El silencio que siguió fue casi tangible.

Ella entrecerró los ojos con incredulidad antes de avanzar un paso. Alistair, instintivamente, retrocedió con las manos en alto en señal de tregua.

—Me obligaste a retirarme cuando era la única que pensaba en el bienestar de Ailsa. Os jactáis de que actuáis en nombre del pueblo, pero dime, ¿es más importante mantener la paz con los MacAuley que la felicidad de tu hermana?

—Todos debemos hacer sacrificios.

—¿Y qué sacrificas tú en todo esto? Porque lo único que veo es a una niña obligada a abandonar su hogar para ser entregada a un hombre al que apenas conoce.

—¿Hombre?

Alistair comprendió en ese instante.

—Christine, esto no es lo mismo. John solo tiene unos años más que ella.

—¿Y si no le gusta? ¿Y si la maltrata, o algo peor? ¿Por qué debemos aceptarlo como si fuera lo correcto?

—¿Debemos?

—Te recuerdo que esto —hizo un gesto vago entre los dos— surgió a raíz de una situación similar.

—¿Y acaso no está yendo bien?

Christine rio sin un ápice de humor.

—Claro… según tú, solo los matrimonios concertados pueden ir bien, ¿no?

Incómodo por el rumbo que tomaba la conversación, Alistair avanzó y le sujetó los brazos. Ella intentó zafarse, pero no la soltó, recibiendo una mirada asesina en respuesta.

—Suéltame.

—Primero hablemos.

—No quiero.

—Pues vas a hacerlo, porque si no…

—Si no, ¿qué?

Alistair se pasó una mano por el rostro, exhalando con frustración.

—No debería haberte hablado así. Te prometo que no volverá a ocurrir.

—No tiene importancia. No pienso volver.

—Haz lo que quieras, pero si no regresas, le estarás dando la razón a Seamas. Y sé que no quieres eso.

Ella lo evaluó con los ojos entrecerrados y el cuerpo aún rígido. Una leve vacilación en su semblante le indicó que sus palabras habían calado, aunque seguía resistiéndose a ceder por completo.

—No te comprendo, Alistair.

—¿A mí? Eres tú la que está gritando.

—¡Estoy gritando porque me has abandonado! Desde que accedimos a esto, no has hecho más que prometerme que me protegerías, pero dime, ¿de qué me sirve que me defiendas de amenazas externas si dentro del castillo me dejas a merced de las opiniones injustas de otros?

El impacto de sus palabras fue mayor de lo anticipado. Ladeó ligeramente la cabeza, cerrando los ojos por un momento. Al abrirlos nuevamente, se podía percibir un brillo de desánimo. Sin decir más, extendió la mano hacia ella.

—Ven conmigo.

—¿Dónde?

—Solo ven, por favor.

Christine lo observó con suspicacia. La rabia aún latía en su interior, pero algo en la expresión de Alistair la hizo dudar. Finalmente, dejó escapar un leve respiro antes de ceder y tomar su mano.

Tras dejar atrás las dependencias principales del castillo y adentrarse en un sendero menos transitado, la inquietud comenzó a apoderarse de ella.

—¿Qué hacemos aquí? —susurró, mirando a su alrededor.

El cementerio de los MacLeod se extendía ante ellos: un campo sagrado, plagado de árboles, donde generaciones descansaban bajo lápidas de piedra desgastadas por el tiempo. El aire era más frío en aquella zona y el silencio pesaba distinto, casi reverencial.

Un escalofrío recorrió su espalda.

—Alistair…

—Quiero que veas una cosa.

Avanzó con paso seguro entre las tumbas, sin soltar la mano de Christine, hasta detenerse ante una más apartada, a las faldas de un imponente tejo.

Christine bajó la vista. Un nudo se formó en su garganta al leer la inscripción.

Ciarán MacLeod.

—A veces vengo aquí. No sé si para buscar respuestas o para recordarme que ya no puedo pedirlas.

Ella sostuvo su mirada con firmeza, pero cuando habló, su tono fue suave, cargado de comprensión:

—¿Y qué tiene esto que ver con nuestra discusión?

Alistair se pasó una mano por el cabello, sin apartar la vista de la lápida, como si su padre pudiera responderle.

—¿Sabes qué es lo peor de ser laird? Que todos esperan que tengas todas las respuestas. Que actúes con la misma seguridad que los que vinieron antes que tú.

Un leve temblor recorrió sus hombros.

—Pero yo no soy mi padre. Hay ocasiones en las que dudo de estar haciendo lo correcto.

—¿Por qué dices eso?

—Porque es la verdad. Cada decisión que tomo puede ser un error, pero si muestro la más mínima duda, la gente empieza a cuestionarme. Si actúo con mano firme, soy un tirano. Si soy comprensivo, soy débil. Y para colmo… —volteó el rostro hacia ella—

tengo una esposa que desafía a los consejeros en su primera reunión.

Christine miró de nuevo la lápida. Los grabados aún se distinguían con claridad, la piedra apenas desgastada por el tiempo.

Y comprendió.

Comprendió que Alistair no era invencible. Que, al igual que ella, tenía dudas. Que, al igual que ella, intentaba encontrar su lugar en un mundo que exigía demasiado.

—No quieres que Ailsa se marche, ¿cierto?

Alistair ladeó la cabeza y curvó los labios en una sonrisa triste.

—¿Tú qué crees?

El silencio se instaló entre ellos, roto solo por el susurro del viento entre las ramas del viejo tejo.

—No sé si estoy preparado para esto. Para ser laird. Para liderar. Para tomar decisiones que pueden marcar el destino del clan. No sé si alguna vez lo estaré.

Ella apretó la mano entrelazada, obligándolo a mirarla de nuevo.

—Alistair, a veces las cosas no salen como creemos. A veces, simplemente… ocurren. Y solo nos queda adaptarnos.

Él dejó escapar un hondo suspiro; su pecho subió y bajó con lentitud, como si tratara de aliviar el peso invisible que lo oprimía. Christine apoyó la cabeza en su hombro y cerró los ojos, permitiéndose un instante de calma.

—No me gusta ese tal Seamas —refunfuñó.

Escuchó la risa contenida de Alistair y, al abrir los ojos, le dedicó un gesto de fingido fastidio.

—Siempre fue crítico con las mujeres, pero desconocía que sería capaz de hablarte de ese modo. De haberlo sabido, no habría permitido su presencia.

—Te recuerdo que la que se marchó fui yo.

—Él fue el siguiente, si eso te tranquiliza.

—¿Le dijiste algo? —preguntó sorprendida.

Alistair volvió a sonreír y, ya más relajado, pasó un brazo alrededor de ella y depositó un beso en su frente. Christine se abandonó al gesto, dejando que su cuerpo se aflojara bajo su caricia.

—A veces no mido mis palabras y termino hiriendo a quienes menos quiero lastimar —murmuró, con un deje de frustración—. No era mi intención hacerte daño.

Ella inspiró hondo y se aferró con más fuerza a su camisa.

—Te creo —susurró.

Capítulo 32

Al amanecer del último día de la celebración, los MacAuley partieron de regreso a sus tierras. Isbeil se despidió de Christine con un efusivo abrazo, asegurándole que esperaba su visita con impaciencia.

Gavin, el hermano pequeño de Màiri, también se marchó, su salud notablemente mejorada tras semanas de descanso y cuidados. A pesar de las reticencias de Màiri, Christine insistió en que debía acompañarlo al pueblo y pasar unos días con su familia. Para asegurarse de que cumplía con su encargo —y quizás con otros motivos ocultos— ordenó a Angus que los escoltara. El guerrero aceptó sin objeciones, y Alistair no pudo evitar sospechar que algo se le escapaba.

Ailsa, por su parte, afrontaba su futuro compromiso con el joven MacAuley con una determinación que sorprendía a todos. Su entereza era admirable, pero Christine no podía evitar preguntarse cuánto tiempo duraría antes de que el peso de la realidad la alcanzara.

Los días transcurrieron con una calma inusual, marcada por un nuevo ritmo al que la pareja parecía adaptarse con naturalidad. La noche, que antes los llenaba de dudas y silencios incómodos, se había convertido en su aliada, un refugio donde podían explorarse sin prisas. Christine aprendía a dejar atrás sus miedos, y Alistair, con infinita paciencia, respetaba su tiempo y sus límites. El camino seguía siendo incierto, pero ambos avanzaban en la misma dirección.

Christine asistió a la siguiente reunión, ante la sorprendida reacción de Seamas y la expresión satisfecha de Alistair. El resto de los hombres intercambiaba miradas expectantes entre ellos. Para tranquilidad del laird —y quizás decepción de algunos—, no hubo confrontación alguna. La dama intervenía cuando lo consideraba oportuno, y Alistair apoyaba sus decisiones sin dudarlo. Seamas, por su parte, se mantuvo en silencio la mayor parte del tiempo, aunque eso no era inusual en él.

Con Angus ausente y la disminución en las tareas administrativas, Alistair se encargó personalmente de continuar el entrenamiento de Christine. Sin embargo, pronto descubrieron que practicar en el patio, a la vista de todos, no era lo más conveniente. La gracia de sus movimientos y la expresión de concentración que adoptaba al lanzar la daga dificultaban seriamente la capacidad de Alistair para centrarse en lo prioritario. Christine, por su parte, también luchaba por mantener la atención, inquieta bajo la constante presencia de su esposo, lo que la llevaba a errar más de lo habitual. Al final, ambos coincidieron en que necesitaban un entorno más privado.

Cada mañana, después del desayuno, salían a caballo hasta una vieja cabaña donde Alistair solía jugar de niño. Aunque el tiempo había hecho estragos en su estructura, aún se mantenía en pie y servía para su propósito. Allí, Christine practicaba en un ambiente más relajado, lejos de miradas curiosas. Sin embargo, el entrenamiento no era lo único que compartían en aquel refugio apartado. Cuando el deseo se apoderaba de ellos, encontraban en la vivienda un lugar seguro para entregarse a la intimidad que les resultaba cada vez más difícil contener.

Cuando Angus y Màiri regresaron, trajeron consigo noticias que alegraron a todos. Siguiendo órdenes de su laird, se detuvieron en Craighollow, donde se originó la plaga de los cultivos. A pesar de las reticencias iniciales, los aldeanos siguieron sus indicaciones y, tanto el ganado como los enfermos, se recuperaron. Además, buena parte de la cosecha pudo salvarse, asegurando así el sustento para el invierno.

Christine no podía estar más satisfecha. Cada día se comunicaba con mayor soltura con la gente, la relación con Alistair avanzaba con solidez y, gracias a sus propuestas, se estaba ganando el respeto de todos. Su influencia no solo se hizo notar en Craighollow; gracias a su educación, aportó ideas que complementaban y mejoraban las tradiciones del clan, sin imponer cambios abruptos.

Con la aprobación de Rowena y Maeve, reestructuró la organización de la servidumbre. Hubo quienes se mostraron escépticos, pero no tardaron en adoptar los cambios al ver que

aquello les permitía optimizar el trabajo sin alterar su rutina, dejando más tiempo para otras responsabilidades o para el descanso. Asimismo, introdujo un sistema más preciso para registrar las reservas del castillo durante las reuniones, lo que mejoró el control de provisiones sin interferir con la planificación habitual. Con el tiempo, incluso los más conservadores tuvieron que admitir que sus sugerencias eran acertadas.

El castillo nunca había lucido tan acogedor. Acostumbrada a los aromas frescos en su antiguo hogar, retomó la costumbre de perfumar las estancias con hierbas aromáticas. Su pequeño gesto fue bien recibido, y pronto las hierbas secas colgadas en los ventanales y chimeneas se volvieron parte del día a día, llenando el aire con notas agradables y familiares.

El tiempo pasaba y las voces seguían calladas. Solo de vez en cuando, el recuerdo de Thomas regresaba, trayendo consigo un eco de dolor.

Extrañaba a su familia.

¿Cómo estarían su madre y Margaret?

A pesar de ello, no recordaba si alguna vez había dejado de vivir para complacer a los demás, y en Culzean estaba descubriendo una nueva versión de sí misma: una mujer más fuerte, más capaz. Aquello la impulsaba a seguir adelante, incluso en los momentos en que la nostalgia amenazaba con hacerla dudar.

Pero una fría madrugada de otoño, el frágil equilibrio amenazó con romperse.

La pareja dormía plácidamente cuando un olor extraño se filtró en la habitación. Christine apenas comenzaba a despertar cuando vio a Alistair terminar de calzarse, su expresión alerta.

—¿Qué pasa? —preguntó, aún somnolienta.

—No lo sé.

Se incorporó de la cama y se aproximó a la ventana. Inspiró profundamente, tensándose de inmediato.

—¡Es humo!

—Parece que viene del pueblo.

—Voy contigo.

—No. Quédate aquí hasta que sepa lo que está pasando.

—Quiero ayudar.

Alistair se volvió hacia ella y, con urgencia, le enmarcó el rostro entre las manos.

—Me ayudarás más si sé que estás a salvo.

Le dio un beso rápido en los labios y salió apresurado de la estancia.

Ella permaneció de pie, con los pulgares inquietos sobre el regazo. No deseaba desobedecer, pero tampoco podía quedarse ahí de brazos cruzados. Sin pensarlo más, se vistió a toda prisa y salió al pasillo.

Apenas había avanzado unos metros cuando se topó con Màiri. Detrás, Angus montaba guardia, su expresión seria apenas empañada por el cansancio.

—¿Qué está pasando? —preguntó Christine.

—Hay un incendio en el pueblo —respondió Angus—. No parece haber alcanzado el castillo, pero es mejor que todo el mundo esté preparado por si acaso.

Al salir al patio, la recibió un manto de lluvia débil. Bajo aquella llovizna, un grupo de habitantes se apiñaba, los rostros crispados por la incertidumbre. Al verla, varios corrieron hacia ella.

—Milady, mis padres están allí —dijo un hombre, con la voz tensa.

—Y mis hijos… —sollozó una criada.

Christine escudriñó a los presentes y un alivio súbito la recorrió al ver a Rowena aparecer en la puerta, acompañada por el resto de la familia. Contuvo el aliento para armarse de valor y, con la ayuda de Angus, se encaramó a un barril cercano, buscando sobresalir por encima de la multitud alterada.

—¡Escuchadme atentamente! —alzó la voz con toda la autoridad que pudo reunir—. El laird ha salido a ver qué ocurre. No temáis…

—¡Fuego!

Se giró de golpe. Una densa humareda se alzaba detrás del castillo. Su pulso se disparó. Sabía exactamente de dónde provenía.

Reunió toda su determinación y bajó la vista hacia los sirvientes.

—¡Que los más fuertes nos acompañen! El resto, ¡quedaos aquí!

La gente se miró entre sí, dudando entre la preocupación y la necesidad de actuar.

—Nosotros nos encargaremos —tronó la voz grave de Angus.

La multitud, asustada más por su tono que por el humo, acalló los gritos en un murmullo inquieto y obedeció. Christine le dirigió una mirada agradecida y bajó de un salto. Estaba a punto de dar un paso cuando Angus le sujetó el brazo para detenerla.

—Milady, quedaos con ellos.

—¿Habéis perdido la cabeza? —le espetó en un susurro apresurado—. No pienso quedarme de brazos cruzados mientras el castillo arde.

Tras un instante de vacilación, el capitán cedió y se apresuró a seguirla.

En el camino, Rowena fue hasta ellos. Antes de que dijera algo, Christine le tomó las manos con urgencia.

—Protege a la familia.

El conflicto asomó en sus ojos, pero tras un breve titubeo, asintió con seriedad.

Sin esperar más, Christine echó a correr junto al guerrero y el grupo de hombres hacia el humo que ennegrecía el cielo.

La escena los paralizó: las llamas devoraban uno de los graneros, amenazando con propagarse con rapidez hacia el siguiente.

—Esto es peor de lo que pensaba —masculló Angus.

Se volvió hacia la dama, cuyo sudor frío perlaba la pálida frente. Temiendo que perdiera el conocimiento, le dio un leve apretón en el brazo, logrando el efecto deseado. Cuando sus miradas se encontraron, intentó transmitirle toda la seguridad posible. Y funcionó: Christine parpadeó varias veces, tomó aire con fuerza y un atisbo de color regresó a sus mejillas.

—Debemos organizarnos para contener el incendio—propuso él.

Christine, decidida, se acercó al grupo de hombres.

—Formad varios grupos. Unos traerán agua, otros la lanzarán sobre el fuego, y algunos deberán despejar la zona para evitar que las llamas se extiendan. ¡Daos prisa!

Màiri no tardó en aparecer, jadeante tras la carrera. Christine captó de inmediato la advertencia muda de Angus y el destello

desafiante en el semblante de la doncella.

—Màiri, reúne a las mujeres más jóvenes y organizad un equipo para traer agua desde el lago.

La doncella se dio media vuelta y se alejó corriendo. Angus y Christine cruzaron una rápida señal de entendimiento.

Tras un esfuerzo agotador, lograron sofocar el incendio. El fuego había arrasado por completo el primer granero, pero consiguieron salvar el segundo antes de que la destrucción se extendiera. El aire, denso de humo, impregnaba la ropa y la piel con el olor acre de la madera quemada. Justo cuando las últimas llamas morían, Alistair y su grupo regresaron a toda prisa.

—En el pueblo no ha pasado nada grave —informó, barriendo con la vista el desastre frente a él—. Apenas una pequeña hoguera mal apagada. Pero esto…

Se fijó en los restos humeantes, y la expresión de Christine le confirmó que la situación era peor de lo que imaginaba. No podían perder más tiempo.

—Convocad al consejo de inmediato.

Minutos más tarde, el salón del consejo hervía con un bullicio cargado de inquietud, que cesó al instante en cuanto el laird y su esposa hicieron acto de presencia. Los presentes se pusieron en pie, salvo Seamas, que, debido a su frágil estado de salud, permaneció sentado.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó James.

Alistair tomó asiento en silencio. Recorrió con la vista a cada uno de los miembros y habló con voz pausada:

—Estamos en una situación comprometida, pero saldremos adelante.

—¿Cómo? —Conall alzó la voz—. El granero más grande ha quedado reducido a cenizas y casi no logramos salvar el otro. Aunque racionemos la comida, no tenemos suficiente para pasar el invierno.

Alistair levantó una mano, exigiendo silencio. El guerrero se recostó contra el respaldo de la silla, pero su postura seguía rígida, claramente insatisfecho.

—Encontraremos una solución.

—¿Cuál? —intervino James. Su habitual calma estaba teñida por la preocupación—. Después de las celebraciones, nuestras reservas ya eran justas.

—Habrá que adelantar el tributo —dijo Angus con una nota de pesar.

—No podemos pedirles más —objetó Henry, su voz rasposa a causa del humo.

—Pues entonces moriremos de hambre, y ellos se quedarán sin protección —replicó Conall.

—O morirán antes y no habrá nadie a quien proteger —añadió Henry con gravedad.

Harta de que la conversación se enredara en un círculo vicioso, Christine alzó la voz:

—Nadie va a morir.

Deslizó el manuscrito sobre la mesa y se puso en pie. Apoyó ambas manos en la superficie de madera y evaluó a cada uno de los presentes antes de continuar:

—Precisamente por situaciones como esta hemos estado haciendo registros en las últimas semanas.

Seamas chasqueó la lengua. Christine sospechó que no era un gesto involuntario, sino una provocación, pues se había dado cuenta de cuánto la irritaba.

—¿De qué sirve registrar lo que ya hemos perdido? —soltó el anciano, su voz sibilina cargada de desdén.

—Sirve para optimizar la distribución de recursos —replicó ella, tensando ligeramente los hombros—. Y para crear almacenes de emergencia en casos de desastres como este.

El rostro de Seamas se contrajo en una mueca de sorpresa, aunque su voz no perdió el tono arrogante:

—¿Qué almacenes, milady? ¿Acaso no habéis escuchado a vuestros compañeros?

Christine hizo un esfuerzo por no rodar los ojos.

—Las reservas *de emergencia* —remarcó cada palabra con paciencia, como si fuese él quien no entendía—. De todo lo que registramos, apartamos un porcentaje y lo almacenamos en un sitio seguro.

Un murmullo se propagó por la sala. La expresión consternada de Seamas bastó para que Christine saboreara su pequeña victoria.

—¿De qué porcentaje estamos hablando? —preguntó Angus, visiblemente aliviado.

—Lo suficiente como para aguantar hasta la siguiente cosecha.

—¿Nos habéis ocultado información? —contraatacó el anciano.

—Para nada —intervino Alistair, apoyando los codos sobre la mesa—. Está todo por escrito. Si hubierais prestado atención a la administración del clan, lo sabríais.

Los guerreros intercambiaron miradas y algunos bajaron la cabeza, avergonzados. Solo Seamas mantuvo su expresión tensa, con los ojos fijos en Christine, lo que le provocó un escalofrío involuntario.

Su reacción no pasó desapercibida para Alistair, quien le dio un sutil tirón de la falda, indicándole que se sentara. Con un gesto casi imperceptible, deslizó la mano sobre su muslo y lo acarició suavemente, en un intento de calmarla. Había aprendido que aquel era el modo más eficaz de evitar que las frecuentes confrontaciones entre su esposa y el anciano se desbordaran.

—Aclarado esto —sentenció, imponiendo su presencia en la sala —, pasemos al siguiente punto.

Se irguió antes de continuar, su mirada fija en el conjunto de hombres, sin dirigirse a nadie en particular:

—Tengo mis sospechas de que los incendios han sido provocados.

Ninguno de ellos pareció sorprendido.

—Tiene sentido —dijo James, rascándose la barbilla—. Lleva días lloviendo, así que no creo que haya sido un accidente.

—Y parece que el objetivo principal no era el pueblo, sino el castillo —añadió Angus, pensativo.

El porte de Alistair se volvió más severo.

—Alguien quiere hacernos daño. Sabían perfectamente cómo actuar y, como bien dice James, no era una noche propicia para que el fuego prendiera por sí solo. Tuvieron que esforzarse para que el incendio tuviera éxito.

—¿Quién creéis que puede estar detrás? —preguntó Henry, cruzándose de brazos.

—Si fuese un ataque enemigo, lo lógico habría sido que hubiesen aprovechado la confusión para asaltarnos —dijo Conall—. Pero no ha habido movimiento alguno en los alrededores.

—Exacto —añadió el capitán—. Pero por si acaso, mandé aumentar la vigilancia antes de reunirnos.

—¿Los MacAuley? —aventuró James—. Tal vez esta sea su manera de advertirnos de que el acuerdo con Ailsa debe cumplirse.

Alistair negó con la cabeza.

—Si quisieran atacarnos, lo harían de frente—negó el laird—. Son aliados, aunque con condiciones.

Un silencio incómodo se impuso en la sala, hasta que la voz seca de Seamas irrumpió:

—Quizá no haya sido obra de ningún hombre.

Christine arqueó las cejas.

—¿Qué queréis decir?

El viejo guerrero la observó con frialdad antes de hablar, cada palabra medida con precisión:

—Digo que puede que los dioses nos estén castigando.

El ambiente cambió de inmediato. Varios de los hombres se removieron en sus asientos, y otros apartaron la mirada, sin querer mostrar su acuerdo directamente.

—¿Y por qué habrían de castigarnos? —preguntó Christine.

Seamas entrelazó las manos sobre la mesa.

—Por haber permitido que una hereje hiciera las ofrendas en Lughnasadh.

—Seamas… —le advirtió su laird.

Por unos segundos, solo se escuchó el chirrido de la silla desplazándose, mientras el anciano se ponía en pie con esfuerzo, emitiendo pequeños gruñidos. Caminó alrededor de la mesa, pasando detrás de los presentes, y habló con voz grave:

—No es ningún secreto que la joven dama y yo no nos entendemos —hizo una pausa para mirarla, y ella respondió con gesto de pocos amigos—, pero conozco a casi todos los que estáis aquí desde que no erais más que unos mocosos. Y eso os incluye a

vos, Milaird. No es mi intención faltaros al respeto, pero la situación es lo bastante extraña como para que debamos mirar más allá de lo que nuestros mortales ojos ven.

—Será posible… —masculló Christine entre dientes.

Seamas siguió su recorrido hasta colocarse detrás de ella y alzó la voz para dirigirse al resto:

—Aunque nuestra señora ha traído mejoras al clan, no debemos olvidar que este es un pueblo de tradiciones y costumbres. Y cuando estas no se respetan, vienen los problemas.

Inclinó la cabeza hacia ella y, tras una reverencia exagerada, dijo con tono aterciopelado:

—Que vuestros orígenes sean distintos a los nuestros no supone un problema más allá de dejarnos expuestos ante el enemigo, pero que hayáis llevado a cabo el ritual de las ofrendas sin compartir nuestra fe es algo completamente diferente.

Christine se mantuvo erguida en su asiento.

—No he hecho nada que ofenda a vuestros dioses, si eso es lo que insinuáis.

—¿Negáis vuestras creencias cristianas?

—No, pero…

Seamas cruzó al otro lado de la sala.

—Cada año ofrecemos nuestro tributo y, a cambio, somos recompensados con cosechas fértiles y un pueblo fuerte y sano. Pero este año… —negó despacio, el tono cargado de pesar—, nos han golpeado las plagas, los incendios y, además… —lanzó una breve mirada a Christine antes de volver a su asiento— todavía no hemos sido bendecidos con un heredero.

Christine se quedó boquiabierta, incapaz de dar crédito a lo que acababa de oír. La indignación le tensó el cuerpo, pero antes de que pudiera replicar, sintió la mano de Alistair posarse sobre su muslo: un gesto sutil, aunque firme, que la instó a contenerse.

El laird elevó la voz con autoridad.

—Se acabó, lord Seamas. He tolerado vuestros desplantes hacia mi esposa por el respeto que os guardaba, pero esto ya es demasiado. Exijo que os disculpéis de inmediato y os retiréis.

Él no se inmutó. Ladeó la cabeza y respondió con una calma que solo sirvió para irritarla más:

—No deseaba ofenderos, milaird. Solo hablo en voz alta lo que muchos ya piensan en silencio.

—Según tengo entendido, jamás tuvisteis esposa alguna —intervino ella, curvando la comisura de los labios en una sonrisa insolente—. Dejadnos a las mujeres los asuntos que vuestra frágil naturaleza no logra comprender.

Se hizo un breve silencio, seguido por alguna que otra risa contenida.

—Además, os recuerdo que la plaga no fue castigo divino alguno —continuó ella, reclinándose hacia atrás—. Se trataba de una enfermedad, algo en lo que ninguna fuerza superior tuvo intervención. Y respecto al incendio… ¿no hubo otros similares el año pasado? Antes de atribuir estos sucesos a castigos celestiales, ¿no deberíamos plantearnos otra cuestión?

—Christine… —la advirtió Alistair, sospechando sus intenciones.

Pero ella hizo caso omiso.

—¿Podemos estar seguros de la lealtad de nuestro clan?

Antes de que su esposo dijera algo, se levantó de la silla y continuó con un tono frío y calculador, alimentada por una ira silenciosa:

—Es curioso que el incendio estallara precisamente en el granero que escogimos en la última reunión como almacén principal.

Sus ojos recorrieron la mesa hasta posarse en Seamas con tal intensidad que varios desviaron la vista, incómodos.

—Y aún más curioso me resulta que cada contratiempo se convierta en una excusa para cuestionar mi presencia en el clan.

El silencio cayó sobre ellos.

—Christine…

Se volvió hacia él. Su expresión permanecía pétrea y, tras un instante de vacilación, ella cedió y regresó a su asiento, aunque la rigidez no abandonó su cuerpo.

Alistair suspiró largamente.

—Calmaos todos. Nadie está acusando sin pruebas… pero tampoco podemos ignorar lo evidente.

El rumor inquieto de los guerreros no tardó en extenderse por el salón.

—¿Queréis decir que creéis en esa locura, milaird? —preguntó Conall, molesto—. Somos un clan fuerte, nadie nos traicionaría de ese modo.

—Eso pensábamos antes —intervino el capitán—. Pero milady no se equivoca. El fuego comenzó en el punto más vulnerable. Demasiado oportuno para ser simple mala suerte.

Henry asintió lentamente, con expresión grave.

—Alguien tuvo que estar detrás. Y no creo en coincidencias.

—Y no olvidemos el asalto de hace unos meses —añadió Alistair —. Poco después, James consiguió desenmascarar a una espía en el castillo.

—¿Una espía? —preguntó Conall, incrédulo—. No es tan fácil entrar al castillo sin llamar la atención.

—Lo es si finges ser una joven desesperada por la hambruna — replicó Alistair. Luego, observó a todos los presentes—. Y si alguien le abre la puerta.

Varios hombres intercambiaron gestos de incomodidad, pero el que reaccionó con mayor virulencia fue Seamas. Golpeó con ambas manos la mesa y se puso de pie con dificultad.

—¡Una hereje os convence de traicionar a vuestro propio pueblo, y vosotros la escucháis como si fuese la voz de la razón! —rugió, su rostro encendido por la ira.

Alistair se levantó, su expresión gélida.

—Bajad la voz. Si alguien está traicionando a su gente, es aquel que siembra la discordia con su veneno.

Seamas apretó los labios, pero la rigidez en sus hombros revelaba lo difícil que le resultaba contener su enfado.

—Haced lo que os plazca —gruñó finalmente—. Ya veremos cómo os va cuando los dioses decidan que han tenido suficiente.

Con un último resoplido de desprecio, se giró y salió de la estancia, su andar lento y arrastrado. El sonido de su bastón golpeando el suelo fue lo único que se escuchó hasta que la puerta se cerró tras él.

Christine inspiró profundamente y miró a Alistair, que aún tenía la vista fija en la puerta. No sabía qué estaba pensando, pero sospechaba que no era nada bueno.

Finalmente, Henry se atrevió a hablar:

—¿Y ahora qué hacemos?

Alistair inspiró hondo y tomó asiento.

—Ahora —dijo con gravedad— encontramos respuestas.

Capítulo 33

Las acusaciones vertidas en la reunión pesaban sobre todos los presentes y, aunque a Christine le habría gustado formar parte del plan que su esposo estaba ideando, tuvo que ausentarse para cumplir con sus deberes. No volvieron a reunirse hasta la noche, cuando acostumbraban a compartir las novedades del día y a aconsejarse mutuamente, una costumbre que había fortalecido la confianza entre ellos.

Esa noche, sin embargo, ninguno de los dos parecía tener ánimo para conversar. Intentaron dormir, pero los acontecimientos recientes les roían la calma. Al cabo de un rato, Christine giró hacia Alistair y susurró unas palabras apenas audibles:

—¿Estás despierto?

El colchón cedió bajo su peso y, enseguida, el aliento de Alistair acarició su rostro al responder:

—No puedo dormir.

—Yo tampoco —hizo una pausa y añadió en un susurro preocupado—: No sé si después de esto seguirás de acuerdo con que forme parte del consejo.

—¿Por qué dices eso?

—No era mi intención sembrar discordia. Seamas consigue sacarme de quicio.

—No te disculpes. Si no lo hubieses dicho tú, tarde o temprano el tema se habría puesto sobre la mesa. Sospechaba que pasaba algo raro desde la emboscada en el bosque.

Christine se removió entre las sábanas al recordar aquel episodio. Alistair percibió la tensión en su cuerpo y, en un intento de reconfortarla, deslizó la mano hasta su brazo, acariciándolo con suavidad. La caricia logró calmarla, pero él no fue capaz de romper el contacto. Al contrario, sintió el impulso de atraerla hacia sí y apoyó su cabeza sobre su pecho.

Ella abrazó su torso, y una sensación cálida le recorrió por dentro. Pensó en separarse, en mantener la distancia que solía

imponerse a sí mismo. Pero recordó por qué la había abrazado, y la necesidad de darle seguridad pesó más que sus propios temores.

—Aun así… —continuó ella, su aliento rozándole en un cosquilleo que le erizó la piel—, ojalá estar equivocada.

—Estas cosas pasan. Por eso hay que estar siempre preparados.

—¿Qué quieres decir?

Alistair comenzó a acariciar su cabello con movimientos lentos. Christine, en respuesta, recorrió con la yema de los dedos las cicatrices que marcaban los músculos de su espalda.

—No te lo dije antes —siguió hablando él—, pero hace semanas que incrementé la vigilancia en distintos puntos del territorio.

—Qué extraño, no lo había notado.

—De eso se trata —su tono se tornó más serio—. No me refiero solo a guerreros, sino a personas de confianza en los distintos pueblos.

—¿Cómo la espía que capturasteis? —preguntó, con un matiz de diversión—. Un movimiento muy astuto, milaird.

—Lo sé —sonrió brevemente, disfrutando de la complicidad del momento.

Permanecieron así un rato, explorándose con caricias distraídas, hasta que sus labios se buscaron en besos pausados que, poco a poco, se volvieron más intensos. Antes de que el momento se desbordara, Christine susurró contra su boca:

—Hay algo más que me inquieta.

—¿Qué? —preguntó él con más urgencia de la que pretendía.

—Aunque no comparta muchas de sus ideas, hay algo en lo que Seamas no estaba del todo equivocado.

—¿El qué?

Christine cerró los labios con fuerza, buscando en su interior la determinación para hablar.

—Alistair, yo… No quiero que la gente sospeche de nuestra relación.

—No creo que debas preocuparte por eso —murmuró contra su piel, con una sonrisa apenas perceptible—. Hemos dejado claro que la atracción no es un problema entre nosotros.

—No me refiero a eso… —se distanció apenas—. Hablo de lo que Seamas dijo sobre… sobre que aún no he engendrado un hijo tuyo.

Por un instante, Alistair fue incapaz de hablar.

—Christine, ya hablamos de esto en su momento.

—Lo sé, pero… ¿y si lo intentáramos?

Sus palabras flotaron entre ambos, cargadas de algo más que simple incertidumbre.

Él bajó la mirada, intentando descifrar sus propios pensamientos. ¿Lo decía porque de verdad lo deseaba o porque se sentía presionada?

Rozó su mejilla con los dedos en un gesto lento y deliberado antes de responder, con firmeza contenida:

—Si dices esto solo porque Seamas lo mencionó, olvídalo.

—No es solo por eso. Es que… últimamente me siento diferente, como si todo empezara a encajar.

Alistair contuvo el aliento un segundo más. Formar una familia con Christine era lo lógico. Se entendían bien, y un heredero fortalecería su posición dentro del clan. Lo había planeado desde el principio. Entonces, ¿por qué sentía aquel súbito temor?

Sacudió aquellas ideas y moduló la voz, procurando que sus palabras reflejaran preocupación por ella, no su propia inquietud.

—No quiero que tomes esta decisión por nadie más que por ti.

Christine esbozó una sonrisa débil.

—Lo sé. Pero es algo que quiero.

Él deslizó la mano hasta su nuca y la acercó, hasta que sus frentes quedaron unidas.

—Démosle tiempo. No hay prisa.

Ella asintió, conformándose con su explicación. No lo dijo, pero el alivio fue mayor de lo que esperaba.

Los días transcurrieron en una aparente normalidad. Alistair continuaba cumpliendo con sus deberes como de costumbre, aunque ahora recibía correspondencia con más frecuencia. Sus personas de confianza, siempre atentas, le enviaban informes detallados de cualquier movimiento sospechoso.

Christine, por su parte, dedicaba su tiempo a supervisar las tareas de la servidumbre, aprendiendo de las enseñanzas de Maeve

y Rowena, y, cuando el clima lo permitía, recorría los pueblos cercanos en compañía de Màiri y Angus para vigilar que todo estuviera en orden.

Fue durante una de esas visitas, mientras paseaban por la plaza, cuando una niña se acercó con timidez.

—Milady.

Se giró hacia la voz y, al verla, le habló con dulzura:

—Decidme, joven.

—No quisiera importunaros, pero a mi padre le sucede algo y, como vos… —titubeó—, pensé que podríais ayudarlo.

Christine se inclinó hacia ella, cada vez más intrigada.

—¿Qué podría hacer yo?

—Los mayores dicen que es un castigo del bosque.

Christine buscó la mirada de Màiri, pero la doncella solo se encogió de hombros, sin comprender el significado de aquellas palabras.

—No entiendo a qué os referís.

—Por favor, ayudadlo —suplicó, al borde del llanto.

—Niña, ¿cómo os llamáis?

—Anne, milady.

—De acuerdo, Anne. Llevadnos hasta vuestro padre.

Sin esperar más, la niña echó a correr en dirección a su casa. Antes de que Christine diera un solo paso, Màiri la sujetó del brazo.

—No sé si es buena idea.

Christine le dedicó una sonrisa tranquilizadora.

—No sufras, Màiri querida. Quizás podamos ayudar.

La doncella asintió, con la duda aún reflejada en su semblante. Echó un vistazo por encima del hombro, en busca de complicidad, pero Angus no intervino.

Cuando llegaron a la vivienda —una pequeña cabaña apartada al final del sendero— encontraron a varios campesinos congregados en el umbral, intercambiando palabras en voz baja. A medida que se acercaban, vieron a Anne correr hacia una mujer que, por su expresión alarmada, debía de ser su madre. La niña le explicó apresuradamente lo ocurrido, y la mujer abrió los ojos desmesuradamente antes de clavar una mirada inquieta en el trío.

—Milady, disculpad que mi hija os haya molestado —se apresuró a decir, inclinando la cabeza con deferencia.

—No es ninguna molestia —la tranquilizó Christine—. Me ha dicho que vuestro esposo está enfermo, ¿no es así?

—Sí, pero…

—Dejadme que le examine. Si no hallo la razón de su sufrimiento, consultaré con lady Maeve.

—No quiero faltaros al respeto, mi señora —balbuceó, con la incertidumbre reflejada en su rostro—. Pero dudo que podáis hacer nada al respecto.

—¿Por qué decís eso? —preguntó, precavida. Había algo en la actitud de la mujer que le resultaba inquietante.

La campesina tragó saliva y echó un vistazo alrededor.

—No es una enfermedad, sino un castigo —susurró—. Mi marido cruzó una zona prohibida, y los espíritus del bosque le han hecho pagar por ello.

Christine tragó saliva y buscó un instante de conexión en los ojos de Màiri y Angus antes de volver a centrarse en la mujer.

—Permitidme ver qué le ocurre. Si en verdad es un castigo, lo confirmaré con mis propios ojos.

La mujer la miró y luego desvió la vista hacia Angus, cuya presencia imponente parecía suficiente para silenciar cualquier objeción. Con un suspiro contenido, se apartó para darles paso. Los aldeanos también se hicieron a un lado, aunque sus cuchicheos los siguieron hasta el interior de la cabaña.

Dentro, la penumbra y el olor a humedad envolvían la estancia. El enfermo yacía sobre un lecho rudimentario de paja, sacudido por temblores intermitentes. Su respiración, casi inaudible, era un hilo frágil suspendido entre la vida y la muerte. Christine se acercó con cautela, un creciente nudo de inquietud apretándole el estómago.

Y entonces lo vio.

El rostro pálido y febril. La quietud ominosa. Los mismos síntomas.

Un escalofrío la recorrió de pies a cabeza.

—Oh, no…

—¿Qué ocurre? —preguntó Màiri, sin entender.

Sintió su pulso desbocado en la garganta. Con manos temblorosas, tocó el rostro del hombre, que apenas reaccionó, torciendo el gesto. Separó sus párpados y el pasado la golpeó con la fuerza de un vendaval.

El aire en la cabaña se volvió insoportablemente denso. Se levantó de un salto y retrocedió tambaleante hasta chocar con Angus.

—Milady, ¿qué ocurre? —su voz estaba impregnada de una preocupación palpable.

—Yo… yo…

El suelo bajo sus pies se volvió inestable.

—Necesito salir. Ahora.

Sin esperar respuesta, apartó a Angus con un movimiento torpe y salió de la cabaña, buscando desesperadamente aire fresco. A su alrededor, las voces de los aldeanos eran un zumbido lejano. La oscuridad pareció tragarse todo lo demás. Por un instante, volvía a estar allí, en su alcoba de Inglaterra, con el veneno quemándole la garganta y la certeza de que nunca volvería a despertar.

La náusea la golpeó sin previo aviso. Se dobló sobre sí misma y vomitó el contenido de su último almuerzo.

—¡Es un castigo! —exclamó alguien.

—Vamos a morir todos —gimió otra voz, ahogada en pánico.

Los murmullos se convirtieron en un sonido inquietante, que amenazaba con transformarse en un grito colectivo de histeria. Viendo el rumbo que tomaban los acontecimientos, Angus endureció la expresión y elevó la voz con autoridad:

—¡Volved a vuestras casas!

Los aldeanos vacilaron, pero poco a poco comenzaron a dispersarse. Algunos seguían mirando a Christine con desconfianza antes de alejarse.

—Milady… —llamó Màiri, con voz vacilante.

Christine no reaccionó.

Angus arrugó ligeramente el ceño, evaluando su estado. Decidido, la tomó por los hombros y la giró hacia él. Su rostro estaba ceniciento y sus ojos, vacíos de claridad.

—Milady —repitió, esta vez con más urgencia—. ¡Christine!

El grito logró atravesar la niebla de su mente. Parpadeó varias veces, hasta enfocar su mirada. Su respiración aún era errática, pero fue volviendo en sí.

—¿Qué ocurre? —preguntó Angus.

Fue a responder, pero las palabras se le atoraron en la garganta.

—¿Qué habéis visto, milady? —insistió la doncella.

Christine no contestó. En su lugar, se centró en la esposa del enfermo, quien los observaba con una expresión de pánico creciente.

—¿Dónde entró vuestro esposo? —consiguió articular.

La campesina tardó unos segundos en reaccionar, como si no supiera si debía responder.

—Al bosque de ahí detrás —dijo al fin, señalando en la dirección —. Hay una zona que evitamos transitar por las historias que se cuentan, pero no teníamos suficiente comida y… dijo que no le quedaba más remedio.

Christine reaccionó de golpe, sintiendo cómo la pieza que faltaba encajaba en su mente.

—¿Qué trajo de allí? —exigió saber.

La mujer desvió la mirada, el malestar claramente reflejado en su postura.

—Decidme, ¿qué trajo? —insistió Christine, dando un paso adelante.

—Milady, no queríamos robar… —titubeó—. Solo queríamos algo para alimentar a los niños.

—¿Trajo unas setas?

La respuesta llegó acompañada de sorpresa y miedo.

—¿Cómo lo sabéis?

—¿Alguien más las ha ingerido?

Negó con la cabeza, enfáticamente.

—No, milady. Temía enfadar a los espíritus, así que las devolví. Pero mi esposo comió mientras estuvo en el bosque.

Christine sintió un alivio momentáneo, pero rápidamente la preocupación volvió a ensombrecer su expresión.

—Escuchadme atentamente. No es un castigo. Vuestro esposo ha ingerido veneno.

La mujer se llevó una mano a la boca, ahogando un jadeo de horror.

—¿Y qué hacemos ahora?

—Debemos actuar con rapidez, pero debo seros sincera. Está en un estado muy avanzado.

Se escuchó un sollozo y el grupo se giró hacia su origen.

—¿Se va a morir?

El dolor en la mirada de la niña bastó para que Christine apartara de su mente los fantasmas del pasado. Inspiró hondo y enfocó todos sus esfuerzos en ayudar a la familia.

—No lo sé —admitió con sinceridad.

Tras comprobar que ya no había más veneno que expulsar, envió a Màiri al castillo con premura para que trajera remedios de lady Maeve, pero la anciana decidió acudir en persona. Durante horas, ambas trataron de estabilizar al enfermo.

Al atardecer, lady Maeve se retiró a su hogar. Le aconsejó a Christine que hiciera lo mismo, pues no quedaba nada más por hacer, pero ella se negó.

Estuvo con la familia hasta bien entrada la noche, cambiando mantas calientes y asegurándose de que el hombre ingiriera los remedios para evitar una mayor deshidratación. Pero cada esfuerzo parecía en vano.

—Milady… —susurró la esposa del enfermo con voz quebrada—. El laird está aquí.

Christine, que revolvía hierbas en un cazo sobre el fuego, se giró hacia la puerta. La silueta de Alistair se recortaba contra la penumbra del umbral, y la preocupación en su rostro le encogió el corazón.

Quiso ir a su encuentro, pero la respiración agónica tras ella la ancló al suelo.

Alistair comprendió de inmediato su dilema. Se acercó con pasos medidos y le habló con dulzura:

—Christine, volvamos a casa.

—No —respondió ella, aunque sonó insegura.

—Cariño… —le acarició el brazo con una ternura inusual—. No hay nada más que puedas hacer. Debe estar con su familia.

Sus palabras terminaron convenciéndola. Se incorporó con pesar y le dio unas últimas indicaciones a la esposa del enfermo.

Justo cuando salía, el hombre abrió los párpados con gran esfuerzo y murmuró con una frágil sonrisa:

—Gracias, ángel de luz…

Christine sintió las lágrimas nublarle la vista y dejó la vivienda sin decir nada más.

Una vez fuera, miró a Alistair con el alma rota.

—Fueron al bosque porque tenían hambre, Alistair… —su voz se quebró—. Debemos enviarles provisiones desde el castillo.

Alistair depositó un beso suave en su frente.

—No te preocupes. Cuando lleguemos, mandaré a alguien con comida.

Ella asintió y permitió que la ayudara a montar. Iniciaron el regreso en un silencio cargado de pensamientos. Ella, atrapada en la maraña de sus propios miedos e inseguridades. Él, más orgulloso que nunca de la noble mujer que el destino había puesto a su lado.

Capítulo 34

Días después, la viuda y sus hijos acudieron al castillo para presentar sus respetos. Christine se encargó de averiguar cómo estaban realmente en el pueblo, y de que no les volviesen a faltar provisiones.

Alistair, por su parte, supo por Angus del ataque de ansiedad que sufrió su esposa, pero al ver que no volvió a presentar episodios similares, evitó preguntarle. Confiaba en que, llegado el momento, ella se abriría a él. Aun así, estaba pendiente de cualquier signo de malestar, temeroso de verla sufrir.

Una mañana fría, con la luna aún dominando el cielo, Christine se levantó antes del alba para acudir a su entrenamiento. Desde su regreso, el capitán había retomado su papel como su instructor, aunque eso no impidió que la pareja siguiera utilizando la excusa para huir hasta la cabaña, donde disfrutaban de momentos a solas, lejos de sus responsabilidades.

Christine había adquirido la costumbre de llegar un poco antes que su maestro para practicar en solitario. Ese día, en vez de dirigirse al patio de entrenamiento, el clima húmedo y gélido de los últimos días la hizo cambiar de ubicación. Se encaminó al jardín detrás de la capilla, dispuesta a poner fin a la sesión lo antes posible y volver al calor del fuego, junto a Alistair. El pensamiento le provocó un agradable cosquilleo en el pecho y no pudo evitar sonreír abiertamente.

Pero al doblar la esquina de la torre, esa sonrisa se desvaneció de golpe.

Unos metros más allá, dos siluetas murmuraban, ocultas en la penumbra. La oscuridad de la noche los protegía tanto como a ella, pero pudo distinguir que uno de los hombres era notablemente más alto que el otro.

Entrecerró los ojos, tratando de agudizar la vista. Contuvo la respiración, atenta a cada palabra.

—¿Estáis seguro? —preguntó uno de ellos con gravedad.

El otro respondió en un susurro demasiado bajo para que pudiera oírlo.

Quiso convencerse de que se trataba de una pareja reuniéndose en secreto, pero sus dudas se esfumaron cuando un sonido le heló la sangre.

Un chasquido.

El impacto de la revelación la paralizó.

"No puede ser…"

El crujido de unas pisadas sobre la tierra húmeda rompió el momento. Su cuerpo se tornó rígido, pero, para su alivio, los hombres no tardaron en alejarse en dirección contraria.

—Milady…

Dio un respingo, llevándose una mano al pecho, su corazón desbocado.

—Angus, por Dios, me habéis asustado.

Él frunció el ceño.

—¿Qué hacíais escondida?

Christine tragó saliva y miró en la dirección por donde habían desaparecido los dos hombres.

—Debemos hablar con Alistair.

—¿Y el entrenamiento?

—Esto es más importante. Vamos.

Sin esperar respuesta, tomó la delantera, acelerando el paso hacia el castillo.

Momentos después, el laird alternaba la vista entre su esposa y el capitán.

—¿Vos también los escuchasteis?

—No. Llegué cuando se estaban marchando.

—Porque oyeron tus pasos —le reprochó ella.

—¿Y estás segura de lo que oíste? —insistió Alistair.

—Era un chasquido, estoy segura.

—¿Reconociste la voz de alguien?

Ella negó despacio.

—Estaban demasiado lejos y hablaban bajo, pero uno de ellos hizo ese sonido… y me recordó a Seamas.

Alistair exhaló un suspiro.

—Seamas hace ese ruido constantemente, pero no es el único con ese hábito.

Christine sintió una punzada de frustración.

—¿Y si no es solo un hábito? ¿Y si realmente está involucrado en algo?

—A estas alturas, no puedo descartar nada —respondió—. Lo vigilaré de cerca. Si hay algo extraño en sus movimientos, lo sabremos. Por el momento, no quiero que te preocupes por algo que no es seguro.

Christine apretó los labios, poco convencida.

—Es que no puedo evitarlo. Ya cometimos el error de no investigar antes y mira lo que ocurrió con el incendio del granero. Si hay alguien detrás de todo esto, debemos saberlo cuanto antes.

Alistair asintió lentamente.

—Lo entiendo. Pero no podemos apresurarnos a acusaciones sin pruebas. Lo observaremos y, si hay algo sospechoso, actuaremos en consecuencia.

Christine suspiró. No estaba satisfecha con la respuesta, pero sabía que insistir no cambiaría nada.

—De acuerdo, pero prométeme que no lo subestimarás.

Alistair la miró con seriedad.

—Te lo prometo.

A pesar de sus palabras, Christine no pudo desprenderse de la inquietud que anidaba en su pecho.

A la madrugada siguiente, Angus y ella acudieron al mismo lugar, pero ya no había nadie. Sin duda, los sospechosos habían cambiado su punto de reunión.

Los días pasaban y otra preocupación comenzó a apoderarse de ella. Desde que le planteó a Alistair la posibilidad de intimar, acudía cada noche a la alcoba con un extraño cosquilleo en el estómago. Al principio, lo atribuía al miedo de enfrentarse a lo desconocido, pero cuando él ponía fin a sus besos y le daba las buenas noches, una creciente decepción la invadía.

Una noche, decidida a disipar sus dudas, intentó dar un paso más. Su mano, temblorosa pero valiente, descendió para explorar lo

que hasta entonces había permanecido inexplorado. Alistair la apartó con suavidad, insistiendo en que no había prisa.

Christine no tenía demasiados conocimientos sobre lo que debía ocurrir entre un hombre y una mujer, pero le extrañaba que él, como hombre, no mostrase interés alguno en el tema. Sus sospechas no iban mal encaminadas. Aunque por fuera daba la impresión de no tener urgencia, Alistair luchaba cada noche contra el deseo abrasador de tenerla. Aquella sensación lo mantenía en permanente tensión, pues despertaba recuerdos que creía enterrados.

Más de una vez, la pasión parecía ganar terreno, pero cuando llegaba el momento, el miedo lo frenaba.

El rechazo, aunque sutil, caló en Christine y transformó el miedo a lo desconocido que había sentido al principio en algo distinto: el temor a no ser suficiente. Empezó a dudar de su atractivo y, como respuesta, adoptó una actitud más cohibida con él. Poco a poco, se vieron atrapados en un juego peligroso, en el que ambos se buscaban sin llegar nunca a más.

Cuando llegó la noche de Samhain, el matrimonio llevó a cabo el ritual de las ofrendas en el roble sagrado de forma similar a como lo habían hecho meses atrás. Esta vez, nadie mencionó deseos de fertilidad, algo que Christine agradeció. A esas alturas, comenzaba a preguntarse si lo que había prendido entre ellos estaba destinado a extinguirse antes de florecer.

Pero antes de darlo todo por perdido, reunió valor para un último intento. Durante el festejo en el salón principal, se inclinó para susurrarle al oído:

—¿Podemos hablar un momento?

—Sí, claro.

—A solas.

Él levantó una ceja, intrigado.

—Vamos.

La condujo a un rincón apartado del castillo, lejos del bullicio. Entraron en una pequeña estancia al final de un pasillo, donde se almacenaban barriles de cerveza y vino.

—Tú dirás.

Christine tomó aire antes de enfrentarlo.

—Alistair, necesito que seas sincero.

Él asintió, más curioso que preocupado.

—¿Ya no te causo interés?

—Pero ¿qué dices?

—He notado que últimamente no estás tan cómodo a mi lado como antes —intentó sonar firme, aunque su voz tembló al final—. Y quiero que sepas que, si es así, no tengo problema alguno. Hace ya unos meses que nos casamos, y no sería tan extraño que empezáramos a dormir en alcobas separadas.

Alistair entrecerró los ojos, confundido por sus palabras.

—¿De dónde has sacado semejante idea?

Christine sostuvo su mirada, evaluándolo con cautela.

—Estás distante desde que te mencioné la idea de tener hijos. Creía que eso era de tu agrado.

Alistair suspiró y pasó una mano por su nuca, claramente incómodo.

—Christine, no tiene nada que ver contigo.

—Entonces explícame qué está pasando —insistió—. Si no es eso, ¿por qué actúas así?

Él no respondió de inmediato. Recorrió su rostro con una intensidad oscura, atrapándola en el magnetismo de su presencia.

—¿De verdad crees que no me pareces atractiva? —murmuró, acortando la distancia entre ellos.

Antes de que ella pudiera responder, inclinó la cabeza y atrapó sus labios con los suyos. Christine contuvo el aliento, sorprendida por el arrebato, pero la calidez de su boca, la presión firme de sus manos en su cintura y la manera en que su cuerpo encajaba contra el suyo la hicieron ceder con rapidez.

El beso se volvió más profundo, más voraz. Alistair deslizó las manos por su espalda, atrayéndola aún más, y ella jadeó contra su boca cuando sintió el ardor de su piel traspasar las telas. Sus manos se cerraron en torno a su camisa, titubeando un segundo antes de apretarlo con más fuerza, un ancla al que aferrarse mientras su cuerpo ardía bajo sus caricias.

Él descendió por su cuello, creando un camino de besos húmedos. Christine se arqueó, enredando los dedos en su cabello. El

deseo la arrolló como la marea, cegándola a todo, salvo al hombre que la sostenía con hambre reprimida.

Pero entonces, con un esfuerzo que parecía arrancado del alma, apoyó las manos en su pecho y lo apartó.

—No lo entiendo… —susurró, intentando recuperar la compostura —. Si de verdad me deseas, ¿por qué estás tan distante?

Alistair apoyó la frente contra la de ella y cerró los ojos.

—No te preocupes —respondió con una sonrisa amarga—. El problema es mío.

—¿A qué te refieres?

Por un segundo, pareció que iba a responderle. Sus ojos brillaban con algo indescifrable, y su pecho subía y bajaba con la respiración agitada. Pero justo cuando abrió la boca para hablar, un grito desgarró la quietud de la noche.

Se separaron de golpe, sus cuerpos aún marcados por la pasión del momento, pero sus mentes ya alerta.

Otro grito resonó en el castillo.

Intercambiaron una mirada fugaz antes de salir corriendo hacia su origen.

Capítulo 35

No podía creer lo que estaba viendo. A lo lejos, una fuerte llamarada rompía la penumbra de la noche.

—Eso es…

—El roble.

Angus y Màiri no tardaron en llegar hasta ellos.

—¿Estáis bien? —preguntó Angus con voz apremiante.

—Sí —respondió Alistair. Meditó durante unos instantes la situación—. Christine, quédate aquí. Angus, vamos.

—No pienso quedarme.

—Es una orden.

Christine se cruzó de brazos, desafiante.

—Podemos seguir discutiendo toda la noche, pero el árbol seguirá ardiendo.

Alistair la aferró del brazo, sin ejercer demasiada fuerza, lo suficiente para que lo escuchara sin protestar:

—No pienso ponerte en peligro, ¿me has oído?

La urgencia en su voz hizo que finalmente accediera.

No obstante, su respuesta quedó en un jadeo ahogado. A lo lejos, surgían nuevas llamaradas.

—El pueblo… —susurró, con el pulso acelerado.

Los hombres se miraron preocupados.

—Quedaros aquí.

—Tenemos que ayudar —esta vez fue Màiri quien habló.

—No —la orden de Angus fue clara.

—No me trates como a uno de tus hombres —replicó ella, poniendo los brazos en jarra.

—Te quedas aquí. A salvo.

Ella quiso replicar, pero Angus avanzó otro paso y, para sorpresa de Alistair y el evidente deleite de Christine, la tomó por la cintura y le dio un beso corto, pero lleno de significado.

—Te quedas.

Màiri solo pudo asentir, abrumada por el despliegue de sentimientos.

La sorpresa inicial de Alistair dejó paso enseguida a la comprensión. Ladeó la cabeza hacia Christine, quien, en medio del caos de preocupaciones, alcanzó a dedicarle una sutil sonrisa.

Poco después, los hombres, acompañados por el resto de los guerreros, cabalgaban colina abajo. A mitad de camino, se separaron para ir a cada foco del incendio.

Christine empezó a dar golpecitos con el pie. A su lado, Màiri se mordía las uñas.

—No pienso quedarme aquí —dijo al fin.

—Gracias a los dioses —respondió aliviada la doncella—. ¿Vamos al pueblo?

Christine asintió y echaron a correr hacia las caballerizas.

En el pueblo, el caos dominaba el lugar. La gente iba de un lado para otro, gritando, mientras los hombres del castillo intentaban imponer orden.

—¡Henry, James! —gritó Christine—. ¿Estáis bien?

Henry asintió y habló con voz rasposa por el humo:

—Milady, esto está descontrolado.

Christine miró a su alrededor, evaluando la magnitud del desastre. Las llamas devoraban dos graneros. En uno de ellos, los aldeanos más valientes luchaban desesperadamente por contener el fuego, pero el otro ardía con furia, amenazando con extenderse hasta los edificios colindantes.

—Rápido, formad una cadena como la del castillo. ¿Recordáis?

Henry asintió y se giró para dar las indicaciones a los suyos.

—James, reunid a dos hombres más y ayudadnos a llevar a la gente a un sitio seguro.

Con premura, los aldeanos fueron guiados hacia las afueras del pueblo, donde el aire limpio les ayudó a aclarar las ideas.

—¡Estamos malditos! —gritó uno de ellos.

Christine cerró los ojos por un instante, su paciencia al límite.

—¡Es culpa del laird! —exclamó otro.

Varios más le dieron la razón. Otros bajaban la mirada, temerosos de las represalias por tales afirmaciones.

—¿Cómo podéis decir eso? —protestó alguien desde el fondo.

—Desde que se desposó con la inglesa, todo ha ido de mal en peor —insistió otro.

—Cierto. Estamos pagando por permitir que una hereje ofrezca tributos.

—¿Os habéis vuelto todos locos? —regañó una mujer—. Milady no ha hecho más que ayudarnos.

—Sois unos desagradecidos —se animó a decir alguien más.

Christine recorrió con la vista a unos y otros, sintiendo que la rabia y la impotencia se entremezclaban en su interior. Llevaba semanas escuchando la misma cantinela. Por más que intentaba demostrar su valía, algunos seguían viéndola como una intrusa.

Una duda venenosa intentó abrirse paso en su mente.

¿Y si realmente era ella la culpable de todo?

No. No podía ser. No después de todo lo que había logrado.

Dio un paso adelante y elevó la voz para imponerse sobre el escándalo:

—¡Estoy harta!

Su tono cortó el aire como una daga. Varias personas se giraron hacia ella, sorprendidas por la dureza en su voz.

—Hace unas semanas, este mismo pueblo temblaba de miedo ante una supuesta "maldición". Os habríais quedado de brazos cruzados, pensando que moriríais de hambre por no poder cruzar el bosque.

Algunos se apartaron, recordando el episodio.

—Y ahora, en lugar de aceptar que esto es obra de alguien real, volvéis a esconderos detrás de cuentos y supersticiones. ¿Os resulta más fácil culpar a los dioses que aceptar que hay traidores entre nosotros?

Un silencio incómodo se extendió entre la multitud.

—¿Acaso os castigué cuando os dije lo que pasaba realmente? ¿O cuándo os traje comida los días siguientes? ¿Acaso me habéis visto invocar alguna maldición sobre vuestras casas?

Su mirada recorrió a los presentes, buscando entre los rostros a aquellos que antes le agradecían su ayuda y que ahora la contemplaban con recelo.

—Si creéis que soy la causa de todos vuestros problemas, decidlo en voz alta. ¡Decidme a la cara que os arrepentís de haber recibido mi ayuda!

El único sonido que se escuchó fue el crepitar de las llamas devorando los graneros.

Su pecho subía y bajaba con fuerza y la rabia le ardía en la garganta.

—Si alguno tiene el valor de afirmarlo, que lo haga ahora. De lo contrario, dejad de actuar como niños asustados y ayudadme a salvar lo que queda de vuestro pueblo.

Un hombre carraspeó. Algunos intercambiaron susurros entre ellos, pero ninguno se atrevió a enfrentarla directamente.

Christine sintió un nudo de rabia en el estómago… hasta que un grito femenino rompió el silencio.

—¡Edward!

Giró la cabeza con brusquedad, siguiendo la dirección de aquella mirada desesperada. El aliento se le quedó atrapado en la garganta al ver a un niño corriendo hacia el pueblo, directo a un nuevo incendio.

No lo pensó dos veces.

—¡Voy por él!

Capítulo 36

Las ascuas se metían en sus ojos, dificultándole la visión. El aire, denso y tóxico, le cortaba la garganta, y toser solo aumentaba su dolor.

—¡Edward! —gritó con la voz rasposa.

—¡Milady! —llamó James, cubriéndose los ojos con un brazo.

No lo escuchaba. Toda su atención estaba en encontrar al niño, que parecía haberse desvanecido entre la humareda.

Un sollozo ahogado la tensó. Se giró de inmediato hacia el sonido y se lanzó en esa dirección. Pero al acercarse, el calor la golpeó con furia. Se detuvo en seco cuando una ráfaga de fuego le rugió en el rostro, devorando el aire con un fulgor abrasador. El siniestro ya consumía la cabaña, y las brasas danzaban a su alrededor, amenazando con alcanzarla.

Sin pensarlo dos veces, se cubrió la boca y la nariz con la manga de su vestido y avanzó a ciegas entre el espeso humo. Todo a su alrededor se convirtió en un torbellino de llamas y sombras. No veía. No oía. Solo sentía el calor sofocante envolviéndolo todo. Por un instante, creyó que había llegado su final.

De repente, chocó contra algo pegajoso y húmedo, impregnado de un hedor acre y denso que le quemó la garganta. Trastabilló y se tambaleó entre el ambiente opresivo y el suelo incierto.

En medio de la bruma ardiente, una figura emergió ante ella.

Antes de poder reaccionar, unas manos la aferraron con fuerza y la arrastraron lejos. Aturdida y sin aliento, apenas pudo resistirse antes de que la oscuridad amenazara con engullirla.

Cuando abrió los ojos, el incendio había quedado atrás. El aire seguía cargado, pero al menos permitía llenar sus pulmones de vida.

—¿Dónde estoy? —alcanzó a decir, con la garganta áspera.

—Estáis a salvo.

Giró la cabeza con esfuerzo. Él la observaba fijamente, su rostro implacable.

—¿Estáis bien?

Ella asintió, pero apenas procesó su propia respuesta antes de preguntar con urgencia:

—¿Dónde está el niño?

—A salvo, con su madre.

—Los incendios…

—No os preocupéis —la interrumpió en un tono tranquilizador—. Los demás los están controlando. Venid conmigo, necesitáis aire fresco.

Todavía aturdida, aceptó su apoyo. El cuerpo apenas le respondía. El humo había hecho estragos en ella y, antes de poder añadir nada más, la negrura la reclamó de nuevo.

***

El fuego había cedido, pero la batalla contra las llamas había dejado su rastro en cada aliento. Las brasas aún chisporroteaban entre la madera calcinada, lanzando pequeñas volutas de humo al aire denso y pesado. El resto de los hombres había salido corriendo hacia el pueblo, dispuestos a ayudar a los que estaban allí, pero Alistair y Angus permanecieron en el sitio unos momentos más, contemplando la devastación frente a ellos.

El roble sagrado yacía ennegrecido y humeante, con sus ramas mutiladas y su corteza desgarrada por el calor. El suelo a su alrededor estaba cubierto de cenizas y fragmentos de madera carbonizada, esparcidos como los restos de un campo de batalla.

Angus dejó escapar un gruñido, secándose el sudor de la frente con el dorso de la mano.

—Maldita sea… No sé si volverá a brotar.

Alistair no respondió. Sus ojos recorrieron el tronco devastado, con la madera aún emitiendo un crujido inquietante en algunas grietas. Aquel árbol había resistido siglos de tormentas, nieve y guerras, pero ahora había sido víctima de algo mucho peor: la traición de su propio pueblo.

Fue entonces cuando Angus notó algo entre los restos humeantes.

—¿Qué demonios…?

Avanzó un paso y algo se quebró bajo sus botas. Alistair lo siguió, su pulso repentinamente acelerado.

Entre las brasas y la madera calcinada, yacía un cuerpo.

Estaba retorcido sobre sí mismo, su carne carbonizada en algunas zonas, mientras que otras aún conservaban retazos de piel ennegrecida y chamuscada. El hedor a carne quemada les golpeó de inmediato, obligándolos a contener la respiración.

Angus endureció el gesto.

—Es Seamas.

Un escalofrío le recorrió la espalda a Alistair.

—Christine tenía razón —su voz sonó grave, tensa—. Pero… ¿cómo ha podido hacerlo? Era un ferviente defensor de las tradiciones.

Angus examinó la escena unos momentos más.

—Algo no me encaja.

Se agachó para inspeccionar el cuerpo sin vida del anciano, deslizando los dedos con cautela por los restos hasta que algo captó su atención.

—Milaird, venid.

Este se acuclilló a su lado. El corazón le dio un vuelco al ver lo que Angus le mostraba: un corte profundo en el cuello de Seamas, apenas visible a distancia, pero lo suficientemente limpio como para no dejar lugar a dudas.

—Christine dijo que lo había oído hablar con alguien más.

—Tiene sentido —Angus asintió con gravedad—. Él solo no habría sido capaz de empezar varios incendios a la vez. Pero si colaboraba con alguien más, ¿por qué acabar con él?

Alistair echó otro vistazo al rostro congelado de Seamas, su piel ennegrecida por el fuego.

—Destruir el símbolo sagrado del clan no encaja con sus creencias. Tal vez intentó detener a su cómplice… y eso le costó la vida.

Angus deslizó los dedos por el corte, evaluándolo con la precisión de un guerrero experimentado.

—Es demasiado profundo para ser una espada.

—O una daga…

Alzaron la cabeza al mismo tiempo y, sin necesidad de palabras, comenzaron a buscar alrededor.

No tardaron en hallar lo que necesitaban: un hacha, parcialmente oculta entre las cenizas y los restos aún humeantes.

Un sonido sordo los sacó de su ensimismamiento. A lo lejos, el resplandor anaranjado iluminó la noche.

—Otro más —masculló Angus, con los ojos fijos en el horizonte.

—No tenemos tiempo.

Montaron a caballo y salieron disparados hacia el pueblo, con la certeza de que el traidor aún estaba entre ellos.

Capítulo 37

—¿Cómo que no sabéis dónde está? —exclamó Alistair, alterado.

—La perdí de vista en medio del humo, milaird —titubeó James.

—Como le haya pasado algo…

—Calmaos —la voz de Angus sonó firme, lo suficiente para calar en él—. No hay rastro de ella entre las cenizas.

Habían pasado horas sofocando las llamas, agotando sus fuerzas hasta el límite. El aire seguía cargado de humo, el cansancio pesaba en cada uno de ellos, pero al menos no hubo víctimas.

O eso creyeron, hasta que alguien se dio cuenta: Christine no estaba por ninguna parte.

La preocupación se extendió de inmediato. Los habitantes del castillo comenzaron a buscarla sin dudar, pues la conocían y respetaban. Pero no fueron los únicos. Algunos campesinos también se unieron, impulsados por el peso de sus propias palabras anteriores. Quizás no todos lo admitirían, pero la culpa los acosaba, y participar en la búsqueda era una forma de aliviarla.

A medida que los minutos pasaban, Alistair se veía cada vez más atrapado en una bruma de confusión y pánico. El aire le faltaba, y el pulso le latía con tal fuerza en las sienes que un pitido ensordecedor cubrió todo sonido a su alrededor. Todo se volvió borroso y distante. El mundo seguía moviéndose, pero él no podía alcanzarlo.

Sabía lo que vendría después.

Buscó con la vista a la única persona en la que podía confiar en ese momento.

—Angus —dijo con premura—. Necesito alejarme un momento.

Este le lanzó una mirada rápida, cargada de preocupación.

—Os acompaño.

—No. Quedaos y seguid buscando. Volveré enseguida.

Angus dudó, pero al ver su expresión, terminó cediendo. No importaba cuán fuerte fuera un hombre, había momentos en los que incluso el más fuerte necesitaba un respiro para no quebrarse ante

los demás. Aun así, no lo perdió de vista mientras se alejaba entre los árboles, su silueta desdibujándose con cada paso.

Cuando Alistair alcanzó un rincón apartado, las náuseas lo vencieron. Se inclinó hacia adelante y vació el contenido de su estómago en espasmos violentos, el cuerpo sacudido por una mezcla de horror y desesperación.

—Otra vez no —sollozó entre jadeos—. Otra vez no.

Dos años atrás, en el campo de batalla, había sentido lo mismo. Ese mismo abismo abriéndose bajo sus pies. Ese mismo mundo desmoronándose a su alrededor mientras la sangre de su padre empapaba la tierra.

Pero Christine no estaba muerta. No podía estarlo.

No se lo permitiría.

***

Christine parpadeó varias veces, forzándose a abrir los ojos. La escasa iluminación del lugar —una vela titilante, a punto de extinguirse—, le permitió distinguir que estaba en una pequeña habitación de paredes de madera. No había más mobiliario que una chimenea desgastada y disfuncional.

Llevó la mano a la frente, intentando aplacar el punzante dolor de cabeza.

—¿Dónde estoy? —preguntó, aún aturdida.

—Lejos del pueblo —respondió una voz grave y controlada desde la otra punta de la estancia.

Christine entrecerró los ojos, obligándose a enfocarlo. Estaba sentado en el suelo, su rostro apenas iluminado por la trémula llama.

—¿Por qué no me habéis llevado al castillo?

El silencio que siguió fue suficiente advertencia. El aturdimiento se desvaneció de golpe, dejando una tensión helada en su estómago.

—Conall… ¿dónde están los demás?

El guerrero exhaló sonoramente y se puso en pie. Dio un par de pasos en su dirección. Christine reconoció el hedor que impregnaba sus ropas. Era el mismo que había sentido en el incendio: humo,

sudor y algo más profundo… algo quemado. La náusea le revolvió el estómago.

—Eso ya no importa.

Un miedo visceral la atravesó, helando cada fibra de su ser.

—¿Qué habéis hecho?

Un destello de satisfacción brilló en los ojos del hombre.

—Lo que debíamos.

Christine sintió que el aire en sus pulmones se volvía pesado.

—¿Por qué? —logró preguntar.

—Porque este clan va a la deriva y nadie hace nada por evitarlo.

—¿De qué estáis hablando?

—Hace años que callamos, dándole una oportunidad tras otra al laird, pero ya hemos tenido suficiente.

Tragó saliva. Otra vez el plural; había más personas involucradas. Pero se obligó a mantener la calma. Cualquier palabra errada podría precipitar su destino.

—Ejecutó a Murray Cochrane, exponiéndonos a la venganza de su gente. ¿Quién sabe cómo responderán esos bárbaros?

—¿Qué tiene eso que ver conmigo? —murmuró ella, intentando controlar su respiración.

—Tiene todo que ver. Desde que Alistair heredó el título, sabíamos que no tenía lo que se necesitaba para liderar. Y nuestras sospechas se confirmaron cuando decidió desposarse con una sassenach.

El desprecio con el que pronunció la última palabra consiguió que se encogiera sobre sí misma, pero la rabia tomó el control.

—¿Qué culpa tengo yo de ser inglesa?

—Los ingleses solo traéis miseria —escupió, sus ojos llameando con rencor—. Os da igual dejar viudas y huérfanos con tal de satisfacer vuestra ambición.

Christine comprendió. Ese odio no nacía solo del descontento con el liderazgo de Alistair. Había algo más.

—Siento si algo malo os sucedió —su voz sonó mesurada, pero sus músculos estaban tensos, listos para reaccionar—. Pero no somos todos iguales.

—¡Mentirosa! —estalló con furia—. Sois como ellos. Engañasteis a vuestra familia y pretendéis hacer lo mismo con nosotros. ¿Creéis que no sé lo de vuestro matrimonio?

Christine sintió que el estómago le daba un vuelco.

—El mocoso de Alistair y vos habéis engañado al resto, pero a mí no. Le habéis hechizado. Le habéis manipulado hasta que os aceptó y ahora os creéis con el derecho a decidir sobre nuestro clan.

—¡Yo no he hechizado a nadie! ¿Por qué no dejáis de acusarme de eso?

—Porque es cierto. Entrasteis fingiendo ser una dama temerosa y sumisa —continuó Conall, con una sonrisa cruel—. Pero yo os vi. Desde el principio supe lo que erais. Y el inglés confirmó mis sospechas.

Christine se puso rígida.

—¿Qué inglés…?

Pero antes de terminar la frase, la respuesta cayó sobre ella como un mazazo.

—Darkmoor.

El mundo se desmoronó bajo sus pies. Su huida no había pasado desapercibida. Su matrimonio, su integración en el clan… todo había sido observado desde la distancia. Si Darkmoor la había estado buscando, si Conall estaba colaborando con él, entonces…

Lentamente, levantó la cabeza hacia su captor, con una certeza fría instalándose en su pecho.

—¿Qué vais a hacerme?

—No os mataré, si es lo que pensáis. No soy un monstruo.

Christine tragó saliva, intentando ignorar la punzada de miedo en su estómago.

—¿Fuisteis vos quien provocó los incendios?

Conall emitió una risa profunda, y su voz adquirió un vibrante entusiasmo:

— Para empezar de nuevo, hay que eliminar lo que contamina. ¿No es hermoso? La manera en que todo puede nacer y ser destruido en un instante.

—Habéis condenado a la gente al hambre —espetó, tratando de ganar tiempo para buscar alguna salida—. ¿Acaso no lo veis?

—Para nada —respondió con calma—. Cuando os devuelva a vuestro legítimo dueño, la recompensa me permitirá reabastecer el clan. Todos verán quién vela realmente por su bienestar, y Alistair perderá el apoyo de los suyos. Entonces, me convertiré en el nuevo laird.

Un silencio denso se instaló entre ellos, roto apenas por el sonido de cascos en la noche. Conall se incorporó, esbozando una sonrisa satisfecha.

—Al fin. Ya me estaba cansando de tanto lamento.

Christine siguió inmóvil, su mente trabajando a toda velocidad. No la había atado. No la consideraba una amenaza. Aquel descuido podía ser su única salida.

Aprovechando que él se había girado hacia la puerta, deslizó la mano con sigilo hacia su cinto. Un destello de alivió la recorrió al sentir el relieve de la daga. Pero no tuvo tiempo de actuar.

La silueta de sus pesadillas se alzó en el umbral, y un estremecimiento gélido la ancló al suelo, dejándola sin aliento.

Capítulo 38

El sonido de los cascos resonaba en la noche.

El aire olía a ceniza y desolación, pero ya no quedaba fuego que apagar.

Solo quedaban preguntas, y la más importante de todas lo carcomía por dentro: ¿dónde demonios estaba su esposa?

Habían encontrado el cadáver de Seamas en el roble, con un corte limpio de hacha, y pocos manejaban esa arma con tanta precisión como Conall.

—No ha podido ir muy lejos —gruñó Angus—. Si le ha puesto un dedo encima…

El laird apretó los dientes. No quería imaginarlo. No podía. Si Conall había traicionado su confianza, si la había tocado, pagaría con su sangre.

Entraron al castillo apresurados. Henry y James los esperaban con la misma inquietud reflejada en sus semblantes.

—¿Alguna novedad? —exigió Alistair.

—Nadie la ha visto volver. Y los enseres de Conall siguen aquí, pero él no está por ninguna parte.

Alistair golpeó la mesa con un puño.

—¡Maldita sea!

—El muy bastardo debió llevársela —dijo Angus.

—Si pretendía sacarla sin que lo notáramos, no podría haber ido muy lejos —añadió James.

Su compañero levantó la cabeza, sus ojos brillando con comprensión, como si los engranajes de su mente encajaran.

—Hace años, cuando Conall aún no era parte de la guardia, solía acompañarnos a cazar en la zona sur. Había un refugio viejo, más allá de las colinas, donde pasábamos la noche si nos alejábamos demasiado. No muchos lo conocen.

Alistair levantó la cabeza de golpe.

—¿Podrían haber ido allí?

James hizo una mueca pensativa.

—O podrían haber ido en el otro sentido. No podemos estar seguros.

—Volvamos con los caballos —lo interrumpió el capitán—. Enviaré a mis hombres a que peinen el resto de zonas. Nosotros marcharemos al sur.

—Yo acompañaré al laird —dijo James.

—Iré también —añadió Angus en un tono que no admitía réplica.

Le lanzó una rápida mirada a Alistair, quien asintió discretamente antes de decir:

—Toda ayuda será bienvenida.

James vaciló un instante antes de responder:

—No perdamos más tiempo entonces.

***

Por más que lo intentaba, las palabras se negaban a salir de su boca.

—Escocia está llena de salvajes, pero reconozco que habéis cumplido con vuestra palabra —soltó el inglés antes de entregarle una bolsa pesada y tintineante junto a un papel enrollado.

Conall le dirigió una mueca igual de desdeñosa.

—Espero que nuestros caminos no vuelvan a cruzarse —se despidió.

El lord lo observó hasta que desapareció a lomos de su caballo y, solo entonces, se volvió hacia ella. La expresión de asco se tornó en una mirada fría, endurecida por la satisfacción.

—¿Tenéis idea del escándalo en el que me habríais metido si empezaban a circular rumores de vuestra fuga? Vagando por los páramos, jugando a ser escocesa… Más vale que tengáis una buena razón por la que os marchasteis.

Christine no pudo contestar.

El hombre se acuclilló frente a ella y le agarró el rostro con rudeza, moviéndolo de un lado a otro.

—Al menos estáis en mejor forma que la última vez que os vi.

Su olor, su tacto, su voz… Nada había cambiado.

Esa voz… Esa maldita voz que la había acompañado durante meses, repitiéndole una y otra vez que no valía nada.

"Nunca serás suficiente."

El eco de aquellas palabras resonó en su mente.

Un nudo le cerró la garganta, y las lágrimas se agolparon en sus ojos.

—Aunque seguís siendo igual de débil que de costumbre —continuó él con una sonrisa ladeada—. Mejor.

Se incorporó y marchó hacia la puerta. Mientras hablaba con los hombres que esperaban fuera, Christine sintió que su vida pasaba frente a sus ojos.

Su educación, sus enseñanzas… Todo lo que le habían inculcado estaba destinado a convertirla en una esposa sumisa y obediente. ¿Y qué le había traído eso? Aunque había intentado hacer las cosas bien, volvía a encontrarse en la misma situación de siempre: atrapada en el miedo, rogando porque el destino se apiadara de ella.

Ni siquiera había podido despedirse de su esposo.

El rostro de Alistair cruzó su mente como una bendición. Su mirada intensa, la manera en la que pronunciaba su nombre, sus caricias disipando cualquier duda.

Y de pronto, comprendió.

Volvía a estar en manos de Darkmoor, pero ahora era distinto.

Antes, no tenía nada que perder. Ahora tenía un hogar al que regresar, un hombre que estaría buscándola sin descanso, una familia que la había arropado y protegido desde el primer día.

Su corazón latió con fuerza, impulsándola a reaccionar.

Otro rostro apareció en su mente.

"Usa tu gracia."

La frase resonó con claridad en su cabeza, despertándola de su letargo. Los pensamientos se sucedieron uno tras otro, enfocados en un único objetivo: sobrevivir.

Con un leve temblor, moduló su voz con la desesperación de una dama indefensa.

—Oh, gracias a Dios —sollozó—. Creí que nunca saldría de ahí.

El inglés se detuvo en seco, sorprendido por su repentino cambio de actitud.

—¿Qué estáis diciendo?

Ella alzó la cabeza y apartó a un lado el asco que sentía por dentro para poner su mejor expresión de alivio.

—¿Acaso pensabais que quería estar aquí, rodeada de animales?

La expresión de Darkmoor se suavizó, pero no pareció del todo convencido.

—Según tengo entendido, vos misma huisteis de vuestro hogar —replicó, cruzándose de brazos.

—¿Huir? Me secuestraron en medio de la noche con falsas promesas —añadió, en medio de un gemido asustado—. He rezado tanto para que me encontrarais…

La frase surtió el efecto deseado. Aceptó la mano que el hombre le tendió, estrechándola con desesperación. No tuvo que fingir el tambaleo al ponerse en pie.

—Lo habría hecho si el inútil de vuestro hermano me hubiese ayudado.

El comentario le sacudió algo por dentro, pero lo ocultó tras una mueca de desazón.

Su captor no se dio cuenta. Cuando la tuvo en sus brazos, sonrió satisfecho y la guio hacia la puerta.

—No perdamos más tiempo, pues. Tendremos oportunidad de que me lo expliquéis en el camino.

Al pasar por la puerta, la joven contó con rapidez cuántos hombres había alrededor: tres.

Su mano se deslizó al cinto, tanteando la daga. Estaba lista para actuar, pero antes de que pudiera hacer un movimiento, tres jinetes irrumpieron en la escena.

Uno de ellos se adelantó. Reconoció a Christine y desenfundó su espada, bramando con rabia:

—¡Soltad a mi mujer!

Angus y James hicieron lo mismo, preparándose para el combate.

Darkmoor se tensó y la miró de reojo. Ella, aprovechando su propio temblor, hizo el papel de su vida.

—Sacadme de aquí, por favor —suplicó al lord inglés, aferrándose a su camisa con desesperación.

—Pero ¿qué dices? —exclamó Alistair, consternado.

—¿Este es el hombre que os ha mancillado? —preguntó Darkmoor con desdén.

Christine le dirigió a su esposo una mirada rápida, esperando que comprendiera su estrategia. Luego, fingió sollozar y asintió.

—Ha sido horrible —articuló apenas, en un hilo de voz.

—¿Cómo sé que no estáis mintiendo? —la acusó su antiguo prometido.

Alistair, cada vez más confundido, volteó el rostro hacia Angus, captando su frugal sonrisa.

—¿Acaso creéis que dejaría que un sucio escocés me tocase? —escupió ella con desprecio.

El comentario fue como un golpe seco que le atravesó el estómago, pero el brillo en los ojos de su compañero disipó sus dudas. Lentamente, su expresión de desconcierto se transformó en una de alerta.

—De acuerdo, pues —dijo Darkmoor al fin—. Acabad con ellos.

Antes de que los ingleses pudieran reaccionar, Christine deslizó la daga con un movimiento fluido y la presionó contra la garganta de su líder.

—¡Soltad las armas! —ordenó con frialdad.

—Traidora —gruñó él.

Los soldados hicieron el amago de avanzar, pero ella presionó el filo hasta que un fino hilo de sangre recorrió la piel.

—¡Atrás he dicho! Soltad las armas, ahora mismo.

Estos se miraron atónitos.

En ese instante, James desenvainó su espada y apuntó a Alistair.

—Bajad la daga, milady, o lo mato aquí mismo.

No. No lo perdería.

En un movimiento calculado, dejó que su cuerpo se desplomara sin aviso.

El caos se desató en un segundo.

Alistair giró en el acto y golpeó al traidor con la empuñadura de su espada. El impacto fue certero y lo aturdió, haciéndolo tambalearse.

Christine, rápida como un relámpago, abrió los ojos y volvió a alzar el arma. Antes de que Darkmoor pudiera reaccionar, presionó la hoja contra su abdomen, justo bajo las costillas.

—¡No os mováis! —advirtió.

Él gruñó y, en un intento por apartarla, giró bruscamente el torso. El movimiento la desestabilizó, y en su esfuerzo por mantenerse erguida, su mano se crispó sobre la empuñadura.

La daga se hundió en la carne.

El rostro de Darkmoor quedó petrificado en una mueca de incredulidad, como si su mente aún no comprendiera lo que su cuerpo ya sabía.

Un lamento ahogado escapó de su garganta y cayó pesadamente de rodillas.

Christine soltó el arma con las manos temblorosas y retrocedió un paso, jadeando.

—Yo… —musitó, incapaz de apartar la vista del cadáver.

Los ingleses, paralizados por la escena, tardaron demasiado en reaccionar.

Angus y el laird no desperdiciaron la oportunidad. En un movimiento sincronizado, atacaron antes de que los enemigos pudieran alzar las armas. El choque del acero resonó en la noche, y en cuestión de segundos, el suelo quedó sembrado de cuerpos.

James, aún aturdido, intentó arrastrarse lejos, pero el laird aplastó su pecho con un pie y lo apuntó con la espada.

—¿Quién más está detrás de esto?

El prisionero apretó los dientes, su rostro retorcido por el odio, pero no habló.

Christine, con la adrenalina latiendo en sus venas, recordó lo que había visto momentos antes.

—Darkmoor le entregó a Conall un saco de monedas y un papel. Seguramente ahí estén los nombres.

Alistair presionó la espada un poco más contra el pecho de James, sus ojos encendidos con furia contenida.

—Esperemos que no se haya ido demasiado lejos.

—No creo —respondió ella, mirando a su esposo—. Marchó minutos antes de que llegarais. Además, pretende sustituirte, por lo que abandonar nuestras tierras no parece un buen plan.

Angus escupió al suelo y lanzó una mirada desdeñosa al cadáver de Darkmoor.

—Vamos a buscarlo.

Christine inspiró profundamente, con el pulso golpeándole en los oídos. Sabía que la noche aún no terminaba, pero al menos, un fantasma del pasado había caído.

Darkmoor estaba muerto.

Y ella lo había enviado al infierno.

Capítulo 39

Para fortuna del grupo, Christine estaba en lo cierto, y no tardaron en dar con él.

En vez de alejarse del lugar del delito, lograr su objetivo le otorgó a Conall una sensación de invulnerabilidad que, sumada a su ambición y su retorcida fascinación por el fuego, lo llevó de vuelta a la escena del crimen.

A pesar de su envergadura y destreza en combate, Alistair y Angus no se quedaban atrás, y lo redujeron sin mayor esfuerzo. Después, lo ataron al tronco de un árbol, lo suficientemente cerca de James para mantenerlos vigilados, pero lo bastante separados para que no pudieran comunicarse. Mientras el matrimonio los vigilaba, el capitán partió a toda prisa en busca de refuerzos.

Al principio, la pareja se centró en sus prisioneros. Cuando alguno recuperaba el sentido, lo noqueaban de vuelta con golpes certeros.

El resto del tiempo, el silencio los envolvió en un manto de pensamientos.

Christine aún asimilaba lo que había sucedido.

Había cometido un acto imperdonable: acabar con la vida de un hombre.

Los guerreros mataban para defender su hogar, sus tierras y a los suyos, pero ¿qué derecho tenía ella? No era una luchadora, no estaba entrenada para la batalla. Solo era una mujer que había arrebatado una vida.

Se volvió hacia su esposo. Estaba a pocos metros, pendiente del traidor, la sombra de la preocupación dibujada en su perfil.

Apretó los labios.

No había matado a un hombre cualquiera.

Había matado a quien la había quebrado, a quien casi destruye su vida, a quien había intentado asesinar a Alistair.

Y lo volvería a hacer si con ello protegía a los suyos.

La culpa no desapareció, pero dentro de ella germinó algo más: orgullo.

Orgullo por haber sobrevivido.

Orgullo por haberlos salvado.

Orgullo por haber demostrado que no era tan frágil como muchos creían. Como ella misma creía.

El laird, por su parte, intentaba centrarse en la guardia de los prisioneros, pero en su mente solo resonaba un pensamiento: había estado a punto de perderla.

La sensación lo carcomía, una punzada que no podía ignorar más.

Dio rienda suelta a sus pensamientos, dejando que el alivio de verla con vida se abriera paso entre la ira y el miedo.

Y entonces rompió el silencio.

—Christine…

Ella alzó la cabeza de inmediato.

—Dime.

Él echó un vistazo a los hombres atados, que seguían inconscientes, y avanzó hasta quedar frente a ella.

—¿Cómo estás?

—Bien.

La respuesta fue demasiado rápida.

Entrecerró los ojos y esperó.

Ella suspiró y desvió la vista.

—En realidad no. Me invade la pena… y la culpa.

Conmovido por su fragilidad, cerró la distancia entre ellos y la atrajo hacia su pecho.

Christine lo rodeó por la cintura y un sollozo escapó de sus labios.

—Christine —su voz descendió a un murmullo—. Acabar con una vida nunca es fácil.

Negó suavemente con la cabeza contra su pecho.

—No es eso lo que me pesa.

Él arqueó las cejas, claramente confundido.

—¿Entonces?

Christine alzó la vista.

—Sé que debería sentirme mal… pero no es así —tomó aire y continuó—. Me habría gustado no tener que hacerlo, pero fue un accidente. Y si os he salvado… no puedo arrepentirme.

Hizo una pausa antes de añadir en un susurro apenas audible:

—Aunque arda en el infierno por ello.

—No hables así.

—Es la verdad.

—No, no lo es. Como tú has dicho, nos has salvado. Y solo podemos agradecértelo.

Ella asintió, pero calló durante unos segundos.

—No pretendía hacerte daño cuando dije aquellas cosas a Darkmoor —continuó, su voz cargada de vergüenza—. Y menos que pensaras que yo no… —desvió la vista al suelo—, que no te guardo aprecio.

Alistair suspiró pesadamente.

—Debo admitir que al principio te creí.

Ella alzó el rostro de golpe, con los ojos empañados por la culpa.

—Lo siento.

Él deslizó las manos a su cintura en un roce apenas perceptible, pero abrasador.

—No te disculpes. Comprendo por qué lo hiciste.

Se inclinó para susurrarle al oído:

—Me has sorprendido gratamente, milady.

Un estremecimiento placentero recorrió el cuerpo de la joven, haciendo que la tensión del miedo se disolviera… y algo nuevo ocupara su lugar.

El miedo de no sobrevivir o, peor aún, de no volver a verlo, se convirtió en un deseo creciente por sentirlo cerca, por convencerse a sí misma de que todo lo que había hecho, lo que había perdido, no había sido en vano. Que aquello no la alejaba de él, sino que los unía más que nunca.

Lo buscó con la mirada, transmitiéndole en silencio lo que sus labios aún no se atrevían a pronunciar. Alistair comprendió el mensaje y se fundieron en un beso profundo, aferrándose el uno al otro hasta que la falta de aire los obligó a separarse.

Pero no fue suficiente.

Volvieron a buscarse con urgencia, atraídos con una necesidad desesperada. Tenían que asegurarse de que el otro estaba ahí, de que la pesadilla había terminado y que, al final de todo, solo importaba que se tenían el uno al otro.

Invadido por el mismo anhelo feroz, Alistair devoró su boca sin piedad, y cuando ella dejó escapar un pequeño jadeo, a punto estuvo de perder el raciocinio.

Un sonido familiar los obligó a separarse de golpe.

En cuestión de segundos, Angus y varios hombres más irrumpieron en la escena.

—Milaird, nos los llevamos a las mazmorras.

Alistair carraspeó antes de hablar:

—De acuerdo.

Miró de soslayo a Christine. Tenía el cabello alborotado y el rostro encendido, pero en sus ojos aún bailaba la sombra del deseo.

—Adelantaros. Nosotros nos quedaremos un poco más.

Angus no perdió la compostura, aunque en su rostro asomó un destello de reconocimiento antes de inclinar brevemente la cabeza. Sin añadir palabra, aseguraron a los prisioneros y emprendieron el regreso al castillo.

En cuanto las siluetas se emborronaron entre los árboles, Christine giró hacia Alistair, quien la observaba con gesto contenido.

—¿Estás segura? —preguntó con voz ronca.

La anticipación de lo que estaba por venir le provocó un vuelco en el corazón. Incapaz de responder, unió de nuevo sus bocas en un beso que no dejaba lugar a dudas.

—Necesito esto —susurró—. Te necesito.

La devastadora sinceridad de sus palabras rompió sus últimas barreras. La levantó entre sus brazos sin dejar de besarla y la apoyó contra el tronco de un árbol. Sus besos se tornaron más hambrientos, pero pronto la sed de más le hizo descender por su cuello, su clavícula, sus hombros. Christine ladeó la cabeza, ofreciéndole más acceso, aferrándose a sus cabellos mientras un calor abrasador se expandía por su vientre.

Alistair deslizó la mano por su silueta, recorriéndola con una avidez contenida, mientras con el otro brazo la mantenía bien sujeta

contra su cuerpo. Con movimientos seguros, apartó la tela que cubría su pecho y comenzó a besarla con una urgencia creciente. Atrapó su pezón entre los labios, acariciándolo con la lengua hasta arrancarle un gemido bajo, alimentando aún más su deseo. Entonces, ascendió hasta su rostro, devorándola con la mirada.

—Voy a ir lento —murmuró, la voz entrecortada por el deseo—. Pero es posible que te duela al principio.

Christine se mordió el labio inferior y respondió con una sinceridad desgarradora:

—No me importa. Te quiero ya.

Lo besó de nuevo, hambrienta, mientras sus manos recorrían su cuerpo, descendiendo hasta su cintura. Se aventuró bajo el kilt, a aquel territorio hasta ahora prohibido. Lo acarició con timidez, pero pronto ganó confianza, deleitándose al notar cómo su deseo por ella se volvía más evidente con cada caricia.

Un gemido ronco salió de Alistair. Rodeó su muñeca con la mano, deteniendo su movimiento.

—¿Qué ocurre?

—Necesito que pares.

—¿No te gusta?

—Al contrario —alcanzó a decir en un jadeo contenido—. Pero llevo tanto tiempo deseándote que, si sigues así, temo que esto termine demasiado pronto.

Christine no comprendió del todo a qué se refería, pero eso carecía de importancia. Dejó que apartara su mano y esperó, con el corazón desbocado, su siguiente movimiento. Alistair se deshizo del plaid y lo extendió en el suelo con cuidado. Le tendió la mano, y en su mirada descubrió una ternura que la desarmó por completo.

—Ven.

Ella se acomodó a su lado. Volvieron a besarse, esta vez con una cadencia más lenta, saboreando cada instante. El deseo se había vuelto atmósfera, una niebla espesa que lo impregnaba todo. Christine se aferró a su camisa con dedos ansiosos, arrastrada por un anhelo nuevo, profundo, que le nacía desde el centro mismo del cuerpo.

Alistair la recostó sobre el plaid y comenzó a descender por su cuerpo, siguiendo el contorno del vestido hasta llegar al borde de la falda. Deslizó las manos bajo la tela, alzándola con lentitud mientras depositaba besos pausados sobre la piel de sus muslos.

El primer roce de su boca en su centro la hizo estremecer. La sorpresa apenas duró un instante antes de disolverse en un oleaje de placer.

—¿Qué estás…?

No logró terminar la pregunta. Un gemido entrecortado brotó de sus labios al tiempo que su espalda se curvaba, entregándose por completo a aquella embestida de sensaciones. El calor de su lengua, la insistencia de cada caricia, la forma en que la exploraba sin tregua... todo la arrastraba a una espiral vertiginosa. Hundió los dedos en su cabello con ansiedad, incapaz de contenerse, hasta que la sacudió una oleada de placer que la desbordó por completo.

Alistair se incorporó sobre ella y la besó con ansia contenida, compartiendo con sus labios la intensidad del momento.

Se acomodó entre sus muslos, su cuerpo encajando con el de Christine como si hubiesen sido hechos el uno para el otro. Cuando la calidez de su deseo rozó su centro, contuvo el aliento y se detuvo. Ella, impaciente, lo buscó con un sutil vaivén de caderas, pero él la detuvo con una caricia segura.

—Eres preciosa —susurró junto a su cuello.

Christine sintió que se deshacía por dentro. Su voluntad se diluía, reemplazada por un impulso ancestral que la empujaba hacia él. Cuando Alistair finalmente cedió, la envolvió con fuerza y la reclamó en una sola embestida, llenándola por completo.

El dolor fue inmediato y la hizo contraer el rostro en una mueca de incomodidad, pero antes de que él pudiera retroceder, ella lo sujetó con las piernas, instándolo a seguir. El escozor inicial se desvaneció poco a poco, sustituido por una ola creciente de sensaciones que la desbordaron sin aviso. El placer creció en intensidad, robándole jadeos que apenas podía controlar mientras se abandonaba por entero a su unión.

—Oh, Dios… —musitó, temblando.

Alistair sonrió junto a su oído y hundió el rostro en su cuello, besándola, mientras su mano trazaba un recorrido lento por su espalda, su pecho y su cadera, como si quisiera grabar en la memoria cada rincón de su piel.

Sus cuerpos se movían al unísono, y con cada impulso, la pasión crecía, devorando lo que quedaba de razón. Alistair, perdido en ese frenesí, la sostuvo con más fuerza, hasta que un nuevo oleaje de placer la recorrió entera, haciéndola temblar bajo él. Fue entonces cuando dejó de contenerse. Bastaron unas últimas embestidas para que el clímax los alcanzara a la vez, arrancándoles el aliento en una sacudida de éxtasis compartido.

Por un instante, solo se oyeron sus respiraciones desordenadas, el latido desbocado de sus corazones resonando en la quietud del bosque.

Por un instante, no existió nada más que ellos dos.

Parte II



Capítulo 40

Lo que comenzó como un simple acuerdo había evolucionado hasta convertirse en el pilar de sus vidas.

Conforme las hojas se marchitaban, también desaparecían sus temores y dudas. Se sentía más fuerte y segura de sí misma. Su nombre era mencionado con respeto en todo el territorio, y aquellos que antes la miraban con recelo ahora la recibían con gratitud y sonrisas sinceras.

Bànrigh Solas la llamaban, "Reina de la Luz". Christine encontraba la comparación exagerada, pero prefería aquello a ser vista como un mal presagio.

Una tarde, mientras paseaban junto al lago helado, le habló a Alistair de los rumores que la rodearon a su llegada.

—¿Tan débil creen mis súbditos que soy? —respondió con una sonrisa burlona.

Christine se encogió de hombros y pestañeó exageradamente.

—¿A quién voy a engañar? —susurró él.

La atrapó en un beso inesperado, rodeándole la cintura para acercarla aún más. Ella cerró los ojos, dejándose envolver por su calidez en medio del frío invernal.

Cuando se separaron, Alistair sostuvo su mirada unos instantes, como si quisiera aferrarse a algo que aún no lograba comprender. Luego apartó la vista hacia el horizonte, y su expresión se tornó más sombría.

—Deberíamos volver —dijo con una suavidad que contrastaba con la rapidez con la que rompió el contacto.

—¿Tan pronto?

—No quiero que enfermes —replicó con una leve sonrisa, apartándole un mechón de cabello antes de tomar su mano y guiarla de regreso al castillo.

Christine no insistió. Había aprendido a leer entre líneas cuando actuaba de ese modo: no era frialdad, sino algo más profundo. Fuese lo que fuese, no quería pensarlo demasiado. Alistair se había

convertido en su refugio, en el lugar al que siempre volvería sin importar cuán difícil hubiese sido el día.

Cuando su deber lo alejaba, Christine se preguntaba cómo había soportado toda una vida sin él y no había muerto de pena. Pero los reencuentros hacían que la espera casi valiera la pena. En cuanto lo veía aparecer, corría a su encuentro. Alistair desmontaba de un salto y la atrapaba entre sus brazos para besarla con urgencia.

La gente del castillo pronto se acostumbró a aquellas muestras de afecto, aunque en público siempre eran más contenidas. Era en la intimidad donde realmente se entregaban el uno al otro, donde cada roce, cada susurro y cada jadeo hablaban de lo que nunca se atrevieron a soñar.

Desde aquella noche, Christine descubrió que la pasión distaba mucho de lo que siempre creyó que debía ser el deber de una esposa. Aprendió a buscarlo y tomar lo que quería sin reservas. Y Alistair estaba encantado.

El invierno llegó con toda su crudeza. La nieve cubrió los campos con su manto blanco y la gente se refugió en sus casas, al calor del hogar.

La inminente partida de la pequeña MacLeod tenía al castillo sumido en una melancolía silenciosa. Aunque intentaban disimularlo, era imposible ignorar la sombra de tristeza que se cernía sobre ellos. Hicieron todo lo posible para que Ailsa disfrutara del tiempo que le quedaba en casa, pero la niña, por momentos, parecía más callada que de costumbre.

Una mañana, Christine la encontró por casualidad en el jardín familiar. Estaba acuclillada en la nieve, trazando figuras con la punta de los dedos. A lo lejos, su pequeña silueta parecía quieta y serena, pero cuando se acercó, los temblores en sus hombros fueron evidentes. Su semblante se tornó serio al ver que sollozaba.

Se arrodillo a su lado y preguntó con dulzura:

—Mi niña, ¿qué ocurre?

Ella se limpió la cara con el dorso de la mano.

—Nada.

Christine exhaló un leve suspiro y le pasó un brazo por los hombros, atrayéndola con suavidad.

—Ailsa, esta es la primera vez que te veo llorar.

—No es nada, de verdad —insistió, pero su voz se quebró.

Con ternura, le retiró los restos de nieve que habían quedado en su mejilla. Aquel gesto fue suficiente para que Ailsa se rompiera. Apretó los labios y hundió el rostro contra su pecho, soltando un nuevo sollozo.

—Ven aquí —murmuró Christine.

La acunó durante largo rato, permitiéndole llorar sin prisa, hasta que poco a poco se fue serenando y ya no quedaron lágrimas que derramar.

—No quiero irme…

Christine cerró los ojos y la estrechó más contra sí.

—Lo sé...

—No me gusta ese chico, no me gusta esa gente. ¿Por qué me apartan de mi hogar?

—Eh, eh… —la interrumpió con voz calmada. Sostuvo su pequeño rostro entre las manos y la obligó a mirarla—. Nadie, jamás, podrá apartarte de nosotros. Por muy lejos que te vayas.

Ailsa pestañeó e hizo un puchero.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo —respondió con una sonrisa antes de besar su frente.

Ailsa inspiró hondo y apoyó la cabeza en su torso, aferrándose con fuerza a su manto. Ella le acarició el cabello con lentitud, dejando que el silencio hablara por ellas.

Permanecieron así un buen rato, hasta que unas pisadas en la nieve llamaron su atención. Christine las reconoció al instante y alzó la cabeza en su dirección. Con un gesto sutil, le indicó que esperara.

Alistair se quedó a unos metros, su expresión seria.

—Ailsa —susurró junto a su oído—. ¿Qué te parece si le damos una lección a tu hermano?

La niña la miró confundida, hasta que distinguió el brillo travieso en sus ojos. Una sonrisa cómplice apareció en su rostro.

—Cuando yo te diga —añadió, guiñándole un ojo.

Ailsa asintió entusiasmada y empezó a recoger nieve entre sus manos.

Christine indicó a su esposo que se acercara. Él obedeció, desconfiando de la repentina actitud inocente de ambas. Apenas había dado dos pasos cuando Ailsa lanzó la primera bola de nieve.

Le estalló de lleno en el pecho.

Alistair se detuvo en seco y miró perplejo la marca blanca. Christine soltó una carcajada y, antes de que él pudiera reaccionar, le arrojó otra bola que impactó contra su brazo.

—¿Cómo osáis atacar al laird? —preguntó, llevándose la mano al pecho con gesto dramático.

La pequeña chilló de emoción y se escondió detrás de Christine, riendo sin parar.

—¡Corre, Ailsa! —exclamó, mientras esquivaba la bola de nieve que Alistair le acababa de lanzar.

El juego se convirtió en una batalla desenfrenada. La nieve volaba en todas direcciones, entre risas y desafíos. Envalentonada, Ailsa trató de emboscar a su hermano por la espalda, pero él la atrapó en el aire, alzándola como si no pesara nada.

—¡Te tengo! —rugió feroz, mientras ella pataleaba entre carcajadas.

Christine aprovechó la distracción y le lanzó otra bola directamente a la cara.

Alistair parpadeó, sacudiéndose la nieve de las pestañas, y le dirigió una expresión amenazante.

—Oh, no… —susurró Christine, retrocediendo.

Pero era demasiado tarde.

La atrapó con un solo movimiento, pegándola a su cuerpo mientras ella fingía zafarse.

—A ver —habló con seriedad exagerada, alternando la vista entre una y otra—. ¿De quién ha sido la idea?

Las chicas intercambiaron una mirada, a duras penas conteniendo la risa. Finalmente, Ailsa levantó el dedo índice en dirección a su cuñada, quien jadeó ofendida.

—Ya sospechaba yo… —masculló Alistair, entrecerrando los ojos. Después, susurró junto al oído de su hermana—: ¿Te parece si le damos una lección?

Ailsa asintió, entre risas.

Christine aprovechó el momento para zafarse y corrió en busca de más nieve. La niña fue detrás, lanzándole pelotas de nieve, hasta que su oponente se dejó caer en el mullido manto blanco.

—¡Piedad! —rogó.

Ailsa se tiró también en la nieve y empezó a mover los brazos y las piernas, haciendo figuras. Su hermano, al ver que Christine no se movía, se agachó para ver qué pasaba.

—No me puedo mover —se quejó ella, triste.

—No te preocupes, aquí estoy para salvarte —dijo, hinchando el pecho antes de inclinarse y tenderle la mano.

Nada más aceptar su ofrecimiento, tiró de él, haciendo que cayera estrepitosamente encima de ella. Alistair le dio un beso y murmuró contra su boca:

—Tramposa…

Ella se encogió de hombros con gesto inocente.

Derrotado, se dejó caer a un lado.

Durante unos segundos, el mundo se desdibujó: el frío, la nieve, todo se desvaneció. Solo existían ellos, y sus risas flotando en el viento.

Capítulo 41

El invierno avanzó con paso lento, y cuando las nevadas comenzaron a dar tregua, el matrimonio partió a Ròscreag. Hacía meses que no veían a sus amigos, y con el cumpleaños de Brìghde acercándose, era la ocasión perfecta para reencontrarse.

El viaje fue largo, pero acompañado de un cielo despejado, lo que lo hizo más ameno. Alistair estuvo la mayor parte del tiempo a caballo, vigilando que todo estuviera en orden. Desde que habían dado con el grupo de traidores, las cosas habían estado tranquilas, pero aun así, prefería estar alerta ante cualquier posible amenaza.

Christine y Màiri viajaron en el carruaje, a salvo del frío.

La verborrea habitual de la doncella brillaba por su ausencia, sustituida por largos silencios y frecuentes miradas hacia el paisaje. De vez en cuando, las acompañaba de algún suspiro.

Christine no preguntó. Estaba segura de que, fuese lo que fuese que estuviese sucediendo, acabaría contándoselo cuando estuviera lista.

Además, su propia mente estaba demasiado ocupada como para insistir. La impaciencia le palpitaba en el pecho. No podía esperar a reencontrarse con sus amigas.

Para cuando el carruaje frenó en el patio del castillo, no pudo aguantar más. Sin esperar a que Alistair le ofreciera la mano, abrió la portezuela y saltó al suelo con la agilidad de quien ha aguardado demasiado tiempo.

Brìghde ya corría hacia ella con la misma urgencia, y cuando se encontraron a mitad de camino, se fundieron en un largo abrazo.

—Cuánto te he echado de menos —sollozó su amiga contra su hombro.

—Más que nunca —respondió, sorbiéndose la nariz.

Pasado un rato, alzó la cabeza y notó una presencia familiar aguardando pacientemente. Rosemary las observaba con una sonrisa, sus ojos brillando de emoción. Le tendió una mano, invitándola a unirse al abrazo.

La escena llenó el aire con una calidez reconfortante. Algunos de los presentes sonrieron con ternura, mientras otros hacían ver que no les había afectado.

Al separarse, juntaron las manos. Christine fue la primera en hablar:

—Tienes que contarme todo.

—Y tú a mí.

—Si habéis estado carteándoos durante todo este tiempo… —intervino Rosemary, divertida.

Brìghde le lanzó una mirada enigmática a Christine.

—Hay cosas que es mejor contar en persona.

Rosemary sonrió a su vez, y Christine abrió mucho los ojos.

—¿Ha pasado algo?

Su amiga se encogió de hombros con aire juguetón.

—Todo a su debido tiempo.

Alistair se mantuvo en segundo plano, embelesado por el momento, hasta que su prima lo buscó. Entonces se acercó despacio y la estrechó entre los brazos, transmitiéndole su afecto.

—¿Cómo te está tratando Kieran? —preguntó al separarse.

—Muy bien —respondió, sonriente—. Aunque a veces me gustaría que me diese más la razón.

—*Mo ghràdh,* ¿cuándo no lo he hecho? —irrumpió Kieran con un deje de picardía.

Rodeó la cintura de su esposa, y ella ladeó la cabeza, atrapada entre la diversión y el desacuerdo. Tras un breve suspiro, acabó girándose hacia Alistair.

—¿Y tú? Espero que trates a mi amiga como se merece.

—Como una reina —dijo con total convicción.

Para sorpresa de los anfitriones, atrajo a Christine hacia él con gesto seguro. Luego, sin la más mínima vergüenza, le dio un sonoro beso.

Christine, en cambio, no pudo evitar que el calor subiera a sus mejillas.

—Vaya, así que a esto te referías cuando decías que habíais congeniado… —bromeó Brìghde. Luego, miró a Rosemary con gesto socarrón—. ¿Ves, querida? Por eso una misiva no es lo mismo.

Esa noche, cenaron en compañía de la familia de Kieran, pero los mayores pronto abandonaron la mesa alegando cansancio. Cuando terminaron, se pusieron al día en los sofás frente a la chimenea. Rosemary no tardó en bostezar.

Antes de retirarse, Brìghde le susurró con gesto travieso:

—Quiero el pañuelo en mi mesita lo antes posible.

Ella soltó una risa queda y se despidió con una breve inclinación.

—¿Qué estáis tramando? —preguntó Christine, entrecerrando los ojos.

Brìghde tomó un sorbo de su copa y habló con naturalidad:

—He ganado la apuesta.

Alistair levantó una ceja.

—¿Qué apuesta?

—Cuánto tardaríais en acabar así —los señaló con la mano.

—¿Así cómo?

—Así de acaramelados —intervino Kieran.

Alistair abrió la boca con exagerada indignación.

—¿Habéis apostado a nuestra costa?

Christine emitió una tímida risa, pero su esposo se llevó una mano al pecho y jadeó consternado.

—No me lo puedo creer. ¿Tú sabías algo de esto?

—No, pero conociendo lo competitiva que es Brìghde, no me extraña. Lo que me esperaba es que los demás le siguierais el juego tan fácilmente.

—Bueno… —Kieran se encogió de hombros—. No era una apuesta fácil. Estábamos seguros de que acabaría sucediendo, pero no del cuándo.

—¿Y por qué razón? —preguntó Alistair, cada vez más divertido.

—Porque os parecéis más de lo que creéis —dijo su prima—. Y estaba claro desde el momento en que os hicimos la propuesta que no os pareció tan mala idea.

—Pero ¿qué dices? —se apresuró a responder Christine, alarmada—. Yo no hice nada fuera de lugar.

—Puede que no te dieras cuenta, amiga, pero nosotros estábamos en el salón, y la tensión se podía cortar en el aire.

Christine apartó la mirada, invadida de repente por una sensación de vulnerabilidad. Alistair, en cambio, soltó un suspiro ligero antes de atraerla por la cintura y romper el silencio con fingido dramatismo:

—Así que vosotros también creéis que he caído bajo un hechizo, ¿eh?

Brìghde y Kieran compartieron una sonrisa divertida.

—Solo hay que verte —afirmó Kieran, apoyando un codo en el reposabrazos del sofá.

—Dejémonos de tanta magia, por favor —interrumpió Christine —. Bastante he tenido ya.

—Cierto —añadió su amiga, con una discreta sonrisa que pronto se volvió melancólica—. Pero tenía sentido que lo pensaran.

—¿Por qué?

—Si estaban tan seguros de que Morgana os había traído problemas, supongo que necesitaban creer que tú eras la solución.

Christine percibió el cambio en Alistair y le lanzó a su amiga una mirada de advertencia. Esta captó el mensaje al instante y guardó silencio.

—Tonterías —replicó él, seco. Morgana no traía ningún mal auguro. Simplemente era tímida.

La incomodidad se instaló en el aire, imposible de ignorar.

Kieran dirigió un vistazo a su esposa, que alzó apenas los hombros, visiblemente incómoda. Tras unos segundos, se llevó la copa a los labios y habló con tono sereno:

—Eso ya da igual. Lo importante es que el peligro ha pasado… salvo el que supone enamorarse.

Otro silencio.

Brìghde le lanzó una advertencia muda, suficiente para que entendiera que debía guardar silencio.

Christine tragó saliva; una presión sorda se instaló en su estómago y se levantó del sillón.

—Creo que necesito descansar.

—Te acompaño —respondió su amiga, poniéndose en pie al instante.

Christine asintió brevemente y abandonaron la estancia.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Kieran.

Alistair se pasó la mano por el cuello, incómodo.

—Bueno, en realidad… Christine y yo no estamos enamorados.

Kieran rompió a reír con fuerza. Alistair lo fulminó con la mirada, desconcertado.

—¿Perdón? ¿Y entonces qué era todo eso del hechizo?

—Una broma entre nosotros.

—¿Y no hay algo de verdad?

—No —respondió sin dudar—. Congeniamos muy bien, pero los dos tenemos claro que no hay nada más.

Kieran frunció el ceño, escéptico.

—No sé si ella opina lo mismo.

Alistair no habló de inmediato. Se quedó contemplando su copa, haciéndola girar entre los dedos, absorto en sus pensamientos.

—Le dejé claro que no buscaba enamorarme. Ella estuvo de acuerdo.

—¿Y qué harás cuando llegue el año?

—Pues renovar el matrimonio —respondió con total naturalidad —. Puede que para entonces esté encinta.

Kieran dejó la copa sobre la mesa con un leve golpe.

—¿Y si no lo está? Puede que no quiera conformarse con una relación cordial.

—¿Por qué no? —se encogió de hombros—. Es lo mejor.

—¿Se lo has preguntado?

La mandíbula de Alistair se tensó. Alzó la copa y bebió en silencio, prolongando la respuesta unos segundos de más.

—No te ofendas, Kieran, pero no necesito consejos. Mi matrimonio está exactamente como debe estar.

Kieran levantó las manos en señal de disculpa. Pronto, la conversación derivó hacia otros asuntos, pero la idea ya se había instalado en la mente de Alistair: si Christine estaba enamorándose, aquello no terminaría bien.

***

—Lo siento —volvió a disculparse Brìghde, cuando estaban llegando a la puerta.

—De verdad, no pasa nada.

—Christine, sí que pasa.

Le tomó las manos y las apretó con suavidad.

—Es obvio que no habíais hablado de ello, y no debería haberlo mencionado.

—Brìghde, déjalo ya. Es culpa mía por no habértelo dicho antes.

—¿Quieres que hablemos de ello?

Christine vaciló unos instantes de responder:

—Preferiría que no. No sabría qué decirte.

Su amiga la observó durante unos instantes, con expresión preocupada.

—De acuerdo —cedió, antes de abrazarla—. Nos vemos mañana.

—Descansa —respondió con una débil sonrisa.

—Tú también.

Christine entró en la alcoba y cerró la puerta tras de sí. Apoyó la espalda en la madera y cerró los ojos, dejando escapar el aire que contenía.

Estuvo así hasta que su corazón recuperó la calma. Solo entonces se metió en la cama, rogando dormirse antes de su esposo llegara.

Capítulo 42

La mañana era fría, pero el cielo despejado lo convertía en un día perfecto para la caza.

Terminó de ajustarse los guantes y echó un vistazo al patio. Los demás ultimaban los preparativos de sus monturas. Se fijó en Alistair, concentrado únicamente en su caballo.

Frunció los labios, formando una línea tensa. Trató de convencerse de que no era nada, pero desde la noche anterior sentía que algo no iba bien.

Brìghde apareció a su lado, con un destello de complicidad en la mirada.

—¿Lista?

—Más que lista —respondió, intentando recuperar el ánimo.

Su amiga rio y la tomó del brazo para llevarla con los demás. Màiri y Rosemary conversaban alegremente, ajenas a la tensión subyacente. Cuando llegaron, Kieran arrugó levemente el ceño.

—¿Te encuentras bien? —preguntó a su esposa.

Ella le restó importancia con un gesto de la mano.

—Perfectamente. Espero que tengáis buena puntería, porque yo pienso llevarme el mejor botín.

El joven MacGregor suavizó el gesto y habló con una nota de satisfacción:

—Sigue soñando, *mo ghràdh*.

El comentario arrancó carcajadas generales, incluso de Alistair, lo que ayudó a Christine a distenderse. Quizás estaba exagerando las cosas.

En el bosque cercano, la nieve derretida en ciertos tramos formaba un manto irregular que crujía bajo las pisadas de los caballos. El aire cargado de humedad olía a madera mojada y tierra helada.

Christine disfrutaba de la energía vivaz del grupo. No obstante, cada vez que intentaba captar la atención de su esposo, él ya estaba enfocado en otra cosa.

Primero pensó que era casualidad. Luego, que estaba demasiado concentrado en la caza. Pero cuando ocurrió por tercera vez, la duda volvió a instalarse en su pecho. En un momento dado, aprovechó para acercarse y preguntarle en voz baja:

—¿Pasa algo?

Él tardó un instante en mirarla.

—¿Por qué lo preguntas?

Christine alzó una ceja.

—Porque estás… distante.

Alistair soltó un resoplido breve y sacudió las riendas.

—Solo estoy atento al camino.

Y sin más, aceleró el paso, dejándola atrás.

La inquietud dio paso a algo más. Algo parecido a la frustración.

Brìghde se acercó a ella con aire compungido.

—No te preocupes, querida. Los hombres y su inexplicable necesidad de hacerse los rudos. Dale un poco de tiempo.

Christine trató de sonreír, aunque la incomodidad persistía. Tiró suavemente de las riendas y se reincorporó al grupo.

Avanzaron por los senderos cubiertos de nieve. Las damas cabalgaban en formación, enfrascadas en animadas charlas, mientras los hombres abrían paso entre risas y comentarios ingeniosos.

—¿Habéis visto algo? —preguntó Rosemary al cabo de un rato.

—Sí —respondió Kieran, con fingida solemnidad—. Veo claramente un grupo de forasteros mal preparados y sin ninguna presa.

—¿Tú qué crees, Alistair? —intervino Christine con tono desenfadado, intentando provocar una reacción.

Él tardó más de la cuenta en responder.

—Kieran tiene razón —dijo al fin, sin mirarla.

Christine inhaló profundamente. A su derecha, Brìghde observaba la escena con el corazón encogido y clavó en su primo una mirada asesina.

A media mañana, hicieron una pausa en un claro para estirar las piernas.

Mientras se sacudía la nieve del abrigo, el caballo de Christine se movió bruscamente. Al girarse para ver qué ocurría, perdió el equilibrio.

Antes de que pudiera reaccionar, unas manos firmes la sujetaron por la cintura. Se encontró de frente con Alistair, más cerca de lo que había estado en toda la mañana.

—Cuidado —masculló él, su semblante preocupado.

Christine tragó saliva.

—Gracias.

Sus ojos se encontraron, y por un momento, creyó ver un destello de algo en los de él. Pero desapareció tan rápido como había aparecido.

Alistair soltó su agarre y se apartó sin decir más.

Brìghde, que había estado atenta a la interacción, resopló y murmuró para sí:

—Se acabó.

Cuando llegó hasta él, Kieran negó sutilmente con la cabeza, pero lo ignoró.

—Alistair, ¿podemos hablar un momento? —preguntó con cierta impaciencia—. A solas.

Este asintió y le ofreció el brazo. Caminaron unos metros, alejándose de los demás.

—¿Se puede saber qué pasa entre vosotros dos? —inquirió en un susurro.

Alistair resopló.

—Nada que sea de tu incumbencia.

Brìghde arqueó una ceja y se cruzó de brazos.

—Lo es si mi mejor amiga está sufriendo porque has decidido no dirigirle la palabra.

—Yo no he hecho eso.

—Oh, claro —ironizó—. Simplemente no la miras, no le hablas y huyes cuando se acerca. Si no supiera más, diría que le tienes miedo.

—No digas tonterías —bufó.

—Entonces dime qué pasa.

Alistair apretó la mandíbula.

—No pasa nada.

Brìghde soltó una exhalación, sintiendo su paciencia al límite, y lo miró fijamente.

—Mira, primo. Puede que a ti te convenza tu argumento, pero a mí no me engañas. Ayer no podíamos separaros y hoy apenas la soportas.

Él apartó la mirada, sin responder.

—¿Es por la conversación de anoche?

Percibió la incomodidad en su semblante, y supo que había dado en el clavo.

—No la castigues por mi error, por favor. No debería haberme entrometido.

—En verdad, sí que estoy un poco molesto. Pero no por lo que tú crees, y mucho menos pretendo castigarla.

—¿Y por qué entonces?

Alistair se pasó una mano por la cara, intentando ordenar sus pensamientos.

—Ni yo mismo lo entiendo.

—Pues más vale que lo hagas pronto —le reprochó con un aire de advertencia—. No me gusta veros...

Se llevó una mano al estómago, golpeada por un repentino mareo.

—Se acabó —interrumpió Kieran, que ya estaba a su lado—. Nos volvemos.

—Estoy bien...

Pero no logró terminar la frase. Un vuelco repentino en el estómago la obligó a doblarse sobre sí misma, y el desayuno terminó esparcido en la nieve.

—¿Pero qué…? —Alistair dio un paso rápido hacia ella, la alarma evidente en su voz.

Rosemary sacó un pequeño frasco de su bolsa y se lo acercó a la nariz, sin dejar de acariciarle la espalda.

—¿Estás enferma? —insistió él.

Christine, que llevaba desde ayer observándola, sonrió con genuina alegría:

—Está encinta.

Por un momento, solo hubo silencio.

Brìghde respiró hondo antes de alzar la vista, con una expresión de agotamiento.

—¿Lo sabías?

—Lo sospechaba. Kieran es bastante protector, pero esta mañana ya me parecía exagerado —bromeó Christine—. Y tú no es que seas precisamente sutil. Te has pasado el día acariciándote la tripa.

Kieran soltó una carcajada breve y se inclinó hacia su esposa.

—Te lo dije. No durarías mucho sin que alguien lo notara.

—¿Y por qué no dijiste nada? —preguntó Alistair, volviéndose hacia Christine.

—Porque imaginé que ellos querrían compartir la gran noticia —respondió, restándole importancia con un leve ademán.

Esperaron a que Brìghde se repusiera antes de abrazarla y emprender el regreso. Esta vez, Kieran la llevó consigo en la montura, rodeándola con seguridad por si volvía a marearse.

Aunque el ritmo era más pausado para no agotar a la futura madre, el trayecto se volvió más ligero para Christine, animada por la conversación sobre el nuevo miembro de la familia.

Pasaron el resto de la tarde juntos, celebrando el aniversario y las buenas nuevas. La alegría flotaba en el ambiente, alimentada por el tintineo de copas, las risas de los invitados y el calor del hogar.

Christine apartó sus inquietudes tanto como le fue posible, centrando toda su atención en su amiga. No podía evitar sonreír al verla llevarse la mano al vientre con una frecuencia casi inconsciente.

Un nudo le tensó el estómago. Resultaba extraño asimilar cuánto habían cambiado sus vidas en tan poco tiempo.

Apenas un año atrás, ninguna de las dos habría imaginado verse así: Brìghde, casada con un escocés y esperando un hijo; ella, convertida en la esposa de un hombre al que aún no terminaba de descifrar.

Cuando la tarde comenzó a teñirse de dorado, Christine consiguió llevarse a su amiga hasta un rincón apartado, lejos del bullicio. Sentadas en un sofá frente al fuego, le preguntó con cierta cautela:

—¿Cómo estás?

Brìghde dibujó una sonrisa cargada de cansancio.

—He estado mejor —bromeó—. Lo que más me molestan son las náuseas. Pensaba que solo sería al principio, pero ya ves…

Christine le dedicó una mirada comprensiva.

—No me refiero a eso, sino a que estés… encinta.

Su amiga tardó un segundo en responder, como si necesitara ordenar sus pensamientos. Luego, con voz mesurada, dijo:

—Me ha costado aceptarlo. Aún hay momentos en los que no sé qué sentir.

Volteó el rostro hacia la ventana, donde el resplandor de las antorchas dibujaba sombras cálidas sobre su perfil. En su expresión había una serenidad contenida que conmovió a Christine.

—Al poco de mudarnos, ya me sentía una más del clan —continuó—. Y la verdad es que empecé a imaginarme a pequeñas versiones de nosotros mismos, y la idea me resultó entrañable. Aún me cuesta asimilarlo del todo, pero no puedo decir que la idea me desagrade. Aunque sigue asustándome un poco…

Se giró hacia Christine y su voz descendió un tono.

—No sé si seré buena madre. Siempre he querido sentir que tenía algún control sobre mi vida. Sé que eso nunca ha estado en mis manos… y ahora tendré un hijo que dependerá enteramente de lo que haga o deje de hacer. Todos esperan que esté pletórica de felicidad, pero en mi corazón hay una inquietud que no consigo acallar.

Christine le apretó la mano con suavidad.

—Te entiendo, amiga, y sé que lo harás bien.

Brìghde le sostuvo la mirada y, tras un breve silencio, preguntó con suavidad:

—¿Y tú? ¿Cómo estás?

Ella suspiró largamente.

—Si preguntas por eso, no. No estoy encinta.

—No me refería a eso, pero está bien saberlo. Créeme: si lo hubieras estado, no me habría limitado a hablar con Alistair.

—En cualquier caso, al menos ahora sé que no eran solo imaginaciones mías.

Brìghde entrelazó los dedos sobre su regazo.

—Christine… ¿qué sientes por él?

La pregunta la tomó por sorpresa. Se removió en el asiento, incómoda.

—Me gusta, pero sé que no le puedo pedir nada más.

—No es eso lo que he preguntado. ¿Qué sientes tú?

No le gustaba el rumbo que estaba tomando la conversación. Bajó la vista a sus manos, que jugueteaban sin rumbo sobre la falda, esperando encontrar allí una respuesta más sencilla.

—¿Por qué insistes tanto?

—Porque quedan pocos meses para que finalice vuestro enlace, y tienes que tomar una decisión.

Alzó la cabeza, encontrándose con su expresión preocupada.

—No hace falta adelantarnos tanto. Recién nos estamos conociendo —hizo una pausa para tragar saliva—. Y ya has visto cómo reacciona.

—Por eso mismo lo digo. No pretendo inmiscuirme en vuestros sentimientos, pero… ¿has pensado que pasará si quedas encinta?

Los ojos de Christine se agrandaron.

—No… no creo que eso cambie nada.

Su amiga apretó los labios, debatiéndose un instante antes de decidir si debía continuar.

—Si eso ocurre, ya no tendrás la opción de decidir.

—¿A qué te refieres?

—Si tienes un hijo suyo, ¿qué harás si cuando termine el año sigue sin cambiar de opinión? ¿Quieres quedarte atada a un hombre que nunca te amará?

El nudo en su garganta se hizo más grande.

—No… no lo había pensado.

—Yo sí —susurró—. Adoro a mi primo, pero tú eres como una hermana para mí, y debo serte sincera: no quiero que un bebé sea lo único que te ate a él.

Un escalofrío recorrió la espalda de Christine. Durante un instante, el silencio se instaló entre ambas, hasta que se atrevió a preguntar:

—¿Qué sabes de Morgana?

Su amiga inclinó levemente la cabeza, pensativa.

—No mucho, solo lo que Kieran me contó en su momento.

—¿Y qué te dijo?

Brìghde suspiró.

—Que pasaban mucho tiempo juntos, pero en algún momento ella cambió. Se volvió más fría, más distante… y nadie supo por qué.

—¿Alistair tampoco?

—Él no habla del tema.

La duda se instaló en su pecho.

—¿Y qué pasó después?

—Lo próximo que supimos fue que Morgana había roto el compromiso para casarse con otro. Fue todo un escándalo. Sus padres vinieron a pedir disculpas por haber roto el contrato, pero mi tía los echó.

—¿Lady Rowena? No me lo esperaba.

—Estaba lidiando con la pérdida de su esposo y con el corazón destrozado de su hijo. Ya sabes el carácter que tiene.

Una sonrisa fugaz apareció en el rostro de Christine, pero el malestar en su pecho no desapareció.

Brìghde le apretó la mano con cariño.

—Solo digo que tengas cuidado. Te saqué de Inglaterra pensando que tendrías una segunda oportunidad. Lo último que deseo es que seas infeliz.

El nudo en su garganta se apretó hasta volverse insoportable, y antes de poder contenerse, las lágrimas se deslizaron por sus mejillas.

Su amiga no dijo nada. Simplemente la rodeó con los brazos, acunándola como si todavía fueran las jóvenes que un día soñaron con ser dueñas de su destino.

—Ya está, ya está… —murmuró, acariciándole la espalda con suavidad.

Christine hundió el rostro en su hombro, incapaz de responder.

Por primera vez en mucho tiempo, se permitió llorar.

Capítulo 43

Al día siguiente, despertó temprano y salió al patio a practicar los ejercicios que Angus le había indicado antes de partir.

El aire fresco de la mañana acariciaba su rostro y el suelo húmedo crujía bajo sus pies descalzos. Aquel ritual, que al principio había sido solo una prueba de disciplina, se había convertido en un refugio. Con cada movimiento, sentía cómo la tensión se disipaba poco a poco.

—Equilibrio —repetía para sus adentros, mientras aguantaba con una pierna flexionada hacia delante y la otra extendida hacia atrás —. El equilibrio es la clave.

El sonido de unos pasos sobre la grava rompió la tranquilidad, pero no le prestó atención.

—Has mejorado mucho.

Su corazón se detuvo un instante, y su postura vaciló antes de recuperar la estabilidad.

—Lo siento, no pretendía interrumpir —se disculpó Alistair.

Christine no respondió. En su interior, una parte de ella esperaba que él se marchara, que no insistiera. Pero la otra, aquella que había llorado en los brazos de su amiga hasta quedar dormida, quería respuestas.

—¿Necesitas algo? —preguntó al fin, evitando inclinar el rostro hacia él.

Alistair la estudió en silencio, sorprendido por su tono contenido.

—¿Ocurre algo?

—Estoy practicando.

La respuesta cortante lo descolocó. No recordaba que lo hubiese tratado alguna vez con tanta frialdad.

—¿Podemos hablar luego?

Christine cerró los ojos y tragó saliva. Cuando los abrió, deshizo la postura con un movimiento lento y controlado y alzó la cabeza. Le sorprendió el arrepentimiento en su semblante.

Por un momento, pensó en ceder.

Pero entonces recordó cómo la había tratado el día anterior, y habló con brusquedad:

—Lo que sea que me quieras decir, puedes hacerlo ahora.

Él se tomó un segundo, bajando la mirada hacia el suelo como si buscara las palabras entre los guijarros.

—Quería pedirte que vuelvas conmigo esta noche.

Se tensó ligeramente, sin saber cómo reaccionar.

—¿Disculpa?

—Tengo la impresión de que no anoche dormiste a mi lado por mi modo de actuar.

—¿Me estás pidiendo que vaya a calentarte el lecho?

—No es eso lo que quiero decir…

—¿Después de evitarme prácticamente todo el día?

Alistair se frotó la nuca, exhalando un suspiro pesado.

—Dicho así, se puede malinterpretar.

Christine entrecerró los ojos.

—¿Y cómo se debe interpretar, si no?

—Me refiero a que no quiero que estemos enfadados.

Su tono sincero casi consigue quebrar el muro que había erigido entre ellos, pero se obligó a mantenerse firme.

—Alistair, si dormí ayer con mi amiga es porque la echaba de menos y teníamos mucho de lo que hablar. Además, como tú mismo has dicho, no te comportaste bien conmigo. Comprenderás que no tenga ganas de yacer contigo.

—No pretendo que intimemos, solo…

Christine vio como apretaba los puños a los costados, cómo su mandíbula se tensaba con frustración, y supo que estaba intentando expresarse sin saber exactamente cómo.

El nudo en su pecho se hizo más fuerte. Pero después de todo lo que había llorado, ya no le quedaban más lágrimas que derramar.

—No te comprendo…

—Yo tampoco —admitió él, y su voz sonó más áspera de lo habitual—. No sé por qué he actuado así.

Ella sospechaba el por qué, pero admitirlo era abrir una herida para la que no estaba preparada.

—Me has hecho daño.

Alistair cerró los ojos y asintió. Un murmullo apenas audible escapó de sus labios:

—Lo sé. Y lo siento más de lo que puedo decir.

Lo observó sin decir nada. Sus palabras eran acertadas, sí, pero no alcanzaban.

—Demuéstramelo.

Él se quedó quieto, con la expresión ligeramente perpleja.

—¿Cómo?

—Demuéstrame que estás arrepentido.

Un rictus tenso cruzó el rostro de Alistair.

—¿Qué deseas?

—Que me trates como me merezco. Ni más, ni menos.

El silencio entre ellos se espesó. Alistair la miró con intensidad, buscando en ella una respuesta que ni él mismo alcanzaba a comprender del todo. Por un instante, pareció querer decir algo más, pero el miedo se le atascó en la garganta.

—Por supuesto —terminó diciendo.

Christine esperó.

Esperó a que hiciera algo más que promesas.

A que se acercara.

A que la tomara de la mano o que, al menos, intentara alcanzarla.

Pero no lo hizo.

Y aunque eso la hirió, también lo comprendió.

Porque él aún no sabía cómo.

Suspiró y se centró en los pliegues de su vestido. No quería discutir más. No quería seguir peleando contra algo que aún no tenía forma.

Antes de que la viera sufrir, se dio la vuelta y regresó al castillo, dejándolo solo con el peso de su propia culpa.

El resto del día, Alistair se esforzó en cumplir su promesa.

Le servía el vino antes de que ella lo pidiera, le cedía la capa cuando el viento se levantaba y se aseguraba de que nunca tuviera que levantar la voz para que la escucharan.

Seguía sin saber bien cómo actuar. No quería abrumarla con su presencia, pero tampoco deseaba que sintiera que le daba la

espalda.

Christine lo notaba. Podía sentir su mirada cuando creía que no lo veía, cómo se tensaba cuando ella se alejaba. Y, a pesar de todo, no decía nada.

Se mantuvo cordial, respondiendo sus preguntas con educación, apenas dejando que la calidez de antes se colara en su voz.

Esa noche, volvió a dormir con Brìghde.

Él no dijo nada, pero cuando pasó por su lado al retirarse, percibió la comprensión en sus ojos.

El día siguiente amaneció gris y con una brisa húmeda que anunciaba nieve. Las nubes bajas parecían pesar sobre el castillo, cubriendo el paisaje de un tono apagado y frío. Brìghde se quedó dentro, aún recuperándose del malestar de días anteriores, pero Christine necesitaba moverse.

Cuando bajó al patio, encontró con los demás en plena actividad. El sonido metálico de las espadas resonaba en el aire, mezclándose con las órdenes secas de los soldados y el chasquido de las flechas impactando en los blancos.

Kieran y Alistair entrenaban con espadas. En un lateral, sentadas sobre un banco de piedra, Màiri y Rosemary supervisaban con evidente satisfacción a unos soldados que llamaron su atención.

—¿Te animas? —preguntó Kieran al verla acercarse.

—No pienso pelear contigo. Pero puedo intentarlo con Màiri.

La aludida giró el rostro con rapidez y, por un momento, captó un destello de duda en su semblante.

—Lo haré yo —se adelantó Rosemary, poniéndose en pie—. Si no te importa.

Christine no insistió, aunque la pregunta seguía ahí. Ya encontraría la manera de averiguarlo más tarde.

—Claro, ¿quieres probar con los bastones de entrenamiento?

—Me encantaría.

Alistair, pendiente de la conversación desde que Christine había entrado en escena, redujo el ritmo de sus movimientos. No intervino, pero su atención se enfocó en ella.

Kieran le pasó uno de los bastones de madera a Christine y otro a su contrincante.

Rosemary adoptó ágilmente una posición de defensa, y en un abrir y cerrar de ojos, la práctica comenzó. Al principio, las dos midieron los golpes, tanteándose, pero no tardaron en aumentar la intensidad del ataque.

Christine disfrutó la sensación del combate, la tensión en sus músculos y la adrenalina bombeando con fuerza. El peso del bastón se convirtió en una extensión de su cuerpo y respondía a cada ataque con precisión.

El eco de la madera llenó el aire mientras intercambiaban golpes y bloqueos.

Por un rato, solo prestó atención a su cuerpo, a la sincronización de sus movimientos. La concentración la mantenía en el presente, alejando cualquier pensamiento ajeno.

Hasta que un golpe de Rosemary la hizo trastabillar y una mano firme se cerró alrededor de su brazo para evitar que cayera.

Conocía ese agarre.

Se giró y encontró sus ojos clavados en los suyos.

—Estás mejorando —dijo Alistair, soltándola despacio.

El contacto fue breve, pero la corriente que recorrió su brazo fue inconfundible.

Ella se quedó inmóvil.

Él también.

Pero no era el momento. Carraspeó y recuperó la postura, con el brillo del desafío en la mirada. Alistair comprendió sus intenciones y esbozó una sonrisa fugaz.

Christine volvió a la carga, impactando contra el bastón de Rosemary con un chasquido seco. Su adversaria, pillada por sorpresa, retrocedió un paso antes de recomponerse y devolverle el golpe.

La intensidad del enfrentamiento creció.

Los presentes se fueron apartando de sus tareas para formar un círculo a su alrededor, y el ambiente se cargó de expectación.

Lo que empezó como un simple entrenamiento pronto dio lugar a un combate con todas las letras.

El público se separó en dos bandos, animando a su favorita, aunque los gritos de aliento cambiaban de nombre cada poco rato.

Dispuesta a poner fin a la pelea, Christine se dejó caer al suelo y rodó hacia un lado en un movimiento fluido y preciso. No le importó lo poco femenino que pareciera, si con eso conseguía su objetivo.

Y así fue.

Rosemary giró hacia ella en el último instante, pero ya era tarde. Christine aprovechó su vacilación y, con un golpe certero en las pantorrillas, la desestabilizó.

La joven cayó con un leve jadeo. En un segundo, Christine ya estaba en pie de un salto, apuntándole a la garganta con el bastón.

Fin del combate.

Los presentes estallaron en vítores y aplausos.

—Pero ¿quién te ha enseñado a pelear así? —preguntó Rosemary, entre jadeos.

Christine le ofreció la mano para ayudarla a ponerse en pie y le dirigió una mirada significativa a Màiri al responder:

—Angus MacKenzie, el capitán de la guardia.

—Nada mal... —la felicitó Kieran.

—Y no has visto lo mejor —intervino Alistair, acercándose con aire relajado. Su tono sonaba ligero, pero en sus ojos había orgullo —. No la habéis visto con la daga.

Kieran alzó una ceja, claramente intrigado.

—¿Ah, sí? Eso sí que no me lo pierdo.

Christine se llevó las manos al pecho y suspiró con una tristeza exagerada:

—Me encantaría dejaros a todos anonadados con mis destrezas, pero no he probado bocado desde anoche.

—Yo tampoco —añadió Rosemary, tocándose el estómago con gesto dramático.

Kieran se inclinó en una reverencia teatral.

—No se hable más. Ordenaré que os preparen un manjar digno de vuestras excelencias.

Ambas se agarraron las faldas e hicieron una reverencia igual de exagerada, antes de romper en carcajadas.

Christine se encaminó de vuelta al castillo, pero un ligero roce en su brazo la detuvo.

—¿Puedo acompañaros? —murmuró Alistair, sin acercarse demasiado.

Por un instante, el eco del resentimiento luchó por afianzarse en su pecho. Pero la emoción que lo siguió fue más intensa, más cálida.

Anhelo.

Asintió y se giró para seguir al grupo, esperando que el caos que sentía por dentro no traicionara su gesto.

Comieron los tres en un salón íntimo, lejos del bullicio del gran comedor.

Christine intentó mostrarse serena, enfocándose en la conversación, pero la proximidad de Alistair volvía inútil cualquier esfuerzo.

Su mera presencia la ponía en alerta.

Las fugaces miradas.

El modo en que su brazo la rozaba cuando tomaba algo de la mesa.

El simple hecho de saber que estaba allí, tan cerca y, al mismo tiempo, tan distante.

Alistair también lo percibió, y poco a poco comenzó a tomar distancia.

Christine percibió el cambio. Y, aun así, no hizo nada por evitarlo. Algo en su interior se rebelaba ante esa idea.

Cuando la comida llegó a su fin, se disculpó con la mayor cordialidad que pudo, alegando que su vestido seguía húmedo por la nieve, y abandonó el lugar. En cuanto cruzó la puerta, aceleró el paso.

Un minuto más ahí y todo su auto control se desmoronaría. Necesitaba serenarse.

Fue directa a su alcoba, se deshizo del atuendo y se agachó para buscar otra prenda en el baúl. Mientras decidía cuál ponerse, escuchó el inconfundible sonido de la puerta al abrirse.

—¿He hecho algo para molestarte?

No le extrañó que fuera a buscarla.

No le sorprendió que la hubiera seguido. Se giró en su dirección, y al ver su rostro —una mezcla de arrepentimiento y anhelo

contenido— recordó que solo llevaba puesto el camisón. Lejos de amilanarse, respondió con calma:

—No.

Alistair cerró la puerta y avanzó hasta ella.

—¿Y por qué huyes ahora tú de mí?

Christine soltó un largo suspiro.

—No huyo de ti, necesitaba un momento.

Él asintió, sin reproches ni preguntas.

—De acuerdo, te veré abajo entonces.

La firmeza tranquila de su voz la descolocó más que cualquier súplica. Lo vio darse la vuelta y marchar hacia la puerta. Aquello debería haberla reconfortado, pero no hizo más que aumentar su frustración.

Las palabras escaparon de sus labios antes de poder contenerlas, más altas de lo que pretendía:

—¿Por qué me haces sentir así?

Él se giró con rapidez.

—¿Así cómo?

—Así de… impotente. Incluso cuando me enfado contigo, siento que no tengo el control de mis emociones. Una parte de mí sufre por lo que me hiciste, pero la otra solo quiere tenerte cerca.

El silencio se alargó. Estaban apenas a un metro de distancia, pero esa brecha era ilusoria. Un hilo invisible los mantenía unidos, tensándose con cada segundo. Sus respiraciones se tornaron superficiales, sus miradas atrapadas en un vaivén peligroso.

Alistair luchó contra sus impulsos, aferrándose al último rastro de paciencia. Pero entonces ella desvió la vista hacia sus labios, inhalando con fuerza. Y él no esperó más.

Cruzó la distancia en un segundo y atrapó su boca con desesperación. Ella se aferró a sus brazos, subiendo por su cuello como si fuera un salvavidas en medio de la tormenta.

No hubo más preámbulos.

La alzó por las caderas, y su cuerpo se amoldó al suyo sin resistencia. La condujo hasta la cómoda, apenas a unos pasos, y la depositó con todo el cuidado que el fervor le permitía. Sus manos buscaron el borde del camisón, ansiosas por deshacerse de la tela

que aún se interponía entre ellos, pero la maldita prenda se resistía a ceder.

Alistair gruñó contra su boca. Sin dejar de besarla, agarró la tela y la rasgó en dos. Christine jadeó por la sorpresa, pero en lugar de protestar, lo atrajo aún más hacia sí. Su otra mano descendió con destreza, liberándolo de sus prendas, guiándolo exactamente a donde ambos lo necesitaban.

El primer contacto fue un chispazo, una descarga de placer inmediato. No podían dejar de tocarse, de buscarse. Cada segundo separados era una eternidad. Cada beso, un anhelo contenido. Cada caricia, una súplica silenciosa.

—Esto me tiene aterrorizado —susurró él contra su oreja, su voz entrecortada por el placer.

Christine tembló ante la revelación.

—No…

Su cuerpo la traicionó antes de poder completar la frase. Conocía aquella sensación: la espiral de placer que la envolvía sin remedio, anulando sus sentidos hasta hacerle olvidar todo lo demás. Pero Alistair le estaba entregando una parte de sí mismo que hasta ahora había guardado con recelo. Y no podía dejarlo pasar.

—No me tengas miedo —susurró al fin, en un hilo de voz.

Él soltó un suspiro entrecortado y hundió el rostro en su cuello. Su ritmo se tornó más profundo, más intenso, más desesperado.

—No eres tú quien me asusta —murmuró contra su piel, su voz cargada de emoción—. Es lo que me haces sentir.

Ella cerró los ojos, saboreando su confesión. Se aferró más a él, dejando escapar un gemido sin reservas, su espalda arqueándose instintivamente bajo su cuerpo.

Alistair la devoró con besos hambrientos, su boca reclamando cada centímetro de piel expuesta.

—No… aún no —suplicó ella en un susurro trémulo.

El placer la alcanzó, imparable, arrastrándola sin piedad. Cada músculo se tensó a su alrededor, estremeciéndose bajo la embestida final de Alistair, que la siguió en la caída, atrapado en el mismo abismo.

Sus respiraciones se entremezclaron, los latidos resonando al unísono en el silencio cargado de la habitación. Él se dejó caer suavemente sobre ella, apoyando la frente en su clavícula, aún intentando recuperar el aliento.

Christine sonrió con languidez, deslizando los dedos por su cabello húmedo.

—Lo siento —musitó él tras unos segundos—. Pensé que estabas disfrutando.

—Y lo estaba… pero no quería que acabara tan pronto.

Se removió bajo su peso y le tomó el rostro entre las manos. Su sonrisa juguetona se encontró con la mirada encendida de su esposo.

—Te he echado de menos.

La expresión de Alistair se suavizó en un destello de ternura inesperada. Sus labios se curvaron en una sonrisa lenta, una que Christine no le había visto antes.

—Entonces no hemos terminado.

Con una agilidad que la tomó por sorpresa, se incorporó y volvió a atraparla entre sus brazos, cubriéndola con su cuerpo.

Esta vez no hubo urgencia.

Se entregó a él con la misma certeza con la que sabía que el sol volvería a salir.

Y Alistair la adoró con el mismo fervor con el que temía perderla.

No salieron hasta la hora de la cena.

Capítulo 44

Tras una semana con sus buenos amigos, los MacLeod se despidieron con promesas de reencontrarse pronto y marcharon de vuelta a Culzean.

El viaje transcurrió sin contratiempos hasta que las inclemencias del tiempo los obligaron a hacer una parada en una posada. No les importó demasiado. Cada momento a solas se había convertido en una excusa para explorarse, para aprenderse de nuevo.

A esas alturas, Christine ya no podía negarlo más: estaba profundamente enamorada de Alistair. Pero no se atrevía a sincerarse.

Veía la forma en que la miraba, cómo la tocaba, los gestos silenciosos que tenía con ella… Le costaba creer que aquel cariño no naciese del amor, pero al mismo tiempo, temía estar aferrándose a un consuelo ilusorio.

Así que decidió no presionar.

Por ahora, se conformaría con la confesión velada que le había hecho, con las pequeñas cosas que hacía por ella.

Al menos por el momento.

Por fortuna, había otras distracciones. Y una de ellas era averiguar qué estaba ocurriendo con Màiri.

La doncella no era una persona reservada. Había aprendido a reconocer cuando algo le preocupaba, pero en esta ocasión, parecía empeñada en ocultárselo. Por eso, cuando partieron de la posada y se instalaron en el carruaje, supo que había llegado el momento de abordar el tema.

Màiri iba sentada frente a ella, con las manos sobre el regazo, y la mirada perdida en el paisaje que desfilaba tras la ventanilla.

Christine fingió interés en alisar las arrugas de su falda antes de hablar con tono casual:

—Màiri…

—Sí, milady.

—No he podido evitar notar que llevas un tiempo actuando de un modo curioso.

La doncella pestañeó un par de veces antes de enderezarse.

—Yo… no estoy haciendo nada raro.

Christine entrecerró los ojos con suspicacia.

—Mientes fatal.

Màiri carraspeó.

—Milady, yo… os ruego que no me preguntéis más.

—¿Qué te ocurre? ¿Estás enferma?

Ella sacudió la cabeza con rapidez.

—¿Alguien te ha hecho daño?

Negó de nuevo.

Su señora continuó observándola, analizando cada gesto, cada vacilación.

—¿Angus te ha hecho algo?

El leve temblor en los labios de Màiri la delató. Christine se inclinó ligeramente hacia delante, sin apartar los ojos de ella. Así que era algo relacionado con él… Pero no parecía algo malo. No había miedo en su expresión… y aun así, había algo más. Un matiz de nerviosismo, una duda que no supo interpretar.

Y si Angus le había hecho algo…

—No me lo creo —dijo con firmeza, echándose para atrás en el asiento y cruzándose de brazos—. Hablaré con Alistair para que lo interrogue.

—¡No! —exclamó Màiri, incorporándose de golpe.

El movimiento la desestabilizó, pero Christine la sostuvo por los brazos, ayudándola a recuperar el equilibrio.

—No temas, querida —dijo con voz suave—. Sea lo que sea, te prometo que tienes nuestra protección.

—No necesitáis hacer nada de eso.

—Màiri… —Christine suspiró, tomándose un momento antes de continuar—. Es el capitán de la guardia y mi entrenador. Si hay algo turbio, debo saberlo.

La doncella exhaló con frustración.

—Milady, por favor…

Las lágrimas inundaron sus ojos antes de que pudiera contenerlas. Christine no lo soportó más. Se levantó y se sentó junto a ella, tomándole las manos con ternura.

—Lo siento mucho. No pretendía hacerte daño. Pero sé que algo está pasando… y me preocupa.

Màiri esbozó una sonrisa trémula y deslizó las manos sobre su vientre.

—Estoy bien, milady… lo estamos.

Christine abrió los ojos de par en par.

—No me lo puedo creer —exclamó, llevándose las manos a la boca antes de abrazarla con fuerza.

Màiri le correspondió, pero su silencio ensombreció la felicidad del momento. Christine deshizo el abrazo y, al ver la tristeza en su rostro, se tensó por un instante.

—¿Qué pasa?

Màiri agachó la cabeza.

—Lo siento. Tenía que habéroslo dicho, pero no quiero dejar de estar a vuestro lado.

Christine exhaló con suavidad, comprendiendo su inquietud.

—¿Es que acaso os vais?

La doncella apretó las manos sobre su regazo.

—No lo sé. Angus me prometió que, al volver de este viaje, nos desposaríamos. Pero no sé qué planes tiene. Ni si eso implicará marcharnos a otro lugar.

Christine le tomó de nuevo las manos, intentando transmitirle seguridad.

—Sea lo que sea que tengáis en mente, será por el bienestar de vuestra familia. Angus os cuidará bien.

Los ojos de Màiri se nublaron por la emoción.

—Lo sé, milady. Pero todo esto ha venido de repente, y yo…

Su voz se quebró antes de terminar la frase.

—¿Qué ocurre? —la animó a continuar.

La joven soltó un suspiro frustrado.

—Me he pasado la vida yendo de un lado para otro, y cuando por fin encuentro un hogar, pasa esto.

El peso de sus palabras quedó suspendido en el aire.

—Oh, ven aquí —dijo, envolviéndola entre sus brazos—. No importa la distancia, amiga mía, encontraremos la manera de volver a vernos.

Màiri se aferró con más fuerza, dejando que las lágrimas hablaran por ella.

Días después, el laird MacLeod oficiaba el enlace.

Esa noche, Christine y Alistair conversaban en la cama, como de costumbre.

Estaban de lado, mirándose en la penumbra, envueltos en el calor compartido de las mantas. Alistair dibujaba líneas perezosas sobre la piel de su esposa, explorando su silueta con lentitud. Christine, por su parte, trazaba pequeños círculos con el dedo sobre su bíceps, perdida en la familiaridad del momento.

—¿Sigues desconfiando de él? —preguntó ella en un murmullo.

—Me duele reconocerlo, pero mi abuelo y tú teníais razón. Angus ha demostrado ser el más leal de todos.

Christine sonrió y le apartó un mechón rubio detrás de la oreja. Él atrapó su mano antes de que pudiera retirarla y depositó un suave beso en la palma.

—Aunque tengo mis sospechas de que a quien guarda lealtad no es a mí, sino a vuestra excelencia.

—¿A mí? Tonterías.

Alistair asintió con solemnidad. Después, se inclinó y le besó la punta de la nariz.

—No me extraña.

Christine entrecerró los ojos.

—¿Ah, no? ¿Y eso por qué?

—Porque es imposible no guardarte devoción.

Ella sonrió, pero no dejó pasar la afirmación.

—Devoción y lealtad no es lo mismo.

—¿Qué diferencia hay?

—La lealtad implica fidelidad.

Alistair ladeó la cabeza.

—¿Y acaso te he mostrado lo contrario?

El ambiente cambió de forma imperceptible.

Christine sintió un nudo en el estómago. Sabía que la conversación iba por un camino peligroso, pero ahora que había salido el tema, no podía simplemente ignorarlo.

—Sí, supongo que sí.

—¿Supones?

Se encogió de hombros con aparente despreocupación, pero su voz salió más tensa de lo que pretendía:

—No sé lo que has estado haciendo cuando no duermes a mi lado, Alistair.

El detuvo el roce sobre su piel y se apartó ligeramente, perdiendo el tono relajado de antes.

—Tú más que nadie sabes lo importante que es la fidelidad en el matrimonio.

—Sí… en los religiosos. Pero no es nuestro caso.

Alistair apretó la mandíbula.

—¿Acaso tú…?

—¡No! —se apresuró a responder, abriendo los ojos con indignación—. Yo no he hecho nada. Pero comprenderás que tenga mis dudas. Ya me dejaste claro que no podía esperar ciertas cosas.

Alistair soltó un bufido exasperado y se pasó una mano por la cara.

—Yo no… —se interrumpió.

Con un suspiro pesado, se forzó a mirarla a los ojos.

—Christine, yo a ti te… te respeto. Y no pretendo estar con nadie más.

Ella notó que el corazón le daba un vuelco. No había dicho lo que realmente quería escuchar, pero sí algo importante: la respetaba. Y, en cierto modo, aquello tenía un peso más profundo que cualquier palabra de amor vacía.

—Espero que lo mismo aplique cuando estemos casados por la iglesia —añadió Alistair.

La incredulidad brilló en sus ojos antes de que pudiera ocultarla.

—¿Das por hecho que lo haremos?

Él arqueó una ceja.

—Por supuesto. Siempre fue lo previsto.

Christine se mordió el labio inferior, debatiéndose entre el alivio y la desconfianza.

Decidió ponerlo a prueba.

—¿Y qué pasará si con el tiempo te enamoras de otra mujer? —preguntó en voz baja, con un matiz de inquietud apenas disimulado —. ¿Seguirás siéndome fiel?

Alistair no respondió de inmediato.

Christine no apartó la mirada, buscando cualquier señal en su rostro, cualquier gesto que delatara una vacilación.

Pero él no parpadeó. No titubeó. Cuando habló, su voz fue firme.

—Eso no pasará.

—El amor no se puede controlar, Alistair.

Él acarició su mejilla y la besó antes de responder en un susurro suave:

—Contigo a mi lado, puedes estar tranquila.

Y con eso, cerró el tema.

Pero ella se quedó en silencio, preguntándose si aquello nacía del amor… o de la convicción de que su corazón nunca volvería a pertenecerle a nadie.

Capítulo 45

Cuando los primeros brotes vencieron al manto helado y el sol convirtió la nieve en charcos dispersos, llegó uno de los momentos más tristes que Christine había vivido desde su llegada a Culzean.

La familia se reunió en el exterior, acompañada de numerosos criados que observaban la escena con un pesar silencioso.

Rowena abrazó a su hija con fuerza, luchando por contener las lágrimas. Ailsa, en cambio, mantenía la compostura con una dignidad que contrastaba con su corta edad.

Christine, incapaz de soportar la despedida, se había refugiado detrás de su esposo, con el pañuelo apretado en una mano y sorbiéndose la nariz en pequeños ruiditos ahogados.

Cuando Ailsa la miró, se enjugó las lágrimas y fue a su encuentro.

—¿Recuerdas la promesa? —preguntó la pequeña, su barbilla temblando levemente.

Ella asintió.

—Vendremos a verte cuanto antes.

Aguantó la emoción hasta que Malcolm ayudó a su hermana a subir al carruaje.

El joven se había empeñado en escoltarla hasta Dochart, argumentando que, como su hermano, era su deber protegerla. Alistair había cedido, sabiendo lo mucho que significaba para él compartir esos últimos días con su inseparable compañera de aventuras.

Cuando todo estuvo listo, Alistair se acercó a Christine y, sin previo aviso, la besó. Fue un beso largo, profundo, ajeno a la presencia de los demás, como si el mundo se hubiera desvanecido a su alrededor.

—Tranquila —susurró contra su boca, saboreando la sal de sus lágrimas.

Ella asintió, sintiendo que su pecho se contraía con fuerza.

—Vuelve a casa pronto.

Alistair torció los labios en una sonrisa pícara, buscando aliviar la tensión del momento.

—¿Es que madre te ha contagiado su miedo?

Ella le dio un leve golpe en el brazo.

—No. Es lo que hace la gente cuando quiere a alguien.

El comentario fue simple, incluso inocente. Pero Alistair se quedó inmóvil, con un desconcierto que no supo interpretar.

Christine no añadió nada. No lo miró esperando una respuesta. Simplemente lo dejó ahí.

La besó una última vez en la frente y se apartó.

Pero mientras dejaba atrás el castillo, el eco de sus palabras seguía vibrando en su cabeza.

Los siguientes días estuvieron cargados de un pesar silencioso. Las criadas iban de un lado a otro cumpliendo sus labores, los saludos eran corteses, pero las sonrisas se habían evaporado. En la casa, todo recordaba la ausencia de Ailsa. El sitio vacío en la mesa, la quietud en los pasillos donde antes sonaban sus pasos veloces…

El tiempo pasaba entre la monotonía de la rutina y la necesidad de encontrar distracciones.

Christine compartía la mayor parte de sus días con las mujeres de la familia, aprovechando el buen tiempo en el exterior. Hablaban de vez en cuando, pero la mayoría de las veces guardaban silencio. Y ella lo prefería así.

Hablar demasiado suponía el riesgo de distraerse de lo único que le estaba funcionando: mantenerse ocupada.

Semanas atrás, había decidido tejer un gorro para Ailsa, algo que la acompañara en Dochart, algo suyo. No esperaba que aquella actividad le proporcionase tanta calma. Era un estado parecido al que alcanzaba al practicar con la daga: una quietud alerta, un equilibrio entre concentración y respiro.

Por eso, cuando la niña se marchó, buscó refugio en el tejido.

Ahora pasaba la mayor parte del tiempo dando forma a una mantita para el futuro hijo de Màiri.

Pero, a diferencia del ejercicio físico, tejer no bastaba para acallar sus pensamientos. Por más que fijara la vista en la lana, su mente encontraba siempre el modo de deslizarse entre las puntadas.

Y acababa volviendo, inevitablemente, a él.

¿Qué estaría haciendo?

¿De verdad le guardaría fidelidad?

¿Por qué la miró de ese modo antes de partir?

Se había repetido una y otra vez que su comentario no tenía mayor importancia. Una simple muestra de afecto, como tantas otras. Pero entonces, sin previo aviso, sus propias palabras regresaban a su mente:

"Es lo que hace la gente cuando quiere a alguien."

Y esa frase, dicha sin pensar, se enredaba dentro de ella con la misma obstinación con la que la lana se enredaba entre sus dedos.

Así, entre momentos de calma y otros de tormento, la mantita fue tomando forma.

Para cuando Alistair y el resto de los hombres regresaron, solo le faltaban unas pocas puntadas para terminarla.

Como cada vez que él regresaba de una misión, salió a recibirlo. Alistair la rodeó con los brazos, como tantas otras veces, pero algo no encajaba.

—¿Ha ido todo bien? —preguntó, tanteándolo.

Él se esforzó por sonreír. Al notar su expresión inquisitiva, soltó un suspiro y murmuró con voz cansada:

—Estoy agotado por el viaje.

Christine no insistió. Se separó lentamente y lo observó entrar en el castillo con paso arrastrado.

Esa noche durmió acunada en su pecho, repitiéndose para sus adentros que todo iba bien.

El buen tiempo se dejó ver en todo su esplendor. Los campos comenzaban a teñirse de colores vivos, la brisa traía consigo el cálido soplo de primavera y, cada mañana, el alegre canto de los pájaros los despertaba con suavidad.

Ahora que Angus había retomado sus antiguas funciones, el instructor de Malcolm ocupaba su lugar. Christine disfrutaba del entrenamiento, aunque no podía evitar echarlo en falta.

Al menos, no habían dejado de verse. Ella y su doncella habían hecho del jardín su refugio al atardecer, tumbándose sobre la hierba para disfrutar de los últimos rayos de sol. Cuando Angus encontraba

un momento libre, se escapaba de sus obligaciones para unirse a ellas. Aprovechaba la ocasión para ver los progresos de Christine y, sobre todo, para compartir tiempo con su esposa y el hijo que esperaban.

—¿Has pensado ya en un nombre? —le preguntó una tarde, mientras contemplaban el horizonte.

Màiri se sonrojó y llevó instintivamente una mano al vientre.

—Aún falta tiempo para que nazca… no quiero hacerme ilusiones.

Christine le acarició el brazo con dulzura.

—Irá todo bien, no te preocupes.

La doncella le dedicó una leve sonrisa antes de desviar la mirada hacia el valle colorido que se extendía ante ellas. Durante unos instantes, el silencio se impuso entre ambas, hasta que Màiri murmuró, casi en un susurro:

—Ewan.

Christine giró el rostro hacia ella.

—¿Cómo?

—Si es niño, Ewan. Si es niña, Flora… como mi madre.

La emoción en su voz hizo que el pecho de Christine se encogiera.

—Son nombres preciosos.

Màiri esbozó otra sonrisa y, por un momento, el aire pareció más cálido, lleno de promesas para el futuro.

El sol empezaba a ocultarse tras las colinas cuando lady MacLeod alzó la vista hacia el castillo. Un escalofrío recorrió su espalda sin razón aparente, pero lo ignoró y volvió su atención a Màiri.

***

Desde la torre más alta, Alistair la observaba.

No había subido con esa intención. Su excusa había sido revisar las defensas, pero sus ojos la buscaron por instinto.

La vio sentada en el jardín, acercándose a su doncella con un gesto dulce. Desde la distancia, su esposa era la imagen misma de la paz… y, sin embargo, se le antojaba inalcanzable.

La sensación en su pecho era extraña. No era tristeza, pero tampoco calma.

Había creído que, con el tiempo, todo se acomodaría. Que ella aceptaría las reglas del juego y él podría seguir adelante sin cuestionarse nada.

Pero Christine nunca hacía lo esperado.

Y algo en su interior se rebelaba contra aquella conveniencia.

Desde su retorno de Dochart, todo había cambiado. Durante el viaje se convenció de que, al volver, hablaría con ella. Le diría que también la quería, pero no de la forma en que ella lo anhelaba.

Pero al verla esperándolo en el patio, todo su convencimiento se desmoronó.

No había sido consciente de cuánto la había echado en falta hasta ese instante: su calidez, su pequeño cuerpo bajo el suyo, el brillo en sus ojos, la dulzura de su sonrisa.

Todo en ella parecía diseñado para romper sus defensas.

Pero no podía permitírselo.

Lo buscaba, quería estar a su lado. Y él también. Pero no era capaz.

Cada vez que intentaba relajarse, bajar la guardia, dejarse llevar, el eco de la traición se le incrustaba en el pecho como un puñal.

Ahí estaba, perdido en su propia mente, mirándola desde la distancia, preguntándose en qué momento su matrimonio dejó de ser una simple conveniencia.

Y de todo el caos que lo consumía, sola una cosa tenía clara: no quería arrastrarla a su sufrimiento.

Faltaba poco para cumplir el año.

Christine merecía ser feliz.

Y él no sabía si sería capaz de dárselo.

Capítulo 46

Partieron a primera hora de la mañana.

El cielo estaba cubierto de nubes pesadas, el aire cargado con la promesa de lluvia, pero tampoco podían esperar más.

No querían.

Habían pasado dos meses desde que Ailsa los dejó, y su ausencia seguía doliendo en cada rincón de Culzean.

Así pues, los MacLeod, a excepción de Fergus y Maeve —quienes no se veían capaces de realizar un viaje tan largo—, emprendieron el camino hacia Dochart.

Christine pasó la mayor parte del trayecto en el carruaje con Rowena, pero después de varias horas, el encierro empezó a agobiarla y los mareos la sobrevinieron. Así que alternó el viaje con momentos a caballo, disfrutando del paisaje abierto.

A veces cabalgaba en silencio, dejándose envolver por la brisa; otras, conversaba con Malcolm, que se aventuraba a acompañarlos con su juvenil entusiasmo.

Alistair la miraba sin querer hacerlo.

Cuanto más asumía que su esposa no era una simple compañera, más difícil se le hacía actuar con normalidad.

Cada gesto, cada palabra que compartían pesaba más que la anterior. Sin darse cuenta, sus movimientos se volvieron calculados; sus expresiones, medidas. No podía dejar que se acercara más. No cuando cada fibra de su ser le decía que tarde o temprano la decepcionaría.

Y sin embargo, ella lo seguía mirando como siempre, con esa sonrisa serena, con esa ternura involuntaria que parecía no conocer límites.

¿Por qué?

¿Por qué no podía dejarlo estar?

¿Por qué no le correspondía con la misma frialdad?

Apretó las riendas con tal fuerza que le dolieron las manos.

Tenían que hablar.

Pero nunca encontraba el momento.

O quizás… no se atrevía.

Poco importó lo que él pensara, pues el destino ya había decidido por ellos.

Al atardecer, pararon en una posada.

Alistair se estaba preparando para dormir, mientras Christine deslizaba la pluma sobre el papel en la mesa.

—¿Para quién es? —preguntó con genuina curiosidad.

Ella dio un ligero sobresalto, pero enseguida se recuperó.

—Para Brìghde.

—¿Y eso? ¿Por qué no esperas a volver?

—Se me olvidó responder a su última carta y no quiero que se preocupe.

Alistair inclinó la cabeza en señal de confusión. No recordaba haber recibido correspondencia de Ròscreag recientemente. Sus pensamientos se interrumpieron cuando Christine suspiró, dobló la carta y la selló con el emblema familiar antes de meterse en la cama. Se acostó bajo las mantas y le dio la espalda.

—Christine, ¿qué te ocurre?

—Nada…

Él se deslizó bajo las sábanas y la sujetó suavemente por el hombro, obligándola a volverse hacia él. Su pecho se encogió al ver sus ojos vidriosos.

—Dime qué pasa.

—Nada, yo… déjalo, por favor.

—No voy a hacerlo si sé que algo te aflige.

—Estoy preocupada por Ailsa, eso es todo.

—Seguro que está bien. Mañana por la tarde lo verás por ti misma.

Christine bajó la vista.

—No es eso…

—¿Entonces qué es?

Ella guardó silencio antes de suspirar largamente. Se incorporó en la cama y apoyó la espalda en el cabecero. Cuando alzó la vista, Alistair supo lo que iba a decir.

—No quiero que esté condenada a un matrimonio sin amor.

Él mantuvo la vista fija en ella, sintiendo cómo la conversación se deslizaba peligrosamente hacia un terreno que había evitado durante meses.

—Christine, no pienses eso.

—¿Por qué no?

—No sabemos lo que pasará. Puede que acaben amándose.

Ella apretó los labios y desvió la mirada, arrugando las sábanas entre los dedos.

—Eso es poco probable.

—¿Por qué?

—Porque el amor no se puede forzar.

—Quizás se quieran, pero no del mismo modo. ¿Qué hay de malo en ello?

Christine volteó el rostro hacia él. Había algo en su expresión, algo que le hizo contener el aliento.

—Que uno de ellos acabará, inevitablemente, sufriendo.

El silencio que siguió fue brutal.

Alistair sintió la garganta seca. Le limpió con el pulgar la lágrima que resbaló por su mejilla y, con un nudo en la garganta, murmuró:

—¿Seguimos hablando de Ailsa?

Ella negó suavemente con la cabeza.

—Sabes que no.

Apretó la mandíbula, sintiendo como algo se rompía dentro de él.

—Lo siento mucho…

—Lo sé.

—¿Lo sabes? —se sorprendió.

—Desde que te conozco, has dejado claras tus condiciones. Sé que no quieres hacerme daño, pero eso no hace que duela menos.

Alistair la atrajo hacia él y la abrazó con fuerza, mientras ella se derrumbaba por completo. Se mordió la mejilla por dentro para no acompañarla.

—Quiero que seas feliz —susurró.

Christine sollozó contra su pecho.

—Yo también.

Alistair cerró los ojos. Cada una de sus palabras lo ahogaba un poco más.

—¿Qué puedo hacer?

Ella no respondió. Solo lo abrazó más fuerte, como si temiera que, si lo soltaba, desaparecería.

Entonces, su voz sonó contra su oído, rota y frágil.

—¿Qué tengo yo de malo?

Él la miró con desconcierto.

—¿Qué dices?

—¿Por qué yo no y ella sí?

La apartó un poco, lo justo para mirarla a los ojos.

—No digas tonterías. Tú no tienes nada que ver con ella.

Ella cerró los párpados, tratando en vano de ahogar las lágrimas.

—Comprendo…

—¿Qué comprendes?

—Pensaba que nos entendíamos bien, que podía haber algo entre nosotros, pero no puedo obligarte a quererme.

Alistair sintió un vacío en el estómago.

—No, Christine. No es eso. Tú eres… eres perfecta. El problema es mío.

Ella no respondió.

—Yo… lo he intentado, pero no puedo amarte como te mereces.

Y entonces la vio romperse.

Fue tan sutil como devastador.

Su mirada se apagó y su expresión se volvió distante. Era la Christine de hace meses, la que parecía atrapada en un lugar al que él no podía llegar.

—No me he expresado bien. Quiero decir que no puedo amar a nadie. Simplemente… no puedo.

—Entiendo…

Pero supo que no era así.

—Christine…

Ella parpadeó un par de veces antes de levantarse de la cama.

—¿Dónde vas?

—No puedo estar aquí.

Alistair se levantó a su vez.

—No salgas por ahí sola.

—No puedo estar aquí.

Cada palabra le desgarraba un poco más.

—Escúchame, si lo que necesitas es estar sola, quédate aquí. Yo dormiré en otra habitación.

No recibió más respuesta que un asentimiento discreto.

El puñal en su pecho se retorció con fuerza. Avanzó con lentitud. Estuvo a punto de decirle algo al pasar junto a ella, pero se detuvo, cerró la boca y, sin atreverse a mirarla, abandonó la alcoba. Bajó las escaleras y pidió a la posadera otra habitación.

Cuando se metió en la cama fría y vacía, la soledad se instaló sobre él como una losa.

Ya no pudo contenerse.

Cerró los ojos y, sin hacer ruido, sin que nadie lo viera, Alistair se rompió por dentro y dejó que las lágrimas cayeran en la oscuridad.

Capítulo 47

El resto del trayecto transcurrió en un silencio pesado. El rostro de Christine estaba desprovisto de emoción, y su mutismo dominaba el carruaje. Rowena sospechaba la causa de su desazón, pero no se atrevió a preguntar. Ya se había entrometido una vez en la relación de su hijo y no pensaba volver a hacerlo.

Solo cuando la vio palidecer aún más, golpeó el techo para que detuvieran la marcha y salió tras ella.

Mientras le sujetaba el pelo para que acabara de echar lo poco que había comido, buscó con la mirada a Alistair, quien se acercaba a toda prisa.

—Hagamos una parada —propuso su madre.

Alistair asintió y fue a dar la orden, pero Christine le cogió del brazo y se incorporó con dificultad.

—No... Ya me encuentro mejor.

—No vamos a continuar el viaje si estás indispuesta —insistió él.

—Alistair, por favor —imploró. Su rostro era un reflejo del suyo, con la piel alrededor de los ojos hinchada y marcada por sombras oscuras—. No quiero que nos atrasemos más.

Él buscó apoyo en su madre, quien reflexionó unos segundos antes de hablar:

—De acuerdo, pero bajaremos el ritmo.

Christine asintió y dejó que la ayudara a regresar al carruaje. Alistair se quedó atrás, cada vez más preocupado.

Por fortuna, no hubo más incidentes, y cuando Dochart apareció en el horizonte, la joven MacLeod ya había conseguido recomponerse.

Nada más salir del carruaje, Ailsa ya corría hasta los brazos de su madre, sin ocultar las lágrimas. La escena la conmovió, pero también la llenó de una amarga tristeza. Apartó esos pensamientos y fue a su encuentro.

—Te dije que volvería —susurró contra su oído.

Ailsa asintió y se sorbió la nariz.

Cuando la niña se separó para seguir saludando a su familia, Christine se encontró con una sonriente Isbeil.

—¡Cuánto me alegro de veros! —exclamó la joven, envolviéndola en un abrazo cálido.

—Yo también —respondió Christine con una sonrisa cansada.

Isbeil la estudió con atención.

—¿Os encontráis bien?

Christine desvió la mirada, incómoda.

—Sí, solo estoy cansada por el viaje.

—No os preocupéis. Vuestras habitaciones ya están preparadas.

Christine abrió los ojos con sorpresa. No podía compartir habitación con Alistair.

—Necesito pediros un favor —dijo en voz baja.

Esta aguardó expectante.

—Si no es molestia… me gustaría una habitación para mí.

Isbeil se quedó sin palabras. Inevitablemente, su mirada buscó a Alistair, quien conversaba con el laird MacAuley y su esposa, ajeno a la petición.

Cuando miró de nuevo a su amiga, esta bajó la vista, con el rubor delatándolo.

—Cla… claro.

Christine tomó su brazo con un leve apretón, casi suplicante.

—Por favor. Sed discreta.

Isbeil asintió con solemnidad.

Saludó al resto de los presentes, intercambiando las palabras justas para no levantar sospechas, y se retiró a su alcoba.

***

—Despertad, vamos.

Christine sintió un leve zarandeo y emitió un quejido adormilado antes de girar sobre la almohada.

—Oh, venga, arriba —insistió Isbeil con una suave risa.

—¿Qué hora es?

—Hora de levantarse.

La joven MacAuley dejó la bandeja sobre la mesilla. El aroma del pan recién horneado y la leche caliente hizo que, aunque a regañadientes, se incorporara.

—Supuse que no querríais bajar a desayunar.

Christine suspiró y tomó la taza que le ofrecía.

—Gracias.

—¿Habéis dormido bien?

—Tan bien como cabía esperar.

Isbeil se acomodó en el borde de la cama, observándola con una expresión que no supo si interpretar como curiosidad o cautela.

—Espero que la habitación haya sido cómoda.

Christine exhaló suavemente.

—Sí, lo ha sido.

—Me alegro. Aunque… —inclinó ligeramente la cabeza, como si calibrara sus palabras—, debo admitir que fue una petición inesperada.

Lady MacLeod dejó la taza en la bandeja, tomándose un momento antes de hablar.

—Alistair y yo… discutimos.

Su amiga asintió con suavidad.

—Os entiendo. A veces, un poco de espacio es la mejor solución.

Christine agradeció su discreción y se relajó un poco, pero el tema no quedó ahí.

—Aunque debo deciros que hay alguien que sin duda se alegrará de veros aquí.

—¿Ah, sí?

Isbeil sonrió con una leve satisfacción.

—Mi hermano ha vuelto esta mañana y ya ha preguntado por vos.

Christine mantuvo la compostura y tomó un sorbo de su infusión antes de responder con calma.

—Le transmitiré mis saludos cuando lo vea.

La joven MacAuley pareció conformarse con la respuesta.

—Sea lo que sea que esté pasando entre vosotros dos, ninguna discusión merece tanto sufrimiento.

—Hay algunas que así parecen…

—Estaréis bien —le aseguró, convencida—. Formáis una pareja encantadora.

—Gracias.

Christine estuvo a punto de decir algo más, pero no fue capaz. En su lugar, asintió, esperando que su silencio fuera tomado como una afirmación.

Pero ni ella misma se lo creyó.

Por la tarde quiso quedarse en su cuarto, pero su amiga tenía otros planes. Viendo su desazón, se encargó de ocupar sus ratos para que no estuviese sola en ningún momento.

Estaban en el jardín, sentadas sobre una manta bajo un frondoso árbol. Las ramas se mecían suavemente con el viento, dejando caer pequeñas flores y hojas verdes sobre su cabello suelto. Christine pasaba las páginas del libro cada poco rato, pero su mente estaba lejos de ahí.

Seguía reviviendo la conversación, desmenuzando cada palabra en busca de algo a lo que anclarse. Pero lo único que recordaba con claridad era la sensación: un fracaso tan profundo que dolía como una herida abierta.

Había creído que podría hacer que la quisiera, que no era tan complicado. Pero aprendió a las malas que los sentimientos no se moldeaban a voluntad.

Se había pasado las últimas horas dándole vueltas, buscando una solución que no existía. Siempre llegaba al mismo punto: Alistair merecía ser feliz. Y para eso, ella no podía obligarlo a nada. El suspiro fue casi inaudible, pero el peso en su pecho siguió allí, constante.

Ambas levantaron la cabeza al escuchar unos pasos familiares.

—¡Hermano, por fin te vemos! —saludó Isbeil, sonriente. Después, inclinó sutilmente la cabeza en dirección a su acompañante —. Laird MacLeod…

—Buenas tardes, señoritas —dijo Cameron con voz aterciopelada —. Espero que estén pasando un agradable rato.

—Así es —respondió Christine.

Se incorporó y ofreció su mano al anfitrión, que la tomó con delicadeza y depositó un beso en el dorso.

Alistair se tensó por el intercambio, pero no dijo nada.

Christine retiró la mano con elegancia y le dedicó a Cameron una sonrisa educada.

—Es un placer veros de nuevo, milord.

—El placer es todo mío —respondió él con galantería—. He de admitir que no esperaba vuestra visita, pero es una grata sorpresa.

—Ailsa ha estado en mis pensamientos desde que partió —explicó Christine—. Prometí que vendría a verla pronto.

—Un gesto admirable.

—Por supuesto —intervino Alistair—. Mi esposa es una mujer de palabra.

Christine percibió la carga en su voz y desvió el tema:

—Tenéis un hogar precioso.

—Me alegra que os guste, aunque no sé si la joven Ailsa opina lo mismo.

—Seguro que sí —le aseguró—. Por lo que he podido ver, vuestra familia es encantadora. No dudo de que, con el tiempo, lo sentirá como su hogar.

—Tenéis un don para las palabras, milady.

Isbeil seguía el intercambio de palabras en silencio, sus ojos alternando entre ellos. El rictus serio de Alistair no le pasó desapercibido, y decidió intervenir antes de que la situación se prolongara, pero él la sorprendió adelantándose.

—Si me disculpáis —dijo con una impostada despreocupación—, no he podido disfrutar de la presencia de mi esposa en todo el día. Me gustaría llevármela un momento.

—Desde luego —respondió Isbeil con rapidez.

Christine aceptó el brazo de Alistair, pero su postura rígida apenas disimulaba su incomodidad.

Los hermanos presenciaron cómo la pareja se alejaba a paso lento. Isbeil, con una sonrisa, pensaba que finalmente su amiga dejaría de estar triste. Cameron, sin embargo, frunció el ceño, intuyendo que algo no encajaba.

Capítulo 48

—Te echo en falta, Christine.

Ella cerró los ojos, buscando armarse de valor.

—No me hagas esto, por favor.

—Yo… no sé cómo hacerlo mejor.

—Ya me dijiste eso.

—Porque es verdad. Eres una mujer excepcional, y tengo suerte de tenerte a mi lado. Pero yo… —titubeó—, estoy roto por dentro.

Alistair vio su sonrisa amarga y arqueó las cejas.

—¿Qué significa eso?

—Hace tiempo te dije algo similar. ¿Recuerdas tu respuesta?

Él tardó en reaccionar, pero cuando lo hizo, su pecho se contrajo con un dolor sordo.

—Que no había nada malo en ti… Pero esto es distinto.

—¿Por qué? ¿Porque no se trata solo de lujuria?

Alistair sintió que su control empezaba a resquebrajarse. Había preparado un discurso para este momento, unas palabras que creyó que suavizarían la situación. Pero el modo en que Christine hablaba, presente y a la vez distante, lo desarmaba por completo.

Ella no le dio tiempo a recomponerse.

—Me dijiste que la manera en que reaccionaba a ti no era la de alguien roto. Pues déjame decirte que yo pienso lo mismo de ti.

Él negó, confuso.

—No te comprendo.

—No importa que trates de disfrazarlo de lealtad o devoción, al final lo que importan son tus actos.

Alistair desvió la vista.

—No pretendía darte falsas esperanzas.

—Creo que a quien se las das es a ti mismo.

—¿Cómo dices? —preguntó, entrecerrando los ojos.

Detuvo el paso y se colocó frente a él, obligándolo a mirarla.

—Estás tan obstinado en no quererme que no te das cuenta de que te comportas de la manera contraria.

Sintió un frío repentino bajo la piel, y la sensación de estar atrapado lo hizo respirar más rápido.

—Christine, aunque así fuera… No puedo hacerlo.

—¿Qué es lo que no puedes hacer? —exclamó con los brazos en alto, cada vez más frustrada—. He visto cómo amas. A tus hermanos, a tu familia. Puedes amar. Pero conmigo, en cambio, te cierras en banda.

Él exhaló con frustración.

—¿Tan importante es el amor para ti?

Christine sostuvo su mirada, su voz firme.

—Sí.

La quietud entre ellos se volvió insoportable.

—¿Y qué hacemos a partir de ahora? —preguntó finalmente Alistair.

Christine sacudió la cabeza.

—No lo sé… pero no me queda mucho tiempo y debo pensarlo.

Él sintió un nudo en el estómago. Sin ser plenamente consciente de sus actos, tomó sus manos entre las suyas.

—¿No estarás diciendo que quieres irte? Podemos encontrar una solución a esto. Juntos.

Ella tragó saliva antes de responder. Sus ojos lo buscaron, pero no hubo rastro de la certeza de antaño.

—Puede que tú pienses que no mereces amor, pero yo sé que sí. Y si seguimos juntos, ni tú ni yo tendremos lo que queremos.

Alistair sintió que todo su interior se tambaleaba.

—Christine… Pensé que habíamos acordado casarnos.

Ella deshizo el agarre de sus manos.

—Necesito pensarlo —dijo con tristeza—. No es tan fácil.

—¿Vas a dejarme?

Por un instante, vio al joven que Morgana había abandonado.

—No es eso —susurró, intentando tranquilizarlo, aunque a ella misma le costaba creérselo—. Pero ya he esperado demasiado. Me insistes en que no me quieres… ¿Por qué no dejas que me vaya?

Alistair negó fervientemente con la cabeza.

—No, no.

—Alistair, por favor…

Christine vio cómo sus ojos se volvían vidriosos. Un segundo después, sus propias lágrimas rodaron por sus mejillas.

—Alistair… —repitió con voz temblorosa—. Estoy diciendo que me lo voy a pensar, no que me vaya a marchar.

Él lo sopesó en silencio, su pecho subiendo y bajando con cada respiración entrecortada.

—De acuerdo —cedió al fin.

Regresaron en silencio por el sendero.

Christine temía que cualquier palabra lo empujara al estado de sufrimiento que vio momentos antes en él. Alistair, en cambio, temía que incluso una respiración desacompasada lo devolviera al abismo de la soledad.

Se detuvieron en el umbral de la puerta. La miró largamente, grabando cada detalle de su rostro en su memoria. Su mano rozó suavemente su mejilla, un gesto fugaz pero cargado de significado. Ella cerró los ojos, dejándose acunar.

Se inclinó hacia ella y la besó. No hubo deseo ni pasión, solo miedo. Una súplica silenciosa.

Cuando se separaron, murmuró contra sus labios:

—¿Cuándo me dirás algo?

Christine sintió el eco de su propia desesperación en su voz.

—No lo sé. Pero no nos queda mucho tiempo.

Alistair asintió con rigidez, sintiendo el peso de la respuesta en el pecho.

—Decidas lo que decidas, siempre tendrás un hogar conmigo.

Christine forzó una sonrisa débil y susurró:

—Lo sé.

Acto seguido, entró en la alcoba y cerró la puerta tras de sí.

Alistair se frotó la cara con ambas manos y soltó una última exhalación antes de alejarse por el pasillo.

Al otro lado, Christine lloraba en silencio, con la cabeza hundida entre los brazos y las rodillas encogidas contra el pecho. El frío del suelo de piedra se filtraba a través de su vestido, pero no le importó. Le servía de ancla. Un recordatorio tangible de la realidad en la que se encontraba.

Cuando los hipidos se volvieron suspiros entrecortados, supo que ya no quedaban más lágrimas por derramar. Con la mente embotada y el cuerpo pesado, se obligó a moverse. Se limpió el rostro con el agua del cuenco y, tras comprobar en el espejo que su aspecto no era tan terrible como imaginaba, salió de la estancia.

La noche ya dominaba el panorama, pero el castillo resplandecía con la cálida luz de las antorchas. En los pasillos más transitados, los pilares de piedra albergaban grandes braseros encendidos, proporcionando un resguardo contra la brisa nocturna.

Tras aliviar su vejiga, emprendió el camino de regreso. A esas alturas, poco le importaba si alguien notaba su ausencia. Solo quería encerrarse entre las cuatro paredes de su habitación y dejarse consumir por su propia pena.

—¿Qué más da? —mascullaba para sí, sus pasos resonando sobre la piedra—. No volveré a verlos más.

El pensamiento le caló como una daga al rojo vivo.

¿Era eso lo que realmente quería?

Durante un año había luchado por hacerse un hueco en Culzean, y lo había logrado. No solo la respetaban, sino que había encontrado amigos, un hogar. Una familia.

Se llevó las manos al vientre.

No podía saberlo con certeza… pero lo intuía. La idea la embargó de tanto regocijo como temor.

Temor, porque no sabía qué sería de ella en unos meses.

Regocijo, porque si estaba embarazada, ya no tendría que decidir. Se quedaría en Culzean.

Pero el temor volvió a imponerse.

¿Podría resignarse a una vida sin amor?

No.

Puede que Alistair nunca llegara a amarla, pero tendría a su hijo. Y eso le proporcionaba la paz que necesitaba para no desmoronarse en ese instante.

—Buenas noches, milady.

Pegó un respingo y llevó una mano a su pecho y la otra al mango de su arma.

—¿Quién anda ahí?

—Disculpadme —habló el hombre de nuevo, avanzando unos pasos.

El brillo de las antorchas perfiló su rostro.

—Lord Cameron —murmuró ella, relajando el agarre.

Miró a su alrededor y su estómago se encogió al notar que estaban completamente solos.

—Milady, ¿tenéis un momento?

Christine se tensó.

—¿Ha ocurrido algo? ¿Es Ailsa?

—No, la niña está bien. Pero no he podido evitar notar que vos no lo estáis.

—¿Qué queréis decir?

—No sois la misma joven que conocí.

—¿Gracias? —replicó con ironía.

—Quiero decir que me preocupa. Os noto taciturna y… me pregunto si eso tiene algo que ver con la peculiar relación que tenéis con vuestro esposo.

El corazón comenzó a latirle con fuerza.

—No sé a qué os referís, milord. Pero lo que mi esposo y yo hagamos no es de vuestra incumbencia.

—Lo es si os veo así. Me preocupáis, lady Christine.

—Agradezco vuestras palabras, pero insisto en que no merecen ocupar vuestro tiempo.

—Aun así, vos ocupáis más el mío de lo que me gustaría.

El tono de su voz, la manera en la que sus palabras rozaban la piel como un susurro de promesa. Todo él hablaba de tentación.

—Voy a seros claro, milady. Quiero saber si tengo una oportunidad para cortejaros.

Christine se quedó sin aliento.

—¿Qué decís? —susurró, mirando de un lado a otro para asegurarse que nadie los escuchaba—. Estoy casada.

—Pero no por mucho tiempo, ¿cierto?

Su mundo se paralizó.

—¿Cómo lo…?

Eso fue suficiente para que Cameron confirmara sus sospechas.

Los había oído hablar horas antes, pero no comprendió el sentido de sus palabras hasta que la escuchó mencionar que no le quedaba mucho tiempo. Fue entonces cuando decidió arriesgarse.

El destello de satisfacción en su mirada bastó para que la dama se diera cuenta de que la había atrapado. Se quedó pálida, pero se obligó a recuperar la compostura.

—No sé qué pretendéis conseguir con esto. Pero no toleraré faltas de respeto ni amenazas.

Al darse cuenta de cómo habían sonado sus palabras, el joven suavizó la voz.

—No es esa mi intención. Al contrario. Mi interés por vos es sincero, y si existe la posibilidad de que me correspondáis, estaría eternamente agradecido.

—Milord, yo no…

Se quedó sin palabras cuando Cameron avanzó un paso más, acortando la distancia entre ellos. Le tomó la mano entre la suya, frotando el dorso con el pulgar en un roce suave.

Un escalofrío le recorrió la espalda. Pero, para su sorpresa, no fue solo de miedo. Por un instante, se permitió plantearse la oportunidad que le ofrecía: un cortejo genuino, una relación de amor. Sin embargo, sabía que no albergaba ningún sentimiento por él más allá del respeto. Debía aclararlo antes de que fuera demasiado tarde.

Pero él se le adelantó:

—Sois una mujer de belleza excepcional y un carácter aún más fascinante —sus ojos brillaban bajo la luz de las antorchas con una intensidad arrolladora—. Merecéis que os traten como lo que sois: una diosa.

—Milord, insisto, yo…

—¿Qué está pasando aquí?

El tono helado le congeló la sangre.

Se zafó del agarre de Cameron, quien intentó sostenerla, pero ya había girado el rostro en dirección a la voz.

Alistair.

Estaba de pie en el pasillo, su semblante oscuro. Su mirada oscilaba entre Christine y Cameron, cada músculo de su cuerpo

tenso, al borde de la explosión.

—Alistair —empezó a decir ella, con un deje de urgencia en la voz.

Pero él ya no escuchaba.

En dos zancadas, se abalanzó sobre Cameron, lo agarró por el pecho y lo estampó contra la pared de piedra con un golpe sordo que resonó en el pasillo.

—Alistair, para —exclamó, corriendo hacia ellos.

Él seguía inmóvil, su rostro a escasos centímetros del de Cameron.

—¿Cómo osas tocar a mi esposa? —amenazó con voz gélida.

Cameron levantó las manos en señal de tregua, pero Alistair no aflojó el agarre.

—No he hecho nada indebido —respondió el otro, con un tono que intentaba ser tranquilo, pero que sonaba forzado.

—¿Ah, no? —Alistair entornó los ojos—. ¿Y qué era eso de cortejarla?

Christine sintió como la sangre le abandonaba el rostro.

Lo había escuchado todo.

—Alistair, por favor —suplicó ella, desesperada.

Él giró la cabeza, y el dolor en sus ojos fue devastador.

—¿Lo defiendes?

—¡No!

Cameron aprovechó la distracción. Con un movimiento rápido, le asestó una patada en el abdomen. El impacto hizo que Alistair lo soltara y se doblara sobre sí mismo, llevándose una mano al costado. Pero la sorpresa le duró apenas un instante.

Cuando se irguió, ya era demasiado tarde. Con un rugido de furia, lanzó un puñetazo directo al rostro de Cameron, haciéndolo tambalearse hacia atrás.

—¡No! —gritó Christine de nuevo.

Unos pasos apresurados resonaron en el pasillo.

De repente, el lugar se llenó de gente. Criados, soldados, y poco después, Rowena y la señora MacAuley llegaron a la escena.

Esta última se llevó las manos a la boca y jadeó.

—¿Qué está pasando aquí? —inquirió con voz preocupada.

—Vuestro hijo —gruñó Alistair, sin apartar la mirada de su adversario—. No sabe lo que es el respeto.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó su madre, incrédula.

Enseguida, sus ojos buscaron a Christine. Estaba a un metro de ellos, respirando entrecortadamente, sus manos temblorosas.

—Christine, ¿qué ha pasado?

Esta abrió la boca, pero no encontró respuesta.

—Ha sido un malentendido —intervino Cameron, frotándose la mejilla dolorida, que comenzaba a adquirir un tono rojo preocupante.

—¿A eso lo llamas un malentendido? —bramó Alistair.

Intentó abalanzarse de nuevo, pero dos guardias lo sujetaron antes de que la situación escalase aún más.

—Lady MacLeod y yo solo estábamos hablando.

Christine sintió el peso de las miradas sobre ella.

Si decía la verdad, Cameron podría revelar a todos la farsa de su matrimonio. Pero si guardaba silencio, seguirían pensando lo peor.

El dilema la asfixió.

Así que optó por lo que realmente deseaba hacer: ser clara.

—Lo siento, lord Cameron —su voz sonó más firme de lo que se sentía por dentro—. Pero no puedo corresponderos.

Las palabras cayeron sobre los presentes como una losa.

La señora MacAuley pasó de la sorpresa a clavar en su hijo una expresión cargada de ira contenida.

Rowena, a su vez, dirigió la vista hacia Alistair, que aún luchaba por recuperar la calma. La furia latía en sus ojos, un contraste palpable con la frialdad de su voz.

—Nos vamos.

Su mirada se desvió entonces hacia Cameron, cargada de desprecio.

—Con Ailsa.

—No podéis llevaros a la niña —intervino el laird MacAuley, que había llegado momentos antes—. Tenemos un trato.

Alistair soltó una carcajada seca, sin humor.

—Ese trato se rompió en el momento en que vuestro hijo intentó ponerle las manos encima a mi esposa.

La frase retumbó en el pasillo, un recordatorio para todos de lo que Cameron había intentado hacer.

—Nuestras mujeres no están a salvo aquí —sentenció Alistair.

El laird miró a su heredero, quien desviaba la vista con una expresión hermética. Lo entendió al instante.

La protesta quedó silenciada por un cabeceo de decepción.

—Os ruego que disculpéis a mi hijo —dijo finalmente, con la voz tensa—. Sus actos no representan al clan.

Rowena intervino antes que su hijo:

—Laird MacAuley —su tono era cortés, pero firme—, no dudo de vuestras palabras, pero la situación en este momento es delicada. Permitidnos retirarnos a nuestras habitaciones. Mañana, con calma, hablaremos mejor las cosas.

El laird asintió con solemnidad. Con un gesto seco, ordenó a Cameron que se marchara.

El heredero obedeció, pero no sin antes lanzar una última mirada a Christine. Ella la sostuvo sin vacilar.

Cuando los MacAuley y los demás desaparecieron por el pasillo, Rowena exhaló con pesadez y se volvió hacia su familia. Antes de que pudiera hablar, Alistair giró sobre sus talones y se alejó apresuradamente.

La culpa carcomía cada vez más a Christine. Se giró hacia su suegra, quien la observaba en silencio. No había juicio en sus ojos, solo una tristeza palpable.

Christine desvió la vista, sin decir palabra, y echó a andar tras Alistair.

Capítulo 49

—Alistair, por favor, mírame.

Pero él seguía de espaldas, los nudillos blancos sobre el borde del escritorio.

—No es lo que tú crees —insistió, la voz quebrada por el dolor.

Al fin, se giró. Su mirada la hizo retroceder un paso.

—¿Y qué es, esposa mía? —preguntó en voz baja, amenazante—. Ilústrame.

Ella tragó saliva, sintiendo cómo la culpa se acompañaba de algo más: rabia.

—Yo… Yo no sabía que él estaba al tanto. Debió habernos escuchado.

—¿Y por eso permites que te toque? —exclamó enfurecido, haciendo que se sobresaltara.

—Solo me ha tocado la mano.

—A saber cómo habría continuado si no me hubiese entrometido.

—No puedes estar hablando en serio.

—Oh, hablo muy en serio —soltó una risa cargada de resentimiento—. Me dices que tienes que pensarte nuestra relación y al cabo de unas horas te encuentro de la mano con otro hombre. ¿Qué crees que puedo pensar?

Christine no daba crédito. Cada vez más harta de su situación, dejó que la ira tomase el control.

—No tengo la culpa de gustarle.

—¿Ah, no? —sus ojos brillaron con algo que no supo descifrar—. Porque no te vi muy contraria a sus palabras. Incluso pareció gustarte su contacto.

La culpa volvió a oprimirle el estómago. Pero no había hecho nada malo. Y no iba a dejar que la hiciera dudar de sí misma.

—¿Así que a esto es a lo que juegas, no? —continuó él.

—¿Cómo?

—Quieres que te ame, pero ya has preparado una alternativa por si lo nuestro no sale bien.

Rio de nuevo, sin humor, negando con la cabeza.

—¿Cuántas más opciones tienes, en caso de que lo tuyo con Cameron no funcione?

Una presión sorda le robó el aliento.

—No es cierto.

—¿Y qué es, Christine? Dímelo —su voz estaba cargada de veneno, pero sus ojos gritaban una súplica muda—. Porque lo que yo veo aquí es que has estado todo este tiempo pidiéndome que te ame, cuando tu plan era destrozarme e irte con otro.

Sus palabras fueron como una bofetada, como la hubiese llamado traidora, como si la hubiese ensuciado con su propia inseguridad. La furia le encendió el pecho como una llamarada.

—No vuelvas a faltarme al respeto de ese modo —cada palabra salió afilada, precisa—. ¿Cómo puedes siquiera pensar que haya tenido ojos para alguien más?

—A los hechos me remito.

—Eres un necio.

Alistair se tensó.

—¿Qué me has dicho?

Ella no se echó atrás. Dio un paso al frente, desafiante.

—Lo que has oído. Eres un necio. Y un cobarde.

Él inhaló bruscamente, como si le hubieran arrancado el aire.

—Te estás aferrando a esto para encontrar otra excusa con la que alejarme de ti. Pero no pienso consentirlo más. No voy a dejar que el único hombre al que alguna vez he amado me haga dudar de mis sentimientos.

Su declaración lo golpeó de lleno. No con miedo o angustia, sino con esperanza. Por un instante, quiso aferrarse a ella. Pero no se atrevió.

Y Christine vio su vacilación como otra de sus muchas huidas.

—Me da igual que no te guste oírlo, porque es la verdad —su corazón latía con una intensidad dolorosa, pero ya no le importó—. Te amo. Y ningún otro hombre va a cambiar eso.

El tiempo pareció detenerse. Alistair la miró fijamente, sin parpadear, mientras su pecho subía y bajaba con respiraciones irregulares. Su mente le ordenaba huir, alejarse.

No fue capaz. En un parpadeo, la distancia entre ellos se desvaneció. La atrapó por la cintura y la besó con desesperación, intentando aferrarse a lo único que le quedaba.

¿A qué?

Ni él lo sabía.

Christine jadeó contra su boca, pero no lo rechazó.

No era un beso de reconciliación. Era un asalto desesperado al muro que los separaba, a la verdad que luchaba por escapar, pero que ninguno se atrevía a derribar.

La empujó con suavidad contra la pared, reclamando su boca con hambre, en un intento desesperado por disolver sus problemas y volver a lo que una vez fueron.

Pero, entonces, algo cambió: el sabor salado invadió su boca, y se detuvo en seco. Se apartó unos centímetros, encontrándose con los ojos llorosos de su esposa.

—No puedo más —susurró ella.

Comprendió a qué se refería. Él tampoco podía seguir así, atrapado en este vaivén de emociones.

—Christine… —murmuró, con la frente pegada a la suya.

Ella tembló. Acarició su mejilla, aferrándose a la última chispa de esperanza.

—¿Por qué te cuesta tanto quererme?

Alistair cerró los ojos con fuerza.

—No es verdad.

Christine tragó saliva, luchando contra el nudo en su garganta.

—Entonces dilo.

Su pecho se contrajo en un dolor sordo. Se obligó a mirarla, con los labios entreabiertos. Pero las palabras nunca llegaron.

—No puedo.

Christine esperó a que cambiara de opinión.

Pero no lo hizo.

Sin decir más, se apartó de él y giró, sus pasos vacilantes por las lágrimas que empañaban su visión. Antes de cerrar la puerta tras de sí, vio cómo una lágrima caía silenciosa por el rostro de Alistair.

Pero ya no importaba. No esta vez.

***

Salieron de Dochart al alba, y esta vez, Ailsa iba con ellos.

A pesar de las sentidas disculpas de los líderes MacAuley, Alistair no dio su brazo a torcer. Su hermana volvería con ellos, y no había otra opción. Los anfitriones no tuvieron más remedio que aceptarlo, pues oponerse habría sido una declaración de guerra.

Ailsa viajaba en el carruaje con las damas. Aunque por dentro se sentía aliviada de regresar, el ambiente tenso a su alrededor le sugería que lo mejor era guardar silencio. No comprendía del todo lo sucedido, pero una sensación le decía que algo había cambiado.

Christine se sentía cada vez peor. La noche anterior la había pasado llorando y, ahora, atrapada en el carruaje, el viaje se le hacía eterno. A duras penas lograba dormir, y cuando lo conseguía, las náuseas volvían con fuerza, obligándolos a detenerse para que pudiera vomitar. Rowena la acompañaba, sujetándole el pelo en silencio, cada vez más intranquila.

Hacia el atardecer, hicieron una parada en la posada donde durmieron a la ida. Christine intentó comer algo, más por la insistencia de su suegra que por apetito, pero apenas consiguió llevarse unos bocados a la boca antes de excusarse y retirarse a su habitación.

El baño caliente le sentó mejor de lo esperado. Tras varios días, su cuerpo finalmente se relajó en el agua tibia. Al salir, buscó su camisón, pero antes de ponérselo, se detuvo frente al espejo de cuerpo entero.

Se puso de lado y acarició su vientre. Su corazón se encogió al sentir un leve cambio en su abdomen. Inhaló profundamente y, con voz temblorosa, comenzó a hacer cálculos. Cuando terminó, las lágrimas empezaron a caer por sus mejillas.

Hacía dos lunas que no sangraba.

—Lo siento… —susurró, con un nudo en la garganta—. No sé qué hacer.

Esa noche, su sueño estuvo marcado por unos ojos verdes, profundos y brillantes. Pero no eran los de su esposo. Eran distintos. Cálidos, inocentes, llenos de un amor puro y desinteresado.

Alguien la observaba desde las sombras de su subconsciente. Alguien que la conocía de alguna manera, que velaba por su

bienestar y anhelaba verla sonreír.

Capítulo 50

El amanecer llegó con un sabor amargo. Christine despertó sobresaltada, con una oleada de náuseas que la obligó a salir corriendo hacia la jofaina. Cuando terminó, se enjuagó la boca y se miró en el espejo. Su piel estaba pálida, pero un leve rubor teñía sus mejillas.

Se vistió con calma, retrasando todo lo posible su salida del cuarto que había convertido en su refugio, y bajó a la taberna, dispuesta a tomar un desayuno que la calmara.

Apenas puso un pie en la estancia, supo que algo no iba bien.

La algarabía habitual se había reducido a susurros, y las miradas iban a un punto concreto de la sala. Las siguió… y su estómago se contrajo.

Alistair estaba de pie, sus hombros rígidos. Frente a él, un hombre alto y apuesto, de prendas nobles, tenía el porte despreocupado de alguien acostumbrado al poder. Su sonrisa era educada, con un matiz de diversión apenas disimulado.

Pero fue la mujer a su lado quien realmente captó su atención.

Alta y esbelta, con piel nívea y cabello oscuro recogido con elegancia, vestía con sobria distinción. Sus rasgos eran refinados, casi aristocráticos, y cuando giró la cabeza con fluidez, sus ojos—de un tono claro e imposible de definir—se encontraron con los suyos.

Y sonrió. No con burla ni frialdad, sino con una amabilidad estudiada.

—Vaya… —su voz melódica tenía la entonación precisa—. Vos debéis ser la esposa de Alistair.

Se sintió fuera de lugar de repente, aunque no supo por qué. Quizás fue la familiaridad con la que pronunció su nombre o el modo en que la observaba, como si tratara de encontrar algo en ella.

Mantuvo la espalda recta y le sostuvo la mirada antes de responder:

—Sí, soy Christine MacLeod. ¿Y vos sois?

La mujer inclinó apenas la cabeza en un gesto impecablemente medido, su sonrisa aún presente.

—Morgana Fraser.

El nombre cayó entre ellas con la misma suavidad con la que lo había pronunciado, pero el peso que cargaba se sintió como una losa.

Christine no necesitó mirar a Alistair para saber que su expresión era de puro acero. Lo sintió en el aire, en la forma en que su respiración se volvió más controlada, intentando dominar una reacción visceral.

Ella, en cambio, se mantuvo impecable.

—Es un placer conoceros —continuó con gentileza. Su tono era tan afable, que casi se sintió mal por haber experimentado aquella incomodidad momentos antes—. Me ha sorprendido encontrarme con vuestro esposo después de tanto tiempo. El mundo es un pañuelo, ¿no os parece?

Christine forzó una sonrisa.

—Desde luego.

—Justo me estaban diciendo que volvéis de Dochart. Los MacAuley son una familia encantadora, ¿no os parece?

Christine asintió con cortesía, pero sus ojos se desviaron brevemente hacia Alistair. Él permanecía inmóvil, con la mandíbula apretada y el músculo de su cuello marcado por la presión contenida.

Que su presencia lo dejara así no le gustó.

El brillo de satisfacción en los ojos de Morgana dejó claro que tampoco le pasó desapercibido.

—Lord Fraser.

El tono firme de Rowena interrumpió el intercambio con la precisión de un golpe certero. Se detuvo junto a su nuera, su porte imponente irradiando autoridad.

Lady Fraser hizo una reverencia impecable.

—Buenos días, lady Rowena.

—MacLeod —la corrigió secamente.

El ligero parpadeo de Morgana fue su único desliz.

—Disculpadme —se apresuró a decir.

—Lord Fraser, ¿qué os trae por aquí? —continuó Rowena, con una cortesía medida.

—Íbamos camino a visitar a nuestros amigos los Gunn. Acaban de tener su tercer hijo.

—Transmitidles mi enhorabuena. Un niño siempre es una alegría.

Las palabras calaron en Christine más hondo de lo que habría querido admitir. Bajó la mirada, llevándose la mano al regazo sin pensarlo. Rowena lo notó, pero no dijo nada.

—Por supuesto —respondió Fraser, tomando la mano de su esposa—. Nos habría encantado asistir a vuestras celebraciones, lady MacLeod, pero, desafortunadamente, mi preciosa esposa no se encontraba en condiciones.

Morgana le dedicó una sonrisa ante el comentario, pero en cuanto giró el rostro hacia Alistair, algo cambió en su expresión.

—Esperemos que para las de este año me encuentre mejor —murmuró con una sonrisa perfectamente medida.

El calor de la rabia le subió por la garganta, pero Rowena fue más rápida.

—Eso lo tendrá que decidir la señora del clan —respondió con total tranquilidad, su tono tan elegante como implacable. Sin más preámbulos, deslizó la mano por el brazo de su nuera y, con una leve inclinación de cabeza, añadió—: Si nos disculpáis, voy a llevármela un momento.

Antes de que pudiera hacer preguntas, su suegra la condujo al jardín trasero. Por el camino, indicó al posadero que les llevase algo de comer.

—Ven, querida.

La instó a tomar asiento en un banco de piedra y esperó en silencio a que el hombre llegase con los alimentos.

—Come.

—Gracias, pero no tengo hambre.

Rowena tomó su mano y le habló con franqueza:

—Christine, necesitas comer.

Ella bajó la vista al plato. Revolvió el trozo de pan entre los dedos, pero su atención se desviaba constantemente hacia el interior de la posada.

—No sufras por Alistair, estará bien. Tú come.

Apretó el pan con más fuerza, incapaz de ocultar la inquietud que la consumía.

—Esa mujer… no me gusta —susurró con un deje de frustración.

Rowena siguió la dirección de su mirada, pero su expresión se mantuvo serena.

—A mí tampoco. Pero no temas, Alistair solo tiene ojos para ti.

Las palabras pretendían tranquilizarla, pero en lugar de eso, algo dentro de Christine se rompió. Un sollozo escapó de su garganta antes de que pudiera detenerlo.

—Christine… —Rowena suspiró con pesar y la atrajo hacia ella en un abrazo cálido—. Vamos, mi niña, no llores. Todo irá bien.

Se aferró a su suegra, temiendo que, de soltarla, todo a su alrededor se desmoronaría.

—Lo siento —logró decir entre lágrimas—. Es que… son demasiadas cosas.

—Lo sé… pero no te preocupes —susurró Rowena, acariciándole la espalda.

—Lady Rowena… ¿Qué me podéis decir de lady Morgana?

Su suegra la contempló en silencio por un momento, evaluando su pregunta. Luego, apoyó los codos sobre la mesa, su expresión seria y algo distante.

—No voy a mentirte, querida. Alistair y ella se querían. Pero siempre tuve la impresión de que ella se quería más a sí misma.

Christine parpadeó, sorprendida ante la honestidad de su respuesta.

—¿Por qué lo pensáis?

Rowena dejó escapar un suspiro profundo, y su mirada se desvió brevemente, marcada por el peso del recuerdo.

—Porque lo demostró cuando decidió irse con lord Fraser.

—¿Sabéis por qué lo hizo?

—Cometí lo que, en su momento, creí un error. Encontré unas cartas que intercambiaba con lord Fraser y la confronté. No suelo inmiscuirme en estas cosas, pero Ciarán había fallecido hacía poco y no estaba en mis cabales. Le dije que debía elegir entre los dos, que no podía hacerle eso a mi hijo. Y así lo hizo.

Christine intentó contener la emoción, pero el dolor de su suegra la afectó profundamente.

—No debéis culparos por eso. Hicisteis lo que considerasteis mejor para vuestro hijo.

Rowena sonrió, pero su mirada volvió momentáneamente al pasado.

—Nunca me he arrepentido de esa decisión. Pero sí de haber visto el sufrimiento de Alistair. Hasta el día en que apareciste.

Las palabras le calaron hondo, aunque intentó no mostrarlo. Su suegra le apretó las manos con ternura.

—No dejes que el miedo te haga dudar de lo que vales. Alistair encontrará su camino. Y yo sé que, si alguien puede ayudarle a hacerlo… eres tú.

Ella tragó saliva, conmovida y a la vez aterrada.

Terminó el desayuno bajo la estricta vigilancia de Rowena y volvió a su alcoba. Por el camino, no se reencontró los Fraser, pero tampoco con Alistair. Sacudió la cabeza, intentando apartar los pensamientos intrusivos que amenazaban con destrozar su coraza. Rozó de nuevo su vientre y el gesto hizo que su respiración se calmara.

Se sentó en el borde de la cama y respiró profundamente.

¿Y si Alistair nunca encontraba su camino?

¿Y si ella no podía hacer nada al respecto?

Cerró los ojos, conteniendo la emoción que amenazaba con desbordarse.

¿Y si, en realidad, nunca fue su responsabilidad asegurarse de que lo hiciera?

No podía forzarlo a quererla, pero él tampoco podía forzarla a que se quedara. O al menos así era hasta hace poco. Ahora, ya no estaba sola en esto. Ahora, tenía que decidir si privar a su hijo de un padre y a Alistair de él.

¿Lo querría? ¿O lo rechazaría del mismo modo que a ella?

No. No podía ser. Alistair era capaz de amar. Lo había visto con su familia, con su gente. Y aquella mañana, en presencia de Morgana, comprendió que también podía amar de ese modo.

Solo que no a ella.

No era la primera vez que lo pensaba, pero eso no hacía que doliera menos.

—¿Qué hacemos, pequeño? —susurró, acariciando su vientre.

El niño era inocente. No podía arrebatarle a su padre, a sus tíos… no podía arrebatarle a su familia.

Ya había perdido a la suya. No podía permitir que su hijo pasara por lo mismo. Se puso en pie y soltó un último suspiro. La decisión estaba tomada.

Pero antes, debía asegurarse de una cosa: podría resignarse a que su esposo no la amara jamás, pero no toleraría ser invisible para él. Una cosa era albergar sentimientos por otra mujer. Otra, que todo el mundo lo notara.

Cuando se llevaron el pequeño macuto que traía consigo, cerró la puerta y se alejó con paso decidido.

Tenía que hablar con Alistair.

Capítulo 51

Alistair deslizó la mano por el lomo de su caballo, sintiendo la calidez de su piel bajo los dedos. El animal resopló, impaciente, pero él no tenía prisa.

Ajustó la cincha con movimientos mecánicos, su mente muy lejos de la caballeriza. Llevaba días sumido en el mismo torbellino de pensamientos, atrapado en una red de dudas y arrepentimientos que no le permitían encontrar descanso.

"No puedo amarte."

Mentira.

Cada vez que repetía esa frase en su cabeza, sentía que su estómago se retorcía. Porque, en el fondo, sabía la verdad.

"¿Por qué te cuesta tanto quererme?", le había dicho entre lágrimas.

No era así. Quererla le era tan natural como respirar. No podía ser de otro modo. Lo que le costaba era dejarse querer. Se había convencido a sí mismo de que estaba roto, de que no tenía nada que ofrecerle. De que ella merecía algo más. Pero la sola idea de verla con otro… la imagen de Cameron tomando su mano, hablándole en susurros… aún le revolvía las entrañas.

No quería que se fuera. Que lo viera como una opción fallida. Que encontrara en otro lo que él había sido demasiado cobarde para entregarle.

No.

Christine era suya.

No como una posesión, sino como un hecho innegable. Como el aire que respiraba. Como la sangre que corría por sus venas.

Y si tenía que aprender a decirlo en voz alta, lo haría.

Tiró de las riendas con un gesto decidido. Ya no tenía sentido seguir negándolo. Lo que sentía por ella no se comparaba con nada. Ni con lo que creyó sentir por Morgana, ni con ningún otro lazo en su vida.

La quería a su lado. Siempre.

Podía aprender. Podía mejorar. Christine merecía que lo intentara.

"No puedo más", le había dicho.

Respiró hondo.

¿Y si era demasiado tarde?

—Cobarde —masculló para sí mismo.

—Alistair…

Se quedó inmóvil.

El tiempo pareció ralentizarse mientras reconocía aquella entonación perfecta, aquella dulzura afilada.

Se giró lentamente.

Morgana.

No respondió de inmediato. Se limitó a mirarla con un rostro impasible, maldiciendo para sus adentros la tensión que recorría su cuerpo. Odiaba que aún tuviera ese poder sobre él.

—¿Qué quieres? —preguntó al fin, su voz tensa.

Su expresión se endureció por un momento, pero pronto volvió a recobrar la calma.

—Vaya, parece que lady Rowena no es la única que me guarda antipatía.

Alistair fingió concentrarse en la correa del caballo, pero su cuerpo se volvió aún más rígido al escuchar sus pasos acercándose. Cuando sintió su mano posarse en su hombro, su mandíbula se apretó.

—He venido a disculparme.

Eso lo pilló por sorpresa. Se giró hacia ella, le apartó la mano sin rastro de delicadeza y preguntó con sequedad:

—¿Por qué exactamente?

—Por todo.

—Dilo.

Morgana desvió la mirada por un breve instante, pero rápidamente la volvió a clavar en él. Esos ojos grises, como la quietud antes de la tormenta. Como ella misma.

—Dilo —repitió él.

—Ya sabes a lo que me refiero.

—¿A qué exactamente? ¿A que me engañabas mientras lloraba la muerte de mi padre?

Dio un paso hacia ella, obligándola a retroceder.

—¿A que, aun así, pretendieras casarte conmigo? ¿O a lo que me dijiste cuando te marchaste?

—Alistair, yo…

Pero él ya estaba furioso. A pesar de ello, mantuvo su voz contenida, cargada de una frialdad que hacía mucho tiempo que no dirigía a nadie.

—Espero que tu esposo sepa satisfacer tus necesidades —continuó sin inmutarse—. De lo contrario, tendrás que buscarte a otro con quien jugar.

Morgana titubeó por un momento. El golpe la pilló desprevenida, pero se recompuso de inmediato.

—Alistair, solo quiero que me escuches. Desde que me fui, yo… no he podido dejar de pensar en ti.

Él soltó una risa seca.

—Qué conveniente.

Ella frunció los labios, pero su expresión se suavizó al instante, transformándose en una súplica contenida, la misma que, en el pasado, habría sido capaz de desarmarlo por completo.

—Lo digo en serio —insistió, y dio un paso adelante—. Fui una estúpida. Creí que lo nuestro no funcionaría.

Alistair la observó sin emoción, el semblante intacto.

—Dime, Morgana —su voz era un susurro cortante—, ¿te diste cuenta de eso antes o después de saber que me habrían nombrado laird?

Su silencio le dio la respuesta.

—Lo sabía.

—¿Y tú qué? —acusó ella.

—¿Disculpa?

—La última vez que nos vimos, dijiste que no existía nadie más para ti que yo. Que jamás podrías amar a nadie como me amaste a mí. Y ahora resulta que te has desposado.

Alistair movió la cabeza con evidente desdén.

—Así que es eso… ¿No te complace que haya seguido adelante?

No obtuvo respuesta.

—¿Recuerdas lo último que me dijiste antes de marcharte? —siguió él.

Ella pestañeó, y por primera vez, la máscara de serenidad vaciló.

—Alistair…

—No necesito a un hombre que se desmorona como un niño por la muerte de su padre. Con esa debilidad, nunca llegarás a nada.

Morgana palideció.

Y Alistair comprendió.

Aquella frase lo había marcado más de lo que jamás habría admitido.

Había hecho del autocontrol una coraza, de su silencio un escudo. Se había convencido de que sentir era una debilidad, que permitir que alguien lo viera vulnerable solo le traería más humillación.

Por eso, cuando Christine se lo pidió, no pudo.

Porque amar era exponer la garganta al filo de una daga.

Porque si volvía a abrirse, ¿qué impediría que, un día, ella también lo considerara insuficiente?

No, Christine no era así. Ella lo quería tal y como era, sin condiciones ni expectativas irreales. Y merecía a un hombre valiente, un hombre que no temiera mostrarse vulnerable ante ella. Alguien que la amara y la hiciera sentir, cada día, que era lo más preciado en su vida.

Él quería ser ese hombre.

No.

Había nacido para ser ese hombre. No para liderar un clan, sino para construir un hogar. Un hogar al lado de la mujer que, sin proponérselo, había conquistado cada rincón de su alma desde el momento en que, sonrojada en su despacho, aceptó la unión de manos.

La decisión estaba tomada.

Tenía que encontrar a Christine. Decirle que la amaba. Que nunca hubo otra opción para él. Que su vida no tenía sentido si no era a su lado.

Echó un último vistazo a Morgana, su expresión endurecida por el hastío. Aquello no tenía sentido. Ya no.

—Fui una estúpida —se excusó Morgana, ajena a sus pensamientos—. No medí mis palabras, estaba confundida…

—No —la cortó—. Dijiste exactamente lo que pensabas. Me viste roto y te desagradó. Te molestó que no fuera la imagen perfecta del hombre que querías.

La crudeza de sus palabras la hizo tambalearse. Pero antes de irse, un destello captó su atención, y supo que esa era su última oportunidad.

—Sé que me odias —musitó—, pero no puedes negar lo que tuvimos.

Alistair bufó con desprecio.

—Lo que tuvimos no significó nada para ti.

—Eso no es cierto —elevó la voz—. Me amaste… y yo también te amé.

Él entrecerró los ojos, pero no retrocedió cuando ella se aproximó un paso.

—¿Qué pretendes con esto?

Ella alzó el rostro, sus ojos brillando con algo que se asemejaba demasiado a la nostalgia. Su voz fue apenas un murmullo, cargado de una dulzura envenenada:

—Quiero saber si realmente me has olvidado.

Alistair abrió la boca para replicar, pero antes de que pudiera articular una sola palabra, Morgana lo sorprendió con un beso fugaz. Un roce casi imperceptible, pero suficiente para que, desde la entrada de la caballeriza, Christine se quedara paralizada.

Morgana sonrió contra sus labios justo cuando él reaccionó, apartándola bruscamente.

—¿Qué demonios…?

Se quedó mudo al ver la silueta en el umbral.

El mundo entero pareció detenerse.

La expresión de Christine estaba empañada por el dolor y el desconcierto.

Alistair sintió que el corazón se le rompía por dentro. Quiso hablar, pero no fue capaz. No había negación. No había excusa. Solo culpa.

Morgana ladeó la cabeza con una sonrisa diminuta.

—Oh, querida…. ¿realmente pensabais que podríais reemplazarme?

Christine no dijo nada. Avanzó con paso firme y, sin titubeo alguno, alzó la mano.

El impacto de la bofetada quebró el silencio de la caballeriza.

Lady MacLeod soltó el aire con calma forzada. Cuando habló, su voz no tembló:

—Valiente descarada. Espero que haya valido la pena, lady Fraser, porque será la última vez que os permitáis semejante atrevimiento.

Abrió la boca, pero Christine no le concedió la oportunidad.

—No volveréis a acercaros a mi esposo, y mucho menos osaréis tocarlo de nuevo. No permitiré que su nombre, ni el mío, se manchen con vuestro descaro.

La mujer apretó los labios, su rostro todavía ladeado, sin terminar de creer lo que acababa de ocurrir.

Christine dio un paso más, su expresión imperturbable.

—Espero haber sido clara.

Sin esperar respuesta, se volvió con la frente en alto y abandonó el lugar, no sin antes dirigirle a Alistair una mirada que le dejó el alma hecha pedazos.

Capítulo 52

Tonta, tonta, tonta.

Había sido una necia por confiar en su palabra, por creer que la respetaría.

Por pensar, ilusa, que no sucumbiría ante Morgana.

Su respiración se volvió errática, pero no se detuvo. No podía. No cuando hacerlo implicaba enfrentar lo que acababa de suceder.

—¡Christine!

La voz grave y desgarrada de Alistair no surtió efecto. Ella siguió su camino, adentrándose en los verdes campos de trigo que se mecían con la brisa.

—¡Christine, por favor, escúchame!

La súplica en su tono la hizo vacilar. Solo un instante. Lo suficiente para que la alcanzara y la sujetara del brazo, obligándola a girarse.

—No es lo que piensas.

Ella no respondió. Se zafó y siguió avanzando.

Llegó enseguida hasta ella.

—¡Christine, por Dios, escúchame!

—¡Suéltame!

—¡No! No hasta que me escuches.

Ella soltó una risa amarga.

—¿Qué quieres decirme? ¿Que no era lo que parecía? ¿Que no querías besarla?

—¡No quería! Te lo juro.

—Oh, claro… —espetó con ironía—. ¿Y esta mañana qué ha sido, entonces?

—¿A qué te refieres?

Ella apretó los puños.

—¿Crees que soy estúpida? ¿Que no me he dado cuenta de lo que pasaba entre vosotros?

La expresión de Alistair se ensombreció apenas, como si intentara encajar las piezas.

—Dime… —susurró, temblorosa—. ¿No eres capaz… o es que simplemente no soy la mujer a la que amas?

—Eso no es cierto —respondió de inmediato.

—No más mentiras. Por favor.

—Christine, te juro que no la amo. Pensé que lo hacía… hasta que llegaste tú.

Christine palideció.

—No me hagas esto —rogó, negando con la cabeza—. No ahora.

—Lo digo en serio. Yo…

—¡Cállate!

—¡Yo te quiero!

Con un movimiento rápido, Christine le estampó una bofetada en la mejilla.

—¿Cómo te atreves? ¿Cómo puedes decirme que me amas después de besarla?

Alistair se llevó una mano a la cara, atónito.

—Me prometiste lealtad —acusó ella—. Dijiste que nuestro acuerdo implicaba respeto mutuo. ¿Y esta es tu idea de respeto?

La frase se le rompió en la garganta.

—¿Tan poco valgo para ti que ni siquiera te molestaste en ocultarlo?

El silencio cayó entre ellos, más devastador que cualquier grito.

Alistair abrió la boca para responder, pero se dio cuenta de que cualquier palabra que dijera solo empeoraría las cosas.

—¿Cómo te atreves a dudar de mi lealtad y después esconderte para besar a otras?

—¡Fue ella! Me pilló por sorpresa.

—¿Esa es la única excusa que se te ocurre?

—¡Es la verdad! Quería ir a hablar contigo, decirte lo que siento por ti, pero me interrumpió antes de hacerlo.

—Qué coincidencia, ¿no crees?

—¡Lo es! Tienes que creerme.

—¿Sabes por qué fui a buscarte? —preguntó ella, haciendo caso omiso de sus súplicas.

La vacilación en su tono le desgarró por dentro. No pudo articular palabra.

—Porque… —una sombra de desesperanza cruzó su rostro—. Ya no importa.

Respiró hondo, intentando calmarse. Sus ojos se desviaron por encima de su hombro. A lo lejos, Rowena y los demás aguardaban junto a los caballos.

El susurro apenas escapó de sus labios:

—Déjame irme.

Él alzó una mano para detenerla, pero desistió en el último momento. Sin decir nada más, se apartó un poco y la dejó marchar. Mientras la veía alejarse en el horizonte, hizo lo que no recordaba haber hecho en años: rezó.

Rezó a sus dioses y al que Christine rendía culto, implorándole que los ayudara a hacer las paces, a volver a estar bien.

***

Para cuando regresó junto a la comitiva, había conseguido recuperar el control de su cuerpo. Aun así, su rostro era la viva imagen del enfado y la decepción.

No pronunció palabra cuando uno de los hombres la ayudó a subir al carruaje. Se limitó a asentir con rigidez antes de acomodarse en el asiento y girar la cabeza hacia la ventana, observando el paisaje sin realmente verlo.

—¿Qué ocurre?

Volteó el rostro hacia su suegra, que la observaba con expresión preocupada. Ailsa estaba sentada a su lado.

Dejó escapar un suspiro.

—Necesito pensar.

Las manos de Rowena se crisparon sobre su regazo, pero calló. Las horas restantes se concentró en atender a su hija, sin dejar de vigilar a su nuera, quien apenas habló.

Ya en Culzean, Christine fue directamente a la alcoba.

Su suegra, cada vez más preocupada, mandó buscar a Màiri.

—Ve a verla —le ordenó—. No quiero que esté sola ahora.

Màiri asintió y subió rápidamente las escaleras. Una vez frente a la puerta, llamó con delicadeza.

—Milady… ¿puedo pasar?

No recibió respuesta, pero la urgencia en la voz de Rowena fue suficiente para que se tomara la libertad de abrir la puerta. Al entrar, encontró a Christine en el borde de la cama, de espaldas a la puerta, con la mirada perdida en la ventana.

—¿Qué ha pasado?

Christine apenas movió la cabeza, dirigiendo una mirada fugaz sobre su hombro mientras murmuraba con voz apagada:

—Buenos días, Màiri.

—¿Milady, qué os aflige tanto?

Christine exhaló profundamente. Se detuvo un momento, sintiendo la calidez y comprensión de Màiri, quien siempre había estado a su lado desde su llegada al castillo, y ya no pudo más.

Le contó todo.

El acuerdo, la unión de manos, la extraña relación que había construido con Alistair, sus sentimientos encontrados, la incertidumbre que la carcomía… y el ahora posible embarazo que la abrumaba más que cualquier otra cosa.

Màiri la escuchó en silencio. Sus ojos se agrandaron a medida que Christine desvelaba los secretos que hasta entonces había guardado con recelo, pero no la interrumpió ni una sola vez.

Solo cuando terminó, Màiri habló con suavidad:

—Lo siento tanto, milady. Lamento que hayáis tenido que pasar por todo esto.

—Gracias…

—¿Y qué haréis ahora?

—No lo sé. Pensaba que teníamos una oportunidad, pero ya veo que no.

Màiri frunció el ceño.

—Hay algo que no me cuadra.

Christine levantó la vista.

—¿Qué quieres decir?

La doncella tomó aire antes de responder.

—Yo llegué a Culzean cuando lady Morgana ya vivía en el castillo, antes de las nupcias. No presté demasiada atención a ellos, pero… la gente habla.

—¿Qué quieres decir? —preguntó con mayor interés.

—No es mi intención hablar mal de la gente, milady, pero creo que esto es importante. Tengo entendido que su matrimonio estaba arreglado desde pequeños. Ella decía quererlo, pero… siempre se rumoreó que tenía a otros.

Christine sintió un escalofrío.

—Esto no significa nada.

—Quizá no. Pero hay algo que tengo claro. En todo el tiempo que el laird estuvo con ella, nunca la miró ni actuó con ella como lo hace con vos.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire.

—Os ama. Y me cuesta creer que haría algo así.

Christine apretó los labios, conteniendo la oleada de emociones que pugnaba por salir.

—Pues lo hizo. No puedo excusarlo.

—¿Y si no fue él? ¿Y si ella le besó?

—No quiero más excusas. Por más que me empeñe en que esto funcione, parece que el destino tiene otro plan.

Las comisuras de Màiri se curvaron en una pequeña sonrisa.

—Eso no es cierto —llevó la mano de Christine a su vientre—. Aquí tenéis la mayor razón de peso para quedaros.

Ella tragó saliva y lo acarició.

—Pobre mío…

—Estaréis bien —le aseguró, apretándole la mano con cariño.

Intentó devolverle una sonrisa, pero la sensación de opresión en su pecho no la dejaba respirar del todo.

—¿Y vos como estáis? —preguntó, desviando la vista al abultado vientre de la doncella.

Màiri se tocó el vientre y sonrió.

—Bien. Empiezo a notar como se mueve.

Christine sintió alegría genuina, aunque su corazón aún le pesaba.

Durante dos días se sumió en el silencio.

Pasaba la mayor parte del tiempo en la alcoba, dejando que la rutina del castillo transcurriera sin su presencia. Solo salía lo imprescindible, evitando cualquier conversación innecesaria. Ni

siquiera Màiri o Rowena lograban sacarle más de un par de frases cortas.

No lloraba ni mostraba signos de rabia evidente, pero su mirada cuando se perdía en el paisaje delataba el torbellino en su interior.

Pensaba.

Analizaba cada momento, cada palabra, cada emoción que había sentido en los últimos días. Se esforzaba por encontrar claridad, pero cuanto más lo intentaba, más confundida se sentía.

Alistair no la buscó.

La dejó en paz, como si también estuviera esperando a que tomara una decisión.

Y al tercer día, cuando sintió que su propio silencio comenzaba a sofocarla, supo que era momento de enfrentarlo.

Lo encontró en el patio de armas, supervisando el entrenamiento de algunos hombres. Por un momento, dudó. Había estado evitando verlo porque, incluso con toda su confusión, no había ni un solo instante en el que no lo echara de menos.

Alistair se giró y la sorpresa en su rostro fue evidente. Carraspeó y ordenó a los hombres que continuaran sin él.

—Christine…

Su voz suave, arrepentida casi la desarmó. Inspiró hondo y habló lo más firme que pudo, temiendo que permanecer en silencio a su lado por más tiempo llegase a desmoronarla:

—Necesitamos hablar.

Él se limitó a asentir y la guio hasta un pequeño salón. Se sentaron en el sofá frente a la chimenea apagada. Alistair quiso acercarse, pero ella se mantuvo en el extremo del sofá.

—¿Qué pasó? —preguntó, con un nudo en la garganta.

El alivio cruzó su semblante. Por fin parecía dispuesta a escucharlo.

—Me sorprendió en las caballerizas. Dijo que quería disculparse por lo que me hizo, y luego, de repente, me besó. No hay nada más, lo juro.

—Quiero saber qué pasó, Alistair. ¿Cómo puedes decirme que no querías besarla, cuando esa mañana se notaba que no te era indiferente?

Alistair inspiró despacio.

—Porque claro que no me es indiferente. Alguien que dice amarte y luego te traiciona no puede dejar de afectarte. Tal vez fue mi error permitir que sus palabras calaran tan hondo, pero cuando rompimos, sentí que se llevó algo de mí. Tenía miedo, Christine. No quería volver a sentir y perderlo todo.

Ella escuchaba en silencio, con los ojos brillantes.

—Desconozco qué clase de reacción tuve cuando nos viste en la taberna —continuó—, pero te aseguro que no había nada en ella que me hiciera dudar de ti.

—¿Cómo sé que puedo creerte?

Alistair tomó su mano. Ella no la apretó, pero tampoco la apartó.

—Piensa en lo que hemos vivido. He estado a tu lado desde el principio, te he apoyado, te he ayudado en todo lo que he podido. Si en algún momento dudaste de mis palabras, dime que mis actos no han hablado por mí.

—Quiero creerte. Pero han sido demasiadas cosas, demasiados sentimientos en tan poco tiempo.

—Lo sé… Estoy cansado de sentirme así.

Christine apartó la mirada.

—Creo que lo mejor es que nos separemos un tiempo.

El rostro de Alistair mudó de la sorpresa al miedo, pero pronto lo ocultó.

—¿Qué necesitas? —preguntó, con una comprensión que la sorprendió.

Le dedicó una sonrisa agradecida antes de responder:

—No puedo poner mis ideas en orden sabiendo que estás cerca, bajo el mismo techo.

—Comprendo…

Tras unos momentos de reflexión, su esposo alzó la mirada y dijo con un temblor en la voz:

—Puedes quedarte en Sìorach. Se la entregamos a Rosemary el año pasado, pero dudo que le esté dando uso ahora, con el embarazo de mi prima. Está a menos de dos horas de aquí.

Christine asintió y se levantó del asiento. Tiró para liberarse de su mano, pero él no la soltó. En su lugar, se puso en pie y rozó

apenas con los nudillos la mejilla de ella.

—Alistair, no puedo…

—Lo sé…

Sintió su mirada, su respiración contenida. Durante un instante, pareció que iba a hacer algo más. Pero no fue así.

—Me encargaré de prepararlo todo.

Se dio la vuelta y se encaminó hacia la puerta.

No miró atrás.

No solo porque temía que, si lo hacía, acabaría implorándole que no lo dejara, sino porque también necesitaba dejarla ir.

Porque, en el fondo, él también necesitaba ese tiempo.

Capítulo 53

Llegó a Sìorach antes del atardecer.

La vivienda, de piedra y dos plantas, se alzaba al final de un camino bordeado de flores coloridas. No era una gran mansión, pero tenía el tamaño suficiente para albergar a una familia con hijos y algunos criados. Su estructura sólida y bien cuidada revelaba que quienes vivían allí se esmeraban en mantenerla en buen estado. A un lado, un pequeño huerto se extendía con hileras ordenadas de hortalizas, y más allá, en un cercado de madera, algunos animales de granja pastaban tranquilamente.

La construcción le recordó a las casas de Inglaterra.

Inglaterra.

La imagen de su madre y hermano invadió su mente, trayendo consigo una congoja inesperada. Trató de apartarlos, de concentrarse en lo que tenía delante, pero hacía tanto tiempo que no sabía de ellos que la preocupación y la nostalgia se impusieron.

Por fuera, saludaba con cortesía y sonreía ante las presentaciones de los habitantes de la casa. Por dentro, sus pensamientos iban de un lado a otro.

¿Qué estarían haciendo?

A pesar de todo el sufrimiento que le habían causado, los echaba de menos.

¿Y Margaret? ¿Estaría bien?

Inmediatamente, su mente viajó a la vida que podría estar formándose en su interior. Un estremecimiento la recorrió y sus ojos brillaron con lágrimas contenidas.

Màiri la tomó del brazo y se volvió hacia una de las criadas.

—El viaje ha sido largo y milady no se encuentra bien.

—Faltaría más, disculpadnos —respondió la señora con una leve inclinación de cabeza—. Os acompaño a la habitación.

Christine le dedicó una sonrisa agradecida y se dejó guiar hasta el piso superior.

Cuando quedaron solas, Màiri la condujo hasta una butaca junto al fuego y se dejó caer en la de al lado, suspirando por el cansancio mientras se frotaba la espalda. El gesto pareció despertar a Christine, quien había permanecido cabizbaja todo el trayecto.

—Màiri, quédate aquí —le dijo preocupada—. No sufras por mí, bastante has hecho acompañándome.

—Faltaría más —respondió la joven con naturalidad—. Voy donde vos vayáis.

—Espero que Angus no se enfade por haberte apartado de su lado.

—Si tanto quiere verme, que venga aquí —bromeó Màiri.

Christine sonrió, pero ambas sabían que, si Angus no había insistido en acompañarlas, era porque su deber lo retenía. Desde que volvieron de Dochart, Alistair había comenzado a reorganizar a los hombres, esta vez con Angus a su lado. Ahora que gozaba del beneplácito del laird, no podía permitirse marchar, y menos cuando se trataba de reforzar la defensa del castillo.

Màiri estudió el rostro de su señora y su expresión se endureció.

—¿Qué ocurre?

Ella bajó la mirada.

—Echo de menos a mi familia.

La confesión quedó suspendida en el aire.

—Comprendo… —Màiri fijó la vista en las llamas—. Milady, ¿por qué no les escribís?

Christine la miró con una mezcla de sorpresa y temor.

—No puedo hacer eso. Thomas me ha repudiado.

—¿Y qué? Lord Thomas podrá ser el señor de sus tierras, pero vos sois su hermana. Y tenéis derecho a preocuparos por vuestra familia.

Christine dudó, jugueteando con los dedos entrelazados sobre su regazo.

—¿Y si solo empeoro las cosas?

Màiri se encogió de hombros.

—No perdéis nada por intentarlo. Y todo si no lo hacéis.

Christine sopesó su propuesta. Era simple, pero cargada de verdad. Tenía miedo de abrir una puerta que quizás se había cerrado

para siempre. Pero al mismo tiempo… ¿Cómo podría saberlo si no lo intentaba?

Apretó la mano de su amiga y murmuró un cálido "gracias".

La mañana siguiente, dos mensajeros partieron de Sìorach.

Uno fue hacia el norte, con una carta para lady Brìghde MacGregor.

El otro, hacia el sur, con un mensaje destinado a lady Margaret Hawthorne.

Capítulo 54

Mansión Hawthorne, Inglaterra

La suave brisa acariciaba el jardín con el aroma de las flores, mientras Margaret desdoblaba la carta con manos temblorosas.

Christine.

Sus ojos recorrieron la caligrafía elegante y precisa, siguiendo cada palabra con un nudo en la garganta. Habían pasado tantos meses desde la última vez que supo de ella que, por momentos, llegó a temer que nunca volvería a hacerlo.

Apenas parpadeó. Su mente estaba atrapada en las líneas de la carta, en el tono contenido, pero sincero con el que su amiga le hablaba. Algo en su forma de escribir había cambiado, pero no conseguía descifrar qué.

La nostalgia la envolvió de pronto.

Christine pedía noticias. Sobre ella, sobre la familia.

Pero, ¿cómo decirle la verdad?

Desvió la vista hacia la cuna, donde su hijo dormía con una paz que le resultaba ajena. Su respiración pausada ayudó a calmar su frenético corazón. Se preguntó si el pequeño Nicholas sufriría algún día tanto como su padre.

Thomas no estaba bien.

Desde el momento en que su hermana desapareció, algo en él se rompió.

Margaret creyó que era furia, una reacción natural al escándalo que la fuga de Christine había provocado. Pero cuando volvió de Escocia con las manos vacías, el enfado inicial, avivado al descubrir que su hermana no solo había roto el compromiso con Darkmoor, sino que además se había desposado con un escocés, dio paso a algo más profundo. Algo más oscuro.

Un vacío.

Margaret lo había visto esforzarse por mantener la compostura, cumplir con sus deberes. Pero todo parecía insignificante.

Incluso había dejado de visitar la alcoba de su madre, quien apenas salía de su habitación.

Cada vez más delgada.

Cada vez más silenciosa.

Cada vez más ausente.

Al principio, creyó que era el recuerdo de la joven Sinclair lo que aún calaba en su esposo. Se había acostumbrado a sus reacciones, a ver el destello de tristeza en sus ojos cuando el apellido salía a relucir en una conversación.

Pero había algo más.

El Thomas que conoció —orgulloso, altivo, capaz de negarse a sí mismo sus propios sentimientos con tal de no conceder nada a sus enemigos— apenas era un eco del hombre que dormía a su lado.

Ni siquiera haber conseguido el puesto en el consejo le había brindado la satisfacción que esperaba. Como si todo aquello por lo que había luchado con tanto empeño se hubiera vuelto irrelevante.

Margaret volvió a mirar la carta.

A pesar de todo, su amiga seguía preocupándose.

Con cuidado, dobló el papel y lo dejó junto a su pequeño Nicholas.

Tomó un nuevo pliego de papel y sumergió la pluma en tinta.

No tenía sentido esperar.

No podía hablar con Thomas. Él no entendería.

Pero ella sí.

Capítulo 55

Los días pasaron con una calma inquietante. Después de tantos meses de caos, de dudas, de emociones al límite, la tranquilidad se sentía extraña.

Cuando empaquetó sus cosas para mudarse, llevó consigo el fajo de papeles que había acumulado a lo largo del último año. Ahora, sin más distracción que los paseos con Màiri y sus propios pensamientos, decidió sacarlos y revisar lo que había escrito.

Conforme pasaba las hojas, descubría su propio cambio reflejado en la tinta. Los primeros textos estaban cargados de tristeza y melancolía, pero con el tiempo, las palabras se volvían más esperanzadoras, más luminosas. En los últimos meses, sus sentimientos por Alistair dominaban la mayoría de sus escritos. Sus gestos, su voz, la manera en la que la miraba…

Su expresión se tensó. Algunas cosas no las recordaba con claridad.

Los detalles que tenía con ella, la forma en la que le hablaba… pero también estaban las palabras amargas. Líneas llenas de dudas y dolor, escritas en las noches en las que Alistair mantenía la distancia sin razón aparente.

¿Todo era por Morgana?

Tal vez. Pero en el fondo, sentía que había algo más.

Si se hubiesen conocido antes, quizás todo habría sido más fácil. Quizás no habría habido tantas heridas, tantos miedos. Pero no eran dos personas sin pasado.

"Confía", le había dicho Brìghde.

Lo había hecho y, por ello, la vida le había dado otra oportunidad. No se arrepentía de haberse casado con él ni de la vida que estaban creando en su interior.

Dos semanas sin verlo fueron suficientes para calmar la tormenta inicial, pero ahora un pensamiento nuevo la inquietaba:

"Si le pido más tiempo… ¿esperará por mí?"

Y peor aún…

¿Qué pasaría cuando descubriera su embarazo?

Desde el principio de la relación, Alistair le había concedido más libertades de las que jamás habría soñado estando casada. Pero sabía cuan protector podía llegar a ser, y temía que, al descubrir su secreto, intentara controlarla.

No estaba dispuesta a permitirlo.

—Milady, están aquí.

—¿Están?

Se levantó de la silla de inmediato.

Màiri asintió desde el umbral y Christine comprendió.

Se miró rápidamente. El descanso le había devuelto algo de color a sus mejillas. Se giró de lado y suspiró con alivio al ver que su vientre no la delataba.

—Es muy pronto —oyó decir a la doncella.

Unos minutos después, Christine bajó las escaleras de su brazo. Al llegar al último peldaño, dejó que la joven se apartara de su lado para reencontrarse con Angus. Sonrió al verla apresurarse a su encuentro, con su caminar tambaleante, hasta quedar envuelta en los brazos de su esposo.

Pero la calidez de esa escena no la distrajo por mucho tiempo.

Pronto, su vista se centró en el hombre que se había hecho a un lado para dejar intimidad a la pareja, y que en ese momento la observaba con una expresión que no supo descifrar.

Cuando sus ojos se encontraron, el corazón le dio un vuelco, dejándola sin aliento.

Alistair avanzó con pasos pausados, y cuando quedó frente a ella, tomó su mano con delicadeza y depositó un beso en el dorso.

Un estremecimiento la recorrió.

No fue miedo, tampoco placer.

Fue anhelo. Puro y punzante.

Necesitaba tocarlo. Abrazarlo. Sentirlo cerca.

—¿Cómo estás? —preguntó en su lugar.

—Ahora mejor —su tono era calmado, pero había algo en su gesto que la hizo contener la respiración—. Saldré al norte unos días y quería comprobar cómo estabas.

—Me encuentro mejor, gracias.

—Me alegro —hizo una pausa para soltar un suspiro. Cuando habló de nuevo, su voz tenía un matiz de dolor—. Creo que tomaste la decisión correcta.

Christine ladeó ligeramente la cabeza.

—¿A qué te refieres?

Le ofreció el brazo, invitándola a caminar con él hacia el jardín. Christine aceptó, su corazón latiendo con fuerza.

Cuando estuvieron lo suficientemente apartados, él rompió el silencio:

—Cuando me pediste distancia, me costó comprenderlo, pero acepté porque era lo que deseabas.

Christine sostuvo su mirada, expectante.

—Ahora sé que necesitábamos esto. No podemos fingir que todo lo que ha pasado no ha dejado marcas en nosotros. Lo ha hecho. Y aún estamos aprendiendo a vivir con ello.

—¿Crees que ha sido un error? —alcanzó a decir, con un nudo en la garganta.

La expresión de Alistair se endureció al instante.

—Jamás. Lo que estoy diciendo es que ni tú ni yo somos los mismos que antes de conocernos.

—¿A qué te refieres exactamente?

Alistair pasó una mano por su nuca.

—Creo que estar separados es lo mejor para los dos. Nos ayudará a ver las cosas con más claridad.

Las palabras se hundieron en su pecho como una piedra en el agua.

¿No lo sabía ya?

¿Acaso no habían superado ya suficientes pruebas?

—Christine —su tono era suave, como si notara su lucha interna —. Lo último que quiero es forzarte a estar conmigo si no es lo que deseas.

Ella fue incapaz de contestar.

Él interpretó su silencio como una confirmación e hizo un esfuerzo porque su voz no sonara rota al hablar:

—Nos veremos cuando regrese.

Christine sostuvo su mirada por un instante antes de asentir.

Pero cuando Alistair le dio la espalda, algo dentro de ella se quebró. Impulsivamente, sujetó su muñeca. Él se giró con un leve gesto de sorpresa, pero Christine no le dio tiempo a reaccionar.

Rodeó su torso con un abrazo fuerte, desesperado. Un abrazo que hablaba de dolor. De amor.

Alistair la envolvió entre sus brazos con la misma intensidad, intentando transmitirle con ese gesto todo lo que no podía expresar con palabras.

Permanecieron así un rato, en silencio, tratando de retener el tacto y el aroma del otro.

Finalmente, besó su coronilla y se apartó lentamente de ella.

—Nos vemos pronto —prometió.

—Cuídate —respondió ella.

Pero lo que realmente quiso decir fue:

"¿Por qué no luchas por mí?"

Capítulo 56

El amanecer en Sìorach trajo consigo una calma engañosa.

Christine ajustó la empuñadura de su espada y lanzó un tajo al aire, notando la tensión en su brazo al ejecutar el movimiento. Angus analizaba atentamente cada uno de sus movimientos.

—Más firme, milady —indicó con la misma paciencia de siempre —. Si dudáis al dar un golpe, podríais acabar en el suelo antes de daros cuenta.

Christine asintió y repitió el movimiento. Había retomado el entrenamiento, una distracción bienvenida para acallar sus pensamientos. Hacía varios días que no tenía noticias de Alistair, y la incertidumbre estaba empezaba a afectar su juicio. Por suerte, estar acompañada por su doncella y su mentor, que ahora se habían convertido en sus amigos, hacía más llevadero el dolor.

Sentada en un banco apoyado en la pared, Màiri contemplaba la escena con gesto cansado. Se veía frágil, pero serena.

—Si seguís así, en poco tiempo podréis derrotar a mi Angus —comentó en tono burlón.

—No quiero humillarlo tan pronto —replicó Christine.

Angus gruñó, pero una sombra de sonrisa cruzó su rostro. Por un instante, la vida en Sìorach pareció normal.

Fue entonces cuando llegó la carta.

Christine la sostuvo entre sus manos con una mezcla de miedo y nostalgia. El sello de cera rojo llevaba el emblema de los Hawthorne.

Inglaterra.

Con el pulso acelerado, rompió el sello y desplegó el papel.

"Estimada amiga,

Recibir tu carta me alivió el corazón. Han pasado muchos meses desde la última vez que supe de ti, y no ha habido ni un solo día en el que no ocuparas mis pensamientos.

Aquí todos te extrañamos, más de lo que podríamos admitir en voz alta. Thomas… también. No habla de ti, pero yo lo veo. Y lady

Hawthorne…"

Christine tragó saliva.

"Se apaga. Cada día está más débil. No come, apenas duerme. Y aunque no lo diga en voz alta, sé que espera verte de nuevo. Todos lo hacemos.

No sé qué pasó entre vosotros en Escocia ni si alguna vez podréis reconciliaros, pero lo que sí sé es que este será siempre tu hogar. Si decides volver, las puertas estarán abiertas para ti.

Con cariño,

Lady Margaret Hawthorne."

Christine bajó la carta, sintiendo un peso en el pecho. No esperaba esa respuesta. En verdad, no esperaba recibir respuesta alguna.

Pero antes de procesar sus sentimientos, un grito cortó el aire.

—¡Angus! —la voz angustiada de Màiri los congeló.

Él fue el primero en reaccionar. Se giró de inmediato hacia la entrada, donde Màiri se sostenía el vientre. Christine corrió hacia ella justo cuando su amiga se doblaba de dolor.

—No puede ser… —susurró la doncella, atemorizada—. Es demasiado pronto.

Angus la sostuvo antes de que cayera.

—Tranquila, estamos aquí.

Acto seguido, subió apresurado escaleras arriba, con su esposa en los brazos.

—¡Preparad agua caliente! ¡Traed sábanas limpias! —ordenó Christine al personal de la casa mientras seguía a Angus.

Los minutos siguientes fueron un torbellino.

El aire en la habitación era espeso, impregnado del olor del sudor y el miedo.

El rostro de Màiri estaba perlado de sudor y sus jadeos eran cada vez más frecuentes. Christine le sostenía la mano con fuerza mientras las criadas se apresuraban a seguir las instrucciones.

No tardó en notar algo extraño en la sábana.

Rojo. Demasiado.

Tragó saliva, pero no dijo nada. No podía alarmarlos más.

—Màiri, respira, querida, respira…

Pero ella apenas podía escucharla. Conforme pasaban los minutos, los empujones se volvían más débiles, y su respiración más sutil.

—¡Màiri! —gritó Angus cuando la vio cerrar los ojos.

—Algo no va bien —susurró Christine.

Angus la miró de soslayo, aferrándose a la mano de su esposa con una fuerza desesperada.

El parto fue rápido.

El primer llanto del bebé rasgó el silencio de la habitación, arrancando un suspiro de esperanza entre tanta incertidumbre.

Pero Christine solo tenía ojos para Màiri.

Su pecho subía y bajaba con dificultad. Su piel estaba cada vez más pálida, cubierta por una humedad fría.

Y seguía sangrando.

Christine apretó la mandíbula y se giró hacia una de las criadas.

—Más paños. Rápido.

—Milady…. —la voz de la joven tembló al ver el charco rojo extendiéndose, el olor metálico impregnando el aire.

—¡Rápido! —exclamó, con una punzada de terror en el pecho.

La criada reaccionó y le entregó al recién nacido antes de salir apresuradamente de la estancia.

—Angus… —susurró Màiri, su voz trémula.

—Aguanta —le ordenó, desesperado.

Ella no lo escuchó. Alargó la mano temblorosa y, con un gesto débil, señaló a Christine.

—Déjame ver…

Esta reaccionó enseguida y bajó la vista a la criatura. Era diminuta. Un pequeño cuerpo enredado en mantas blancas que ahora eran demasiado grandes para ella. Con cuidado, se la entregó a su madre.

Màiri sonrió con ternura, aunque su respiración era cada vez más errática.

—Flora…

Christine se quedó inmóvil.

—Màiri…

Pero su amiga no la escuchaba. Sus ojos estaban fijos en su hija, atesorándola para siempre en su memoria.

Angus, en cambio, solo tenía ojos para su esposa. Seguía aferrado a ella, como si al sostenerla pudiera impedir que se desvaneciera.

—Quédate conmigo —imploró, inclinándose sobre ella—. Cariño, por favor…

—Tienes que cuidarla… —consiguió articular, apenas audible.

Angus torció el gesto con incredulidad.

Christine sintió cómo la criatura luchaba por aferrarse a la vida en sus brazos, deseando con todo su ser que el amor de una madre fuera suficiente para mantenerla.

Pero la última exhalación la hizo saber que no sería así.

El aire pareció vaciarse de la habitación.

Angus no se movió.

Ni siquiera cuando la mano de Màiri cayó, inerte, sobre las sábanas.

Ni siquiera cuando Christine emitió un sollozo ahogado.

El único sonido en la habitación era el llanto de la pequeña Flora.

Pero Angus no la miró.

No podía.

Capítulo 57

No tardaron en abandonar la vivienda. Angus seguía en estado de shock, negándose a hablar o siquiera a interactuar con su hija o con los demás.

Pero el tiempo pasaba y debían llevar a Màiri con su familia antes de que fuera demasiado tarde.

Christine se encargó de todo. Ordenó que trajeran cubos de agua y paños limpios y, negándose a recibir ayuda, preparó el cuerpo de su amiga.

Angus veía todo desde un sillón, pero su mirada estaba vacía, perdida en un punto indefinido de la estancia.

Cuando la doncella presentó un aspecto decente, Christine llamó a uno de los criados que esperaba en la puerta.

—¿Está todo listo?

—Sí, milady. El cochero os espera fuera.

Asintió y miró a Angus. Tragó saliva antes de hablar:

—Angus, vamos a transportarla a la carreta.

Él asintió débilmente, pero su vista seguía fija en el suelo.

Viendo que no se movía, el criado se inclinó sobre la cama para recoger el cuerpo. Angus se levantó bruscamente, su voz retumbando con un rugido desgarrador:

—¡No! No la toques.

El hombre se estremeció y lanzó una mirada interrogante a Christine. Ella le indicó con un gesto sutil que se apartara.

—Angus…

—La llevaré yo —dijo él, con la voz ronca.

No permitió que nadie más la tocara.

La alzó con facilidad, como si su cuerpo aún contuviera la vida que ya se había escapado de ella, y bajó las escaleras en silencio. Los criados, que se habían amontonado en el pasillo, observaron la escena con tristeza.

Con sumo cuidado, Angus depositó el cuerpo de su esposa sobre la manta que habían colocado en la carreta y luego lo cubrió con

otra.

Christine tomó un ramo y dejó caer los pétalos, uno a uno, sobre el cuerpo de su amiga. Después, sin más palabras, partieron con la pequeña Flora hacia Kinloch.

El viaje transcurrió en un silencio espeso, interrumpido de tanto en tanto por el llanto de la bebé. Christine la mecía con torpeza, murmurándole palabras suaves para calmarla. Pero el llanto no cesaba.

Angus seguía inmóvil, con la mirada perdida en el camino, ajeno a la presencia de su hija.

Christine cerró los ojos, sintiendo el peso de la niña en sus brazos. Habían cogido a toda prisa un frasco de leche de cabra, pero la pequeña apenas la aceptaba. Empapó un paño en la leche y se lo acercó a los labios.

—Vamos, tienes que comer —susurró.

Flora succionó con desgana, pero no tardó en apartar el rostro y sollozar de nuevo. Christine giró el rostro hacia Angus, buscando algún indicio de reacción.

—Angus… ¿Podéis…?

Él no respondió. Ni siquiera se movió.

Christine sintió la frustración atenazarle el pecho. Quiso decirle que su hija lo necesitaba, que no podía ignorarla. Pero cuando vio su rostro endurecido, vacío, entendió que no podía oírla.

Así que se limitó a apretar a Flora contra su pecho y susurrarle de nuevo:

—Tranquila, pequeña…

Tras largos minutos, la bebé dejó de llorar y cayó en un sueño inquieto.

Llegaron a Kinloch antes del atardecer. En cuanto el señor Morrison los vio llegar, supo que algo no iba bien.

Lo más difícil no fue decirlo, sino ver los rostros del señor Morrison y su hijo cuando destaparon a Màiri.

La enterraron al día siguiente en el cementerio tras la iglesia. El aire estaba impregnado del aroma de la tierra removida y de las flores que los vecinos habían traído en su honor.

Por suerte, una de las ellas había dado a luz recientemente y aceptó amamantar a la niña. Christine la cuidaba el resto del tiempo lo mejor que podía. Angus, en cambio, seguía sin reaccionar, pero Douglas se encariñó rápidamente de ella, un modo de compensar el dolor de haber perdido a su propia hija.

Cuando el entierro llegó a su fin, los presentes se fueron retirando, hasta que Christine y Angus se quedaron a solas, frente a la tumba.

—Angus —comenzó a hablar con cautela, sin dejar de mecer a Flora. Al ver que no respondía, insistió con más firmeza—. Angus, debéis tomar una decisión.

No la miró.

—Vuestra hija os necesita.

—No puedo… —murmuró, apesadumbrado.

Christine sintió que se le partía el corazón.

Por Angus, quien no solo acababa de enterrar a su esposa, sino también a la vida que había imaginado junto a ella.

Y por Flora, que aún no entendía la ausencia de su madre, pero que sentía el vacío de su padre.

—Sí que podéis —continuó ella—. Es lo que Màiri habría querido.

Giró la cabeza hacia Christine y luego hacia la niña. Suspiró y levantó las manos con lentitud. Christine se la entregó con cuidado. Flora pareció notar su presencia y abrió los ojos, mirándolo fijamente.

—Parece que le gustáis.

Angus le acarició el diminuto rostro con una ternura ausente, como si aún no creyera que aquella pequeña era parte de él.

Volvió a suspirar largamente.

—¿Qué haremos? —preguntó sin un atisbo de emoción.

—Seguir adelante. Os prometo que os ayudaremos en todo.

—No puedo volver.

—¿Qué estáis diciendo?

—No puedo volver a Culzean.

Christine sostuvo su mirada, intentando transmitirle consuelo.

—Alistair lo comprenderá. Quedaros el tiempo que necesitéis.

—Tampoco puedo estar aquí.

—¿Y qué haréis?

—No lo sé.

Christine volvió a fijar su atención en la tumba. Las flores esparcidas sobre el montículo de tierra contrastaban con la madera de la cruz que habían colocado a la cabeza. Sobre ella, las iniciales de Màiri habían sido grabadas con pulso firme.

El sabor salado de sus lágrimas se deslizó entre sus labios.

¿Y ella?

¿Qué haría ella?

Desde que el entierro diese comienzo, una duda se había arraigado con fuerza: Màiri había sido una joven sana, fuerte, y aun así, había muerto.

Bajó la vista hacia su vientre.

¿Y si le pasaba lo mismo?

¿Y si su hijo no sobrevivía?

El pensamiento la golpeó con una crudeza aterradora.

Si moría en el parto, ¿qué le esperaba a su hijo?

Alistair era un hombre honorable, y los MacLeod jamás rechazarían a un niño de su sangre, pero eso no significaba que no temiera el futuro.

No sabía cómo reaccionaría Alistair cuando descubriera que iba a ser padre. ¿Podría querer a un hijo suyo cuando ni siquiera sabía qué hacer con ella?

¿O lo vería como un lazo que lo ataba a un matrimonio impuesto?

En su momento, le prometió que estaría a su lado si quedaba encinta.

Pero ahora… ahora ni siquiera estaban juntos.

En cambio, en Inglaterra…

Margaret la esperaba. Le había dicho que allí siempre tendría un hogar. Que su madre la echaba de menos. Que incluso Thomas, a su manera, sufría su ausencia.

Y lo más importante: allí, su hijo nunca sería una carga. Quizá era la única oportunidad que tenía para asegurarse de que creciera con estabilidad, sin sentirse un peso para nadie.

Respiró hondo.

—Angus…

Él alzó la vista con lentitud, con el peso del duelo reflejado en su mirada.

—Venid conmigo.

—¿A dónde?

Christine cerró los ojos, sintiendo la certeza de su decisión instalarse en su interior. Cuando los abrió, su voz sonó más firme que nunca:

—A Inglaterra.

Capítulo 58

El clima había sido benévolo con ellos. A medida que avanzaban hacia el sur, el aire se volvía más templado y ligero, anunciando la llegada del verano.

Christine se arrebujó un poco más en su capa, disfrutando de la calidez del sol matutino sobre su rostro. Había algo reconfortante en el balanceo monótono de la carreta, en el sonido rítmico de los cascos de los caballos sobre el camino.

Habían partido de Kinloch hacía días. El dolor persistía, pero el tiempo lo cubría con una capa de aceptación silenciosa.

Y Angus… Algo en él había cambiado.

No era una transformación repentina ni evidente, pero había momentos, pequeños gestos, que dejaban entrever que el hielo en su interior empezaba a resquebrajarse.

Como ahora.

Flora se removió inquieta en sus brazos y soltó un llanto bajo, demandante.

Angus, sentado frente a ella, solía desviar la mirada, encerrándose en sí mismo. Para su sorpresa, esta vez extendió una mano hacia la pequeña.

—Dejádmela —murmuró, con la voz áspera por el desuso.

Christine se inclinó hacia delante en silencio y depositó a Flora en sus brazos.

El capitán se quedó quieto, como si el pequeño peso de la niña fuera imposible de sostener. Pero luego ajustó el agarre con más seguridad y la acomodó contra su pecho. Flora suspiró y aferró la tela de su chaqueta con sus diminutas manos.

—Tomad —dijo Christine en voz baja, tendiéndole la pequeña vasija con leche.

Él tardó en reaccionar, pero finalmente la tomó con cuidado. Le ofreció pequeños sorbos de leche, esperando que la rechazara como tantas veces antes, pero la pequeña obedeció. Por primera vez, la sostuvo en brazos sin apartar la vista.

Y Christine sintió que las cosas empezaban a encajar.

Tras una semana de viaje, entraron en los dominios de la familia Hawthorne. Christine pasó el resto del trayecto en tensión, su mente enredada en pensamientos inquietos. Conforme la casa apareció en el horizonte, la certeza de que aquello había sido un error fue a más.

Pero ya era tarde, y esta vez no estaba sola. Así que hizo de tripas corazón y se guardó sus miedos para sí misma.

La aparición de una carreta desconocida llamó rápidamente la atención de los guardias. Para cuando la mansión se distinguió con claridad, un grupo de hombres a caballo llegó a toda prisa.

Christine los reconoció enseguida y, antes de que pudieran hablar, se quitó la capucha con un movimiento decidido, revelando su rostro ante los ojos atónitos de los hombres.

—Milady.

—Buenos días, Harry —saludó, inclinando levemente la cabeza.

El hombre estudió la carreta donde Angus, con el rostro cubierto, mecía a la pequeña.

—¿No vais a dejarme pasar? —preguntó con voz firme.

Harry dudó un instante, pero finalmente asintió, aunque su expresión seguía alerta. Uno de los hombres se adelantó al grupo para anunciar su llegada.

Cuando alcanzaron las puertas de la residencia, Margaret ya salía a su encuentro.

—¡Christine, gracias a Dios! —exclamó entre sollozos, abrazándola con fuerza.

—Margaret, te he echado de menos —susurró contra su hombro.

—¿Qué significa esto?

La voz grave y autoritaria de Thomas la atravesó como un viento gélido.

Se separó sin soltar a Margaret y alzó la vista hacia su hermano. Por un instante, creyó ver una sombra de alivio en su rostro.

—Thomas, yo…

—¿Quién es ese hombre? —interrumpió, dirigiéndole una mirada adusta a Angus.

Este bajó de la carreta con calma y se situó junto a Christine.

—Es lord Angus MacKenzie —lo presentó.

—¿MacKenzie? ¿Has cambiado otra vez de hombre?

Christine apretó los puños y se recordó a sí misma que debía mantener la calma. Angus, en cambio, no opinaba lo mismo.

—Si volvéis a hablarle así a mi señora, os juro que poco me importará vuestro linaje.

Thomas bufó con desdén.

—Curioso… no es la primera vez que alguien me dice eso —su mirada volvió a posarse en su hermana—. ¿Y bien? Creo recordar que la última vez me dejaste claro que no querías volver a verme. ¿Qué haces aquí?

—Thomas, por favor —susurró Margaret, tomándolo del brazo—. Christine ha vuelto. Eso es lo único que importa.

Pero él soltó una risa seca.

—¿Qué ha pasado? ¿Tu escocés te ha despreciado y has decidido volver con la cabeza gacha?

Christine endureció el semblante.

—Basta ya —lo cortó, elevando ligeramente la voz—. No he venido a discutir. Dame unos minutos de tu tiempo y te lo explicaré todo.

—¿Y si no quiero? —replicó él, cruzándose de brazos.

Christine rodó los ojos con exasperación, pero en el fondo sintió cierto alivio. Recordaba ese aire tosco y tozudo como un gesto típico de él antes de ceder.

—Entonces me iré y no te molestaré más.

—¡Mi niña!

Esa voz… Dulce y melodiosa, impregnada de recuerdos que le traían tanto consuelo como dolor. El aire se le atascó en la garganta. Giró la cabeza y su corazón se encogió al ver el rostro pálido y delgado.

—Madre…

Anne avanzó sin vacilar y la abrazó con fuerza, apretándola contra su pecho. Christine titubeó un instante, pero acabó cediendo, dejándose llevar por el calor materno.

Margaret se llevó las manos a la boca y dejó escapar un jadeo emocionado.

Thomas, en cambio, permaneció inmóvil, su expresión impasible.

Anne rompió el abrazo solo para enmarcar el rostro de su hija entre sus manos y recorrerlo con los dedos.

—Has vuelto, niña… Gracias al cielo.

—Te he echado de menos —sollozó Christine.

—¿Alguien me puede explicar a qué viene todo eso? —interrumpió Thomas con impaciencia.

Anne no le hizo caso. Aún sujetando la mano de su hija, le hizo un leve tirón:

—Ven, pasa.

Pero esta respiró hondo y desvió la mirada.

—Madre, él es Angus MacKenzie.

Solo entonces Anne reparó en la presencia del guerrero.

—¿Es tu esposo? —preguntó con tono contenido.

Christine sacudió la cabeza.

—Es el capitán de la guardia y… mi amigo. Ha venido para cuidarme.

Anne mantuvo la vista fija en ella un instante más antes de dirigirse al bebé que Angus sostenía en brazos.

—¿Y el niño?

Angus dio un paso adelante y respondió con un deje de orgullo:

—Es mi hija, lady Hawthorne.

Anne apretó los labios y su semblante se endureció.

—¿Dónde está su madre?

—Falleció hace poco —contestó Christine.

La tensión en el ambiente se volvía palpable, y Christine decidió no prolongar más el momento.

—Os lo explicaré todo —hizo una pausa, luego miró a su hermano con firmeza—. Pero antes, dime, Thomas… ¿puedo entrar en mi casa?

Thomas sostuvo su mirada por un largo instante. Su mandíbula se tensó, pero no protestó.

Sin decir una palabra más, se volvió y entró en la casa.

Christine suspiró aliviada y le hizo una seña a Angus para que la siguiera. Él vaciló, pero terminó cediendo; sabía que no tenía otra opción.

El calor del hogar la envolvió en cuanto cruzó el umbral. Había vivido allí años, pero ahora todo le resultaba extraño. Aun así, los rostros familiares que la recibieron con sonrisas y murmullos cálidos suavizaron la rigidez en sus hombros. Caminó decidida hasta el despacho, donde Thomas la esperaba. Los recuerdos la golpearon con la fuerza de un vendaval.

El aire aún olía a madera envejecida, cuero y cera de abejas, con un leve rastro de humo antiguo atrapado en las paredes. Todo estaba tal como lo recordaba: la estantería de roble junto a la chimenea, el escritorio de barniz gastado, el sillón alto donde su padre se sentaba con solemnidad.

Cerró los ojos, dejándose llevar por la nostalgia.

—Sigue oliendo igual.

—Lo sé —respondió Thomas, tomando asiento en la butaca frente a la chimenea—. He intentado ventilarlo, pero el olor está impregnado en el mobiliario.

Ella fue a replicar, pero desistió.

Thomas se reclinó en el asiento, cruzó los dedos y su semblante se tornó serio más serio.

—¿Y bien?

Margaret y Anne llegaron poco después, deslizándose en la habitación con paso silencioso. Se sentaron en el sofá junto a Christine, pero ella apenas lo notó. Toda su atención estaba fija en su hermano.

No iba a inclinarse ante su autoridad.

Ya no.

Capítulo 59

Castillo de Ròscreag
Junio, 1551

El sol entraba por la ventana, bañando la estancia con su luz dorada. Durante unos momentos, el único sonido en la habitación fue el eco de unos pasos alejándose por el pasillo. Cuando el silencio se hizo absoluto, Alistair deslizó las manos sobre su rostro y exhaló un largo suspiro.

Kieran se mantuvo en su asiento, observándolo en silencio. De vez en cuando, echaba un vistazo a la carta que sostenía en la mano, pero su atención no se apartaba del hombre frente a él.

—¿Quieres saber lo que dice? —preguntó al cabo de un rato.

Alistair separó ligeramente las manos del rostro, mostrando unos ojos cargados de angustia y agotamiento.

—No lo sé.

—¿No has venido buscando respuestas? —insistió, con una nota de irritación—. Aquí tienes una.

Alistair tensó la mandíbula.

—Por tu expresión, dudo que la carta diga nada bueno.

Su amigo frunció el ceño con fastidio.

—Alistair, nos conocemos desde siempre, así que seré franco contigo: eres un necio.

El insulto no encendió la chispa de su carácter como de costumbre. En lugar de replicar, Alistair lo miró con atención, sin apartar los ojos de él.

El silencio que siguió fue opresivo, lleno de lo que no se decía.

Finalmente, Kieran soltó un resoplido y se levantó del asiento con un movimiento brusco.

—Toma. Voy a ver cómo está Brìghde.

Alistair cogió la carta con la mano temblorosa. Al ver la caligrafía de su esposa, una oleada de emociones le atenazó el pecho, y apenas pudo respirar.

"Apreciada Brìghde,

Sé que te sorprenderá recibir noticias mías con tal premura, pero lo que he de contarte me atormenta, y temo que, de no volcar mis pensamientos en este papel, termine siendo consumida por ellos.

No sé cómo ha llegado a saberlo, pero Lord MacAuley ha descubierto mi acuerdo con Alistair y me ha ofrecido su protección si acepto desposarme con él. Sería deshonesto por mi parte negar que es un hombre de noble porte, pero ¿de qué sirve cuando el corazón no responde a la razón? El mío ya ha elegido dueño, aun cuando él no me reclame como suya.

No puedo culparlo. El amor no se puede forzar, y jamás ha sido esa mi intención. Sin embargo, en mi ignorancia, albergué la esperanza de que estos meses a su lado pudieran haber sido suficientes para despertar en él un sentimiento que igualara el mío.

Qué necia he sido, estimada amigada…

Te escribo también porque preciso de tu consejo.

No entraré en detalles que me son demasiado amargos, pero he conocido a Morgana Fraser. Que Dios me perdone, pero mi corazón se rebela contra ella. Y tengo razones para ello.

Con hondo pesar, debo confesarte que los he visto besándose en la posada.

Alistair jura que no fue por su voluntad. Y si he de serte sincera, no recuerdo haberle oído mentir jamás. Pero ya no sé qué creer. Cada camino parece llevarme al dolor. Me esfuerzo por elegir con sensatez, pero dudo si la decisión correcta es la que proteja lo que siento en mi interior. No me llames egoísta, no temo una vida de desdicha, sino que mi pequeño sea visto solo como una carga, un lazo impuesto que cause sufrimiento. Quise compartir con Alistair mis sospechas, pero la herida de la traición me dejó muda.

Eres la única que conoce mi secreto y pronto no podré ocultarlo más.

Dime, ¿qué harías tú en mi lugar?

Siempre tuya,

Lady Christine MacLeod"

Alistair leyó la carta una vez más. Y otra.

Y por más que la releía, seguía sin creer que todo aquello estuviese sucediendo.

Su esposa podía estar encinta, pero había desaparecido.

"Quise compartir mis sospechas, pero la herida de la traición me dejó muda."

La frase se repetía en su mente como un eco martilleante. Se frotó el rostro con la mano, emitiendo un sonoro quejido.

Aquella mañana, en la caballeriza, Christine había ido a decirle que estaba embarazada.

Y él estaba con Morgana.

Necio era lo menos que merecía ser llamado.

Miró por la ventana. El campo abierto se extendía ante él, cubierto de un manto de lavandas agitadas por la brisa. La serenidad de la escena contrastaba con el caos en su interior.

Permaneció así un buen rato, tratando de ordenar sus pensamientos, hasta que Kieran volvió a tomar asiento frente a él.

—¿Y bien? —preguntó, esta vez con un tono más templado.

—Tengo que encontrarla.

—¿Con qué intención? —intervino Brìghde, entrando en la estancia.

Su rostro volvía a tener el color rosáceo habitual, aunque Rosemary permanecía a su lado, vigilándola con la preocupación de quien teme otro achaque de náuseas.

Se sentó junto a su esposo, quien la observó con cierta inquietud.

—¿Cómo que con qué intención? —replicó Alistair—. Acordamos que, si quedaba encinta, me haría cargo del niño.

—¿Solo por eso?

—¿Qué quieres que te diga?

—Quiero saber qué sientes exactamente por ella. Porque es muy posible que Christine no quiera saber nada de ti.

—No puede quitarme a mi hijo.

—Ya lo ha hecho —intervino Kieran, su voz cargada de dureza—. Y dentro de poco, el acuerdo llegará a su fin. Nada le impide decir que ese niño es de otro.

Alistair alternó la mirada entre ambos, sin dar crédito a lo que escuchaba. Buscó apoyo en Rosemary, pero ella se limitó a encogerse sutilmente de hombros.

—Estoy seguro de que es mi hijo. Christine no me traicionaría.

—Pero tú sí que lo hiciste —acusó Brìghde con frialdad.

—¡Que yo no quería! ¿Cuántas veces tengo que repetirlo?

—Mo ghràdh, basta ya —intervino Kieran en voz baja, posando una mano en la de su esposa—. Entiendo tu frustración, pero ahora lo importante es encontrar a Christine.

Brìghde asintió, aunque no sin antes lanzarle a su primo una última mirada furiosa.

—¿Qué sabes por ahora? —preguntó Kieran, volviendo al tono serio.

—Sé que partieron hace dos semanas hacia Kinloch. Le dijeron a los criados que volverían en pocos días. Además, dejaron sus cosas en la casa.

Brìghde inhaló bruscamente y contuvo un sollozo.

—¿Por qué no vas a descansar un poco? —sugirió su esposo con suavidad.

—No, quiero ayudar —insistió, secándose una lágrima con su pañuelo. Luego, miró a Alistair y preguntó con voz más firme—. ¿Sabes si se llevó sus notas?

Alistair no entendió al principio, pero pronto sus ojos se abrieron, sorprendidos.

—No… Pero todo lo que había antes de irse sigue en Sìorach.

—Es un buen punto de partida —dijo Kieran—. Puedo ofrecerte a mis hombres, pero no te acompañaré.

Brìghde volteó la cabeza hacia él.

—Ve con Alistair, yo estaré bien.

—No pienso moverme de aquí hasta que des a luz.

—De verdad, no me pasará nada.

Kieran tensó la mandíbula.

—La doncella parecía estar bien también.

La mención la dejó muda, y las lágrimas volvieron a empañar sus ojos. Kieran suspiró y pasó un brazo por sus hombros, brindándole apoyo en silencio.

Alistair desvió la mirada, incómodo. Christine estaba allá fuera, esperando un hijo suyo. Se levantó de golpe y se giró hacia Kieran.

—Vuelvo a Sìorach. Si necesito a tus hombres, te lo haré saber.

Kieran aceptó con un gesto sobrio.

—Ten cuidado.

—Tráela de vuelta —dijo Brìghde.

—No volveré si no es con ella.

Sin añadir nada más, salió de la estancia con pasos decididos.

La noche no tardó en alcanzarlos, pero no le importó. Tras unas horas de arduo camino, Alistair y los dos hombres que lo acompañaban llegaron a Sìorach.

Desmontó rápidamente y subió a grandes zancadas hasta lo que había sido la alcoba de Christine. Al entrar, el suave aroma a rosas lo envolvió, provocándole un nudo en la garganta.

Fue directo al escritorio y comenzó a rebuscar en los cajones hasta dar con lo que buscaba: el grueso fajo de papeles que Christine había acumulado durante el último año.

Las hojas estaban desordenadas, algunas dobladas por las esquinas, otras con la tinta corrida, como si hubieran sido escritas en medio de la noche, con lágrimas cayendo sobre el papel.

Había fragmentos alegres, recuerdos de sus días en el castillo. Otros, más sombríos, en los que volcaba sus miedos, sus dudas y la soledad que la había acompañado desde que llegó.

Pero lo que lo dejó sin aliento fue la manera en la que lo describía, incluso desde el principio. A sus ojos, él era un buen hombre. Alguien que la había tratado con amabilidad, que tenía detalles con ella, gestos que le hacían bien.

Alistair titubeó, sin saber qué pensar.

¿Así lo veía Christine?

No merecía esas palabras.

Pero entonces leyó otras, y su pecho se contrajo hasta casi ahogarlo.

"A veces parece que mi presencia le es grata, y luego se aleja sin explicación."

Recordaba esos días.

Los momentos en los que se había sentido demasiado cerca de ella, demasiado vulnerable. Los días en los que se convencía a sí mismo de que lo mejor era mantenerse a distancia, incluso cuando su cuerpo anhelaba lo contrario.

Pero no había pensado en lo que Christine sentiría. No había imaginado que su silencio la lastimaba, que sus ausencias le dejaban noches en vela, escribiendo su confusión sobre el papel.

"A veces creo que no estoy a la altura".

Apretó el puño, arrugando el papel entre sus dedos.

Christine lo había amado desde mucho antes de que él tuviera el valor de aceptarlo.

Y él la había empujado al dolor sin darse cuenta.

No pudo seguir leyendo. Cada palabra era una flecha directa a su corazón.

Pero entonces, un fragmento lo hizo detenerse en seco.

"Hace tres días que no sé de él. No me atreví a preguntar cuándo volvería, y tampoco quiero interrogar a Angus. Siento que mencionarlo en voz alta solo hará que la pena se haga más real.

Màiri dice que tenga fe, que las palabras de Alistair no fueron dichas con mala intención. Pero no puedo evitar pensar que se está alejando de mí.

Y no me queda tiempo.

¿Habrá leído Margaret mi carta?

Los echo tanto de menos que me duele. Me siento tan sola…

Al menos tengo a Màiri, mi mayor apoyo en medio de tanto caos."

Se quedó completamente inmóvil.

"No me queda tiempo."

La frase se repitió en su cabeza, cada vez con más peso.

¿Sentía que la había dejado porque dudaba de sus sentimientos?

El dolor le anudó el alma.

No. No era eso. Había intentado protegerla. Y en el proceso, le había roto el corazón.

"¿Habrá leído Margaret mi carta?"

Buscó entre los papeles, pero no encontró ninguno más reciente.

Margaret…

¿Por qué le resultaba tan familiar?

Entonces, se le heló la sangre.

Margaret.

La mujer que participó en la huida de Christine.

La mujer de Thomas Hawthorne.

La única persona a la que Christine le habría escrito en Inglaterra.

Dejó los papeles sobre el escritorio y se pasó una mano por el cabello, maldiciendo en voz baja.

Supo lo que debía hacer. Y supo exactamente dónde encontrarla.

Pero mientras recogía sus cosas, una pregunta lo golpeó con fuerza.

¿Y si ya era demasiado tarde?

El pensamiento lo detuvo en seco. El papel crujió en su puño, pero su mirada seguía clavada en aquel nombre, en aquellas palabras que le dejaban un regusto amargo en la boca. Su pecho subía y bajaba con rapidez, pero sus piernas no se movieron.

"No me queda tiempo."

La frase lo envolvía como un eco sofocante. Ella creía que la había dejado… que su amor no era real.

Y quizá… Quizá ya había tomado una decisión sin él.

Sin esperarle.

Sin darle otra oportunidad.

Su mente se nubló con todas las posibilidades que no podía controlar. Tal vez ya estaba demasiado lejos. Tal vez ya no había nada que pudiera hacer.

Tal vez… ella merecía algo mejor.

Alguien que no hubiera dudado. Que la hubiera amado con la certeza que ella siempre había tenido por él. Alguien que no hubiera necesitado perderla para darse cuenta de lo que realmente sentía.

Y ahora, ella llevaba a su hijo en el vientre.

¿Había echado a perder la oportunidad de tener una familia?

No.

No una familia, sino la familia que siempre había soñado. Al lado de la única mujer que realmente lo comprendía, que se amoldaba a él como si hubiera estado hecha para encajar en su vida. Pero también la mujer que, en algún punto, había dejado de esperar ser correspondida.

Si había sido capaz de volver a Inglaterra, al lugar del que escapó un año atrás, significaba que lo que dejó en Escocia debía ser aún peor.

El nudo en su garganta se hizo más grande. Sus dedos se cerraron con más fuerza sobre el papel, pero sus piernas seguían sin moverse.

Si cruzaba esa puerta, ya no habría vuelta atrás.

Pero… ¿acaso seguiría esperando que la encontrara?

Capítulo 60

La quietud entre ellos parecía más elocuente que cualquier palabra. Sentía el peso de la mirada de su hermano sobre ella con una presión aplastante, pero se forzó a mantener la espalda erguida y los puños cerrados sobre su regazo.

—He venido porque esta sigue siendo mi casa —dijo, esforzándose por mantener el contacto visual.

Su madre había bajado la cabeza, retorciendo un pañuelo entre los dedos. En cambio, su cuñada observaba la escena con una mezcla de cautela y expectativa.

Thomas afiló la mirada.

—Esta casa la abandonaste tú.

—No por ello deja de ser mía.

La evaluó con severidad, con aquella expresión que tanto la irritaba.

—¿Para qué has vuelto?

—Necesito tu ayuda.

Thomas alzó una ceja.

—Eso es obvio. ¿Qué ha pasado?

Christine tomó aire.

—Mi matrimonio no ha ido… como esperaba. Y ahora no puedo volver.

—¿Te ha hecho algo? —preguntó con un matiz peligroso en la voz.

Ella bajó la vista por un segundo. Su hermano se incorporó ligeramente en el asiento, su expresión ahora cargada de furia contenida.

—Bastardo…

—No es eso —se apresuró a decir—. Pero no puedo seguir a su lado.

Thomas exhaló, relajándose apenas. Su tono, sin embargo, seguía siendo mordaz.

—Por lo que veo, has vuelto a huir.

Ella tragó saliva y asintió.

—¿Eres consciente de que al hacerlo, has provocado que tu esposo venga aquí a reclamarte?

—No lo hará —respondió sin titubear.

—¿Y eso por qué?

—Porque él… pronto dejará de serlo.

Anne levantó la cabeza, alarmada.

—¿Qué quieres decir?

Christine soltó un suspiro y se giró hacia ella.

—Hicimos una unión de manos.

Anne y Margaret se cruzaron una breve mirada, desconcertadas. Christine volvió a centrar la atención en Thomas y, con voz decidida, continuó:

—Es algo habitual en Escocia. Para ellos, es un compromiso legítimo, pero si al acabar el año uno de los dos no quiere seguir, se disuelve.

Vio por el rabillo del ojo cómo su madre palidecía, pero toda su atención estaba en Thomas, cuya expresión pasó de la incredulidad a la irritación en cuestión de segundos.

—No me lo puedo creer. ¿Arriesgaste nuestra seguridad por un matrimonio falso?

—No es falso —se defendió, sintiendo cómo la rabia hervía en su interior.

—Por poco nos cuesta la vida, Christine.

—No iban a haceros daño. Además, fuiste tú quien vino a buscarme.

Thomas golpeó la mesa con la palma de la mano.

—¡¿Y qué creías que haría?! —exclamó, poniéndose en pie—. ¿Quedarme de brazos cruzados mientras desaparecías?

—Sinceramente, no lo sé.

—Estoy harto de que actúes como si tus decisiones solo te afectaran a ti.

Christine alzó la barbilla, la incredulidad bailando en sus ojos.

—¿Llamas irresponsabilidad a haber protegido mi propia vida?

—¿Y qué hay de los demás? —su voz subió un tono, señalando con los brazos a su alrededor—. ¿Qué hay de nuestra madre? ¿De

nuestra familia?

Ella se puso en pie con brusquedad.

—Yo no tengo la culpa de las desgracias de todos. Tengo derecho a vivir mi vida.

Thomas bufó con desprecio.

—Eres una egoísta.

Su hermana parpadeó, sin creer lo que acababa de escuchar.

—¿Qué me has dicho?

—Que eres una egoísta.

Ella sintió la ira subirle por el cuello.

Margaret se tensó. Con un leve toque, agarró el brazo de Anne y la instó a salir. Esta dudó al principio, con la mirada clavada en su hija, pero finalmente se dejó guiar fuera de la estancia.

La puerta quedó ligeramente entreabierta.

Christine cerró las manos sobre el regazo.

—Retíralo —susurró amenazante.

—No —respondió Thomas, cruzándose de brazos.

—¿Egoísta? —soltó una carcajada incrédula, cargada de cólera contenida—. ¿Tú me llamas egoísta?

Thomas ni siquiera pestañeó.

—Sí. Porque todo lo que haces es pensar en ti.

Una presión le atenazó el estómago, pero se obligó a mantenerla a raya.

—¿En mí? —repitió, entrecerrando los ojos—. ¡¿En mí?!

Apoyó las manos sobre la madera, desafiándolo.

—Luché contra todo y contra todos para no ser vendida como un maldito caballo de cría.

Su hermano sintió la tensión subirle por el rostro.

—No teníamos otra opción.

—¡Siempre hay otra opción! Pero claro, para ti era más fácil sacrificarme que encontrar otra.

Thomas soltó una carcajada seca, pero su expresión era dura.

—No tienes ni idea de lo que dices.

—Sí la tengo —insistió—. Para ti, casarme con Darkmoor era una pieza clave en tu ascenso. No era por la familia ni por protegernos. Se trataba de ti.

Él golpeó el escritorio con ambas manos.

—¿Y tú qué crees que hiciste? Tomaste la única salida que te convenía sin importar las consecuencias.

Christine sintió un escalofrío recorrerle la columna.

—No me obligues a elegir entre mi vida y la tuya, Thomas.

—Tú no fuiste la única que sufrió, Christine.

El silencio se instaló entre ellos.

—¿Alguna vez pensaste en lo que pasó cuando huiste?

Christine sintió un nudo en la garganta, pero no respondió. Su hermano continuó, su voz afilada como una daga:

—¿Pensaste en lo que nos hicieron cuando supieron que habías roto el compromiso? ¿Cómo nos cerraron puertas, cómo perdimos aliados, cómo madre se marchitaba cada día más?

Christine abrió la boca, pero no salió sonido alguno.

—No, claro que no. Porque no estabas aquí.

La frustración reprimida durante años, la impotencia de haber sido tratada como una mercancía, la soledad de sentir que nadie la defendía, todo estalló de golpe.

Con un movimiento brusco, agarró el primer objeto que tuvo a mano —un jarrón con flores secas— y lo lanzó contra la pared.

El sonido del cristal estallando hizo eco en la estancia, esparciendo fragmentos sobre la alfombra y manchando la madera con pétalos marchitos.

Thomas se quedó atónito.

—¿¡Qué demonios haces!?

Ella eludió la respuesta. Sus ojos recorrieron el despacho, su ira desbordándose como un torrente imparable.

Agarró un candelabro de bronce y lo estrelló contra el suelo.

El sonido metálico retumbó en la habitación y el impacto dejó marcas en la madera.

—¡Esto! —gritó con la voz quebrada—. ¡Esto es lo que me condenó a Darkmoor!

Tomó un libro grueso de la estantería y lo lanzó contra el escritorio con todas sus fuerzas. Los papeles se desparramaron por el suelo.

—¡Esto es lo que valgo para ti, Thomas! ¡Objetos! ¡Posesiones!

Unos pasos apresurados resonaron en el pasillo.

Angus apareció en la entrada, su cuerpo tensándose al ver la escena. Fue a intervenir, pero una mano suave se posó sobre su brazo. Reconoció a la joven dama de cabellos negros y rizados, cuyos ojos color avellana transmitían una calma inesperada. Su rostro delicado contrastaba con la firmeza de su semblante.

—No —susurró Margaret, negando con la cabeza—. Esto es entre ellos dos.

Él frunció el ceño, pero le hizo caso.

El silencio era sofocante, como una tormenta a punto de estallar.

Thomas seguía estático, pero sus nudillos estaban blancos por la presión.

—Para ti siempre se trató de poder —continuó Christine, respirando agitadamente—. Nunca me viste como tu hermana. Solo como un recurso más en tu maldito tablero.

Thomas se inclinó sobre el escritorio y la miró con dureza.

—¿Y qué eres tú, hermanita? ¿Una víctima?

El aire entre ellos se volvió irrespirable.

—Al menos yo he cumplido con mi deber.

Christine entrecerró los ojos.

—¿Qué quieres decir?

—¿Crees que me gusta esto? —soltó con voz tensa, llena de resentimiento—. Durante años he tenido que recoger los pedazos que nuestro padre iba dejando.

Christine se quedó callada, su respiración aún entrecortada por la furia.

—¿Crees que fue fácil volver a casa después de años de guerra y descubrir que no quedaba nada? ¿Tener que arreglar algo que ni siquiera fue culpa mía, mientras tú te refugiabas en tus libros?

Christine sintió un nudo en el estómago.

—¿O casarme con una completa extraña para intentar salvar lo poco que nos quedaba?

—No uses esa excusa —atacó ella—. Brìghde y yo estábamos ahí cuando hablaste con padre. Te escuchamos.

—¡¿Y qué esperabas que hiciera?! —gritó, golpeando el escritorio.

—No mentir, Thomas. Dejaste claro cuánto despreciabas a su gente.

Su hermano profirió un grito gutural y lanzó el tintero contra la pared.

La mancha negra se extendió sobre la pintura clara como una herida abierta.

—Estoy harto de todo esto. Harto de ser el único que carga con el peso de esta casa. ¿Qué esperabais? Que volviera de la guerra prometiendo amor eterno a una mujer que me recordaba a los hombres que maté?

Christine fue a decir algo, pero Thomas no la dejó.

—Ni siquiera pude intentarlo. No cuando el precio a pagar era tu vida.

—¿De qué estás hablando? —preguntó, cada vez más confundida.

Se inclinó hacia ella, su mirada encendida por algo más que enojo.

—¿Sabes qué hizo padre para intentar sacarnos de la pobreza?

Christine calló.

—Jugó tu dote en una apuesta. Y perdió.

El mundo pareció tambalearse bajo sus pies.

—No…

Thomas no apartó la vista de ella.

—Adivina contra quién.

Christine dejó escapar un grito de furia y agarró la silla más cercana, estrellándola contra el suelo.

La madera crujió y se astilló en pedazos.

—¡No te creo! —rugió—. ¡Estoy harta de excusas, de mentiras! ¡Quiero la verdad, Thomas!

Pero él ya había alcanzado su límite. De un manotazo, barrió todo lo que había sobre el escritorio.

Los papeles volaron, las plumas rodaron por el suelo y una lámpara de aceite cayó, haciéndose añicos.

—¡Es la verdad! —bramó— ¡Ibas a casarte con Darkmoor de todos modos! Convencí a padre de que hablase con él, que usase la dote de Margaret para pagar la tuya.

Christine apretó los dientes con tanta fuerza que le dolió la mandíbula.

—¿Y cómo explicas que acabara prometida?

—Porque su familia nos abandonó —golpeó de nuevo el escritorio con el puño—. Se llevaron su dinero y nos dejaron a nuestra suerte.

Christine se quedó sin palabras.

—Si dejases de lamentarte tanto, verías que no eres la única con problemas —continuó él, respirando pesadamente—. Estoy cansado de ser siempre el villano, Christine.

Ella sintió un golpe de confusión.

—¿Y por qué no me dijiste nada de esto?

Thomas soltó una carcajada amarga.

—Porque tú no veías el mundo como yo.

Dio un paso hacia ella, su rostro marcado por el agotamiento.

—Siempre fuiste la única que no debía preocuparse. La única que podía vivir sin este peso sobre los hombros —su mandíbula se crispó antes de añadir—: Y yo quise que siguiera siendo así.

Su voz descendió hasta un susurro, cargado de algo más profundo que enojo.

—Verte feliz era lo único que me hacía pensar que todo esto valía la pena.

Christine sintió algo quebrarse dentro de ella, pero no podía detenerse.

—¿Y cuál era tu plan, eh? —su voz sonó ronca, cargada de veneno—. ¿Dejarme en manos de ese hombre hasta que me rompiera?

Thomas pasó una mano por su cabello, frustrado.

—¡No lo sé! —su voz se rompió al final—. Margaret estaba embarazada y apenas nos quedaba dinero.

Christine lo miró fijamente.

—Ibas a venderme igualmente.

Thomas apretó los puños, su voz desbordando una combinación de rabia y culpa.

—¡¿No entiendes que no quería hacerlo?!

Por un instante, pareció a punto de decir algo más, pero se contuvo. Exhaló, con la mandíbula tensa, como si luchara consigo

mismo.

—Y luego desapareces. Y descubro que estás en Escocia.

Tomó aire, intentando calmarse.

—Por Dios bendito, Christine… No sabes lo que fue recorrer ese camino sin saber si te encontraría viva o muerta.

Silencio.

Christine parpadeó, su pechó aun subiendo y bajando por la furia contenida.

Thomas se llevó una mano al rostro, sintiendo el alivio de haberse deshecho de un peso que llevaba años cargando. Luego, sin pensarlo, hizo un gesto para tomarla del brazo.

Fue solo un roce. Un instante. Pero su mano pasó fugazmente por su vientre.

El instinto se apoderó de ella antes de que su mente pudiera reaccionar.

En un solo movimiento, sacó la daga que llevaba escondida y la apoyó contra la garganta de su hermano.

El filo rozó su piel.

—No me toques —su voz fue un susurro letal, sin temblores, sin dudas.

Thomas tragó saliva, pero no intentó apartarla. Su mirada no reflejaba rabia, sino incredulidad.

—Baja eso, Christine.

No lo hizo de inmediato. Mantuvo la daga en su sitio, respirando con fuerza. La expresión en su rostro no solo reflejaba ira, sino un instinto primitivo y protector, algo que Thomas nunca había visto en ella.

La observó y, por un momento, no estaba delante de la mujer, sino de la niña que había sido.

La niña que se colaba en su cuarto con algún libro viejo en las manos, pidiéndole que le explicara palabras difíciles. La que lo seguía a todas partes cuando jugaban en el jardín, aferrándose a su brazo con confianza ciega.

La que una vez fue su hermana y no su enemiga.

Christine también lo sintió. En su respiración agitada, en la rabia ardiente … y en el fondo, también en la tristeza.

—¿Tanto me odias? —preguntó él.

El dolor en su voz la golpeó. Pestañeó, confusa por un instante, y apartó el arma con el aliento entrecortado.

Thomas se llevó la mano al cuello, notando la piel enrojecida donde el filo había estado a punto de cortarlo.

Antes de guardar la daga, pasó la mano por su vientre. Fue un gesto sutil, casi inconsciente, pero no le pasó desapercibido. Lo había visto antes, muchas veces, cuando Margaret acariciaba su propio vientre en los meses de embarazo.

El aire pareció espesarse de golpe.

—Christine… —su voz sonó extrañamente cautelosa—. ¿Por eso has vuelto?

Ella lo miró con los labios entreabiertos, pero no negó.

—He vuelto porque estoy sola —respondió con dureza.

Thomas inspiró hondo, meditando sus palabras.

—¿Por qué no se hace cargo el escocés?

Christine desvió la vista.

—Porque no lo sabe.

—¿Cómo? —preguntó, incrédulo.

—¡No lo sabe! —repitió, exasperada—. Y no quiero que lo sepa. Al menos por ahora.

—¿Pero a ti qué te pasa? —preguntó, elevando la voz—. ¿Qué te ha hecho ese hombre para que huyas hasta aquí?

Christine apretó los labios, negándose a responder.

—Dime la verdad.

Su hermana no apartó la mirada, dejando entrever una tristeza profunda.

—No podía quedarme —dijo al fin—. No quiero estar atada a otro hombre que nunca me verá como su igual.

Durante un instante, Thomas pareció dispuesto a rebatirla, a lanzarle otra réplica afilada… hasta que lo comprendió.

No hablaba solo de Alistair. Hablaba de él.

—¿No comprendes que todo lo que he hecho ha sido por ti? Por madre, por Margaret.

Christine rio secamente.

—¿Cuándo dejarás de escudarte en eso para justificar tus malas decisiones?

Thomas bufó y se pasó una mano por el cabello con frustración.

—Lo siento, Christine. ¿Es eso lo que querías oír? —su tono sonó irónico, pero había algo en su expresión que decía lo contrario—. Ya te dije que no vi otra opción.

Christine se quedó muda. Había soñado tanto con este momento, que vivirlo le pareció irreal. Conmovida por su sinceridad, se atrevió a cederle un poco de la suya.

—Yo no quería dejarte —murmuró—. Cuando me comí las setas. No quería morir. Solo…. Solo quería estar en paz. Acallar las voces.

—¿Qué voces?

—Las que me repetían constantemente que lo hacía todo mal, que nunca iba a ser suficiente.

Su hermano pareció asimilarlo por un segundo, y cuando habló, su voz sonó más resignada que enojada.

—¿Y lo conseguiste?

Su negativa fue apenas un gesto, pero el brillo en sus ojos hablaba por sí solo.

—En Escocia hace meses que no las oigo.

Thomas exhaló pesadamente.

—Entonces, ¿qué haces aquí?

—¿Qué quieres decir?

—Vuelve allí, donde no eres tan infeliz.

Ella apretó los labios.

—No puedo.

—¿No puedes o no quieres?

—No puedo volver ahí. No sabiendo que estáis mal.

Thomas rio con incredulidad.

—¿Ahora te preocupa nuestro bienestar?

Christine notó cómo el enojo comenzaba a crecer de nuevo.

—¡Thomas, basta ya!

La voz de Anne resonó más clara que en meses.

Los hermanos se quedaron en silencio, sin saber cómo reaccionar.

Anne avanzó hacia ellos con el porte de una mujer que había pasado demasiado tiempo en la sombra y señaló el desastre a su alrededor.

—¿No os dais cuenta de lo que está pasando?

Christine tragó saliva.

—Madre…

—Christine, ¿cómo has podido amenazar a tu hermano?

—No quiero que me toquen —respondió sin vacilar.

Anne le dirigió un gesto severo, pero antes de que pudiera decir algo más, Angus apareció en la escena.

—Milady, ¿estáis bien?

—Sí, Angus. Gracias.

El guerrero la inspeccionó brevemente, asegurándose de que estuviera bien, antes de recorrer la estancia con la mirada y detenerse en Thomas.

Pero este último se adelantó antes de que Angus pudiera intervenir.

—Ninguno de vosotros tenéis derecho a decirme lo que hacer —replicó con sequedad—. Madre, lleváis años cargando una pena cuya causa aún me es un misterio, pero he intentado aliviaros en todo lo posible. Especialmente después de que vuestra hija nos abandonara.

Christine sintió una opresión en el estómago, pero no interrumpió.

—Y basta con que reaparezca para que salgáis de vuestro encierro voluntario —continuó él—. ¿Es que acaso no os importamos nadie más en esta casa?

—Eso no es… —comenzó a justificarse Anne.

—Y tú… —la interrumpió, mirando a Christine—. Doy gracias a Dios de que me hayan otorgado el puesto en la corte. De lo contrario, estaríamos en la ruina absoluta.

Christine abrió los ojos, sorprendida.

—¿Te han dado el puesto?

Fue Margaret quien intervino, atreviéndose al ver que la tensión había bajado:

—Hace meses que no sabemos de lord Darkmoor. Su familia lo ha dado por muerto, y el puesto que quedó libre le fue otorgado a

Thomas.

Al principio, Christine no supo qué decir, completamente atónita. Luego, sin previo aviso, una risa suave escapó de sus labios y creció hasta convertirse en una carcajada abierta.

—¿Qué te hace tanta gracia? —acusó Thomas, irritado.

—Esto es increíble… Al final sí que te he ayudado a conseguir el puesto.

Thomas puso los ojos en blanco.

—Lo que faltaba. Has perdido la cabeza por completo.

Margaret ladeó el rostro.

—¿A qué te refieres?

Christine respiró hondo, conteniendo la risa. Su rostro adoptó una expresión más grave.

—Lord Darkmoor está muerto.

Thomas entornó los ojos.

—¿Cómo estás tan segura?

Christine lo miró sin vacilar.

—Porque fui yo quien acabó con él.

Capítulo 61

Un pesado mutismo se extendió por la sala. Anne abrió la boca, pero las palabras no acudieron a sus labios.

Margaret alternó la mirada entre los hermanos, pero pronto se fijó en el fornido guerrero que los acompañaba. Su ceño se frunció al ver que no parecía sorprendido lo más mínimo.

—No digas tonterías —espetó Thomas con un deje de condescendencia—. ¿Esperas que me trague semejante barbaridad?

—Os aseguro que dice la verdad —intervino el escocés, cruzándose de brazos—. Doy fe de ello.

Margaret y Anne se llevaron la mano a la boca, sofocando un jadeo de incredulidad.

—¿Alguien más lo sabe? —preguntó Anne, su rostro lívido.

—Solo mi esposo y unos pocos hombres de confianza.

—¿Iba solo?

—No, pero sus acompañantes no lograron huir a tiempo.

Thomas la miró como si la viera por primera vez.

—No sé quién eres —dijo al fin, su voz cargada de desconcierto —. Mi hermana jamás habría hecho algo así.

Sus palabras la hirieron en lo más profundo, pero se obligó a mantener la compostura. Endureció el gesto y habló firme, sin necesidad de alzar la voz.

—Yo tampoco te comprendo. Primero me criticas por ser una niña buena, y ahora me condenas por ya no serlo.

Thomas apretó los dientes.

—¡¿No puedes simplemente actuar como una persona normal?!

Christine le sostuvo la mirada, fría como el acero.

—Nadie puede ser normal cuando a su alrededor nada lo es.

Hizo una pausa antes de añadir, con un matiz de cansancio en la voz:

—Y deja de usar el mundo exterior como excusa. Tú tampoco te portas bien. Lo único que haces es encerrarte en tu propio enojo y dañar a los que te rodean.

La expresión de Thomas se tensó, y Christine supo que había tocado un punto demasiado sensible. Contuvo el aliento antes de responder:

—Hay cosas que nunca cambian.

Sin más, abandonó la sala.

No tenía un destino claro, pero sus pasos la llevaron, casi por instinto, hasta las caballerizas. El familiar olor a heno y cuero le provocó una punzada de nostalgia, pero se limitó a esbozar una sonrisa amarga y recorrió el establo hasta dar con su yegua.

—Aquí estás, pequeña —susurró con más calma.

Acercó la mano al hocico de la yegua, una imponente criatura de pelaje castaño salpicado por destellos blancos. El animal la olisqueó y relinchó, reconociéndola al instante. Con movimientos precisos, la dama preparó la montura y se subió con agilidad.

Tiró de las riendas y guio a la yegua al paso, sintiendo el vaivén familiar que poco a poco disipaba la tensión de su cuerpo. A medida que avanzaban, dejó que el trote se volviera más rápido, hasta que el viento le azotó el rostro y la sensación de libertad se apoderó de ella.

Condujo al animal hacia un pequeño lago escondido entre los árboles. Allí desmontó y dejó que la yegua pastara a su antojo mientras ella se tumbaba sobre la hierba y extendía los brazos en cruz.

Cerró los ojos y respiró hondo. El murmullo del agua y el canto de los pájaros la rodearon, trayéndole una calma que no había sentido en mucho tiempo. El frenesí que la consumía fue cediendo poco a poco, y, sin darse cuenta, se entregó al sueño.

—Milady.

Abrió los párpados lentamente, reprimiendo el leve sobresalto que le produjo el despertar repentino. Se relajó al reconocer al capitán. Estaba inclinado sobre ella, su silueta recortada contra el cielo gris.

—Hola —saludó, sin moverse.

—Pronto lloverá —comentó él, mirando hacia las nubes que se espesaban sobre sus cabezas.

Christine siguió su mirada y sonrió de lado.

—Qué bien.

Angus la contempló unos instantes, sin comprender del todo su actitud. Soltó un leve suspiro y se dejó caer a su lado.

—Siento que hayáis tenido que presenciar todo eso —murmuró ella.

—No os preocupéis. Soy yo quien os debe una disculpa.

Christine se incorporó hasta quedar sentada a su lado y lo observó con atención.

—No os comprendo.

Angus desvió el rostro hacia el lago.

—Desde que mi Màiri falleció, no he estado bien —confesó con voz tensa.

—No sufráis por vuestros actos, están justificados.

—No es solo eso —negó, frotándose la nuca—. Me inquieta la manera en que me he comportado con vos … y con mi hija.

Christine le dio un suave apretón en el brazo.

—No os guardo rencor alguno. Sé que habríais hecho lo mismo por mí. De hecho, me habéis acompañado hasta aquí, cuando podríais haberos quedado en Escocia, con vuestra gente.

La expresión del hombre se endureció, y su mirada, perdida en la distancia, reflejaba una angustia indescriptible.

—Mi gente era Màiri. No tengo otro sitio al que ir.

—Pues nos iremos por ahí —propuso con ligereza—. Nos asentaremos en algún pueblito y criaremos juntos a Flora. ¿Qué os parece?

Él curvó los labios en una sonrisa.

—Me parece una idea encantadora… y una oferta muy tentadora. Pero os aprecio demasiado como para encadenaros a mí. Vos debéis vivir vuestra vida, y yo la mía.

Christine captó una nota extraña en su voz y entrecerró los ojos.

—¿Qué queréis decir?

Angus tardó en responder. Cuando lo hizo, su tono fue pausado, casi solemne.

—Milady, ¿me permitís un consejo?

Christine asintió, expectante.

—La vida me ha quitado a mi esposa, pero me ha dado algo a cambio. Lo que quiero decir es que… quizás él también merezca esa oportunidad.

Christine recogió las piernas contra su pecho y las rodeó con los brazos. Apoyó la barbilla sobre una rodilla y fijó la vista en el agua.

—Lo sé. Cuanto más pasan los días, más me doy cuenta de que huir no es la respuesta. Mi hijo merece saber quién es —suspiró antes de continuar—. Pero no quiero volver aún.

Miró a Angus con una súplica silenciosa.

—¿Vendréis conmigo de vuelta?

Él asintió con suavidad.

—Vos misma lo habéis dicho: huir no es la respuesta.

Christine se frotó los brazos con gesto pensativo.

—Mandaré una carta a Culzean. Si tiene intención de acoger a su hijo, le pediré que me deje estar aquí hasta el próximo verano, cuando el frío haya pasado.

—Me parece un buen plan. Así Flora cogerá algo más de peso. Es increíble que algo tan pequeño haya conseguido sobrevivir.

Christine sonrió con ternura.

—Es una luchadora.

El estruendo de un trueno retumbó en la distancia. Christine hizo un mohín y se puso de pie con desgana. Angus la imitó.

—En fin, volvamos a la casa —dijo, resignada. Luego, con cierta ironía, añadió—: No vaya a ser que vuelvan a pensar que he huido y me lo recuerden hasta la eternidad.

Angus la miró de reojo.

—Milady, comprendo vuestra frustración, pero he de seros sincero: por muy poca simpatía que vuestro hermano me genere, parecía genuinamente preocupado cuando discutía con vos.

Ella alzó una ceja.

—¿Cuánto habéis escuchado?

Angus se encogió de hombros, con un destello de diversión en los ojos.

—Acudí preocupado al oír los gritos, pero lady Margaret insistió en que me quedara afuera.

Christine chasqueó la lengua.

—Hicisteis bien en obedecer. De lo contrario, habríais salido escaldado.

—Que los dioses me libren de convertirme en esa pobre silla.

Ella enrojeció al recordar su arrebato, pero la risa contenida de Angus la tranquilizó.

—Gracias —murmuró con sinceridad.

Antes de montar en su yegua, se giró hacia él.

—¿Cómo sabíais dónde encontrarme?

—Vuestro hermano me dijo que solíais venir aquí cuando estabais mal.

Christine asintió en silencio, sin saber cómo procesar que Thomas aún recordara algo así.

Esa noche, nadie faltó a la cena, pero apenas se habló. El ambiente estaba enrarecido y los dos hermanos rehuían el contacto visual. A pesar de ello, Christine se sentía extrañamente aliviada, por lo que su apetito no se vio afectado.

Thomas, en cambio, apenas probó bocado. Cuando el resto de los presentes estaba terminando, se levantó y, tras una breve disculpa, abandonó la estancia.

Las mujeres lo observaron hasta que quedaron a solas. Margaret suspiró profundamente, y Christine, sintiendo el peso del momento, le dirigió una mirada culpable.

—Siento estar causando tantos problemas.

La dama hizo un leve ademán de negación, restándole importancia, pero la inquietud seguía latente en su interior.

—He pensado… —comenzó a decir, mientras jugaba con un trozo de carne en su plato— que escribiré a mi esposo para darle las noticias.

Anne asintió con aprobación.

—Buena idea. Rezaré para que te perdone y acepte casarse contigo.

Christine pestañeó un par de veces, incapaz de entender su razonamiento.

—¿Cómo?

—Has huido de su lado y, además, con otro hombre. No puedo imaginar la deshonra por la que estará pasando ahora mismo.

Un estremecimiento le atravesó el cuerpo. Había estado tan ocupada lidiando con sus emociones que no había pensado en cómo podría estar siendo vista su situación desde afuera.

Anne suspiró largamente.

—Este tema me gusta tan poco como a ti, hija mía. Pero debemos reconocer que estás en una situación muy complicada.

—Lady Anne, podemos discutir esto más adelante —intervino Margaret con un tono apaciguador.

—No —objetó su suegra—. Estas cosas requieren tiempo y planificación. No puedes vagar sin rumbo, Christine. No en tu estado.

Ella endureció el gesto.

—Me las arreglaré.

—Eso dices ahora, pero el mundo no es amable con una mujer sola y embarazada.

Christine no quería ni pensar en eso. Aunque había marchado convencida de que Alistair no quería estar a su lado, hablar del tema como si fuera algo real, tangible, le partía el corazón.

—Podríamos encontrar a alguien dispuesto a casarse contigo —propuso su madre.

Christine sofocó el sollozo que amenazaba con escapar de sus labios y respondió con firmeza:

—¿Y entregar a mi hijo a otro hombre? Ni hablar.

—El guerrero que te acompaña es una buena opción. Te eduqué para que aspiraras a más, pero en tu estado, no puedes permitirte elegir.

Christine dejó los cubiertos a un lado y la observó, atónita. Margaret, visiblemente incómoda, alternó la vista entre ambas.

—No puedes estar hablando en serio. Angus acaba de enviudar y yo aún estoy casada.

Anne entrecerró los ojos, sin apartar el contacto visual.

—¿Estás segura de que eso importa? Siendo sinceros, el vínculo entre vosotros dos es lo que más dará que hablar.

Christine se enderezó en el asiento.

—Entre Angus y yo no hay nada más que una relación cordial, y mi esposo lo sabe.

—Hija, entiende que no hay muchas alternativas. Con él, al menos tendrás protección, y nadie más que nosotros sabría de tu deshonra —consciente de que la tensión no hacía más que aumentar, intentó aligerar el tema con voz deliberadamente calmada —: Si no te agrada la idea, tal vez el convento. Allí, al menos, estarás a salvo. Muchas mujeres encuentran paz en la vida religiosa después de tanto sufrimiento.

Su hija rio sin ganas, como si las palabras le pesaran.

—¿Paz? No necesito paz, madre. Necesito decidir mi vida sin que otro hombre lo haga por mí.

Anne chistó y miró a su alrededor, temiendo que alguien más la escuchara.

—¿Es que en Escocia te han llenado la cabeza de ideas absurdas? El mundo no funciona así —señaló el vientre de su hija—. Ya tomaste una decisión, y mira dónde te ha llevado.

—No es necesario llegar a esto ahora —intervino de nuevo Margaret, tragando saliva—. Siempre tendrás un lugar aquí, Christine.

Ella no prestaba atención. Cerró los dedos con fuerza sobre la mesa hasta que los nudillos palidecieron. Sin desviar la mirada de su madre, habló con voz controlada, luchando por mantenerse serena:

—No voy a desposarme con Angus ni tampoco entrar en un convento.

Anne suspiró de nuevo. Fijó la vista en su plato, y cuando habló, su voz sonó más cansada que dura:

—Hay una tercera opción…

Christine sintió un nudo en la garganta.

—¿Cuál?

—Que Margaret y Thomas lo hagan pasar por hijo suyo.

—¿Cómo? —preguntaron ambas jóvenes al unísono, intercambiando una expresión entre la incredulidad y el miedo.

—Te quedarás aquí dentro hasta que llegue el momento, y cuando el niño nazca, diremos que es de ellos. No será fácil, pero es lo único que podría darte una nueva oportunidad. Así, quizás consigamos encontrar un hombre que te despose sin sospechas. Ya nos las arreglaremos con lo que venga después.

Christine sintió que le faltaba el aire. Con un movimiento brusco, se levantó de la silla y alzó la voz:

—Vuelvo a casa después de un año, preocupada por tu bienestar, ¿y lo único que se te ocurre es decirme todo lo que he hecho mal y darme opciones que nadie ha pedido?

Sus ojos se oscurecieron al fijarse en Anne.

—No necesito que me digan lo que debo hacer con mi hijo y conmigo misma. No necesito que me escondan ni me avergüencen. Estaremos bien, mientras estemos juntos.

Apartó la silla con un movimiento seco y se marchó, dejando tras de sí el peso de unas palabras que nadie esperaba escuchar.

Esa noche, le costó conciliar el sueño. Entre las náuseas que la seguían asaltando de tanto en tanto y el peso de los recientes acontecimientos, su descanso se vio interrumpido por pesadillas inquietantes. No era solo el tono con el que su madre le había hablado lo que la mantenía en vela. Era la verdad que había detrás de sus palabras. Por mucho que estuviera casada, su unión no había sido bendecida por Dios, y pronto, todos lo sabrían.

No podía permitir que su deshonra afectara más al bienestar de su familia. Bastante habían soportado ya con su huida a Escocia.

Llevaba largo rato dando vueltas en la cama cuando un toque suave en la puerta la hizo incorporarse.

Al abrir, se encontró con Margaret, que sostenía una pequeña vela, cuya luz danzaba en la penumbra.

—¿Qué ocurre? —preguntó Christine en voz baja.

—No podía dormir.

—Entonces entra —respondió, haciéndose a un lado con una sonrisa tenue.

Como solían hacer en las noches que Thomas se ausentaba, Margaret se metió en su cama.

—Te he echado de menos —dijo antes de abrazarla con fuerza.

Y así, sin decir una palabra más, Christine se desplomó. Las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos, y, buscando consuelo, se refugió en el hombro de Margaret. Esta no pronunció palabra alguna, simplemente la sostuvo con firmeza, dejándola llorar hasta

que no quedó más que un sollozo débil. La apartó y le secó las lágrimas con un paño fino.

—Christine, como tú has dicho, esta es tu casa. No tienes por qué hacer nada de lo que tu madre ha dicho. Te quedarás con nosotros.

Christine hizo un leve movimiento de negación, pero Margaret la interrumpió:

—Racionaremos bien las porciones y rezaremos para que los cultivos sean prósperos.

—Gracias, pero… aunque me duela, debo admitir que madre tiene razón. Si Alistair termina repudiándome, necesito una alternativa.

La preocupación cruzó el semblante de Margaret.

—¿Sería capaz de hacerte algo así?

—No lo sé…

—¿Qué pasó, Christine? Me preocupa haber cometido un error aquella noche.

—¡No! —exclamó de inmediato.

Luego, se llevó la mano a la boca, temiendo haber hablado demasiado alto. Apretó la mano de Margaret y continuó en voz baja:

—Te estaré eternamente agradecida. Incluso si esto no acaba bien, al menos he tenido la oportunidad de saber lo que es estar casada con un buen hombre.

—Si es un buen hombre, ¿por qué huiste?

Christine miró la llama, observando cómo la cera derretida se deslizaba lentamente por los bordes.

—¿Tienes tiempo?

Su amiga dejó la vela sobre la mesita y se acomodó bajo las sábanas.

—Todo el tiempo del mundo.

Christine sonrió, nostálgica, y la imitó, acurrucándose bajo las mantas.

Y entonces, en la intimidad de la noche, le contó todo.

Cuando terminó, Margaret emitió un bostezo antes de hablar:

—No quiero enturbiar más tus pensamientos, pero por lo que me cuentas, parece que realmente le importas.

—Yo también lo creo, pero no sé cómo se habrá tomado que me haya marchado sin previo aviso.

—Christine, se unió a ti para protegerte de un peligro que ni siquiera alcanzaba a comprender. Dudo que sea capaz de rechazarte.

—No estoy tan segura. A Alistair le preocupa la imagen que tiene ante su clan. ¿Qué crees que estarán diciendo de él tras mi marcha?

Margaret suspiró.

—Sea como sea, encontraremos la manera de que puedas estar con tu hijo.

Christine cerró los ojos, sintiendo por fin un atisbo de consuelo.

—Gracias.

Y así, entre palabras quedas y sollozos entrecortados, las dos amigas fueron vencidas por el sueño.

Capítulo 62

Despertó hacia el mediodía, estirándose lentamente antes de salir de la cama. Miró el espacio vacío a su lado y, por un instante, la idea de recluirse en su cuarto pareció demasiado tentadora. Pero luego pensó en Nicholas y en la pequeña Flora, en sus manitas aferrándose a la suya y en la paz que traían a su corazón. La necesidad de verlos acabó imponiéndose.

Se obligó a ponerse en pie y vestirse sola. Su vientre, aunque discreto, le recordaba constantemente la verdad que llevaba dentro, y no se sintió con ánimo de disimularlo frente a la criada.

Salió al jardín, donde el cielo estaba despejado y el sol brillaba. El campo que rodeaba la mansión resplandecía bajo la luz del día: los trigales se mecían con el viento, los árboles ofrecían su sombra generosa y el canto de las aves rompía el silencio con su dulce melodía.

A lo lejos, en un claro junto al arroyo que cruzaba la finca, divisó a Margaret y Angus sentados sobre una manta extendida en la hierba. La joven sostenía a Nicholas sobre su regazo, meciéndolo mientras el bebé lanzaba balbuceos alegres. Angus, a su lado, sostenía a la diminuta Flora, envuelta en una manta que la protegía del viento suave.

Se acercó con paso tranquilo, dejando que la brisa despeinara suavemente sus cabellos. Margaret fue la primera en verla y le dedicó una sonrisa acogedora, dando palmaditas sobre el lugar vacío a su lado. Se dejó caer sobre la manta, agradeciendo la sensación de la hierba bajo sus dedos.

Pasaron un rato así, disfrutando de la compañía, cuando vieron a Anne acercarse desde la mansión. Avanzaba con un porte erguido y firme, pero algo en su expresión había cambiado. Christine supo que aquella conversación era inevitable. Se puso en pie y, con un simple cruce de miradas, ambas se alejaron por el sendero de flores silvestres que bordeaba la casa.

El cansancio era evidente en el rostro materno, con sombras marcadas bajo los ojos que indicaban que había dormido poco, quizá incluso menos que ella.

Anne fue la primera en hablar, con tono comedido:

—No quiero que pienses que mis palabras fueron para hacerte daño.

Christine entrelazó los dedos en un gesto inconsciente, intentando contener la inquietud que le provocaba la conversación.

—Lo sé.

—Sé que me he equivocado en muchas cosas, pero créeme cuando te digo que hice lo que creí necesario para protegeros a ambos.

—Lo entiendo.

—Me duele ver cómo discutís y lo infelices que sois.

Christine se detuvo y la miró con firmeza.

—Lo sé —repitió—. Sé que tus actos son de buena voluntad. Pero tus palabras duelen.

El viento llevó el aroma a tierra húmeda y lavanda. Su madre la contempló y finalmente asintió. Con un gesto inusualmente tierno, tomó sus manos entre las suyas.

—Solo quiero que estés bien.

—Lo estaré —respondió sin dudar—. Porque no soy la misma que cuando me fui.

Anne curvó las comisuras en una sonrisa cansada.

—Lo sé. Has cambiado. Te has vuelto más… fuerte. Pero temo que eso no sea suficiente, hija mía. El mundo es un lugar cruel y no podremos protegerte siempre.

Christine inspiró hondo, sintiendo el peso de las palabras que aún no había pronunciado. Dudó, pero supo que debía decirlo.

—Madre, no espero que nadie lo haga.

Deshizo el agarre de su madre y se rodeó a sí misma con los brazos. Cogió aire de nuevo, buscando en la brisa fresca el empujón para decir lo que nunca pensó que sería capaz.

—No cuando ni mi propia madre fue capaz de hacerlo en el pasado.

El silencio se hizo audible, como el crujido de una hoja seca al romperse. Anne apartó la mirada, sus labios temblando sutilmente.

Christine la estudió unos instantes. No la culpaba, no del todo. Sabía que había hecho lo que creía correcto, que había actuado con las herramientas que tenía. Pero ese conocimiento no aliviaba la herida ni aligeraba el peso.

—Lo siento —dijo, vacilante. Luego, alzó la vista y la sostuvo en la de su hija—. La pena pesa en mi corazón desde el día en que desapareciste. Al principio no me lo creí, pero cuando Thomas volvió sin ti, yo… No he vuelto a vivir hasta ayer, Christine. Hasta que mis propios ojos vieron que estabas viva.

—Madre…

La respuesta quedó atrapada en su garganta, estrangulada por la emoción. Una lágrima rodó por su mejilla, reflejo de la que silenciosamente había escapado del rostro de su madre.

—Thomas tiene razón —continuó Anne en un susurro entrecortado—. Lo he descuidado. A él, a Margaret, a mi nieto…

—No quería marcharme —murmuró su hija con voz temblorosa.

Anne dejó escapar un sollozo ahogado. Le retiró la lágrima con un gesto tierno, casi reverente, como si temiera que su hija se desvaneciera con el roce.

—Lo sé. Ojalá hubiera sabido hacerlo mejor.

Sus palabras atenuaron el fuego que llevaba ardiendo demasiado tiempo en su interior, templando las llamas en lugar de sofocarlas. Durante el último año, había aprendido a reconstruirse, a recoger las cenizas de lo que fue y forjarse de nuevo.

Aun así, este momento era diferente. Esa comprensión que tanto había anhelado, esas dulces palabras de su madre no cambiaban el pasado, pero sí lo aliviaban. Y en su camino de regreso a sí misma, eso también contaba.

Acortó la distancia que las separaba y la abrazó.

Anne vaciló al principio, sorprendida por el gesto, pero pronto la envolvió con sus brazos y rompió a llorar.

—Temo que esto no sea más que una ilusión —alcanzó a decir, entre hipidos.

—Estoy aquí, mamá.

Anne la apretó con más fuerza.

—No quiero perderte en un convento. Quiero verte feliz.

—Yo también.

Estuvieron así un rato, permitiéndose llorar sin reservas.

Finalmente, Anne exhaló despacio y deslizó una mano por su espalda en una caricia pausada.

—Deberíamos volver.

—De acuerdo.

Emprendieron el camino de regreso, uniéndose al grupo que seguía entretenido a la sombra de un majestuoso roble inglés, cuyas ramas centenarias abrazaban la tierra con el mismo afecto con el que Anne volvía a abrazar a su hija.

Capítulo 63

Al día siguiente, la joven MacLeod se levantó con una inquietud difícil de explicar.

Para su suerte, Thomas se había marchado temprano, lo que le permitió moverse con libertad por la casa.

Anne prefirió quedarse en su cuarto por la mañana, aquejando un persistente dolor de cabeza, así que los más jóvenes repitieron la actividad del día anterior. Se acomodaron en el claro junto al arroyo, donde la sombra de los árboles cercanos y la brisa fresca creaban un refugio apacible. Con los bebés en sus regazos, disfrutaron de un raro momento de calma.

Llevaban un rato así, cuando el llanto de Flora rompió la quietud del mediodía. Angus la meció con más brío, murmurando palabras en gaélico con un cariño inesperado en alguien de su porte.

Christine sonrió con suavidad ante la escena.

—¿Quién lo habría dicho? El temible Angus MacKenzie, doblegado por alguien tan pequeño.

El guerrero siguió centrado en su tarea, pero respondió con un matiz de vergüenza:

—No es *alguien* pequeño, milady. Es mi hija.

Margaret, que había estado acariciando distraídamente la manita de Nicholas, alzó la cabeza con interés.

—¿Temible?

—Aquí donde lo ves, el capitán de la guardia se ha ganado fama de ser tan implacable como su laird.

Margaret ladeó la cabeza, analizándolo un momento antes de encogerse de hombros.

—A mí no me dais miedo.

Él resopló, entre divertido y resignado.

—Es difícil mantener mi reputación si sostengo un bebé en un brazo y una gasa con leche en el otro.

Las jóvenes rieron, pero la diversión se disipó cuando Flora lloró de nuevo, cada vez más débil, pero insistente.

Margaret la contempló con atención.

—Es muy pequeña.

—Nació antes de tiempo —explicó Christine.

—¿No le gusta la leche?

—Hay días que come más y otros que menos —respondió Angus con pesar.

Margaret mantuvo el semblante serio, pero no hizo comentario alguno. Su atención se deslizó entre Flora, que se retorcía inquieta, y Nicholas, que descansaba tranquilo junto a ella. La idea le vino de repente.

—¿Me permitiríais cogerla un momento?

Angus tensó ligeramente el brazo alrededor de su hija, pero al ver el gesto dulce de Margaret, cedió.

—Tomad. Si lográis calmarla, os estaré en deuda.

Margaret la recibió con dulzura, dejando que la pequeña sintiera su calor. Apenas sus cuerpos se rozaron, Flora se aferró a ella, buscando instintivamente. La joven alzó la vista y sus ojos se encontraron con los de Angus.

—Sir MacKenzie… ¿me permitiríais intentarlo?

Angus parpadeó, claramente desconcertado.

—¿A qué os referís, milady?

Pero en cuanto vio cómo Flora se aferraba con desesperación, lo entendió.

—No debéis preocuparos, de verdad —se apresuró a decir—. Acabará comiendo.

Margaret apretó los labios, indecisa.

—Es solo una idea… —bajó la vista hacia la niña y su expresión se suavizó—. Me apena tanto que pase hambre…

Angus quiso objetar, pero su mirada volvió a caer sobre su hija. Su carita enrojecida, sus débiles sollozos… No era orgullo lo que lo frenaba, sino la extrañeza de recibir una oferta así de una dama.

Finalmente, asintió, con la voz más baja de lo habitual:

—Si no os resulta una molestia…

Margaret habló con gentileza, su tono sereno:

—No lo es.

Fue al otro lado del árbol, donde el tronco le daría la intimidad que buscaba. Mientras tanto, Angus aguardaba junto a Christine en la manta, inquieto. Se pasó una mano por la nuca, en un gesto inconsciente de incomodidad.

Entonces, el llanto de Flora cesó.

Su padre alzó la vista de inmediato. Christine, sentada a su lado, sonrió aliviada.

—Ya está.

Él soltó el aire que no sabía que había estado conteniendo.

Al cabo de un rato, Margaret regresó con la pequeña en brazos. Dormía tranquila, su cuerpecito relajado y satisfecho. Se la devolvió a Angus con suma delicadeza.

—Milady, no sé cómo agradeceros esto.

Margaret le dirigió un gesto afectuoso antes de acariciar la frente de la niña.

—No hace falta que me lo agradezcáis. Un bebé hambriento es un bebé hambriento, y yo solo quiero ayudar.

Por la tarde, Anne se encontraba mejor, así que accedió a la propuesta de Christine de pasear por los jardines. A pesar de que una parte de ella seguía en tensión, reacia a bajar la guardia después de tanto tiempo, hacía mucho que no disfrutaba de la compañía de su madre de forma tan natural.

Cuando el sol comenzó a deslizarse por el horizonte, las sombras alargándose sobre los senderos empedrados, volvieron a la mansión.

Anne se retiró temprano, pero Christine aún sentía una energía extraña que le impedía pensar en dormir. Sus pasos la llevaron hasta la habitación de Nicholas. El niño dormía plácidamente en su cuna, su respiración pausada llenando el silencio de la habitación.

Lo contempló maravillada.

Tan frágil. Tan tranquilo. Tan lleno de vida.

Nicholas pareció sentir su presencia y abrió los ojos, dedicándole uno de esos mohínes soñolientos que la derretían por dentro. Antes de que rompiera a llorar, lo acunó contra su pecho, meciéndolo en un movimiento rítmico mientras tarareaba una dulce nana.

La expresión del bebé se suavizó y le acarició la mejilla con el dorso de los dedos, sonriendo ante su tacto suave y delicado.

Nicholas respondió con una sonrisa, y en ese instante, una punzada de incomodidad la atravesó.

La culpa.

—Has heredado la sonrisa de tu padre...

Miró por la ventana, donde el sol del atardecer bañaba los campos de un ámbar intenso.

Llevaba dos días esquivándolo. No solo porque no sabía qué pasaría si volvían a verse, sino porque desde su discusión, algo había echado raíces en su interior.

Una duda. Una verdad incómoda que no había querido mirar de frente.

¿Y si Thomas tenía razón?

¿Y si sus perspectivas nunca habían sido opuestas, sino simplemente distintas?

No mejor, ni peor. Solo… distintas.

Pero lo suficiente como para haberlos distanciado hasta ese punto.

Hasta destrozar el despacho de su padre y ponerle una daga en el cuello.

Se centró en mecer al bebé, tratando de expulsar aquellos pensamientos.

Thomas no la había castigado por ello.

O tal vez sí. Tal vez su castigo era la indiferencia.

Si Alistair la repudiaba, ¿qué le aseguraba que Thomas no haría lo mismo?

Sacudió la cabeza, como si pudiera disolver la idea con un simple gesto, y bajó la vista a Nicholas. Se había dormido de nuevo, ajeno a sus pensamientos catastrofistas. Lo devolvió a la cuna y se aseguró de que su cuerpecito quedara bien arropado.

—Descansa, pequeñín.

Depositó un beso en su frente y salió de la habitación. No fue consciente de a dónde se dirigía hasta que llegó al despacho.

Se detuvo en seco.

Todo seguía igual.

Exhaló de forma audible y empezó a recoger los papeles esparcidos, apilándolos sin pensar demasiado en el orden. Solo

quería apartarlos del suelo.

Luego, fue hasta el escritorio y recogió los objetos que días atrás habían volado por la habitación con la furia de su discusión: el sello de lacre familiar, la pluma, el tintero vacío…

—No pensé que volverías aquí.

Frenó de golpe y giró la cabeza, intentando ocultar su incomodidad.

—¿No dejaste que los criados entraran?

Thomas cruzó la estancia con la mirada, sus ojos arrastrándose sobre cada rastro de la pelea como si también lo viera por primera vez.

—No quería que vieran en qué condiciones lo habíamos dejado —respondió con voz queda.

Avanzó un paso más dentro de la estancia y, tras un momento de vacilación, empujó la puerta tras de sí.

Christine se puso alerta, pero se relajó en cuanto lo vio agacharse y recoger los fragmentos de cristales del suelo. Al notar que él seguía concentrado en la tarea como si fuera lo más normal del mundo, decidió imitarlo.

El silencio se adueñó de la estancia, roto solo por el leve crujir y el sonido de piezas al ser apartadas. No era un silencio pacífico, pero tampoco hostil.

Era lo que quedaba tras de la tormenta.

Después de un rato, la habitación quedó en mejor estado. Los objetos volvieron a sus lugares, el suelo quedó despejado, y el aire se sentía menos denso.

Lo único que quedaba era la mancha de tinta en la pared.

Se quedaron mirándola.

—Dejémosla —dijo él.

Ella arqueó una ceja.

—¿Por qué?

—Le da un toque diferente al despacho. Y me recuerda que no debo provocarte más.

—¿Eso ha sido una broma? —preguntó, sin saber si había oído bien.

—Lo sería si no me hubieses puesto una daga al cuello.

Christine bajó la vista.

—Thomas, lo siento.

—¿Por haber atentado contra mi vida?

—Por haberte abandonado.

La confesión quedó suspendida ellos.

—Ya dejaste claro que era la única manera de salvarte. Y me irrita admitirlo, pero tienes razón.

Christine estudió hasta qué punto lo decía en serio. Finalmente, se atrevió a preguntar lo que rondaba su mente desde hacía meses.

—¿Por qué no ayudaste a Lord Darkmoor?

Thomas se volteó hacia ella con gesto sorprendido.

—¿A qué te refieres?

—La noche que… la noche que acabé con su vida, me dijo que me habría encontrado antes, de no ser porque no le ayudaste.

Thomas apartó la vista.

—No lo sé… Cuando vino exigiendo saber dónde estabas, algo en mí lo rechazó. Supongo que, después de todo, no soy un monstruo.

El corazón de Christine se encogió de pena, pero no supo cómo proceder.

Por un lado, quería acercarse a él, sustituir el frío contacto de días anteriores por la calidez que recordaba de su infancia. Pero por otro, la distancia entre ellos se había hecho tan grande que el gesto le resultaba ajeno.

Así que optó por lo seguro: volvió a mirar la mancha.

—Tienes razón. Le da un toque distintivo.

Thomas ladeó la cabeza, dedicándole una expresión entre el alivio y la resignación.

—Ya se me ocurrirá algo cuando Nicholas pregunte por ella.

Christine exhaló un pequeño suspiro.

—Tiene tu misma sonrisa.

Él pareció debatirse entre responder o dejar que el comentario flotara en el aire. Al final, su rostro se relajó ligeramente antes de que su vista descendiera hacia el vientre de su hermana.

—¿Cómo estás?

Christine sintió un nudo en la garganta, pero respondió con sinceridad:

—Me encuentro bien. Apenas he tenido molestias.

Hubo un breve momento de vacilación antes de que hablara de nuevo.

—Thomas, quiero que sepas que no tenía intención de perturbar vuestro bienestar. He enviado una carta a Culzean. Si Dios quiere, volveré ahí.

Thomas tardó en reaccionar.

—¿Lo has perdonado?

Ella cerró los párpados unos instantes.

—No hay nada que perdonar. Simplemente… no pudo ser.

Thomas pareció dudar, pero en lugar de hablar, se fijó en la mancha.

—Dejémosla. Puede quedarse con nosotros el tiempo que quiera.

Sus miradas se cruzaron, y esta vez no hubo reproches ni resentimientos. Solo una suave aceptación de que, a pesar de todo, aún quedaban cimientos entre ellos.

Se giraron al unísono cuando unos toques tímidos interrumpieron el silencio. La puerta se entreabrió y un criado asomó la cabeza. Recorrió la estancia con vacilación antes de detenerse en Thomas. Agachó la cabeza y habló con voz apresurada:

—Milord, han divisado a unos hombres viniendo hacia aquí.

Thomas se irguió con alerta.

—¿Quién podría ser a estas horas?

El criado lanzó un vistazo a Christine.

Ambos lo notaron.

—Ve a tu alcoba —ordenó él.

El corazón de Christine empezó a latir frenético. Dio un paso adelante, la inquietud atenazándole la garganta.

—¿Y si es…?

Thomas soltó un breve resoplido, exasperado.

—Por una vez en tu vida, hazme caso —insistió, con una nota de ruego en la voz—. Si es él, primero tendremos que saber sus intenciones.

—No va a hacernos daño.

Thomas le dirigió un gesto de reproche y ella obedeció, resignada.

En cuanto estuvo a solas en su alcoba, comenzó a caminar de un lado para otro, incapaz de quedarse quieta. Su mente iba demasiado rápido, saltando de una posibilidad a otra.

El tiempo pareció alargarse hasta que una nueva presencia irrumpió en la habitación. Christine se giró con un sobresalto. Margaret cruzaba el umbral, con el rostro tenso y las mejillas pálidas.

—Margaret, ¿es él?

Ella asintió con lentitud.

Un estremecimiento la recorrió. Expectación, miedo, alivio, terror… todo a la vez. De pronto, la habitación se hizo pequeña. Sus piernas se debilitaron y el mundo se tambaleó.

Margaret la tomó del brazo rápidamente y la guio hasta la butaca.

—Respira...

Christine se dejó caer en el asiento, sintiendo la sangre pulsar con fuerza en sus sienes. Su amiga tomó un papel cercano y la abanicó, intentando aliviar la oleada de sensaciones que la golpeaban.

—¿Qué has visto? —preguntó al fin, en un murmullo trémulo.

—Nada. Solo he escuchado cómo le decían a Thomas que el laird MacLeod quería una audiencia.

Christine se inclinó hacia delante, asustada.

—¿Con él? ¿Qué quiere de mi hermano?

El rostro de Margaret se contrajo en una expresión de genuina preocupación.

—No lo sé, querida.

El silencio volvió a caer sobre ellas. Christine miró hacia la puerta, su respiración aún inestable.

Al otro lado, Thomas ya estaba enfrentando al hombre que había marcado su destino.

Y ya no había forma de huir.

Capítulo 64

El viaje hasta las tierras de los Hawthorne había sido largo, más de lo que Alistair estaba dispuesto a soportar. A pesar de las escasas paradas, la sensación de que el tiempo se alargaba con cada galope lo asfixiaba.

La premura marcaba el ritmo del pequeño grupo, pero hasta él tenía que admitir que sus dos compañeros —y los caballos— necesitaban descansar.

Si no hubiera sido por el comentario de Henry, Alistair habría seguido adelante, hasta que los cascos de su montura golpearan la entrada de la mansión inglesa.

No obstante, cuando divisaron una posada no muy lejos de su destino, Henry tiró de los estribos para frenar el paso.

—¿Ocurre algo? —preguntó el laird con premura.

—Necesitamos un descanso.

—Hemos parado hace menos de una hora.

Con un leve tirón de las riendas, Henry acercó su caballo al del laird. Se inclinó apenas hacia delante y bajó la voz:

—Llevamos días cabalgando sin descanso, durmiendo al borde del camino cuando apenas podemos mantenernos en pie. No sé vos, pero me preocupa que nos tomen por pordioseros.

Alistair lo estudió mejor: sus ropas estaban cubiertas de polvo, su pelo revuelto y la barba comenzaba a darle un aspecto desaliñado. Bajó la vista a sus propios brazos, que no distaban mucho de ese estado.

—Tenéis razón —accedió, con reticencia—. Pararemos en la posada para darnos un baño. Desde ahí, partiremos de vuelta.

Henry hizo una breve pausa, evaluando sus próximas palabras.

—¿Por qué no esperar a mañana? Posiblemente ya estén dormidos.

—He esperado suficiente. Mi esposa tiene motivos más importantes para no querer saber nada de mí que por irrumpir su sueño.

Henry no discutió más.

Así pues, los tres hombres se desviaron hacia la posada.

Cada segundo detenido era un castigo, una tortura que lo obligaba a enfrentarse a sus propios pensamientos, a los miedos que había logrado mantener a raya desde que partieron. El agua caliente eliminó la suciedad de sus cuerpos, pero no logró aliviar la inquietud del laird.

El deseo de llegar lo carcomía.

Y aun así, cuando al fin lo hizo, nada se sintió tan largo como la mirada que Thomas Hawthorne le dirigía en ese momento.

Lord Hawthorne estaba en el umbral de la puerta principal, sus brazos cruzados y su rictus severo.

Alistair fue el primero en hablar.

—Buenas noches.

—Exactamente —respondió Thomas, sin inmutarse—. ¿No os parece muy tarde para una visita?

—Os pido disculpas por ello, pero este asunto no podía esperar.

El inglés tensó aún más los brazos sobre su pecho.

—¿No os han enseñado que deberíais ser paciente, escocés?

Alistair percibió el regocijo contenido en su tono y maldijo para sus adentros. Poco podía hacer en esa situación.

—Mi esposa es motivo de sobra para ello.

Thomas ladeó la cabeza con fingida reflexión.

—¿Christine? ¿Es que acaso seguís desposados?

Alistair mantuvo la expresión serena, aunque por dentro maldijo nuevamente. Si Thomas lo sabía, no tenía sentido ocultarlo.

Otra parte de él, sin embargo, se aferró a lo que esa información implicada: Christine había estado ahí.

Con suerte, aún seguiría.

—Hasta donde yo sé, el acuerdo no ha terminado.

—¿Y qué pretendéis, si puede saberse? ¿Llevaros a mi hermana a Escocia?

Thomas esbozó una sonrisa sin rastro de calidez.

—La dama no va a ir a ningún lado.

Alistair cerró los puños, pero se obligó a mantener la calma.

—No vengo a eso.

La sorpresa cruzó el semblante de lord Hawthorne. Henry y su compañero intercambiaron una mirada confusa.

—¿Y a qué habéis venido, entonces? —preguntó, sin ocultar su irritación.

Alistair se mantuvo firme.

—He venido a hablar con vos.

Esta vez, Thomas ocultó su asombro bajo una máscara de seriedad. Se planteó despacharlo ahí mismo, pagarle con la misma moneda con la que Alistair lo había recibido un año atrás. Pero entonces, la imagen de Christine cruzó su mente, y se forzó en dejar a un lado cualquier rastro de orgullo o rencor.

—Acompáñalo a mi despacho —ordenó al criado que estaba a su derecha.

Este asintió y dirigió una fugaz ojeada a los otros guerreros. Thomas reparó por primera vez en su presencia y, sin mucho interés, añadió:

—Que esperen en la sala de visitas. Llevadles comida y bebida.

Henry y su compañero callaron, perplejos. A pesar de ello, asintieron en señal de agradecimiento.

Alistair, en cambio, expresó su desconfianza con un gesto sutil, que no pasó desapercibido. Thomas giró sobre sus talones para entrar en la casa, no sin antes lanzar con cierta ironía:

—Algunos sabemos tratar a los visitantes inesperados.

Minutos después, ambos hombres se miraban fijamente a través del escritorio.

Lord Hawthorne se había acomodado en su asiento habitual, con aire impenetrable, mientras que el laird MacLeod ocupaba la butaca frente a él.

—Tenéis mi atención.

El escocés se enderezó sutilmente.

—Vengo a pediros la mano de Christine.

Su interlocutor permaneció inmóvil por unos segundos, sin saber qué decir.

—¿Es esto una broma?

Alistair sacudió la cabeza con determinación.

—Por lo que veo, estáis al tanto de la naturaleza de nuestra unión, así que no ahondaré en esos detalles.

El inglés asintió mientras giraba la copa en su mano.

—Dentro de dos días, Christine dejará de ser mi esposa. Quiero vuestra bendición para desposarme con ella.

La incredulidad en su rostro dio paso rápidamente a una carcajada. Dejó la copa sobre la mesa y se reclinó en su asiento con sorna. Alistair tensó las manos debajo de la mesa, luchando por contener la respuesta que ardía en su lengua.

—Hace un año me echasteis de vuestras tierras, ¿y ahora esperáis que os apoye?

Sintió como la paciencia se le escurría entre los dedos. Se inclinó ligeramente hacia delante, su expresión aún controlada, esforzándose por disimular la escasa estima que sentía por su cuñado.

—Os recuerdo que vos tampoco actuasteis como un caballero.

La sonrisa desapareció.

—¿Cómo decís?

—Vinisteis con un grupo de hombres armados a las puertas de mi casa y faltasteis al respeto a Christine y a mi prima.

Un destello de dolor cruzó el rostro de Thomas, pero su voz sonó firme:

—¿De qué otro modo debe ir un hombre a rescatar a su hermana?

—Christine no necesitaba ser rescatada.

—¿Y ahora sí?

Alistair exhaló con pesar.

—No. Es una mujer valiente. Quien la necesita soy yo.

Lord Hawthorne inclinó ligeramente la cabeza.

—Explicaos.

—Christine es una mujer increíble y una compañera excepcional. No veo como podría no querer tenerla de vuelta a mi lado.

—¿Es ese el único motivo?

—¿Qué otro podría haber?

El inglés dudó si responder lo que pensaba, pero Alistair se le adelantó:

—Si os referís al hecho de que pueda estar encinta, sí, es otro motivo. Tened por seguro que incluso si no albergara sentimientos hacia ella, le ofrecería volver conmigo. Es lo que le prometí. Pero no es este el caso. Quiero cortejarla como sé que no lo ha sido en el pasado y desposarme con ella bajo sus términos.

—¿Y si no acepta? ¿La obligaréis igualmente por llevar vuestro hijo en su vientre?

—Quiero que sea feliz. Así que acataré cualquiera que sea su decisión.

Thomas reflexionó por un momento. El hombre frente a él parecía genuino. Si hace un año había defendido a su hermana con tanta vehemencia, ahora que admitía sus sentimientos por ella, estaba seguro de que lo haría con aún mayor determinación.

—¿Y si no os concedo mi bendición?

Alistair irguió la espalda en el asiento y, por un momento, su expresión dejó entrever un atisbo de desafío.

—Pues lo haremos a mi manera. Conseguiré la forma de hablar con ella y, si acepta, me la llevaré.

—¿Y si me niego?

El escocés calló unos instantes, pero cuando habló, no hubo espacio para la duda:

—Lo haré igualmente.

No hubo respuesta inmediata. Solo el suspiro de Thomas rompió el silencio.

—Les diré que os suban una bañera a la habitación —dijo con desgana—. Ningún hombre puede pretender a mi hermana con semejantes pintas.

La indignación de Alistair fue sustituida casi de inmediato por alivio. Lord Hawthorne mantuvo el contacto visual un instante más antes de ponerse de pie con aire imponente.

—Pero escuchadme bien, escocés. Si Christine os rechaza, os marcharéis por donde vinisteis.

Sin añadir nada más, se giró hacia la ventana, marcando el final de la conversación.

Alistair se quedó sentado un breve rato, asimilando la conversación que acababan de tener. Luego, con una exhalación

apenas perceptible, se levantó y abandonó el despacho.

Ya había superado una barrera.

Ahora venía la prueba de fuego.

Capítulo 65

En la alcoba femenina, el ambiente era igual de cargado.

Sentada en el borde de la cama, Margaret veía a su amiga caminar de un lado a otro con pasos rápidos y erráticos. Conocía de sobra aquel hábito y, por eso, al principio la dejó hacer, segura de que tarde o temprano se detendría para compartir sus conjeturas. Pero los minutos fueron pasando sin que ello sucediera. Solo el crujido de la madera bajo sus pies y los débiles murmullos que escapaban de sus labios rompían la quietud de la estancia. Viendo que no tenía pensado detenerse, Margaret se levantó y se interpuso en su camino con decisión.

—Christine, para.

La aludida alzó la cabeza, la miró y, tras una breve pausa, retomó la marcha.

—¿Qué estás susurrando? —preguntó Margaret.

Se acercó un poco más y agudizó el oído.

—¿Por qué estás describiendo la habitación?

Christine se detuvo en seco. Sus ojos buscaron los de su amiga con una preocupación que la hizo parecer aún más frágil.

—Necesito centrarme en otra cosa. Si no lo hago, volveré a pensar que está aquí y yo…

La frase se quebró en un sollozo.

Margaret la estrechó entre sus brazos con afecto.

—De acuerdo… —lanzó un vistazo a su alrededor—. La sábana es blanca, con ribetes marrones.

Christine consiguió sonreír con gratitud.

—Dorados —corrigió—. Son dorados y algunos están descosidos.

—Muy bien —respondió Margaret, su gesto apesadumbrado.

Y así continuaron, describiendo cada pequeño detalle de la estancia, hasta que el repiqueteo de unos nudillos contra la puerta las sobresaltó.

Ambas se giraron al mismo tiempo y vieron asomarse por la rendija a la doncella de Margaret. La joven esperó el asentimiento

de su señora antes de deslizarse al interior y cerrar la puerta tras de sí.

Se acercó con sigilo y susurró:

—Milady, tengo noticias.

Las damas se tensaron, su corazón golpeando con fuerza.

—Están preparando tres habitaciones para los invitados.

Margaret suspiró aliviada.

—Estaba segura de que haría lo correcto. ¿Dónde están alojados?

—En el ala oeste —respondió la doncella. Luego, se inclinó un poco más hacia Christine y bajó la voz—. Vuestro esposo está en la última puerta.

Christine sintió que el aire se espesaba a su alrededor. Volteó el rostro hacia Margaret, y esta captó la pregunta muda en sus ojos. Despachó a la doncella, quien abandonó la estancia tras una reverencia.

—¿Qué debo hacer? —preguntó Christine, en un hilo de voz.

—Lo que creas que es correcto.

—Es que no lo sé.

—Pues lo que más te apetezca. ¿Qué quieres tú?

Christine abrió la boca, pero no llegó respuesta alguna. Su atención se desvió hacia un punto indeterminado de la habitación mientras su mente luchaba por encontrar claridad.

—Yo… No lo sé.

Margaret tomó sus manos entre las suyas y le dio un leve apretón.

—No tengas prisa, amiga. Si han decidido quedarse aquí esta noche, es porque mañana te buscará.

Christine tragó saliva.

—Eso es lo que me preocupa —susurró—. Desconozco sus verdaderas intenciones.

Margaret le ofreció un gesto de comprensión.

—Sea lo que sea, no estás sola. Somos tu familia.

Los labios de Christine se estremecieron ligeramente antes de curvarse en una débil sonrisa.

—Gracias.

—Voy a retirarme a mi alcoba. De lo contrario, no me extrañaría que Thomas venga a buscarme, y no creo que quieras encontrártelo ahora mismo.

Christine asintió despacio.

—Ve con él. Yo estaré bien.

Su amiga le sostuvo la mirada un instante antes de envolverla en un abrazo firme, cargado de promesas silenciosas.

La joven MacLeod esperó a que la puerta se cerrara, sus ojos llenos de incertidumbre.

—¿Qué debo hacer? —se preguntó en voz baja.

Comenzó a caminar de nuevo por la estancia, pero tras apenas unos pasos, se detuvo y resopló frustrada.

—Voy a dormir —dijo, esperando que hacerlo en voz alta le diera la determinación que le faltaba.

Llamó a la criada para que la ayudara con la vestimenta. Mientras la asistía, no le pasó desapercibido el vistazo que la mujer dirigió a su vientre antes de retirarse.

La piel se le erizó. ¿Sabría algo?

Se volvió hacia el espejo. El camisón caía con elegancia sobre su figura, marcando sutilmente la redondez de sus caderas, fruto del peso que había ganado en el último año. Aun así, la pequeña prominencia apenas era visible, aunque bajo su propia mano resultaba inconfundible.

Su mente no tardó en hilar conjeturas. ¿Y si habían escuchado a su hermano hablar del bebé? Si era así, eso solo podía significar una cosa: Alistair ya lo sabía.

Sintió que la respiración se le cortaba.

¿Había viajado hasta allí para reclamar al niño?

Era una posibilidad… demasiado real.

O quizá la criada no sabía nada, y simplemente era una mala jugada de sus nervios.

La incertidumbre la estaba matando.

Se acercó a la puerta y colocó la mano en el picaporte, lista para salir… pero en el último momento, el rostro de Alistair invadió su mente. Sus ojos. Su expresión al verla.

Su cuerpo se paralizó de miedo.

¿Y si estaba molesto con ella?

A fin de cuentas, lo había abandonado.

Llevó las manos a su vientre. ¿Y si intentaba arrebatárselo?

No. No pensaba dárselo. Si era necesario, huiría de nuevo en medio de la noche. Esta vez siendo plenamente consciente de lo que hacía. Por su hijo, se escondería hasta el fin del mundo.

Fuese como fuese, necesitaba respuestas.

Con el corazón martilleándole en la garganta, tomó una gran bocanada de aire y, sin permitirse dudar, salió de la alcoba. Avanzó por los pasillos con pasos firmes, repitiéndose que no miraría atrás. Recorrió cada giro y cada tramo de escalera de memoria, aferrándose a la resolución que luchaba por imponerse sobre su miedo.

Para cuando estuvo frente a su puerta, ya se había convencido de que aquello no lo hacía solo por ella, sino por su hijo. Ambos necesitaban saber qué les deparaba el futuro.

Alzó la mano y llamó.

Silencio.

Una combinación de decepción y molestia la recorrió. ¿Y si no estaba? ¿Y si había venido en vano?

Pero no tuvo tiempo de darle forma a esos pensamientos.

La puerta se abrió de golpe, y al otro lado, Alistair la recibió con una mirada sorprendida. Su rostro, marcado por el cansancio, despertó en ella una oleada de compasión.

—¿Christine?

Todo lo que había pensado decirle se esfumó en cuanto sus ojos se encontraron.

Esos ojos.

Brillantes a la luz de las velas con un fulgor esmeralda, tan familiares como inalcanzables.

Su pecho se contrajo, y el aire pareció volverse denso en sus pulmones.

Pero entonces, él desvió la vista a su vientre.

El pánico la atravesó como un relámpago. Se cubrió el abdomen con la mano, como si pudiera ocultar lo que él ya sabía.

—¿Qué haces aquí? —soltó al fin, con una dureza que no había planeado.

Alistair tragó saliva y miró a un lado. Se moría por tocarla, por acunarla en sus brazos, por tenerla de vuelta a su lado. Pero no fue capaz. No cuando su anhelo no era correspondido. Con el corazón en un puño, se apartó y la invitó a entrar.

Ella dudó, pero acabó cruzando el umbral.

—Toma asiento —propuso.

—No, gracias —respondió, quedándose de pie con los brazos cruzados—. Dime la verdad. ¿Qué haces aquí?

Él sostuvo su mirada.

—He venido a por ti —volvió a dirigir su atención a su vientre—. A por vosotros.

Christine lo tapó con las manos, y la revelación le encogió el corazón: le tenía miedo.

—No he venido a llevarte por la fuerza, si es lo que temes.

Ella lo estudió, y algo en su voz, en su gesto derrotado, terminó por convencerla. Se relajó un poco, pero su postura seguía desafiante.

—Entonces, ¿por qué querías hablar con Thomas?

Alistair tragó saliva, intentando deshacer el nudo que se estaba formando en su garganta. No era así como había planeado las cosas. Aun así, una chispa de esperanza se prendió en su interior. No importaba el motivo, lo había buscado.

Mantuvo la vista fija en ella, sintiendo su respiración volverse irregular.

—Hay algo que debo confesarte.

El mundo se congeló en ese instante. Christine se enderezó, sus ojos brillando con expectación.

—Leí tu diario.

El rostro de la dama pasó del asombro a la incredulidad y, luego, al enfado.

—¿Qué?

—No tuve otra opción.

El calor le subió al rostro como una llamarada.

—¿Cómo pudiste? —su voz tembló de rabia.

—Sé que no debería haberlo hecho, pero estaba desesperado por saber algo de ti.

—¿Por eso has venido? ¿Porque leíste que podía estar embarazada?

—Lo estás malinterpretando —intentó explicarse, su voz más baja.

Christine apretó los puños.

—Así que así lo supiste… —murmuró.

Él dio un paso al frente.

—No importa cómo lo supe, Christine.

Ella soltó una risa vacía.

—¿Sólo me quieres porque estoy esperando un hijo tuyo?

La confirmación en sus labios le provocó un vuelco en el pecho.

Su hijo.

Se obligó a frenar el regocijo que lo invadía. No era el momento.

—No. Te quiero de vuelta porque…

Las palabras se evaporaron antes de cruzar su garganta.

Miró a la mujer que tenía delante, a la única persona que alguna vez había conseguido desarmarlo por completo.

Y no pudo continuar.

Todo lo que había ensayado, todo lo que pensó que le diría durante los días de viaje hasta Northumberland… se evaporó de golpe.

El miedo lo paralizó. Sus labios temblaron ligeramente.

Vio cómo la débil esperanza en el rostro de su esposa se extinguía poco a poco, y supo que había cruzado un límite.

—Es increíble… —musitó ella con pesar—. Ni siquiera tú sabes qué haces aquí.

Aun así, esperó.

Con cada segundo que pasaba, la distancia entre ellos se hacía más grande.

Con cada segundo, el temor de perderla se volvía más real.

Con cada segundo, la impotencia lo sofocaba aún más.

El rostro de Christine permaneció impasible. Y entonces lo comprendió: le había dado tantas oportunidades, y él solo la había defraudado.

Aun así, allí seguía, esperando algo de él que no era capaz de expresar.

Lo que vino después sucedió con una lentitud insoportable.

El brillo en sus ojos se apagó. Giró el rostro hacia la puerta y exhaló un suspiro casi imperceptible, como si aceptara, al fin, que ya no había más que esperar.

Avanzó un paso. Luego otro.

Alistair sintió el pánico desgarrarle el pecho. Algo dentro de él gritó que la detuviera, que no podía dejar que se marchara.

Su cuerpo reaccionó antes de que su mente pudiera asimilarlo y, en un instante, la sujetó del brazo.

Christine se giró con un jadeo sorprendido, y lo que vio la dejó de piedra.

Los ojos de Alistair resplandecían bajo la luz de las velas, llenos de una emoción que no podía contener. Su respiración era errática, cada inhalación le costaba, asfixiado por el peso de lo que estaba a punto de perder.

—No… —su voz apenas fue un susurro trémulo—. No te vayas.

No la retenía con fuerza. Su mano en su brazo no era una orden, sino una súplica. Apenas pudo tomar aire antes de que las palabras explotaran de su garganta.

—No puedes irte. No otra vez. Porque si cruzas esa puerta… me destrozarás.

La primera lágrima rodó por su mejilla y él no hizo nada por detenerla.

—Porque te amo, Christine. Te he amado desde el primer día, aunque no lo supiera entonces. Y desde ese momento he tenido miedo, miedo de perderte, miedo de amarte, miedo de no ser suficiente. Cada mañana despertaba esperando que el día fuera más fácil, pero nunca lo fue. Cada noche me acostaba con la esperanza de dejar de amarte, y nunca lo hice. Todo, todo a mi alrededor me recordaba a ti. Cada rincón. Cada paso. Cada maldito aliento dolía sin ti. Porque te fuiste y te llevaste todo lo que me hacía sentir vivo.

Ella entreabrió los labios, pero él negó con la cabeza y siguió, temblando:

—Intenté dejarte ir. Intenté convencerme de que era lo mejor, que un futuro a mi lado solo te traería decepción y dolor. Pero fue una mentira. Una cobarde mentira.

Inspiró entrecortadamente y llevó su mano al rostro de ella, con una caricia apenas perceptible.

—Estoy aquí porque ya no puedo luchar contra esto. Porque te necesito. Porque probé un mundo sin ti y es insoportable. Porque no me importa nada más. Ni el pasado. Ni el orgullo. Ni el miedo. Sólo tú.

—Alistair…

—Déjame decirlo —le rogó, la voz ronca de emoción—. Te amo. Pero no sé cómo amarte sin miedo.

Christine sintió que el suelo temblaba bajo sus pies.

—He perdido a tanta gente valiosa en mi vida, que la magnitud de lo que siento por ti no ha hecho más que paralizarme una y otra vez. Te fallé. Y aun así, aquí estás. Aquí sigues. No me importa si me odias. No me importa si nunca me perdonas. No me importa si pasas el resto de tu vida recriminándome todo lo que hice mal. Pero dime que aún hay otra oportunidad. Dime que puedo volver a casa contigo.

Christine lo miró con el corazón encogido. Había soñado tanto con aquel momento, que por un momento pensó que era una ilusión.

Pero sabía que no lo era.

Porque en sus sueños, Alistair no lloraba. En sus sueños, él profesaba sus sentimientos con la calma de quien llega a tiempo, y ella le correspondía con la inocencia del primer amor.

No. No era un sueño.

Porque en sus sueños no había voces acribillándola en la oscuridad, ni pesadillas que la despertaban empapada en sudor. No existían los recuerdos que la hacían rechazarlo.

Dio un paso al frente hasta quedar a escasos centímetros de él. Y entonces lo vio con total claridad: no era el hombre que un día la desafió con altanería. No quedaba arrogancia, ni orgullo, ni la barrera de hierro que había puesto entre ellos. Solo estaba Alistair. Sufriente. Derrotado. Con el pánico oprimiéndole el pecho.

Y lo abrazó. Solo un roce, sus brazos rodeándole el cuello con dulzura. Pero en cuanto él respondió a su contacto, algo dentro de ella se rompió y lo estrechó con fuerza.

Y lloró.

Lloró por su pasado y por el suyo. Lloró por lo que habían sufrido y por lo que aún estaban sufriendo. Lloró por el amor que habían perdido y por el que aún los mantenía en pie. Lloró por el niño que llevaba en su vientre, que había sentido el peso de su historia antes que el calor del sol.

Lloró porque, por primera vez, comprendió lo que significaba amar de verdad.

Porque esto no era un cuento de hadas.

Esto era la vida real.

Capítulo 66

Christine había creído que, cuando llegara el momento de aceptarlo, lo haría con la certeza de quien ha encontrado la respuesta a todas sus dudas. Pero no fue así.

Había despertado al día siguiente con una extraña ligereza, como si por fin se hubiera quitado un peso de encima. No porque todo estuviera resuelto, sino porque ya no había nada que negar.

Y ahora, después de tantas heridas y silencios, estaba viéndolo luchar por ella como nunca antes: sin barreras, sin excusas, sin miedo.

En los días que siguieron, tuvo que enfrentarse a una realidad aún más desconcertante: ser cortejada por su esposo.

No estaba acostumbrada a esto; a las flores que aparecían en su mesa cada mañana, a la forma en que Alistair la contemplaba, con una devoción que rozaba el sacrilegio, ni a la sensación de tener ella el control.

Era extraño, desconcertante e incluso… un poco emocionante.

—Si sigue mirándote así, se va a tropezar con sus propios pies.

Christine pestañeó y giró la cabeza hacia Margaret, quien la observaba con una sonrisa ladina.

—No sé de qué hablas —respondió con fingida indiferencia.

—Oh, vamos. Hasta Thomas se ha dado cuenta. Alistair parece que está aprendiendo a respirar de nuevo… y resulta que el aire eres tú.

El calor le subió a las mejillas. Recordó su mirada aquella noche, la desesperación en sus ojos, el modo en que su voz se había quebrado al confesarle cuánto la amaba. Bajó la vista y fingió arreglar el dobladillo de su vestido.

—Tengo cosas que hacer.

Margaret rio suavemente.

—Sí. Como ser cortejada por tu esposo.

—Ya no estamos casados.

—Cierto, lady Hawthorne —respondió Margaret con diversión—. Pero debo confesar que no recuerdo que nuestro escudo lleve tal grabado.

Christine se llevó la mano al broche que sujetaba su capa y trazó con la yema de los dedos el relieve. Se acercó a su amiga un poco más y susurró:

—Yo también debo confesaros algo.

Esta se inclinó a su vez, expectante.

—El niño que llevo dentro sí que es un MacLeod.

Margaret se llevó las manos a la boca, jadeando con exagerado estupor.

—Por el amor de Dios, eso no es propio de una dama.

—¿Guardaréis mi secreto? —continuó Christine con preocupación teatral.

—Hasta el fin de los tiempos —respondió Margaret con una sonrisa sincera.

Pero su voz perdió parte de su ligereza. Durante un breve momento, su atención se desvió hacia su esposo, que conversaba con Alistair y Angus unos metros más allá.

—No le dije nada —susurró Christine, esta vez seria.

—Lo sé —respondió su amiga en otro susurro—. No me arrepiento de haberte ayudado; de lo contrario, no estarías aquí, libre y feliz. Pero eso no implica que no cargue con la culpa de haberlo hecho sufrir. Fue duro no saber nada de ti, Christine. Fue duro para todos.

—Yo también sufro por ello, pero no quiero imaginar la vida que habría tenido si me hubiera quedado aquí por más tiempo.

Dejaron que el silencio se asentara entre ellas, disipando el peso de los acontecimientos pasados.

Al cabo de un rato, el laird se acercó hasta ellas. Tomó la mano de su amada y depositó un delicado beso en el dorso.

—Disculpad, lady Hawthorne, ¿puedo llevarme a su bella acompañante un momento?

Margaret soltó una risa ligera y llena de encanto, empujando delicadamente a Christine hacia delante. Esta le sonrió con complicidad y tomó el brazo de Alistair.

Caminaron en silencio una parte del camino, hasta que él se detuvo bajo la sombra de un árbol. En la distancia se podían distinguir las figuras de sus familiares, pero Christine solo tenía ojos para él.

—Estás preciosa —murmuró con voz suave.

—Gracias —respondió, aleteando las pestañas con coquetería. El destello travieso en sus ojos hizo que Alistair contuviera la risa—. Me esfuerzo por dar lo mejor de mí.

—No necesitas hacerlo, ya eres perfecta.

—No lo soy, Alistair. Nadie lo es.

La culpa cruzó el semblante del laird.

—Ojalá pudiese serlo para ti. Quiero que seas feliz, pero me niego a imaginar un futuro sin ti.

Ella alzó la mano para tocar su mejilla, pero él atrapó su muñeca con gentileza antes de que pudiera hacerlo.

—Milady, eso es impropio.

Christine hizo un mohín, pero obedeció y bajó la mano.

—¿Hasta cuándo estaremos actuando de este modo?

Alistair exhaló un largo suspiro.

—Esto no es una actuación. Te mereces ser tratada como la reina que eres, y quiero demostrarte que yo puedo ser ese hombre.

—No quiero que me cortejes. Quiero que me ames.

Él la observó con intensidad, su expresión oscureciéndose por un instante.

—Lo estoy haciendo lo mejor que puedo.

Christine curvó la comisura de los labios en una sonrisa.

—No me estás entendiendo. Agradezco que quieras darme lo que nunca tuve, pero ahora que te has abierto a mí, me privas de tu calor. Eso es cruel.

Alistair contuvo otra risa al ver su mohín.

—¿Y qué propones?

Christine se encogió de hombros con inocencia.

—Podemos fugarnos, como dos jóvenes enamorados.

Él negó con la cabeza.

—No huiremos más. Quiero que todo el mundo sepa lo que siento por ti.

Christine sonrió y llevó de nuevo la mano al broche. Alistair siguió el gesto, llenándose de orgullo al verla con él.

—Ya sé lo que significa —dijo orgullosa.

—¿El qué?

—El cáliz.

Alistair arqueó una ceja, divertido.

—Ah, ¿sí?

Ella asintió.

—Honor, lealtad, hogar —recitó—. Nada de ello es posible sin equilibrio.

Acarició el relieve del cáliz con la yema de los dedos antes de alzar la vista hacia él.

—Habla de la templanza. Del equilibrio entre la fuerza y la razón, entre el deber y el deseo. Sin él, el honor se vuelve tiranía. La lealtad, esclavitud. Y un hogar… solo es una prisión.

Alistair la observó en silencio, su pecho elevándose en una respiración profunda, como si sus palabras hubieran tocado algo dentro de él.

—Tienes razón —murmuró, y la fuerza de su mirada hizo que Christine contuviera el aliento—. Y por primera vez, entiendo lo que significa.

***

Esa noche, Christine entró en su alcoba como siempre. La doncella la ayudó a desvestirse y, tras darle las buenas noches, se dispuso a meterse en la cama.

Pero algo captó su atención.

Curiosa, se acercó al escritorio. Sobre la madera descansaba un grueso fajo de hojas de pergamino cosidas, encuadernadas en cuero oscuro. Encima, cuidadosamente doblada, había una nota.

Cada vez más intrigada, la tomó y la desplegó con delicadeza. Sus ojos recorrieron la caligrafía con creciente nerviosismo, su corazón latiendo con más fuerza con cada palabra.

"Escribiste un diario en tiempos oscuros. Espero que este sea para tiempos mejores. Para una vida en la que seas libre. Y en la que, si así lo deseas, yo pueda estar a tu lado."



Epílogo

Año de Nuestro Señor 1555, en el mes de marzo.

Resulta extraño volver a escribir tras tantos meses, pero espero que este viejo amigo me perdone. Los días han sido largos, las noches demasiado breves, y el tiempo, como siempre, implacable.

Las reuniones con el consejo son más tediosas de lo que recordaba, especialmente en estas fechas, con las festividades acercándose. A veces me pregunto cómo logra mi esposo conservar la cordura con tantos asuntos que atender.

Aun así, bien sé que no hay momento del día en que no me tenga entre sus pensamientos. No deja pasar oportunidad para recordarme cuánto me ama, ya sea con una palabra, una caricia o el modo en que me observa cuando cree que no le veo. Y, a decir verdad, nada en este mundo podría hacerme más feliz.

Mi pequeño Ciarán tampoco me da tregua. Posee un corazón noble, pero desde la llegada de su hermana al mundo, compartir a sus padres no le está sentando del todo bien. Por fortuna, estas últimas semanas nuestros estimados amigos han venido a conocerla, lo que me ha permitido descansar un poco de sus inagotables demandas de atención.

Eleanor ha resultado ser una distracción eficaz. Brìghde lamenta de que su hija sea la viva imagen de Kieran, aunque, entre vos y yo, estoy segura de que lo dice solo para que nadie le haga notar cuánto ha heredado de ella en temperamento.

Flora, por otro lado, me recuerda tanto a mi querida Màiri… Se me parte el alma cuando la veo sonreír con la misma expresión que su madre. Que Dios la tenga en su gloria. Al menos, la niña crece sana y feliz, y Angus está completamente embelesado por ella. Que haya vuelto a ocupar su puesto en la guardia es un alivio. Cuando me comunicó su intención de permanecer un tiempo más en

Inglaterra, no me sorprendió. Flora era demasiado frágil, y con cada mención a Culzean, su semblante se tornaba grave.

Lo que sí me tomó por sorpresa fue que Thomas accediera a darle trabajo en sus tierras. Aunque, si he de ser sincera, los últimos años me han enseñado que conocía a mi hermano menos de lo que pensaba… y a mi querida Margaret, también.

Voy a dejar esto aquí, pues la hora de la cena se acerca y he de prepararme. Esta noche será la última que pasemos todos juntos. Mañana, Brìghde y Kieran partirán hacia el norte, a las tierras Cochrane. Parece ser que Fiona los acompañará. Me ha sorprendido, pues esperaba gozar de su presencia por más tiempo, pero ha insistido en que ansía vivir una última aventura antes de desposarse…

A riesgo de pecar de entrometida, ¿será ese el único motivo?

Próximamente

Hijas de Escocia: El Destino de Fiona

Tras obtener una pista crucial sobre el paradero de lady Cochrane, el grupo de amigos se embarca en la aventura de encontrarla. Fiona Sinclair se une a ellos en el último momento, ansiosa por vivir una gran experiencia antes de ligar su vida, para siempre, a Inglaterra. Lo que comienza como un simple viaje pronto los enfrentará a secretos familiares y desafíos inesperados.

Pero nada la sorprende tanto como el reencuentro con el hombre que una vez le robó el corazón.

Entre el deber y el deseo, entre la lealtad y la pasión, Fiona deberá elegir: ¿cumplirá con el destino que le han impuesto o sucumbirá a los caprichos de un amor prohibido?

La historia aún no ha terminado…

Glosario

Kilt

Falda tradicional escocesa hecha de tartán, usada generalmente por los hombres en ocasiones formales o ceremoniales.

Laird/Milaird:
Título que designa al líder de un clan o terrateniente en Escocia. Milaird es una forma de respeto equivalente a "mi señor".

Lughnasadh:
Antiguo festival celta que celebra el inicio de la cosecha. Tenía lugar a comienzos de agosto con rituales, juegos y banquetes en honor al dios Lugh, símbolo de la luz, el arte y la victoria. Era un momento de unión y esperanza para las comunidades.

Milady:

Forma de respeto utilizada para dirigirse a una mujer noble, equivalente a "mi señora".

Niamh:

Nombre femenino de origen gaélico que significa "brillante" o "radiante". En la mitología gaélica, Niamh es una mujer de extraordinaria belleza y símbolo de juventud eterna, conocida por guiar a los héroes hacia el Otro Mundo.

Plaid:

Gran trozo de tela de tartán que se lleva sobre el hombro como parte del atuendo tradicional escocés.

Sassenach:

Palabra en gaélico escocés que significa "extranjero" o "inglés", a menudo usada de forma despectiva o burlona.

Tartán:

Diseño de cuadros entrelazados que identifica a un clan escocés. Cada clan tiene su propio patrón y colores.

Unión de manos:

Ritual celta de matrimonio temporal, también conocido como *handfasting*, que dura un año y un día.

A ti, lectora

Gracias por llegar hasta aquí.

Hace un año no pensé que estaría en este lugar, escribiendo los agradecimientos de mi segunda novela.

Las incontables horas de trabajo no habrían sido posibles sin tu apoyo. Saber que has decidido acompañarme hasta el final, que has disfrutado y soñado estas páginas como lo he hecho, o al menos, he intentado transmitirte, es más de lo que pudiera haber soñado nunca.

Si te ha gustado, te animo a que me dejes una reseña, pues por breve que sea, tiene el poder de dar vida a esta historia más allá de estas páginas.

Puede ayudar a otras personas a descubrir este mundo… y a mí, a seguir compartiendo emociones contigo.

Estaré encantada de leerte en Amazon o de saludarte en Instagram: **@dianaariswood**.

Ahí comparto novedades, contenidos sobre la historia y las playlists para disfrutar del universo *Hijas de Escocia* en todo su esplendor.

Que la corriente de esta historia te acune suavemente... hasta que nos encontremos en la

próxima página.



DIANAARISWOOD